





FRANCISCO CERECEDO

*El gol geopolítico*

Crónicas deportivas en el diario *Madrid*





FRANCISCO CERECEDO

*El gol geopolítico*

Crónicas deportivas en el diario *Madrid*



Con motivo del 35 aniversario del cierre del diario *Madrid* la Asociación de Periodistas Europeos edita esta colección con el objetivo de rescatar algunas de las colaboraciones más brillantes publicadas en este periódico entre 1967 y 1971. La colección se compone de cuatro volúmenes: *Humor en tiempos de silencio*, una antología de las mejores columnas de Moncho Goicoechea; *De su propia cosecha*, una selección de viñetas de Chumy Chúmez; *El gol geopolítico*, que incluye las cien mejores crónicas de fútbol escritas por Francisco Cerecedo en el diario *Madrid*; y la reedición de *Figuras de la fiesta nacional*, también de Francisco Cerecedo, editado por la APE con Argos Vergara en 1983, y que traza en lenguaje taurino la biografía de los líderes políticos de la transición.

*Colección coordinada por:*

Juan Oñate

*Selección de textos:*

Juby Bustamante

*Diseño y producción editorial:*

VYB Editores

*Impresión:*

EFCA

- © de la edición: Asociación de Periodistas Europeos y  
Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad de Madrid, 2007
- © de los textos: sus autores
- © de las ilustraciones: sus autores  
(fotografías publicadas originalmente en el diario *Madrid*)

Para más información consultar [www.apeuropeos.org](http://www.apeuropeos.org) y [www.madrid.org](http://www.madrid.org).

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

ISBN: 978-84-611-5582-8

978-84-451-2980-7

Depósito legal: M-17.229-2007

# HISTORIA REVIVIDA

---

SANTIAGO FISAS

*Consejero de Cultura y Deportes de la  
Comunidad de Madrid*

Con el apoyo de la Comunidad de Madrid a este proyecto editorial se pretende recuperar una etapa significativa para la historia del periodismo madrileño, que podrá ser revivida a través de los textos originales escritos por periodistas que trabajaron para el diario *Madrid*.

El diario *Madrid* debe considerarse como uno de los mejores ejemplos del periodismo de vanguardia de la España de la posguerra. La historia de este periódico está unida a la evolución política y cultural del país, y particularmente a la de Madrid, durante los cinco años que estuvo activo (1966-1971). En él escribieron grandes figuras que sentaron las bases de un nuevo estilo periodístico que reivindicaba una mayor libertad de expresión, y que hoy podemos redescubrir gracias al interés de la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid.

Con la publicación de estos libros recuperamos una parte importante de la obra periodística de algunos de los más fieles colaboradores del diario *Madrid*. Un libro con las mejores columnas de Cuco Cerece-

do publicadas en este diario, junto con la reedición de su obra *Figuras de la fiesta nacional*, algunas de las mejores secciones «H de humor» y «Página P» de Moncho Goicoechea y una selección de las viñetas más destacadas de Chumy Chúmez constituyen cuatro publicaciones que recordarán el espíritu periodístico de esa época.



# PERIODISTAS

---

ANTONIO FONTÁN

*Presidente de la Fundación Diario Madrid*

El diario *Madrid* de los cinco años que, con mal disimulado orgullo, nos gusta llamar del «*Madrid independiente*», entre 1966 y 1971, era, como toda la Prensa de entonces, una empresa modesta en comparación con los «gigantes» de ahora. De él los historiadores de los medios y de la política del régimen suelen recordar las sanciones que sufrió el periódico, las colaboraciones de las páginas de opinión, en las que no se hurtaba el cuerpo, en la medida «administrativamente» posible, a los problemas políticos, culturales y sociales de la nación, y la numerosa serie de autores de esas secciones de opinión. Pero hubo en nuestra modesta y limpia trayectoria otros capítulos que merecen recordación que, siendo por principio netamente profesionales y sin salirse de las casillas del género periodístico en que se inscribían, respondían al mismo espíritu de libertad de pensamiento y de expresión que queríamos que presidiera nuestro trabajo.

Entre ellos son particularmente dignos de memoria los que se dejan agrupar en estas «ediciones conmemorativas» que en relación con el diario *Madrid* ha promovido la Asociación de Periodistas Europeos.

Los protagonistas principales de estas ediciones y del catálogo que las sigue son tres periodistas de nuestra publicación: Moncho Goicoechea, Chumy Chúmez y Cuco Cerecedo, un columnista, un dibujante y un escritor de crónicas políticas y deportivas, que también acertaron a ser políticas. Ninguno de los tres, desafortunadamente, se encuentra ya entre nosotros. Viven en la memoria de los que fuimos sus compañeros y amigos y en la obra literaria o artística que nos dejaron. Quizá ellos, si vieran lo que estamos haciendo, nos dirigirían un reproche, entre escéptico e irónico, dando a entender que sus artículos o sus caricaturas no eran para tantas solemnidades. Pero en la Asociación y en la Fundación Diario Madrid sabemos que no tendrían razón.

Moncho Goicoechea (José Ramón López Goicoechea) llegó a las páginas del diario en 1968, cuando nuestro equipo llevaba ya dos años sacándolo adelante. Su firma y sus columnas nos acompañaron hasta el final de 1971. Se le veía poco en la redacción, porque solía enviar sus artículos desde fuera y porque no le interesaba nada esa rutinaria máquina de llenar papel que es un diario. Era un hombre del norte —navarro—, atípico, ingenioso, chispeante y a la vez tremendamente serio. Era de izquierdas y no sé si cuando empezó a publicar en el *Madrid*, o quizá antes, se creía que militaba, quizá sin afiliación, por esas zonas políticamente cada vez más concurridas en aquellos tiempos. Vino al periodístico en el 68 y siguió escribiendo hasta el final, en el 71. Quizá algunos de nosotros le parecíamos unos «reaccionarios» liberales. Los conflictos con el ministerio no le alcanzaron. Él era listo y hábil, además de excelente escritor, rico en recursos. A veces sus «columnas» eran dialogadas y siempre estaban impregnadas de gracia y de intención.

En la selección de artículos que han efectuado los promotores de esta edición conmemorativa, se ve, por los temas e incluso por los títu-

los, que Moncho cultivaba una crítica sociológica y política de actualidad; los problemas de España y la insuficiencia de las respuestas que se daban a ellos desde el poder quedaban claramente puestos de manifiesto con divertida claridad pero sin saña. Podría decirse que ponía en práctica el adagio latino «*parcere homines, dicere de vitiis*», que todo el mundo entiende sin necesidad de traducción al castellano. Antes de pasar a otro de los humoristas del *Madrid*, hay que decir algo de la lengua y del estilo literario de Goicoechea. La suya era una escritura moderna, y muy de la calle. Los diálogos eran hablados y los rasgos de humor nunca pesados ni empalagosos. Pero uno de los más visible y salientes rasgos de sus artículos era el realismo y la actualidad de los asuntos y de su tratamiento. El criptolenguaje de la política de la época, las cuestiones estudiantiles que se planteaban a unas generaciones nuevas, la necesidad de la europeización, los problemas internacionales, la modernidad que entraba a este país por el turismo y las salidas al exterior, la débil e incompleta apertura informativa, etc.

Las columnas de Goicoechea constituyen una galería de retratos de la sociedad española y de la necesidad de los cambios que los españoles más lúcidos consideraban urgentes. Muchas de las cosas que en esos artículos se reflejan podrían servir de documentación sociológica a los estudios de la España de aquella segunda mitad del decenio setenta de nuestro pasado siglo XX.

Yo no sé de donde sacó Chumy el *nom de plume* con que todos le hemos conocido. Cuando empezó a entregarnos su diaria caricatura era un joven prometedor, pero ya prestigioso dibujante de humor, que se había ganado un lugar distinguido en las revistas profesionales. Trabajó para el *Madrid* desde 1967. En varios de sus libros se han recogido muchos de sus chistes que habían aparecido en nuestras pági-

nas y que a él le gustaba llamar caricaturas. Fue uno de nuestros más apreciados «editorialistas». No entró nunca en confrontaciones directamente partidistas, ni en polémicas profesionales. En algún lugar ha contado él su conversación conmigo cuando empezó a trabajar para nuestra página tres. Hacía una especie de descripción geométrica de la posición política e ideológica del periódico. A un lado estaba lo que la gente entendía entonces por «derecha», que venía a confundirse con la ortodoxia del régimen, y por otro la «izquierda». Nosotros nos habíamos propuesto estar en el centro con la vista en la realidad que se extendía por ambas direcciones. No sólo defendíamos las libertades ideológicas y políticas, sino que nos proponíamos practicarlas. Él tenía toda la libertad del mundo para concebir y componer sus chistes. Yo, como director del diario y responsable de la publicación, me reservaba el derecho de rechazar alguno de sus trabajos. Chumy, casi treinta años después, proclamaba sin rebozo que ese caso no se dio nunca. Así como que tampoco se le había insinuado el asunto que había que abordar. Chumy era un artista moderno, de acusada personalidad y de un estilo inconfundible. También era pintor y lo hacía muy bien entre otras cosas porque era un excelente dibujante, dueño de un trazo firme y de una notable capacidad de observación: la misma que aplicaba a la realización de sus caricaturas y a la caracterización irónica de sus personajes. Las caricaturas de Chumy no necesitaban ir firmadas, ni acompañadas de ese pequeño solecillo, que no sabría decir si siempre, o sólo con frecuencia, aparecía en ellas.

Chumy, igual que Goicoechea, era también un sociólogo. Pasada por los tamices de su ingenio y de su vocación de observador de las realidades humanas y de la sociedad española de su tiempo, Chumy elevaba a esa modesta, pero tan de nuestra época, plasmación de tinta so-

bre blanco su versión irónica de la realidad en que vivíamos entonces. Los textos que acompañaban a sus dibujos eran expresivos, adecuados y sentenciosos. Chumy era un moralista. Quizá por eso resulte tan adecuado ilustrar las columnas del navarro Goicoechea con los dibujos del donostiarra Chúmez. Yo no sé si ellos tuvieron oportunidad de tratarse como compañeros de periódico. Se compaginan bien los trabajos del uno con los del otro. Quizá, en mi recuerdo, Moncho era más militante y más político y Chumy personalmente más independiente de lo uno y de lo otro. Era más irónico y se diría que se situaba más lejos, quizá por más escéptico, del propósito de cambiar las cosas.

Cerecedo ha tenido una destacada fama póstuma, como titular del premio anual que los dirigentes de los Periodistas Europeos, con generoso patrocinio, otorgan cada año a un profesional de la Prensa, español o extranjero, pero relacionado con España. También produjeron gran emoción las circunstancias de su precoz y prácticamente repentino final en pleno trabajo profesional de periodista político, y fuera de aquí. Además de su producción literaria, parcialmente recogida en libros, ocupa un lugar de honor entre los humoristas del *Madrid*. En la colección que ahora nos reúne, junto a las crónicas político-deportivas de nuestro diario, se publican unas caricaturas literarias que escribió para uno de los efímeros semanarios de los primeros años de la transición, que quizá no a todos los lectores vayan a agradar, porque habría que verlas en el contexto de aquellos tiempos en que para mucha gente no estaba claro que las cosas fuesen a salir como salieron. Yo aplaudo la gracia de su pluma y su voluntad de retratar por la sola cara del humor personas y situaciones que también hay que ver dentro de su contexto y en el marco de su tiempo.

En mi opinión la gran novedad literaria y política del notable periodista que fue Cerecedo estuvo en la sumaria antología que en esta co-

lección se llama *El gol geopolítico*. Quizá el precedente más notable de esas crónicas deportivas fue el de las que escribió Fernández Flórez —gallego también como Cuco— para el *ABC*. Yo invitaría a los historiadores políticos a leer a Cerecedo en el contexto de las crónicas y los sucesos políticos del régimen de aquellos años últimos de los sesenta y primeros de los setenta del pasado siglo en que semana a semana se escribían sus artículos. Cerecedo, que era un buen profesional, estudió en serio el fútbol de aquellos años. No sé si esos conocimientos le venían de antes o si los fue adquiriendo al paso de las jornadas y los torneos. Nadie dijo que fuera ignorante de lo que describía o comentaba. En todo caso para el diario *Madrid* las críticas futbolísticas de Cerecedo representaron un enriquecimiento literario y político, que hizo además que no pocos de nuestros lectores que buscaban en nuestro periódico el análisis o el comentario de la vida pública nacional se interesaran por el deporte del balompié.

Esta selección de «Humor en tiempos de silencio» no es sólo un merecido recuerdo de tres periodistas ilustres, sino una lectura agradable e instructiva que refleja pasajes de nuestra historia. Para las generaciones nuevas quizá abra una ventana a un pasado que también es el suyo, porque fue el presente de sus mayores.

# ÍNDICE

LA SENSACIÓN DE HABER DESCUBIERTO ALGO ESCONDIDO *21*  
por **Alfredo Relaño**

PASIÓN BALOMPÉDICA *25*  
por **Juby Bustamante**

## 1968

EN LA FRONTERA DEL TEDIO *30*

EL GOL ES UNA PASIÓN INÚTIL *35*

OCHO GOLES ENCADENADOS *39*

EL EMPATE QUE NO CESA *43*

EL GOL PARA EL QUE LO TRABAJA *48*

DEL CERROJO Y OTRAS HABILIDADES *52*

EL ATLÉTICO NO MERECIÓ LA DERROTA *57*

GOLEADA EN LA NIEBLA *61*

SE IMPUSO EL VALS *66*

LA NOCHE DE LA GRAN DECEPCIÓN *70*

LOS ÍDOLOS ESTÁN CANSADOS *75*

EN EL CALOR DE LOS GOLES *79*

## 1969

LLANTO POR LA MALA FORTUNA	84
DEMASIADOS APUROS	88
LA FRÍA DESOLACIÓN DE UN GOL	93
LAS ANGUSTIAS DE UN LÍDER	97
TOBA, EL GRAN INOCENTE	102
EL LINIER DE LA DISCORDIA	106
CONTINÚA LA RESACA DE LIEJA	112
LA VENGANZA DE LOS EXTREMOS	116
LA HERENCIA DE TOBA	120
LA HORA DE LA JUBILACIÓN	124
CAMPEONES CON REPAROS	129
LA CATEDRAL DEL TEDIO	134
AL FINAL, LOS APLAUSOS	138
AMISTOSAMENTE, PERO SIN AVASALLAR	143
MONÓTONOS, PERO HONRADOS	147
BURÓCRATAS DEL 2-1	152
LA NEGACIÓN DEL FÚTBOL	158
EXPLOSIÓN DE SALUD	163
ESCOGIERON LA RESIGNACIÓN	167
DÍGASELO CON GOLES	171
SU COPA NÚMERO VEINTIUNO	177
GOL EN LA ETERNIDAD	181
SEIS GOLES PARA EMPEZAR LA LIGA	185



EL PRIMER DISGUSTO	190
CON DISTINTO COLLAR	195
GOLEADA SIN GLORIA	200
GUSTO POR LA ADVERSIDAD	203
VICTORIA OBLIGADA	207
LA DEFENSA, ROTA	212
NI GENIO NI FIGURA	218
UN GOL DE URGENCIA	223
LA FERIA DEL GOL	228
COMO SIEMPRE, SIN PRONÓSTICO	234
UN POSITIVO MÁS AL MANZANARES	237
LLANTO POR UN VIEJO ÍDOLO	242
FUERZA EN EL MANZANARES	246
PERDIERON LA CABEZA	250

## 1970

AL BORDE DEL ABISMO	256
CÓMO SER FELICES EN CUATRO GOLES	261
OTRA PENOSA EXPERIENCIA	266
A PUNTO DEL NAUFRAGIO	270
«K.O.» MADRIDISTA EN SAN MAMÉS (5-0)	276
EUROPA, AL ALCANCE DE LA MANO	281
GOLEADA REIVINDICADORA	284
ES VERDAD: HAY EQUIPO	288

MAL PASO ROJIBLANCO	292
HACIA EL TÍTULO	297
RONDÓ LA ANGUSTIA	303
LOS «LEONES» A UN PASO DEL TÍTULO	307
LA SOLUCIÓN, EL DOMINGO	313
SIGUE LA RACHA TRIUNFAL	319
INCÓMODA VICTORIA	323
DEMASIADO IRÍBAR	328
LA CASTA OLVIDADA	334
ONCE RESUCITADOS	339
ROMANCE DE MALA SUERTE	343
HOMENAJE A «LANGARITA»	348
RONNIE ALLEN, VOTO CONSERVADOR	350
LA F.I.F.A., UN GOBIERNO EN LA SOMBRA. HISTORIA POLÍTICA Y DEPORTIVA DE LOS NUEVE MUNDIALES	355
NI UN AÑO SIN TÍTULO	364
EL JUICIO DE LOS PENALTIS	370
EL VASAS GANÓ AL MÁLAGA (3-2)	376
BUEN FÚTBOL PARA EMPEZAR	381
LA VIOLENCIA SUBTERRÁNEA	386
COMO APRENDICES	392
ONCE COBAYAS EN EL BERNABÉU	396
EL ATLÉTICO ABURGUESADO	400
LA HIERBA, ESTUPEFACTA	404
PEOR QUE NUNCA	410

REAL FRACASO	413
LA FERIA DE LAS SORPRESAS	418
NEGATIVO BLANCO	425
GÁRATE «SHOW»	431
DÍGASELO CON GOLES	437
FIN DE FIESTA ARBITRAL	442
SUSTO EN CHAMARTÍN	447
LIDER CON MUCHOS APUROS	452

## 1971

FÚTBOL GLACIAL EN EL MANZANARES	460
MERCADO DE VALORES	466
EXCELENTE REAL MADRID	470
UN APACIBLE 4-1	475
IGUALDAD Y FRATERNIDAD	479
OBJETORES BALOMPÉDICOS DE CONCIENCIA	484
POR LOS CÉSPEDES PATRIOS	487
NOCHE TRISTE	490
OTRA VEZ EL PARAÍSO	492
LA HORA DE LA TRADICIÓN	494
LAS DESVENTURAS ROJIBLANCAS	496
UN 7-0 SIN ÁNIMO DE LUCRO	498



# LA SENSACIÓN DE HABER DESCUBIERTO ALGO ESCONDIDO

---

ALFREDO RELAÑO

Ahora que se han marchado Los Galácticos, dejándonos como testimonio de su fugaz paso las cuatro imponentes torres de cemento de la Ciudad Deportiva me pregunto qué comentaría Cuco Cerecedo de esta última aventura de nuestro fútbol. Y me lo pregunto más después de haber leído estas crónicas, un tesoro para mí desconocido. Leí los artículos para-futbolísticos de Cuco en *Posible*, recogidos luego en su *Sociología insolente del fútbol español*, que por ahí tengo y repaso de cuando en cuando. Una construcción ingeniosa y coherente, pero que para mí era más un tratado sobre los alrededores del fútbol que sobre el fútbol mismo. Incluso me pareció que forzaba unas cuantas cosas para que le cuadraran en su razonamiento. En suma, un edificio «non vero, ma ben trovato».

«Este hombre no es futbolero», pensé para mí, «sino un diletante del fútbol que le ha sabido sacar partido».

Y de repente me encuentro con esta colección de crónicas, de aquellos años en los que uno era socio de los dos equipos de Madrid, crónicas de aquellos partidos que vi uno por uno. ¡Lástima no haber

comprado el *Madrid* entonces! ¡Quién me hubiera advertido de lo que me perdía! Mis cronistas de entonces eran Gilera, de *ABC*, y Antonio Valencia, en fútbol. (En boxeo nadie se igualó en mi noción a Manuel Alcántara.) Pero hete aquí que el que yo creía un ingenioso oportunista de ventaja estaba poniendo a mi alcance, en el mismo kiosco al que yo acudía a diario a por otros productos, esas crónicas magistrales.

No es fácil escribir bien de fútbol. Digo bien y con respeto al fútbol. Contando el fútbol, escarbando en sus sensibilidades con devoción y humor, respetando al aficionado, entrando en su magia, su ciencia, su absurdo y su comicidad sin romper nada, admitiendo como buena la gran verdad: que no hay nada más importante mientras el partido se juega, pero que una vez terminado nada ha cambiado. Ni nos bajan los impuestos ni nos vuelven los cabellos caídos.

El *Madrid* fue un gran periódico, ya lo sabía. Lo que no sabía es que hubiera tenido un colosal crítico de fútbol. Un vacío más de mi adolescencia y mi primera juventud, pero que hoy vengo a cubrir. Y vengo a descubrir que comparto con aquel hombre al que nunca llegué a conocer sino por sus artículos y por los testimonios entregados por quienes sí lo hicieron todo mi ideario futbolístico. Cuando habla bien de Velázquez, de los extremos, de Enrique Collar, de Amancio, de aquel Luis que marcaba goles en el Manzanares, pienso que me hubiera gustado estar sentado junto a él en todos aquellos partidos, para compartir esas filias y para aprender de sus conceptos. Y también para compartir las fobias: contra los linieres «con espíritu de líder», contra los que por entonces empezaban a exterminar los extremos y hoy puede decirse que lo han conseguido, contra los que buscan sistemáticamente el empate, «que es como desear que el partido no se juegue», y contra los «corrompidos por su gloria personal».

Los partidos que recogen estas crónicas quedan relativamente lejos, pero lo que escribió Cuco es la historia del fútbol de siempre. Como escribir de fútbol no es fácil se ayudó lo mismo de Von Braun que de Jorge Manrique, de Gregorio Marañón que de Díaz Cañabate, de Massiel que de Aquiles, de sir Lawrence Olivier que de Samuel Bronston, de Carlos Oroza que de Onassi, de Calderón que de Solana.

El fútbol es un universo en sí mismo, una cuestión de Montescos y Capuletos, o de las culturas verdes contra las culturas pardas. Pero sobre todo es una cuestión de atrevimiento, de imaginación, de riesgo, de aventura. Como lo es el fútbol de la Copa, el que a él le gustaba y a mí me sigue gustando, frente al lento paseo monótono de la Liga. El fútbol es fuerza, genio y clase individual, no es táctica de vencidos, táctica vencida. ¿Y la Selección de nuestros pecados? ¿Qué es la Selección? También ahí tiene la definición justa: «Lamentable hidalgo con delirios de grandeza.»

En tres años retrató el fútbol para siempre. Todo lo que usted quiera saber sobre esta loca ciencia, extraña pasión, disparate cultural o lo que quiera que sea está ahí. Pasen y lean. Disfruten del ingenio, de la pluma, de la ironía y del respeto profundo a una de las actividades más extraordinarias e incomprensibles que ha elaborado el hombre.

Miguel Ángel Aguilar me encargó este prólogo. Tengo que agradecerle por este descubrimiento tardío e impagable. Y confesarle una cosa: siempre desconfié de los hombres a los que no les interesa el fútbol salvo para denigrarlo. Es una tara de la que nunca he conseguido liberarme. Así que ya podrán comprender cuánto me ha alegrado descubrir que Cuco Cerecedo fue un sabio del fútbol. Ya estoy deseando que salga el libro para colocarlo junto a la *Sociología insolente del fútbol español*, que ahora releeré con otra mirada.





# PASIÓN BALOMPÉDICA

---

JUBY BUSTAMANTE

No eran aquellos, no, malos tiempos para la lírica. Precisamente la lírica crecía potente y hermosa en medio de la grisura ambiental. Pero sí eran malos tiempos para los jóvenes «progres» aficionados al fútbol, que debían esconder su afición como si de un pecado nefando se tratara.

«Aquellos tiempos» eran claro está la segunda mitad de los sesenta del siglo pasado. Y por muy raro que pueda parecer a los adolescentes de ahora mismo —cuarenta años después—, saturados de fútbol en cualquiera de sus versiones, leído, oído y visto en directo o en pantalla, cinco o seis días cada semana, y compartiendo amistosamente literatura de gama alta con el abono a su club, por aquel entonces no estaba bien visto que un chico con «inquietudes», según frase de la época, «concienciado», otro adjetivo del momento, un «progre» en definitiva, perdiera minutos de su denso e intenso tiempo en interesarse por el deporte de las masas acrílicas, acomodaticias, ignorantes y otros adjetivos tendentes a explicar lo mismo: que al opio del pueblo había que castigarlo sin dedicarle una mirada.

El fútbol parecía encarnar todas las maldades del franquismo y los vicios del sistema. Ser luchador antifranquista y confesar la devoción por el Celta de Vigo, un suponer, era un acto con ribetes de heroísmo.

Pues bien, Cuco Cerecedo que era un progre intachable, con más humor, eso sí, que la mayoría, tenía esa mácula en su curriculum: le encantaba el fútbol. En realidad le gustaban otros muchos deportes. Era un imbatido campeón del ping-pong, apasionado del tenis, adicto al ciclismo y alguno más que se me olvida.

Cuco fue el iniciador de unos sonoros y nocturnos partidos de fútbol, desarrollados en el interior del Diario Madrid, en los que la pelota era un trapo atado con cuerdas y las porterías los extremos del pasillo. Algún cristal sufrió la furia española de los zapatazos y fuimos muchos los que protestamos por el ruido infernal de los desahogos futbolísticos. Pero así eran los periódicos entonces... Cabía de todo, hasta partidos de fútbol.

Todo este rodeo viene al hilo de la siguiente confesión: cuando en 1966 un joven redactor jefe, Jesús Picatoste, le pide a una joven reportera, yo misma, algún nombre para reforzar la sección de deportes del periódico, entonces un poquito acartonada, a mí se me ocurrió el de Cuco porque era el único de mis amigos periodistas que confesaba sin rubor su pasión balompédica.

En aquel momento Cuco Cerecedo trabajaba en *Blanco y Negro*, en documentación y se aburría con dignidad y sin sobresaltos. Para distraerse, tacita a tacita, es decir, cita a cita, estaba armando una hemeroteca de «noticias selectas» de la España de los cuarenta y cincuenta, que daba envidia verla. Pero se aburría. Así que recibió alborozado la oferta del diario *Madrid* y se unió a las huestes que campaban en El Es-

corialito de General Pardiñas esquina Maldonado, dispuesto a cualquier sobresalto que pudiera sobrevenir, como en efecto sobrevino.

Lo demás está ahí, en estas páginas que siguen. Cuco inauguró una crónica de fútbol insólita e inédita, descarada y divertida, repleta de guiños culturales y con todos los respaldos ideológicos de la juventud aquella, bien a la vista. Y sobre todo, muy bien escrita.

Como entonces el éxito no se medía con las audiencias millonarias de Gran Hermano y similares, sino con otros parámetros, las crónicas de fútbol de Cuco triunfaron. No sé si eran millones sus lectores, pero sí muchos miles y permitió a muchos futboleros vergonzantes leer la crónica de fútbol con la frente muy alta.

Sus textos eran esperados cada lunes y comentados, repetidos, citados y analizados el resto de la semana. El sentido del humor, las ocurrencias, las agudezas eran espontáneas, pero su estilo periodístico era muy trabajado. Escritor lento sopesaba cada adjetivo y no consentía que las premuras del tiempo periodístico le arrastraran hacia donde no quería, para desazón de los redactores jefes. Como crítico tenía sus simpatías bien delimitadas y los madridistas consideraban que eran maltratados. Pero la verdad es que Cuco Cerecedo era un crítico deportivo que no se ajustaba al campo de fútbol, su objetivo, su público, iba más allá de la red y de las gradas. Lo consiguió. Cuarenta años después sus crónicas siguen tan frescas, divertidas y agudas como el día en que fueron escritas. Valió la pena.



# 1968

---



# EN LA FRONTERA DEL TEDIO

---

30/09/68

*Campo: Estadio Bernabéu. Tarde perfecta, con sol y buena temperatura. El terreno de juego, impecable. La entrada, también; asistieron unos 70.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Pirri y Amancio); Córdoba, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; José Luis, Zoco; Veloso, Amancio, Pirri, Velázquez y Gento. Córdoba: García; Simonet, Navarro, López; Toledo, Jaén; Rojas, Jara, Juanín, Alfonso y Luis Costa.*

*Árbitro: Señor Vilanova. Bien en general. Inflexible en las cosas pequeñas y diplomático en las grandes.*

El señor Vilanova, árbitro de Primera División, debe disponer necesariamente de un importante secreto. Domina la diplomacia del silbato de una manera puntual y misteriosa. El partido no era difícil de arbitrar, porque ocurría lo de siempre: dos conatos de riña, dos posibles penaltis, tres entradas duras y alguna pérdida de tiempo. Aunque ya se sabe que estas cuestiones suelen degenerar con facilidad en bronca y polémica. Suelen degenerar cuando no se encuentra correteando por la hierba, entre los jugadores, el señor Vilanova.

En el minuto doce de la primera parte, el cordobés Luis Costa, desde la línea de córner, lanza un balón con todo el aspecto del primer tiempo de un gol sobre el área madridista. Juanín llega a toda velocidad al remate y, cuando va a alcanzar la pelota, es empujado claramente

por José Luis. En las gradas pocos dudan que se trata de un típico penalti. Pero el árbitro declara que se trata de una falta de menor cuantía y señala un tiro indirecto. En cualquier otro partido tal situación hubiera sido el comienzo de un fuerte escándalo en el terreno de juego. Pero esta vez, sorprendentemente, ningún jugador andaluz hace ademán de dirigirse al señor Vilanova para protestar.

Uno piensa que, como estamos en los primeros minutos del encuentro, los jugadores todavía no han tenido tiempo de tomar enteramente en serio su trabajo y reivindicar sus derechos laborales al gol. Diez minutos más tarde, Amancio discute el lugar del lanzamiento de un saque de banda, y el árbitro, contemporizadamente, rectifica la colocación del esférico.

#### UN GOL DUDOSO

El señor Vilanova es alto, meticuloso y se fija mucho en todas las pequeñas faltas. Llevado de su afán de exactitud, no vacila en arriesgarse y seguir desde dentro las jugadas más peligrosas para su integridad física, lo que en una ocasión le vale recibir un violento balonazo de De Felipe. Poco más tarde tiene motivo de poner otra vez a prueba sus mágicos poderes: García y Simonet se dedican a perder tiempo en los saques de puerta. El señor Vilanova les hace ver que le molesta que se pierda tiempo. Y ya no vuelve a ocurrir. Surgen dos conatos de riña entre Jara y De Felipe, y entre Gento y López. Llega el árbitro y los apacigua para el resto del encuentro. Uno comienza a admirar seriamente al señor Vilanova cuando surge el momento cumbre de su actuación: Velázquez da un largo pase a Veloso, que se interna hacia la línea de córner en un muy probable fuera de juego. El gallego aguanta

el ataque de la defensa cordobesa hasta que llega Amancio por el centro, recibe el pase y marca el segundo gol madridista. El más indignado de todos los cordobeses es el medio Toledo, que manifiesta su total disconformidad a grandes voces. ¿Voces contra el señor Vilanova, que ha pitado el gol? No; Toledo se ha ido a discutir y zarandear a un juez de línea.

¿Cuáles son los extraños poderes que posee el señor Vilanova para ser tan fielmente respetado? ¿Qué misterioso magnetismo sutilmente autoritario encierra esta especie de Talleyrand con silbato y calzón corto? El Comité Nacional de Árbitros debe intervenir. Por el bien del fútbol español, se impone la expropiación del secreto del señor Vilanova para que todos los demás árbitros del país se beneficien del descubrimiento y consigan dejar de tener problemas durante sus partidos.

#### A RATOS, DIVERSIÓN

Por lo demás, el Madrid-Córdoba transcurrió en la borrosa frontera de la monotonía y de la diversión. Durante la primera media hora el equipo andaluz jugó de igual a igual y con poder al Madrid. Con las elementales precauciones de colocar a López vigilando a Amancio y a Jaén sobre Pirri. Los marcajes no fueron demasiado rígidos por ambos bandos y así se produjeron varios cambios entre los encargados de la gendarmería. Por el lado madridista, De Felipe se encargó de Jara, y Zoco, de Rojas. Luis Costa, el más peligroso, anduvo suelto por donde quiso toda la tarde. Pasada la primera media hora de forcejeo ocurrió un hecho significativo que vino a señalar que el Córdoba se entregaba: los ataques blancos se sucedían, pero los cordobeses respondían con



orden y serenidad, hasta que en el minuto treinta y uno, un despeje apurado y sin objetivo de Navarro era la demostración de que los nervios de los defensores acababan de romperse. El camino del gol estaba abierto. Sólo hubo que esperar un minuto. Pirri saca al borde del área una falta cometida contra Velázquez. El tiro, muy fuerte, se cuela entre la barrera, golpea la parte inferior del poste izquierdo, rebota en la espalda del portero García y entra. Es el uno a cero.

#### LOS FALLOS SE SUCEDEN

El público se impacienta y suenan las palmas de tango. Los fallos en la entrega se suceden en los dos equipos ininterrumpidamente. José Luis se muestra impreciso en el pase. En el segundo tiempo, pasados los primeros quince minutos, el encuentro parece animarse. Velázquez ha bajado su rendimiento de la primera mitad y ya no apoya las jugadas de su delantera, limitándose a lanzar a Amancio, Pirri y Veloso. A los cinco minutos coloca un balón en la misma cabeza de Veloso, pero el gallego, que no tiene su tarde, falla. La gente comienza de nuevo a silbar. A los trece minutos derriban en falta a Veloso dentro del área cordobesa. El público hubiera podido enfadarse al ver que el árbitro sólo había pitado un libre indirecto si no se hubiera tratado del señor Vilanova.

A continuación, una buena maniobra de la delantera cordobesa es desperdiciada por Jara, que tira mal. El equipo andaluz se afianza en el contrataque y el público aplaude una jugada grande de Costa y Jara, a los veintidós minutos. Poco después Simonet centra desde la banda y Jara vuelve a fallar delante de Betancort. Sanchís realiza una escapada personal y deja el balón muerto a los pies de Velázquez en la boca del gol, que no aprovecha.

orden y serenidad, hasta que en el minuto treinta y uno, un despeje apurado y sin objetivo de Navarro era la demostración de que los nervios de los defensores acababan de romperse. El camino del gol estaba abierto. Sólo hubo que esperar un minuto. Pirri saca al borde del área una falta cometida contra Velázquez. El tiro, muy fuerte, se cuela entre la barrera, golpea la parte inferior del poste izquierdo, rebota en la espalda del portero García y entra. Es el uno a cero.

#### LOS FALLOS SE SUCEDEN

El público se impacienta y suenan las palmas de tango. Los fallos en la entrega se suceden en los dos equipos ininterrumpidamente. José Luis se muestra impreciso en el pase. En el segundo tiempo, pasados los primeros quince minutos, el encuentro parece animarse. Velázquez ha bajado su rendimiento de la primera mitad y ya no apoya las jugadas de su delantera, limitándose a lanzar a Amancio, Pirri y Veloso. A los cinco minutos coloca un balón en la misma cabeza de Veloso, pero el gallego, que no tiene su tarde, falla. La gente comienza de nuevo a silbar. A los trece minutos derriban en falta a Veloso dentro del área cordobesa. El público hubiera podido enfadarse al ver que el árbitro sólo había pitado un libre indirecto si no se hubiera tratado del señor Vilanova.

A continuación, una buena maniobra de la delantera cordobesa es desperdiciada por Jara, que tira mal. El equipo andaluz se afianza en el contrataque y el público aplaude una jugada grande de Costa y Jara, a los veintidós minutos. Poco después Simonet centra desde la banda y Jara vuelve a fallar delante de Betancort. Sanchís realiza una escapada personal y deja el balón muerto a los pies de Velázquez en la boca del gol, que no aprovecha.

A los veintisiete minutos el público vuelve a impacientarse y se oyen palmas. Pero cuando Gento corre con la pelota, todavía se escucha un rumor expectante, que sale de las gradas, como en los viejos tiempos. A los treinta minutos sube al marcador el segundo gol madridista, conseguido por Amancio, después de un pase teledirigido de Velázquez y una hábil jugada de Veloso. Y entre fallos garrafales y carreras vistosas se termina el Madrid-Córdoba.

Los más destacados del raro partido fueron Amancio, Pirri, Zoco, Sanchís y Velázquez, en la primera parte. Betancort hizo dos salidas plenas de seguridad y decisión. José Luis y Veloso cometieron notables errores. Por el Córdoba, Luis Costa, Jara, Navarro y el portero, García, fueron los mejores. El público comenzó silbando la salida al campo de los cordobeses. Después, durante el partido, los aplaudió: arbitraba el muy exacto señor Vilanova.

# EL GOL ES UNA PASIÓN INÚTIL

---

07/10/68

*Campo: Estadio del Manzanares. Entrada: unos 30.000 espectadores. Terreno en buenas condiciones. Tarde agradable, con sol.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Irueta); Granada, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarain; Paquito, Griffa, Calleja; Irueta, Iglesias; Ufarte, Correa, Luis, Adelardo y Collar. Granada: Ñito; Tinas, Barrachina, Lorenzo; Martos, Ramoní; Porta, Miralles, Ureña, Ferrando y Noya.*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez, cuya mediocre actuación no influyó lo más mínimo en el resultado.*

Conviene comenzar la crónica de este partido citando a los clásicos en la materia: «El hombre perfecto es monógamo por naturaleza» (Gregorio Marañón), y «Ahora todos los conjuntos dan guerra» (Santiago Bernabéu). El Atlético de Madrid, como esas chicas todavía lectoras de Juan Ramón Jiménez, es un equipo que exige de sus admiradores muy seguras fidelidades. Ser incondicional del Atlético significa haber forjado el propio carácter en la doble prueba de la desilusión y de la esperanza. Este equipo no se parece a ningún otro. Sólo él ha sabido reunir en el tiempo y en el sentimiento los grandes triunfos a las actuaciones desastrosas. El «hincha» atlético es el mejor «hincha» de España. Su lealtad es única y, como esos enamorados reñidos que se espían para tratar de descubrir en el otro el menor gesto de buena voluntad para comenzar a perdonarse, siempre se halla dispuesto para cambiar el

disgusto por el aplauso en cuanto su equipo le proporciona el más leve motivo. El perfecto aficionado atlético practica la monogamia deportiva de una manera consecuente, cálida e indeclinable.

El Atlético de Madrid-Granada no ha servido, ni mucho menos, para ver jugar al fútbol. Probablemente algunos espectadores se hayan sentido defraudados y al borde de la indignación por haber pagado una entrada para contemplar con desesperación los torpes movimientos de 22 futbolistas entregados a una especie de «ballet» de los despropósitos. Pero se habían equivocado de objeto. El espectáculo impagable hoy no se desarrollaba sobre la hierba, sino en las gradas. Era el espectáculo de la fidelidad.

#### DE SALIDA, SILBIDOS

El partido comenzó con pitos a la salida del equipo de casa. Ni los jugadores ni los mismos descontentos lo tomaron en serio. Todos estaban en el secreto: se trataba de un estímulo por la vía de la contradicción. Así se vino a demostrar seis minutos más tarde, cuando la primera jugada de peligro, realizada por Adelardo, originó una salva de aplausos.

Nada más iniciarse el encuentro los granadinos se encerraron en la mitad del campo que les correspondía, dispuestos a aplicar al fútbol la táctica que tan malos resultados les diera a los numantinos en el siglo II a. de J. C. Pero a punto estuvo de salirles bien la estratagema. Los jugadores rojiblancos fallaban una y otra vez los pases y los tiros a puerta. El buen aficionado se apasionaba inútilmente en las múltiples situaciones de peligro que surgían y que finalizaban desaprovechadas estrepitosamente por Adelardo, Luis, Correa, Ufarte e Irureta. Pero continuaban los aplausos y las palmas de tango estimulantes.

El esquema de juego no podía ser más simple. El Granada, relegado, con Ureña como único y desamparado delantero, al que algunas veces acompañaba en sus indecisas incursiones el extremo Noya, que, con el portero, Sito, habría de ser el mejor de su equipo. Barrachina marcó a Luis hasta el momento de su extraña expulsión por el árbitro, a los veintiocho minutos de juego. Sería sustituido en su misión por Martos. Adelardo llevaba siempre cerca a Miralles, y Correa, a Lorenzo. Por parte del Atlético la vigilancia era más escasa y se fue debilitando a medida que avanzaba el partido.

#### INCAPAZ DE MARCAR

«Ahora todos los conjuntos dan guerra.» El aforismo de Bernabéu demostraba su plena vigencia y bien fundada argumentación. Parecía imposible que el Atlético, con sus jugadores de reconocido prestigio, no fuera capaz de marcar un solo gol a un equipo que suele pasar grandes temporadas en Segunda División. Los espectadores no daban crédito a lo que veían y trataban de desviar su disgusto metiéndose con el portero granadino, que acabó refugiándose bajo las redes de su portería.

Con el paso del tiempo los perfectos «hinchas» rojiblancos iban disminuyendo en sus exigencias. Ya no querían buenas jugadas, ni hábiles pases, ni carreras emocionantes, ni malabarismos individuales. Los admirables «hinchas» sólo deseaban, austeramente, un gol.

Cuando, por fin, llegó, en el minuto veintidós de la segunda parte, gracias a un buen tiro de Irureta, aprovechando la consabida sucesión de errores, el público ya no tenía fuerzas para alborozarse demasiado. Había gastado todas sus energías en aplausos y recriminaciones a lo lar-

go, de la hora precedente y en el momento culminante se encontraba exhausto. Se había logrado tarde. El gol ya era una pasión inútil.

Destacaron por el Atlético Irureta y Luis. Correa cometió numerosos fallos y Paquito debe olvidar su antideportiva costumbre de detener por la espalda con métodos tan poco ortodoxos como el agarrón o la patada al jugador que ha conseguido rebasarle. Por el Granada, se distinguió su portero, Ñito, que paró balones muy difíciles, hizo salidas pésimas y tuvo su buena suerte aliada a la torpeza de los jugadores atléticos. Noya y Lorenzo demostraron su clase. Muy mal Ureña.

El equipo arbitral se equivocó todavía más que los mismos jugadores, pero distribuyó con justicia sus errores entre los dos rivales salvando así el principio de la imparcialidad. Y lo sublime, la gran compensación, lo que merecería cien crónicas, ya lo hemos dicho: el infatigable, sorprendente, maduro, leal, monogámico y generoso «hincha» rojiblanco.

# OCHO GOLES ENCADENADOS

---

14/10/68

*Campo: Estadio Bernabéu. Unos 60.000 mil espectadores. Buen tiempo, con sol.*

*Marcador: Real Madrid, 5 (Velázquez, Amancio 2, Grosso y José Luis); Sabadell, 3 (Marañón, Pujol y Vidal).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zunzunegui; José Luis, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Sabadell: Martínez; Diego, Pini, Muñoz; Montesinos, Torrent; Romero, Marañón, Vidal, Pujol y Seminario.*

*Árbitro: Urrestarazu, del Colegio cántabro. No se complicó demasiado la existencia y sólo se equivocó muy ligeramente. Debiera haber impedido el juego duro que afloró en la segunda mitad por parte de algunos jugadores madridistas.*

Uno de los antecedentes literarios del valioso «Reglamento comentado», de don Pedro Escartín, son, para pasmo de profanos, las «Coplas» de Pedro Manrique. Con una importante plantilla de buenos jugadores, con una táctica hábilmente adecuada a las circunstancias y con la fortuna imprescindible se pueden realizar grandes hazañas futbolísticas. Se pueden meter dos goles en los doce primeros minutos, jugar al fútbol con verdadera grandeza, como monarcas del balón, y tener al público levantado de sus asientos durante media hora con las gracias de sus pies, pensando que sus vidas han sido definitivamente transformadas después de haber asistido a tanta maravilla. Pero Jorge Manrique, antes de morir peleando cerca de las porterías del casti-



llo de Garci-Muñoz, dejó bien dicho que para la vida, es decir, para el fútbol, la felicidad nunca puede llegar a ser eterna. «¡Cuán presto se va el placer...!», comentaba Manrique, como en una crónica anticipada del Madrid-Sabadell.

La verdad es que el comienzo del encuentro no pudo haber sido más impresionante. El árbitro, Urrestarazu, acababa de poner su reloj en hora y de ordenar, mano en alto, a golpe de silbato, la puesta en marcha del balón, cuando Grosso pasa en corto a Velázquez, éste lanza a Gento, que corre hacia la portería catalana, y dispara. El balón rebota en el portero, llega a Velázquez y consigue el primer gol. Entre el silbido inicial del árbitro y los aplausos entusiasmados del público sólo han transcurrido veinte segundos.

Con semejante principio los espectadores presienten que el paraíso del gol eterno se halla a punto de abrirse para ellos. El Madrid no les defrauda. Hoy es un día insólito. Cada maniobra de la delantera blanca es un hermoso despliegue de técnica y de imaginación. Ambos equipos, aparte de las normales precauciones, juegan de manera abierta y despreocupada. Romero marca a Pirri, Marañón a Velázquez, Zunzunegui a Pujol. El único marcaje realmente implacable es el que hace Pini a Amancio.

#### AMANCIO, DE CABEZA

Las más elevadas cimas del disfrute futbolístico se alcanzan por el minuto doce, cuando Amancio remata de cabeza un córner sacado por Gento, y el portero Martínez logra a duras penas enviarlo fuera del campo. José Luis saca de nuevo, y Amancio vuelve a rematar de cabeza, pero esta vez tira por bajo, marcando el segundo gol madridista.

Los graderíos estallan. El juego es una pura felicidad. Velázquez está a punto de conseguir el tercer gol de la locura, pero el balón tropieza en el cuerpo del portero catalán. Todo el equipo funciona a la perfección. Calpe se aprovecha de que el extremo que le corresponde vigilar, Marañón, se ha ido a marcar a Pirri y ejecuta múltiples incursiones hacia el área enemiga. Hay un gran tiro de Pirri al ángulo que desvía Martínez. Luego, una increíble jugada de Pirri, que se hace el autopase, se embala hacia los predios de Martínez y conecta un chut formidable que deja temblando por partida doble al poste y a la afición.

Pero llegadas las cosas a esta altura, el Sabadell decide suspender el espectáculo futbolístico que se está ofreciendo a su costa —probablemente acogiéndose al tan utilizado derecho de réplica— y recompone su actitud. Un minuto después de tal decisión, Vidal, al borde del área madridista, detiene con el pecho la pelota y, sin dejarla caer, lanza un tiro que sale fuera. Es la primera advertencia.

La defensa del Madrid no tarda en impresionarse ante la insospechada firmeza de los sabadellenses y comienza a desmoronarse. Cunde el desconcierto y el recuerdo de Jorge Manrique pesa como una losa en el ánimo de los jugadores blancos. En el último minuto del primer tiempo, Sanchís y De Felipe no pueden resistir tanto decaimiento y dejan que Marañón invada sus terrenos para conseguir un gol reivindicativo para el equipo arlequinado.

#### GOLES EN SERIE

Todo continúa igual en la segunda parte del encuentro. Amancio ha pasado al extremo y José Luis ocupa el puesto de interior. Se suceden los errores y se escuchan las primeras palmas.

A los diez minutos se produce el tercer gol madridista. Gento levanta el balón por encima del portero y Grosso mete el pie cuando iba a entrar la pelota.

El Sabadell no se amilana y, sin más trámites, pone en marcha por segunda vez la acción de réplica. Cuestión de un solo minuto. Falla De Felipe y Pujol establece el tres-dos.

Los defensores del Madrid se endurecen ante el desacato. En la tarea represiva se distinguieron Zunzunegui, De Felipe, Calpe y Grosso. Suenan de nuevo las palmas. El público, antes alegre y confiado, piensa ahora con temor en el empate. Amancio aclara la angustiosa situación con un pase a José Luis, que logra el cuarto gol, a los treinta y tres minutos. Pero el Sabadell ya está entrenado en el juego de la contestación fulminante y marca su tercer gol, sin dejar pasar el minuto, por medio de Vidal, que aprovecha un fallo de Betancort. Otra vez un solo gol de diferencia y la fatal incertidumbre en los fieles corazones madridistas. Pero Amancio se encarga de disipar los temores de la afición y coloca el cinco-tres inapelable en el marcador, sin posibilidad de réplica por falta de tiempo.

Destacaron por el Madrid, Gento, en plena juventud; Amancio, Velázquez y Pirri. Mal la defensa y José Luis. En el Sabadell se distinguieron Marañón, Pujol, Pini y Seminario.

Así pasó el público en hora y media de la felicidad al miedo, por todos los estados de ánimo que son posibles en la persona humana. Sesenta mil espectadores que experimentaron en sus propias almas los versos desengañados, clarividentes y futbolísticos de aquel esclarecido caballero que se llamó Jorge Manrique.

# EL EMPATE QUE NO CESA

---

21/10/68

*Campo: Estadio del Manzanares. Unos 30.000 espectadores. Tarde calurosa.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 0; Elche, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarrain; Paquito, Jayo, Calleja; Irureta, Eusebio; Ufarte, Luis, Gárate, Melo y Collar. Elche: Araquistain; Ballester, Iborra, Canós; Ramírez, Llompart; Serena, Lezcano, Vavá, Curro y García.*

*Árbitro: David, del Colegio valenciano. Su actuación fue casi impecable, pitó todas las faltas. Pero tanta perfección tuvo su natural inconveniente: el juego se detenía a cada instante y perdió su hipotética vistosidad. No se dejó impresionar por el respetable, lo cual, en estos tiempos, constituye una notable novedad. Hay que felicitarlo.*

Cuando iba a finalizar el primer tiempo, una vaga sensación de desasosiego comenzó a inquietarme. Uno no posee la rara fortuna del admirable cronista taurino don Antonio Díaz-Cañabate, que cuando los toros se niegan a embestir o los toreros a dar pases, cuando el espectáculo rebosa mediocridad y no ofrece nada para poder contar luego en un artículo, su infatigable buena estrella siempre te dispone, a la vera de su localidad, un variado censo de pintorescos personajes: suecas hermosas e intuitivas, castizos matrimonios, aldeanos sentenciosos, parejas de novios metafóricas, francesas con ojos de permanente asombro y niños

prodigio clandestinos que, con sus ininterrumpidas exclamaciones y atinados comentarios, vienen en su socorro y le salvan, con fiel brillantez, la crónica.

El panorama del Atlético de Madrid-Elche no podía ser más desolador. Comparado con anteriores partidos, no sabría decir si el juego realizado por el Atlético era bueno o malo, porque esta vez no se excedieron en los grandes errores. El juego rojiblanco era, simplemente, absurdo. Horizontal y desganado, con extraños pases de ataque en dirección contraria a la portería ilicitana y alguna maniobra medianamente gloriosa de la delantera que se estropeaba llegado el momento de tirar a gol. Todo ello ejecutado a cámara lenta, como si los jugadores atléticos pensaran que en lugar de noventa minutos tenían toda la vida por delante para meter un gol al Elche. El Elche se plegó con engañosa docilidad a las imposiciones tácticas de los rojiblancos, quienes, por esta razón, debieran haber entrado en sospechas de que su estrategia beneficiaba grandemente a sus rivales. Pero los ilicitanos lo hicieron muy bien, simulando que pasaban apuros y cometiendo algún que otro error garrafal para no despertar la desconfianza. Pasaba el tiempo, y sobre el césped no ocurría nada digno de mención. Sólo el correteo absurdo de veintidós caballeros tras un balón imposible de controlar. No había nada serio que anotar y entonces, terminando la primera parte del encuentro, comencé a dirigir angustiosas miradas a mi alrededor.

#### EUSEBIO FORMIDABLE

Doce filas más abajo, un par de espectadores eran el punto de convergencia de la atención de sus vecinos más inmediatos. En la distancia sólo

se podían apreciar algunos pormenores de la escena. Los dos protagonistas se hallaban de espaldas y tenían las solapas de la chaqueta levantadas sobre el cuello. La gente circundante se apretaba junto a ellos con la mirada fija y obsesionada, sin apenas intercambiar palabras, y dirigiendo de vez en vez rápidas miradas a lo poco que acontecía en el terreno de juego. ¿Qué cosas dirían los dos caballeros para tener tan embobados con su ingenio al auditorio? Ellos podían ser los salvadores de la crónica. Me armé de valor, dediqué un último pensamiento al señor Cañabate y comencé a descender lentamente los escalones.

Abajo, en el campo, el Atlético se anima ligeramente. Canós persigue a Ufarte por todas las zonas cumpliendo las consignas de Lucho Gatica: «Adonde quiera que vayas, yo iré contigo». Hay un fabuloso empalme de Calleja, con una estupenda parada de Araquistain. Poco después, Luis pasa muy bien en profundidad a Gárate, que llega solo ante el portero ilicitano y, en inmejorable oportunidad, chuta fuera. El público ovaciona con calor y esperanza al debutante atlético Eusebio, que está resultando el mejor de los veintidós y se revela como un jugador pleno de inteligencia y de técnica. Araquistain desempeña su trabajo con suerte, agilidad y colocación. En medio de tanta monotonía, el árbitro, David, anima al público con un justo concierto de silbato, pitando a diestro y a siniestro, deteniendo constantemente el juego, probablemente con la buena intención de que los futbolistas se enmendaran y cambiaran de comportamiento. No podría hacer nada.

#### LA AFICIÓN, DESILUSIONADA

El grupo que rodea a los dos personajes de las solapas levantadas oculta sus rostros y obliga a un último esfuerzo de acercamiento. Me abro



*Impecable despeje de puño de Araquistain.*

paso entre las espaldas silenciosas y las cabezas absortas cuando, de pronto, me encuentro cara a cara con los dos salvadores de está crónica. Lleva cada uno en las manos un papel con grandes iniciales cifradas y de sus oídos emergen cuatro cables que van a parar a cuatro pequeños aparatos de radio. Nadie habla. Un incontrolado trata de romper el silencio: «¿Cómo va el Madrid?» Le responden ambos al mismo tiempo: «¡Chitssss...» Faltan cinco minutos para que termine el Atlético de Madrid-Elche. Ya no hay tiempo material para rectificar la equivocación. Todo está perdido. Busco desesperadamente a la sueca, a los novios, al paisano, al matrimonio, a las francesas, al niño; busco al mismo señor Cañabate para preguntarle si hoy no necesita alguno de sus personajes y quizá pudiera dejarles que se sentaran conmigo. Pero el partido ya ha terminado. La gente desfila desilusionada por los pasillos. Descubro a los dos radioescuchas, que continúan impasibles en sus asientos: «Por favor, ¿qué piensan de este Atlético de Madrid?» Levantan la vista con asombro: «¡Chitssss...»



# EL GOL PARA EL QUE LO TRABAJA

---

24/10/68

*Campo: Estadio del Manzanares. Unos 30.000 espectadores en la noche apacible.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Irureta); Ajax, 1 (Swart).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubizarain; Colo, Jayo, Calleja; Baby (a los cuarenta minutos, Mariano), Eusebio; Hernández, Irureta, Clares (en la segunda parte, Lamata), Melo y Leirós. Ajax: Bals; Huishoff, Pronk, Vasovic, Suurendok; Nuninga, De Hann; Swart, Danielsson, Muhren y Piet Keizer.*

*Árbitro: El colegiado portugués Salvador García. Probablemente se haya equivocado en no conceder un penalti a favor del Atlético en una falta hecha a Hernández dentro del área que cambió por libre indirecto; en medio del griterío de la afición.*

No brilló demasiado en el encuentro. Pero fue eficiente, gris y puntual. El yugoslavo Vasovic, defensa de cierre y único extranjero en el Ajax holandés, pasó casi inadvertido, pero, moralmente, la serena superioridad del equipo flamenco sobre el Atlético fue obra suya. Vasovic aportó a su conjunto una cosa muy importante para jugar al fútbol: la ideología. Según ella, el balón debe pertenecer a todos los compañeros y nadie debe retenerlo en su poder. Hay que pasarlo al más necesitado. Bajo la mirada del yugoslavo Vasovic, el Ajax desarrolló un fútbol socialista que produjo su fruto a los cuarenta minutos de trabajo con

un gol conseguido por Swart después de recibir un centro del extremo Keizer. Fue un gol de autogestión.

La concepción del mundo del Atlético es individualista. En su plantilla hay grandes jugadores que han gozado de inmenso prestigio y se han desviado hacia un error imperdonable en el fútbol: el culto a la personalidad. El entrenador rojiblanco, Miguel, hombre de fino instinto, intuyó algo de lo que podría ocurrir si enfrentaba un equipo lleno de figuras contra un equipo colectivizado y trató de poner remedio a sus certeros presagios sacando un equipo proletario, un equipo formado, en su mayor parte, por jugadores todavía no corrompidos por la gloria personal. Hernández, Mariano, Lamata, Clares, Leirós, Baby, Melo, Eusebio se encontraban en las perfectas condiciones psicológicas para presentar batalla a Vasovic y sus camaradas.

Pero las malas enseñanzas son difíciles de arrancar. Sobre todo si sólo se dispone para ello de noventa minutos. Los debutantes del Atlético cayeron con presteza en los vicios de sus mayores. Todos querían obtener su gol, a veces desde distancias inverosímiles, que hubieran requerido la ayuda de Von Braun para establecer la trayectoria aproximada de la pelota. Todos pretendían regatear a sus contrarios en busca del fácil aplauso de la generosa galería. El que mejor entendió el modo de jugarle a los holandeses, el que dio el gol, con un pase en profundidad a Melo, para que éste cediera a Irureta, el que, en otra ocasión, puso la pelota a los pies de Melo para que lanzara un soberbio disparo, que pegó en el poste con el portero batido; el que más rápidamente comprendió la necesidad de socializar el juego del Atlético fue Eusebio, un muchacho natural de Badajoz, una de las provincias con la renta «per capita» más baja de España.

El Ajax planteó el encuentro con un claro cuatro-tres-tres, al que habían incorporado sus convicciones democráticas, es decir, cuando atacaban, atacaban todos y para defender, lo mismo. Aunque no dieron la sensación de emplearse a fondo, todos bregaron por igual. El Atlético desarrolló la misma táctica, pero con la fundamental diferencia de que los defensas se desentendían, en múltiples ocasiones, de los apuros de sus delanteros, y viceversa. Así llegó el gol holandés, cuando Swart, abandonado por Calleja, que había corrido a defender el centro del área, remató de cabeza solo ante Zubizarain.

Los sistemas de vigilancia mutua fueron sencillos. Clares era marcado por Hulsoff; Hernández, por Pronk, y Eusebio seguía los pasos de Danielsson. Los rojiblancos empezaron con buen tono, pero en seguida se desmoralizaron ante el juego ordenado, razonable y moralmente superior de Vasovic y sus camaradas. Al iniciarse el segundo tiempo volvieron a la carga y, durante algunos minutos dieron impresión de peligro, hasta que de nuevo flaquearon en sus convicciones de victoria. A los cuarenta minutos de la primera parte, Baby fue sustituido por Mariano y, ya en el segundo tiempo, Clares por Lamata. Pero en nada mejoró la situación del equipo.

En el Atlético destacaron Eusebio, jugador frío y constructor. Colo y Leirós, aunque éste incurrió en el defecto de repetir hasta el infinito la misma jugada. Por el Ajax, aunque en un equipo colectivizado no debieran hacerse distinciones, se distinguió la forma física e intelectual de Vasovic y la clase del extremo Keiser. El árbitro portugués, Salvador García, fue abroncado por el respetable al transformar en libre indirecto, a los ochenta y ocho minutos, una falta de la que fue víctima Hernández dentro del área que semejaba un penalti. Por lo demás, estuvo ligeramente casero, aunque no recuerdo que alguna de las cláusulas del Pacto Ibérico le obligara a ello.



*En el último minuto, Irureta salvó el honor.*

En el último minuto del partido, el Atlético aprendió la lección del yugoslavo Vasovic quien, como un buen maestro orgulloso de sus discípulos, permitió que se lo demostraran prácticamente y dejó intencionalmente suelto a Irureta para que recibiera el pase de Eusebio, vía Melo, marcara el gol del empate y, con esta experiencia, se le quedara grabado para siempre el principio de que el balón pertenece a todos los compañeros por igual. El instrumento de producción no es propiedad de nadie en particular y nunca debe ser utilizado con fines individuales. Es el único camino del progreso en el marcador. Porque el gol es para el que lo trabaja.

# DEL CERROJO Y OTRAS HABILIDADES

---

04/11/68

*Campo: Estadio Bernabéu. Unos 80.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (José Luis); Real Sociedad, 1 (Arzac).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zunzunegui; Miguel Pérez, Amancio, José Luis, Velázquez y Gento. Real Sociedad: Esnaola; Gorriti, Martínez, Gaztelu; Ormaechea, Sagasta; Mendiluce, Boronat, Arzac, Silvestre y Urtiaga.*

*Árbitro: Martín Álvarez. Se equivocó bastante, ayudado por los dos jueces de línea medrosos. Entorpeció el juego en múltiples ocasiones interceptando el balón con el cuerpo. Al final estuvo a punto de perder las riendas del partido, pero los jugadores de ambos equipos no quisieron colaborar con su falta de carácter.*

Conviene descubrirse con pavor y admiración ante el señor Elizondo, entrenador de la Real Sociedad y técnico en resistir asedios, que ha sabido hacer de la desprestigiada estrategia de la defensiva un arte. Hasta ahora encerrar a los once jugadores dentro del área, dedicados a la poco edificante tarea de destruir el juego del contrario con la máxima aspiración de alcanzar un empate, era una maniobra que hacía arrugar el ceño con lógico disgusto a los buenos aficionados al fútbol. La Real Sociedad llevaba varios años especializada en esta clase de menesteres y, sin pena ni gloria, alternaba los discretos éxitos con los discretos fra-

casos. Entonces apareció en escena, como entrenador del equipo guipuzcoano, el señor Elizondo.

Su principal medida para remontar la moral de su equipo fue de tipo retórico. Sustituyó la palabra «cerrojo», de tan mala Prensa, por la sutil metáfora de «defensa elástica», habilidad lingüística que sin duda habrá hecho palidecer de envidia a muchos políticos. Después se dedicó a perfeccionar a la Real Sociedad en su eterna condición de equipo sitiado.

«No hay que ser muy devoto de salidas; si están lejos los enemigos son inútiles, y costosas, porque es larga la retirada y se intimidan los soldados.» El señor Elizondo lleva siempre consigo un viejo manual que trata del arte de resistir con buena fortuna los asedios. Prácticamente en el Madrid-Real Sociedad no hubo sistemas de vigilancia individual, porque los guipuzcoanos sólo se preocuparon de defender la zona que rodeaba su portería, sin esforzarse en destruir la organización de los ataques que se fraguaban en el centro del campo.

«Sin embargo, de todo lo expresado sobre salidas, háganse algunas no de grande empeño para cumplir con la crítica, que han de ser muy breves, para sorprender y degollar alguna tropa.» A los nueve minutos, Sanchís y Betancort son degollados mientras dormían por Boronat y Arzac, que realizan una peligrosa incursión por terreno enemigo. El 0-1 subía al marcador.

El inesperado descalabro estimula a los atacantes blancos, que se arrojan encarnizadamente contra la muralla guipuzcoana, tratando de encontrar una brecha para degollar a Esnaola. Pero Amancio no pone el ardor combativo de otras batallas, Velázquez se ha cansado prematuramente y Miguel Pérez falla una y otra vez. Sólo Gento y José Luis representan una seria amenaza. Por la retaguardia madridista las cosas

tampoco marchan demasiado bien. Sanchís es incapaz de detener a Boronat, De Felipe está descolocado y Zunzunegui se muestra lento para detener el excelente fútbol de guerrillas de los donostiarros. Pero a los veintisiete minutos salta por primera vez la defensa guipuzcoana. José Luis remata de cabeza un córner, picando el balón hacia abajo, y establece el empate a un gol.

El éxito proporciona una momentánea moral a los madridistas y surge como por ensalmo una jugada grandiosa de Velázquez-Amancio-Velázquez, que acaba malográndose. Y es entonces, en estos momentos, cuando se produce un hecho asombroso, grande e inesperado. En estos momentos se descubre la verdadera y callada vocación del árbitro Martín Álvarez.

El árbitro Martín Álvarez es un apasionado del fútbol. Pero al contrario que sus compañeros de profesión no disfruta, como podría parecer, cuando pita justas faltas, ni cuando señala exactos fueras de juego. Lo que de verdad, de verdad le gusta a Martín Álvarez es jugar al fútbol. Corrían los treinta minutos del primer tiempo cuando los espectadores, atónitos, contemplan como Martín Álvarez se incorpora al asedio y remata de cabeza un balón rechazado por la defensa donostiarra que es detenido a duras penas por Esnaola. Era el comienzo de su recital. A partir de este instante no cesó de tomar parte en los avances de ambos equipos, se mezcló con los jugadores, llevó el balón con sus pies en numerosas ocasiones e incluso bajó a defender indiscriminadamente las dos porterías, deteniendo con su cuerpo varios balones peligrosos. Dio todo un curso de facultades físicas. El único defecto que encontré en su actuación como futbolista es que confundió en algunas ocasiones a los jugadores de los dos equipos, que no sabían hasta el úl-

timo instante a favor o en contra de quién jugaba en cada avance. Mas a pesar de la improvisada ayuda de Martín Álvarez, el estado de sitio de la Real Sociedad continuaba. Los ataques madridistas, aunque desordenados, se sucedían con rapidez. Y así llegó el segundo gol del Madrid. Un fuerte cañonazo de Gento es interceptado por Esnaola, que no puede retener el balón, llega José Luis, lanzado y oportuno, y marca el segundo gol para su equipo.

Consumida la tregua del descanso ambos conjuntos reanudaron la contienda con las mismas posiciones, pero con el ánimo disminuido. El Madrid se conformaba con la modesta victoria, y los donostiarras, por su parte, trataban de dejar en buen lugar las reputadas teorías de Elizondo, demostrando que la táctica era buena, por encima de los dos fracasos puramente anecdóticos, que no afectan en nada a la base científica del sistema. No en vano era el primer partido de la presente Liga que perdían.

Amancio también acepta el resultado y echa fuera un balón a los veinte minutos de juego, cuando se encontraba ante la portería enemiga con Esnaola batido. El público se conforma asimismo con el 2-1, se desentiende de los jugadores y la emprende con el árbitro-futbolista, al que abuchea con rigor y con ira en medio del flamear de los pañuelos.

Destacaron por el Madrid, José Luis, Calpe y Gento. Calpe tuvo una actuación perfecta. En la Real Sociedad, Gaztelu no dejó dar una a derechas a Miguel Pérez. Arzac y Silvestre estuvieron magníficos. Boronat hizo de Sanchís un sayo. Todo el equipo vasco jugó perfectamente al contrataque, con el mejor estilo.

«Ha de ser el gobernador padre, consuelo y socorro de toda su guarnición. Ha de tratarla con agasajo y cortesanía, y esto ha de ob-



servarlo todo el año y no guardarlo para la ocasión.» Terminado el encuentro, ya en los vestuarios, Elizondo repasa el viejo manual de estrategia guerrillera. Al cabo de unos instantes se levanta y se dirige, sonriente, a los informadores: «Mis muchachos han realizado un excelente partido.»

# EL ATLÉTICO NO MERECIÓ LA DERROTA

---

11/11/68

*Campo: Estadio del Manzanares. Lleno total.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 0; Real Madrid, 1 (Amancio).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarain; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Eusebio; Ufarte, Irureta, Gárate, Adelardo y Collar. Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zunzunegui; José Luis, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento.*

*Árbitro: Ortiz de Mendíbil. Comenzó bien. Luego perdió la autoridad a raíz del gol madridista y consintió en ser zarandeado sin piedad por los jugadores rojiblancos. Su labor favoreció al Madrid.*

Los Montescos y los Capuletos estaban cansados. Llevaban muchos años disputando para la historia, sistemáticamente y encarnizadamente, y ahora ya no deseaban enfrentarse con los furores de antaño. La proximidad del enemigo ya no les pone brillo en la mirada ni lleva un estremecimiento de guardia al músculo. Los Montescos y los Capuletos habían dejado de odiarse. Pero sus parientes no.

Esta vieja rivalidad ciudadana del Madrid-Atlético conmociona cada año a toda la ciudad como una antigua y salvaje liturgia. Gentes de la más variada condición, para muchas de ellas es el único partido que verán en la temporada, se encaminan el domingo ritual al estadio del Manzanares para asistir al gran espectáculo, algunos con la secreta

aspiración de contemplar el renacimiento de las extinguidas pasiones. No acudió solamente el público habitual de todos los encuentros. Intelectuales, «playboys», menestrales y oligarcas se confundían en los graderíos, a los que habían llegado con una amplia curiosidad que rebasaba las motivaciones puramente deportivas. El Madrid-Atlético es siempre como una pieza de teatro clásico que, no por conocida, deja de sorprender menos.

#### DEPORTIVIDAD

Pero ya se sabe que los Montescos y los Capuletos estaban cansados. Comenzado el partido los espectadores contemplaron sorprendidos como los antiguos y rígidos rivales se ayudaban mutuamente a levantarse del suelo y acudían solícitos y diligentes a prestar auxilio al enemigo caído en la contienda. Y la paz llegó a tal punto, que en el minuto veintiocho, el atlético Adelardo se acercó a felicitar a Betancort por una vertiginosa sucesión de espléndidas paradas. La «hinchada» ortodoxa de ambos bandos no daba crédito a lo que estaba viendo. Grosso tendía la mano a Irureta. Gento palmeaba la espalda a Colo. Amancio no se enfadaba por los insistentes agarrones de Eusebio, y Gárate permanecía impassible frente a Zunzunegui. Los ex enemigos retozaban por el césped alegres y confiados.

Así transcurría el tiempo, con juego incierto y poco brillante, pero con buenas maneras, cuando, de pronto, los parientes de los Montescos y los Capuletos, las poderosas y antagónicas familias del Manzanares y de Chamartín se sintieron traicionados. Los jóvenes parecían haberse olvidado del pasado. Cae Grosso lesionado y la implacable parentela grita para que lo retiren del campo y no se pierda más

tiempo en socorrerlo. Más tarde rueda por el suelo Collar y la masa se desencadena de nuevo imprecando a Calpe. Pero todavía los jugadores no comparten los rigores y la ira del respetable y continúan con su duelo de cortesías. Calleja derriba a Velázquez. Luego se dan la mano. La afición chilla amenazadora.

#### GOL DISCUTIDO

Los muchachos resisten con ánimo esforzado tanta presión moral, sin duda pensando que ellos no tienen nada que ver con las guerras de sus mayores y que el Atlético-Madrid es un partido más de la Liga, totalmente desprovisto del carácter de cruzada deportiva que pretenden adjudicarle. Pero el ambiente es cada vez más tenso. Y, aproximadamente a los veinticinco minutos de la segunda parte, se produce el hecho temido que desencadena el recuerdo de los dormidos agravios: Grosso pasa en profundidad a Amancio, que se va hacia el lado derecho de la portería rojiblanca, mientras un juez de línea agita el banderín desesperado, y chuta el balón muy hábilmente a la salida de Zubizarain introduciéndolo en la portería. Ortiz de Mendibil concede el gol y entonces el estadio se viene abajo. Los jugadores atléticos persiguen al árbitro, lo acosan, zarandean, golpean; luego intentan dirigirse al lívido linier. Los madridistas se interponen y comienzan a disputar entre ellos. Ha estallado la paz. Los ortodoxos se encienden con el fragor de la batalla. Caen desde lo alto las almohadillas. Nada volvería a ser como antes.

#### VIOLENCIA

Se instaure el juego duro. Pirri y Adelardo se fustigan sin tregua. Calleja pone una plancha a Grosso y tiene que ser protegido por sus com-

pañeros de las represalias madridistas. El partido pierde interés, aunque los blancos empiecen a realizar avances peligrosos por primera vez en todo el encuentro. Decae el juego atlético, que ahora se dedica a bombear balones sobre la puerta de Betancort tratando de conseguir el gol de la fortuna. Habían perdido tres ocasiones cruciales: en el primer tiempo, con un fallo garrafal de Adelardo, solo ante la portería de Betancort sin Betancort, y en el segundo, cuando el empujón interminable de Zunzunegui a Gárate dentro del área madridista, con indicios de penalti, que Ortiz de Mendíbil no pitó, y cuando Calpe salvó de cabeza un gol cantado a los doce minutos. Tuvieron pocas más oportunidades a pesar de que realizaron más jugadas que el Madrid.

Destacaron por el Atlético Colo, Ufarte y Melo. Eusebio vigiló bien a Amancio, pero a base de agarrones continuos y entradas fuertes, es decir, con métodos impropios de un buen jugador como él. Por el lado madridista, Sanchís, flojo. De Felipe, a veces con autoridad, a veces inseguro; Gento se perdió en la tarde; José Luis cometió bastantes errores; Velázquez, Calpe, Grosso y Pirri fueron los más brillantes. Gran parte de la victoria pertenece a Betancort, que detuvo algún balón de modo increíble y estuvo muy seguro en las salidas.

Pudo haber sido un partido para la historia, porque los jugadores de ambos bandos comenzaron por no tomar en serio las pasiones desatadas en torno al enfrentamiento de los dos equipos. Luego terminaron sucumbiendo fatalmente a la presión de los graderíos. Camino de los vestuarios, atléticos y madridistas se estrecharon las manos. Los Montescos y los Capuletos habían dejado otra vez de odiarse. Afuera clamaba el respetable. Pero no así sus parientes.

# GOLEADA EN LA NIEBLA

---

25/11/68

*Campo: Estadio del Manzanares. Noche fría y de niebla. Partido televisado y, por consiguiente, poca entrada.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 5 (Gárate (3), Irureta y Adelardo); Coruña, 1 (Beci).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarain; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Eusebio; Ufarte, Irureta, Gárate, Adelardo y Collar. Coruña: Mendieta; Madir, Gaona, Domínguez; Sertucha, Luis; Juanito, Loureda, José Luis, Cervera y Beci.*

*Árbitro: Zariquiegui. No tuvo demasiadas complicaciones y se equivocó en alguna mano de Ufarte que no pitó. Es decir, bien porque el partido no ofreció ningún problema.*

Insobornable y sufrida, la afición atlética se había dejado encandilar una vez más, como todos los domingos, con el comienzo arrollador del equipo de sus desvelos. Pero en esta ocasión las palmas y el estimulante vocerío sonaban de muy distinto modo. El «hincha» rojiblanco había hecho sus cálculos de antemano y se hallaba completamente seguro de que el Coruña no iba a ser rival suficiente para el Atlético de Madrid. Llevaban razón, como vendría a demostrarse más tarde; pero el Coruña no iba a perder por los motivos que ellos habían adelantado, sino por otros de orden muy diferentes. El Coruña no iba a sucumbir porque era el más débil futbolísticamente, sino que le derrotó el sentimiento.

Hay que poseer un carácter muy entero para viajar a tierras extrañas, abandonar los valles húmedos y las «corredoiras» felices, adaptándose con dignidad y firmeza a la nueva situación, preparar la mirada para afrontar los pardos y los ocres castellanos, y después de tanto penar y tanto esfuerzo, cuando el carácter ya parece definitivamente forjado para soportar la adversidad, saltar al terreno de juego del estadio del Manzanares con un nudo de «morriña» en la garganta, y encontrarse, de pronto, caminando por una verde pradera mojada y envueltos en la niebla cordial y compañera. Con semejante increíble sorpresa los once futbolistas gallegos, recuperado inesperadamente el paraíso perdido, se pusieron muy contentos. Ya no les importaba ganar el partido, ni mucho menos presentar enconada y turbia batalla al Atlético. Sólo querían disfrutar de una estancia nostálgica y mostrar a los rojiblancos su agradecimiento por el marco hogareño que les habían preparado.

#### SOLTURA ATLÉTICA

Comenzado el partido los once coruñeses se reunieron en su área, probablemente para hablar de la hermosa tierra lejana. Así se habrían de pasar la mayor parte del encuentro. El árbitro, Zariquiegui, no supo entenderlo y amonestó en algunas ocasiones a los gallegos, acusándoles de perder tiempo. Sólo pretendían alejar el balón para poder conversar con más comodidad, bajo el abrazo de la niebla, de sus cosas.

Al mismo tiempo que tales acontecimientos suceden entre los coruñeses, en el bando atlético se opera una transformación totalmente contraria. El equipo empieza a jugar con una soltura y una lucidez impresionantes. A los diez minutos, Collar lanza una falta por encima de



*Primero de los goles de Gárate en la resurrección rojiblanca.*

la barrera y la pelota se dirige impecable hacia el ángulo de la portería de Mendieta, quien con esfuerzo y reflejos consigue despejar a córner. Ocho minutos más tarde vuelve a repetirse exactamente la gran jugada, y Mendieta envía el balón otra vez fuera de la escuadra. Los aficionados se frotan los ojos, estremecidos de frío y de asombro, y terminan por entregarse sin reservas al jolgorio cuando comprenden que el aluvión de goles se va a producir de un momento a otro.

Efectivamente. A los veinticinco minutos se enreda la defensa coruñesa en una serie de fallos y rebotes, y Gárate acaba enviando la pe-



lota al fondo de la red. Se inicia la goleada. Los gallegos se limitan a pasarse muy bien el balón en el centro del campo y en la zaga, con maneras de equipo importante, para demostrar que podrían jugar mucho mejor si no tuvieran el pensamiento y la atención ocupados en asuntos muy diferentes. El árbitro, Zariquiegui, se equivoca tan sólo en cuestiones de muy poca monta gracias a una técnica particular: aguarda la reacción del público o de los jugadores antes de adjudicar la falta a uno u otro bando. Si los graderíos señalan córner, si cuatro futbolistas levantan los brazos, Zariquiegui refrenda con su silbato la voluntad de la mayoría. Y lo mejor es que nadie protesta, ni siquiera los perjudicados. La democracia parlamentaria ha dejado de ser peligrosa.

#### REMATES EN SERIE

A los treinta y cinco minutos, Irureta empalma el balón a bote-pronto y logra el segundo de la serie. El público incondicional se vuelve loco ante el espectáculo inaudito, y cuando las cámaras de televisión enfocan las gradas, agitan los brazos desesperadamente, como deseando dejar constancia gráfica de que ellos se encuentran presentes el día del milagro.

El segundo tiempo se desarrolla de la misma manera, pero con la habilidad corregida y aumentada. Eusebio y Melo controlan con autoridad el centro del campo. Collar y Ufarte corren incesantes por la banda y centran balones que rematan en todas las posturas Gárate, Adelardo e Irureta. A los siete minutos, Collar pasa a Irureta, que cede a Gárate, quien chuta y consigue el tres a cero. Dos minutos después centra de nuevo Collar y Gárate remata magníficamente de cabeza, peinando el balón, que se introduce por el lado contrario de donde estaba Mendieta. Ya van cuatro goles, pero la afición exige más para olvidar el doloroso y reciente pasado.

Los coruñeses, conmovidos todavía por la sorpresa del césped húmedo y de la niebla familiar, se limitan a dar palmadas en la espalda a los atléticos cada vez que caen en un choque y a iniciar algunas jugadas de notable factura, aunque sin malas intenciones, para dar más brillo a la exhibición de sus anfitriones. En una de estas ocasiones deciden esmerarse aún más en la contribución al gran éxito rojiblanco y envían a Cervera y Beci a los dominios de Zubiarraín. Cervera dispara un poderoso tiro al larguero y Beci recoge el rebote, batiendo cortésmente al portero madrileño. Así el argumento servido en bandeja es claro: el Coruña puede meter goles, luego los del Atlético tienen doble mérito. Entonces Adelardo recibe un balón de Irureta a los veinticinco minutos y establece el 5-1 final. El público, enardecido, arroja las almohadillas al terminar el encuentro. Como siempre, pero con motivos diferentes. Los once gallegos se retiran estrechando la mano a sus teóricos adversarios. Con la hospitalidad de la bruma y el prado los goles rojiblancos no ofenden. Además, dentro de unas horas van a contemplar de nuevo, por millonésima vez atónitos, La Coruña.

# SE IMPUSO EL VALS

---

05/12/68

*Campo: Estadio Bernabéu. Unos 80.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Velázquez y Pirri); Rapid de Viena, 1 (Bjerregaard).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zunzunegui; José Luis, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento (Bueno). Rapid: Fuchsbichler; Gebhardt, Glechner, Fak; Bjerregaard, Ullmann; Fritsch, Kaltenbrunner, Grausam y Sondergaard.*

*Árbitro: El suizo Droz. Bien en general, aunque siguió el juego desde lejos. También estuvo suavemente casero.*

El momento actual de la sociedad lo exige: hay que definirse. Los profesionales de la duda, los escépticos y los intelectuales han perdido el tren de la vigencia. Ya nadie puede, honradamente, lavarse las manos y contemplar indiferentes, como un simple espectáculo, un partido de fútbol. Porque el fútbol se ha convertido en depositario de valores superiores. Cuando Massiel ganó en Londres el Festival de Eurovisión con aquel himno inmutable del «La, la, la», toda la nación se mostró de acuerdo en que el éxito excedía las fronteras musicales para situarse en el ámbito de las ideologías. Con Massiel, la voz de España se abría paso, una vez más, en el concierto de los pueblos. Así ha ocurrido, necesariamente, en el Madrid-Rapid de Viena para la Copa de Europa.

En la práctica, la lucha entre los valores espirituales y raciales de españoles y austríacos se desarrolla al nivel de la confrontación entre bailes: el vals contra el pasodoble. Los vieneses practican un fútbol vertiginoso, que hace girar al contrario una y mil veces hasta hacerle perder el sentido de la orientación. Por su parte, los españoles se lanzan rectos y jacarandosos a recorrer la pista y, cuando salen bien las cosas, ofrecen un brillante espectáculo garboso y castizo. De tal solapado modo se planteó la contienda.

El Madrid saltó al campo confiado y arrollador para intentar demostrar la supremacía moral del pasodoble. Un tiro de Velázquez, a los cuatro minutos, suena en el poste como un golpe de bombo, y es la señal para comenzar la danza. Los madridistas se permiten un lujo raro en estos tiempos: atacar con cinco hombres. Pero Gento y José Luis no saben bailar, y a los veinticuatro minutos de la segunda parte Gento sería sustituido por Bueno. Como los dos andan por los extremos, no les llega clara la música. En seguida se advierten los fallos del conjunto madrileño. Betancort realiza unas cuantas salidas que dejan temblando de espanto a los graderíos porque en ellas los austríacos no logran goles de milagro. La defensa tampoco coopera demasiado a la tranquilidad del respetable, que se pasa la mayor parte del partido levantado de sus asientos nervioso por la incertidumbre del resultado. Amancio tiene alguna ocasión de marcar, pero el portero Fuchsichler anula sus intentos. Pero los ataques se suceden en oleadas emocionantes y las esperanzas de gol son fundadas.

El Rapid no se deja amilanar y contrataca con rapidez, envolviendo en sus giros a De Felipe, Zunzunegui y Betancort. Ullmann vigila a Amancio, que pretende desconcertarle cambiando el pasodoble por el «ballet». Y a los cuarenta y dos minutos de duro bregar, José



*Se bailó el vals en el Bernabéu.*

Luis saca una falta desde el lateral del área enemiga, bombea el balón y Velázquez remata muy bien de cabeza, junto al poste, marcando el primer gol, que iguala la eliminatoria.

Como se ha producido un ligero juego duro por parte austríaca, al salir al campo los jugadores verdes, en la segunda mitad, el público los recibe con silbidos. El Madrid continúa su batallar y Grosso dispara un potente cañonazo al ángulo que detiene Fuchsbichler.

Pero el vals futbolístico comienza a producir sus efectos y, a los cuatro minutos, De Felipe, mareado, no puede impedir un tiro fuerte y

sin ángulo de Bjerregaard, que entra increíblemente en la portería blanca sin que Betancort logre atajarlo. El 1-1 hunde en el abatimiento al Madrid, que ve lejana la posibilidad de clasificarse. Ahora necesita obtener dos goles más que su adversario. El juego se endurece y Gento y Velázquez rehuyen el choque. Pirri está hecho un coloso. Los vieneses comienzan a perder tiempo y Velázquez da un tirón de orejas a Fak, que pretende distanciar el balón en una falta. A estas alturas, lo más destacado de ambos equipos es su preparación física, que les permite jugar a gran tren durante todo el partido. El Madrid continúa en tromba, pero ahora los pases son imprecisos y se pierden en su mayor parte. A los veintiocho minutos es anulado un gol de Grosso obtenido en fuera de juego. El segundo gol madridista llega a los treinta y siete minutos, gracias a Pirri que entra con decisión al remate cabeceando la pelota a la red. El tanto estimula al público, que vuelve a animar a su equipo, que se arroja a un desenfrenado pasodoble contra reloj. Los austríacos disminuyen la cadencia de su vals confiadamente. La eliminatoria está salvada. En los últimos minutos la portería del Rapid es sometida a un incesante bombardeo. Pero no hay suerte y la esperanza va agonizando en los cronómetros. El Madrid termina vencedor, pero pierde la eliminatoria por el resultado global. En Viena no les habían dejado marcar ningún pasodoble y aquí se ha oído el vals.

# LA NOCHE DE LA GRAN DECEPCIÓN

---

12/12/68

*Campo: Estadio Bernabéu. Noche fría y unos 40.000 espectadores.*

*Marcador: España, 1 (Gárate); Bélgica, 1 (Devrindt).*

*Alineaciones: España: Sadurní; Torres, Tonono (Gallego), Zabala, Eladio; Pirri, Germán (Marcial), Grosso; Claramunt, Amancio y Gárate. Bélgica: Trappeniers; Jeck, Hanon, Dewalke, Thissen; Van Moer, Docks; Jemmeling, Devrindt, Polleunis y Verheyen.*

*Árbitro: El portugués Salvador Heliodoro García. Bien. Siguió las jugadas con mucha vista y sin interrumpir a los jugadores. No vio una mano dentro del área belga que pudo haber supuesto un gol, aunque no merecido, a la selección española.*

En el fútbol y la política, aparte del anacronismo, se progresa muy poco siendo conservador. En política se es conservador para defender unos privilegios sobre los demás, lo cual por lo menos supone la utilización de una táctica en beneficio propio. Ser conservador en fútbol es el colmo del inmovilismo, porque ya no se trata de sostener alguna ventaja, sino de conformarse con las cosas tal como están. La aspiración del balompédico de derechas consiste en no perder, es decir, en buscar el empate, que viene siendo como preferir que no se hubiera celebrado el partido. Por todas estas serias razones, y después de haber visto jugar al equipo español en Belgrado contra los yugoslavos y ahora en Madrid contra los belgas, uno no puede menos de pensar que Eduardo Toba es un seleccionador de derechas, algo así como un

ultramontano con «chandall» y bigote. Situarse a la derecha es temer por lo que existe. Toba tenía miedo de los belgas y formó un extraño equipo que transmitía una sensación de incertidumbre: Grosso con el número «11» a la espalda cumplía la increíble función de extremo izquierdo, cosa que no hace nunca en su propio Club y para la que lógicamente no se encuentra preparado. La línea defensiva fue elegida siguiendo un criterio meteorológico: si el terreno estaba seco, el canario Tonono; si llovía, el catalán Gallego. No hubo barro y Tonono apareció incrustado en la retaguardia barcelonista, formada por Sadurní, Torres, Eladio y Zabalza. No se entendió con ellos y en el segundo tiempo, a pesar de que aún no llovía, fue sustituido por Gallego. Germán es un jugador demasiado frío para estas ocasiones y acrecentó el inmovilismo del equipo. Marcial, que le reemplazó, posee aproximadamente las mismas características de juego.

Con semejante planteamiento el rígido partido sólo podía tener como final feliz el empate. Táctica de vencidos, táctica vencida. A los dos minutos de juego, Grosso entrega el balón, a un contrario cerca del área española; Polleunis pasa al extremo derecha, Jemmeling, que centra, falla el despeje Torres y Devrindt remata a la red. Un gol fulminante que deja helados a los futbolistas españoles y a la afición, que no esperaba tan pronto la catástrofe. No se enderezan las cosas porque la defensa naufraga en el desconcierto, y la delantera, bien marcados Amancio y Gárate, se pierde en estériles maniobras. Germán carece de todo ardor combativo y Grosso, a pesar de su voluntad, corretea inoperante por su banda.

Mientras tanto los belgas, aunque no constituyen un equipo de gran calidad, organizan rápidos contrataques con sus hombres en punta: Jemmeling, Devrindt y Pollenius, que destrozan a la defensa espa-





*Una intervención apurada del meta belga en la noche de la gran decepción.*

ñola. Exactamente a los veintitrés minutos de la primera parte, el público se manifiesta en espontáneo referéndum y condena el fútbol de derechas, aplaudiendo las evoluciones progresistas de los belgas. Sólo hay dos tiros duros y precisos de Pirri que animan los graderíos, aunque los haya parado fácilmente Trappeniers. La afición reclama a Gallego, entonando a coro su nombre como en un exorcismo salvador. De decepción en decepción se llega al descanso.

En el segundo tiempo, Toba decide abrirse a nuevas posiciones y deja en el banquillo a Tonono y Germán por Gallego y Marcial. Pero ya se sabe que la derecha jamás realiza cambios en profundidad y el equipo continúa siendo aproximadamente el mismo. El belga Hanon falla solo ante Sadurní un gol cantado tras un error de la defensa española. Amancio, la esperanza, el desfacedor de entuertos, muy vigilado por Dewalque, nada puede hacer. Hacia los quince minutos el equipo español se llena de energía y ataca la portería belga en busca del empate que recomponga la situación inicial. Los graderíos se encariñan con Gallego y le dedican las mejores ovaciones por su entrega al juego con la misma pasión que en los Madrid-Barcelona le envían los más variados improperios por causa parecida.

Por fin, a los treinta y un minutos se restablece el orden. Amancio cabecea hacia atrás un centro sobre el área belga, y Gárate, entrando muy valiente, introduce el balón en la portería. Es el uno-uno conservador. Los belgas protestan la jugada, aduciendo mano y fuera de juego del delantero centro español. En la rebelión contra el árbitro portugués, Salvador Heliodoro García, se distingue el capitán de la selección belga, Hanon, que es expulsado. Se niega a abandonar el campo y el trencilla portugués reclama la presencia de la fuerza pública, quien se lleva al mepeinado.

Los jugadores españoles se crecen con el tanto y se vuelcan decididamente sobre el área contraria. A los cuarenta y dos minutos, Amancio dispara fuerte y rechaza el portero; Grosso llega lanzado y remata de cabeza fuera. Se ha perdido la definitiva oportunidad. Continúa el esforzado ataque, pero no se produce ninguna alteración en el marcador, porque la total entrega de los jugadores resulta ineficaz por la estructura del equipo. Los belgas se defienden ordenadamente e incluso se permiten el lujo de contratacar en los minutos finales con sus mejores hombres: Dewalque, Jemmeling y Devrindt.

Así termina el partido de la decepción. A las viejas relaciones de España con Bélgica, del duque de Alba a Fabiola, se acaba de incorporar el triste episodio del uno-uno, de la «kermesse» heroica imposible. El futuro conservador de la selección es triste y oscuro. Dentro de las ligeras esperanzas de salvación, el doctor Toba debe comenzar por una apertura a la «sinistra». Si quiere llevar el equipo nacional a los Mundiales de México tiene que aliarse tácticamente, si sus convicciones no le permiten hacerlo de corazón, con el fútbol de izquierdas. Es decir, introducir en sus métodos un elemento de aventura, de iniciativa, de revolución. Lo demás es el orden, el «establishment», el empate.

# LOS ÍDOLOS ESTAN CANSADOS

---

16/12/68

*Campo: Santiago Bernabéu. Tarde helada y unos 70.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Pirri); Elche, 1 (Emilio).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; José Luis, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Elche: Araquistain; Ballester, Iborra, González; Ramírez, Llompart, Serena, Lezcano, Vavá, Asensi y Emilio.*

*Árbitro: Barragán. Muy mal. Anuló injustamente el segundo gol del Elche. Se mostró descaradamente casero. Llevado de su exceso de celo no aplicó nunca la ley de la ventaja en beneficio del Madrid. Finalmente quiso enmendarse y señaló un inexistente fuera de juego de Gento que se escapaba solo hacia la portería de Araquistain y que hubiera supuesto probablemente el gol de la victoria madridista.*

Piadosamente, los focos del estadio no se encendieron hasta el final del primer tiempo. En la penumbra, setenta mil fieles espectadores comprobaban acongojados cómo los dioses del estadio eran derribados sin misericordia. El atardecer cubría con sus sombras el ocaso de los antiguos héroes de cien batallas que soportaban con impotente dignidad el tuteo irreverente, el zarandeo y el escarnio de once forasteros sin historia llegados de las hermosas tierras del sol y las palmeras. Ha sonado la hora de que el Real Madrid se contemple a sí mismo, en su verdade-

ra dimensión, sin dejarse deslumbrar por el fácil espejismo de su posición privilegiada en la clasificación. En los últimos tiempos gana los partidos sin autoridad y por la mínima diferencia, entre sustos y apuros innumerables. Los dioses del estadio han perdido su fuerza clásica y ahora luchan por una corta victoria con la desesperación y las imperfecciones de cualquier triste mortal. Aquiles ya no puede proteger su talón.

Así es la historia: a los cinco minutos de comenzado el encuentro, el extremo ilicitano Emilio avanza por su banda y, ya dentro del área, dispara cruzado a puerta. Betancort se lanza y falla inexplicablemente tocando el balón, que se introduce en la red. No hay respeto para los ídolos en desgracia, y los jugadores del Elche acometen una y otra vez, moviendo la pelota con gran habilidad y sabiduría futbolística. Vavá, sin nadie que pueda frenarle, campa por sus respetos por los dominios madridistas, perfectamente apoyado por Serena y Asensi. Por su parte, la defensa ilicitana impone su eficacia y, con Amancio lesionado, anula con tranquilidad a Gento —muy bien marcado por Ballester—, Velázquez y Grosso. José Luis se encargó de anularse a si mismo con sus innecesarios y torpes regates. Sólo queda el poder, la categoría y el coraje de Pirri para evitar la catástrofe.

## ÁRBITRO

El árbitro Barragán, reverente con los nombres gloriosos y con el prestigio de las grandes hazañas, ayuda al Real Madrid pitando algún fuera de banda a su favor. Semejante exceso de celo acaba por irritar a los jugadores madridistas, que son frenados en sus avances por el silbato amigo de Barragán, que no aplica la ley de la ventaja, preocupa-

do de castigar con energía las entradas fuertes de los ilicitanos. El público comienza a reparar en las actividades del árbitro y le dedica, desde las gradas, sus más selectos improperios. No hay orden en el Madrid, que falla en los pases y en la organización de los ataques. Paradójicamente, dos madridistas de antaño, Araquistain y Serena, demuestran su clase; pero esta vez, en el equipo contrario, Araquistain realizó paradas y salidas increíbles. Serena sortea a Sanchís cuantas veces quiere.

El Elche juega con soltura iconoclasta, con pases perfectos, perfectos contrataques y perfecta defensa, mientras los blancos se pierden en la desbandada. A los veintisiete minutos, la afición la emprende con su equipo e inicia un estrepitoso abucheo, seguido de ovaciones para el Elche desmitificador. De Felipe se luce en algún despeje aislado, mientras la noche cae, misericordiosa y madridista, sobre el estadio sin luz.

## DESTINO

Y a los cuarenta y un minutos se hubiera producido lo irremediable de no haber surgido, para dirigir los acontecimientos, como en las viejas tragedias griegas, el Destino. Aquí el Destino viste calzón corto, corre alocadamente y se vale de un silbato para manifestar sus decisiones. Vavá envía un disparo que pega en el travesaño y es recogido por Asensi, que remata de cabeza batiendo al inseguro Betancort. Sería el 0-2. Pero Barragán anula el gol, justamente conseguido, y los ilicitanos protestan a su alrededor. Pero se cansan en seguida cuando se dan cuenta que es inútil enfrentarse contra el Destino. Momentos después, Llompart centra un balón sobre el área de Betancort, que es detenido por la casera espalda del árbitro.

Con la corta y tolerable ventaja del 1-0 el partido será salvado por el único que se halla en condiciones de hacerlo. Nada más empezar el segundo tiempo, a los dos minutos, Calpe centra un balón y Pirri se lanza valientemente al remate, enviando de cabeza el balón dentro de la portería de Araquistain. El Elche se repliega ligeramente para defender el empate, aunque sin renunciar a la ofensiva ni a su juego de equipo importante, y el Madrid recrudece sus ataques. A esta altura del partido, a Barragán le entran remordimientos por tanto caserismo y trata de enmendarse señalando un inexistente fuera de juego en una escapada fulminante de Gento que podría haber supuesto el gol del resurgimiento. Así continúa adjudicando injustamente faltas a ambos equipos, ahora sin discriminar, instaurando la ceremonia de la confusión. Ya no favorece a nadie: se ha convertido en el enemigo de todos.

Faltan pocos minutos para que finalice el encuentro, y el viejo gigante desmoronado presenta la última batalla. Pero con las luces del estadio encendidas se ve claro que ya no hay remedio, los dioses están cansados y enfrente tienen a once muchachos sabios e incrédulos que derriban con balonazos irreverentes a los ídolos.

# EN EL CALOR DE LOS GOLES

---

19/12/68

*Campo: Estadio del Manzanares. Terreno embarrado, noche heladora y unos 45.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 4 (Adelardo, 2; Gárate y Collar); Atlético de Bilbao, 4 (Igartua, 2; Rojo y Estéfano).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarrain; Colo, Jayo, Paquito; Melo, Eusebio; Cardona, Irureta, Gárate, Adelardo y Collar. Atlético de Bilbao: Deusto; Sáez, Echeberría, Aranguren, Zorriqueta, Larrauri; Estéfano, Igartua, Argoitia, Clemente y Rojo.*

*Árbitro: Francisco Cardona, nuevo en Primera División, señaló con bastante acierto todas las faltas, pero incurrió en la inexperiencia de emplear el silbato sin atenerse a una política de equilibrio en las sanciones, como hacen sus colegas más veteranos para salvaguardar sus vidas y haciendas. Fue increpado por el público.*

Ser vasco consiste, entre otras características fundamentales, en comportarse cordialmente y en hacer bien la segunda voz. El Atlético de Bilbao es uno de los autorizados exponentes de las virtudes tradicionales de la raza y, por tanto, se halla obligado a demostrar cumplidamente en todas partes su noble condición de escaparate de la grandeza de la estirpe. Y así lo hizo en el estadio del Manzanares. Cada vez que un jugador bilbaíno chocaba con su contrincante madrileño se apresuraba a zanjar la cuestión con una leal palmada en la espalda. En cuanto al capítulo de hacer bien la segunda voz, en pocas ocasiones de su im-



portante historia habrá realizado el equipo bilbaíno tan puntual y exigente concierto. Paralelamente al recital futbolístico del Atlético de Madrid, los once vascos replicaban con un coro que no se desviaba lo más mínimo de la voz cantante que llevaban los madrileños. No había terminado el primer minuto del encuentro cuando Collar lanza un córner sobre la portería bilbaína y Adelardo envía el balón de cabeza a la red. Es el 1-0. Igartua lo interpreta como la señal para iniciar el contracanto y, sin esperar otro minuto, mete la pelota en la portería por debajo del cuerpo de Zubizarain: 1-1. El orfeón vasco se crece, y a los siete minutos, un tiro de Argoitia rebota en Eusebio y Estéfano empalma un tiro grandioso que entra por la escuadra como un rayo: 1-2.

Los espectadores del encuentro se hacen cruces de tanta maravilla. Por primera vez en la temporada asisten a un partido de fútbol químicamente puro. Aquí no hay tácticas solapadas para disimular las propias debilidades; no hay marcajes esterilizantes, todo se planteó de manera simple y poderosa: cuando se tiene el balón, se ataca, y cuando se pierde, se defiende. Fórmula sencilla, aunque para aplicarla debidamente haya que poseer las cualidades más valiosas del fútbol: fuerza, genio y clase individual. La afición se muestra contenta y aplaude indiscriminadamente las jugadas de los dos Atléticos.

## ÁRBITRO

El árbitro valenciano Francisco Cardona, nuevo en Primera División, se contagia del ambiente deportivo y comete el error de sancionar con bastante precisión las faltas de uno y otro equipo sin plan preconcebido y sin poner en práctica la política de equilibrio de castigos que tan bien realizan sus colegas más veteranos por el bien de sus almas y de

su porvenir. El público no comprende esta labor honesta y desgarrada y le increpa duramente.

Ambos conjuntos tienen numerosas ocasiones para marcar y el juego se desarrolla a un ritmo vivo, a pesar del terreno embarrado. El Atlético madrileño domina, aunque los contrataques vascos resultan peligrosos en exceso por el doble motivo de la clase de Clemente, Argoitia y Rojo y la mala actuación de los defensores Colo y Jayo. A los treinta minutos, el interior Clemente, un jugador de categoría excepcional que dará que hablar, centra desde la línea de córner y Rojo fusila el 1-3. Un minuto más tarde, el desquite. Tira Gárate y el balón se le escapa al portero Deusto, que tiene un primer tiempo de total desconcierto, estableciendo el 2-3. Echeberría se lleva las manos a la cabeza desolado por la mala suerte. El Atlético de Bilbao, en estos momentos, juega con diez hombres por haberse retirado Larrauri.

## EMOCIÓN

A los cuatro minutos del segundo tiempo, un tiro de maestro. Collar saca una falta al borde del área bilbaína, frente a la portería de Deusto, e introduce el balón, por encima de la barrera, en la misma escuadra: 3-3. Ninguno de los dos contrincantes cede en el concierto. Deusto va adquiriendo seguridad y Adelardo pasa el tiempo de protesta en protesta. Cardona es el que más desafina y hace añorar a Ufarte. La emoción crece por momentos, y a los treinta y ocho minutos, Collar, que se encuentra en plena forma, lanza un córner que remata de cabeza Adelardo, consiguiendo el 4-3. La gente del Manzanares se vuelve loca ante el acontecimiento y utiliza las desengañadas almohadillas para manifestar su rotunda aprobación por el fútbol de ataque. El

partido es hermoso y, además, el Atlético de sus amores y de sus desdichas va a ganar después de haber ofrecido un gran espectáculo. Pero ya se sabe cómo son los vascos cuando se empeñan en llevar hasta el final la cuestión de la segunda voz. Faltan cuatro minutos para terminar el partido cuando Estéfano chuta en dirección a la meta rojiblanca y se interpone el pie de Jayo, que desvía la pelota, descolocando a Zubiaurrain y dejando en el marcador el 4-4 definitivo. Curiosamente, nadie en los graderíos aparece disconforme. Habían visto jugar al fútbol, que era lo raro y lo importante.

# 1969

---



# LLANTO POR LA MALA FORTUNA

---

07/01/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Tarde fría y húmeda. Terreno en malas condiciones por la lluvia. Unos 55.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Gárate); Las Palmas, 1 (Gilberto I).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubizarain; Paquito, Jayo, Calleja; Eusebio, Iglesias; Barriocanal, Irureta, Gárate, Lamata y Collar. Las Palmas: Oregui; Aparicio, Tonono, José Luis; Castellano, Guedes; Martín II, José Juan, Gilberto II, Germán y Gilberto I.*

*Árbitro: Oliva, del Colegio catalán. Señaló muy bien la mayor parte de las faltas y se equivocó en algún acontecimiento de menor cuantía, como en un saque de banda de signo cambiado. Se le escapó un fuera de juego de Lamata en los finales del partido. Siguió el juego de cerca. Por esta cualidad entorpeció en varias ocasiones a los futbolistas.*

Terminado el partido en las afueras del Manzanares se podía asistir a un desolado espectáculo: cincuenta mil personas abandonaban el estadio haciéndose cruces. Silenciosa, descorazonada y santiguándose, la «hinchada» rojiblanca se encaminaba ordenadamente hacia la avenida de los Melancólicos. Aunque es afición avezada a los contratiempos, esta vez no podía evitar el desánimo. Porque las cosas tienen su límite y hasta para la mala suerte hay fronteras naturales. Pero el destino tiene reservada su permanente excepción, su exagerada injusticia, sus rigores y sus desdenes para el Atlético de Madrid. Después del encuentro Atlético de Madrid-Las Palmas, ésta era la lista de agravios que

contra el Destino tenía el leal y desmoralizado «hincha» rojiblanco: dieciséis córners a favor del Atlético por uno solamente a favor de los canarios. Y la goleada moral interminable: a los cinco minutos de juego, un fallo inesperado de Barriocanal ante la portería de Oregui, tras haber recibido un pase de Collar, que era gol cantado. Hacia los treinta minutos, una espléndida jugada entre Eusebio y Lamata termina con un disparo de este último que se estrella en la misma escuadra. Cinco minutos más tarde. Collar remata en buena posición, pero el balón, demasiado cruzado, sale fuera. Los hados no se muestran propicios. A los quince minutos de la segunda parte Iglesias empalma magníficamente un balón que, de no haber tropezado por casualidad con el cuerpo del portero canario, hubiera sido imparable. A los dieciséis minutos, un tiro de Irureta, con peligro, es desviado a córner. Efectuado el correspondiente saque de equina, Irureta, en buena posición para marcar, envía fuera la pelota. A los veintiún minutos, Gárate remata de cabeza y yerra un probable gol. En el minuto treinta y cinco, Collar empalma un rechace canario y Lamata no llega, por milímetros, al balón, que recorre la puerta vacía. El portero Oregui se ve obligado a baticir un récord de salidas: veintidós desesperados despejes de puño. Y para finalizar el partido, la Fortuna se reserva un sutil y definitivo escarnio: tres córners consecutivos en el último minuto.

Con tantos graves sucesos en la memoria subían los «hinchas» rojiblanco camino de sus hogares por la avenida del desamparo. Como todo balance llevaban en las entrañas, bajo el frío de las solapas, un empate traicionero. Y además, el equipo del Las Palmas había sido el primero en marcar temprano, a los doce minutos de juego, con un tiro a la media vuelta de Gilberto I, aprovechando un excelente pase de Germán. Era el 0-1 de la zozobra.

A partir de este momento los canarios se crecieron durante un buen rato. Castellano era un coloso en la defensa, interceptando los balones con acrobacias. Tonono y Guedes funcionaban perfectamente, y en la delantera, el señor del pase y del desmarque era Germán, siempre exactamente colocado, aunque con su impasibilidad característica. En el primer tiempo tuvieron varias claras ocasiones de gol, que desaprovecharon. Al poco de ponerse el balón en juego, Martín II realiza una gran maniobra que termina con un pase que malogra Gilberto II, solo ante Zubiarraín. Y dos minutos más tarde, Zubiarraín lleva a cabo una estrepitosa salida, al lanzamiento de un córner, que remata fuera José Juan inexplicablemente. Otra vez más, a punto de finalizar el primer tiempo, Gilberto I pierde un gol hecho. Esto fue todo lo que realizaron los canarios en cuestiones de ataque. Porque en el segundo tiempo se vinieron abajo y se encerraron en una feroz defensiva para protegerse de las poderosas, tenaces y desafortunadas incursiones de los atléticos.

El Atlético presentaba una alineación forzada debido a las importantes ausencias de Luis, Colo, Adelardo y Ufarte el reivindicador. Lamata y Barriocanal se limitaron a ganarse un aprobado repleto de generosidad. Paquito jugó francamente bien, como Iglesias, Gárate e Irureta. Collar realizó su clásico juego sabio y perverso. En la segunda parte el Atlético impuso el agobio y la inquietud en el área canaria, cuyos defensas habrán soportado una de las jornadas laborales más implacables de su vida. El gol del empate, conseguido por Gárate ante una indecisión de Oregui y la defensa canaria, a los veinticinco minutos del segundo tiempo, espoleó todavía más a los atléticos, que forzaron el acoso. Pero a la suerte no le sienta bien el rojiblanco y se mostró esquiva. Al final del partido, Collar intentó alcanzar los favores de la

Fortuna por la vía de la compasión y representó una zancadilla dentro del área canaria con tan notable fidelidad que hubiera hecho palidecer de envidia al mismo sir Laurence Olivier. Pero el árbitro Oliva, que fue un buen juez y mejor testigo, no quiso entrar en conflicto de competencias con Samuel Bronston y prefirió humildemente fingir ignorancia en materias teatrales.

De no haber mediado la mala fortuna, el Atlético de Madrid hubiera llevado al marcador parte de su goleada moral y en las pupilas de la esforzada afición rojiblanca brillaría el recuerdo de nueve alegres tantos. Hay que descubriese ante este hombre que regresa a su casa de la guerra santa de la Liga y, ante la esposa y los hijos, acongojados por la incertidumbre de la espera, sólo puede mostrar, digno y apenado, por todo botín un solo gol en la mirada.



# DEMASIADOS APUROS

---

13/01/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Lluvia y frío. Terreno en malas condiciones. Unos 65.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Velázquez y Gento); Coruña, 1 (Beci).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Zunzunegui; Vidal, Zoco; Veloso, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Coruña: Joanet; Bello, Luis, Cholo; Manolete, Domínguez; Cortés, Loureda, Chapela, Cervera y Beci.*

*Árbitro: Cerezuela. Señaló equivocadamente el córner que supuso el gol del empate coruñés. Halló con demasiada facilidad la ocasión de compensar a los madridistas del anterior error, un minuto después, castigando con un penalti una dudosa mano de Bello dentro del área en un momento carente de peligro. Se olvidó de pitar un empujón de Zunzunegui a Beci dentro del área. El encuentro se le fue de las manos por su falta de autoridad. Sobre el papel hubiera sido fácil, pero resultó demasiado partido para él.*

Hay partidos que aprovechan más de cien tratados de sociología. Los espectadores del Madrid-Coruña pronto lo entendieron así y entregaron el último aliento en la defensa de las respectivas causas. Por todas partes estallaban peleas en los graderíos, amplificando hasta el heroísmo individual la encarnizada contienda que se desarrollaba en el terreno de juego. Porque el problema era extenso y contundente. Se trataba de una disputa de hegemonías: la cultura verde contra la cultura parda.

Las culturas verdes son introvertidas y matriarcales. Los montes y los valles familiares ponen freno a la mirada, desmitifican el horizonte y lo traen al alcance de la mano. Los equipos de fútbol de las culturas verdes son, políticamente, intachables. Carecen de ambiciones de poder territorial, viven felices y confiados cultivando el minifundio del área y han adoptado una táctica equivalente a la reforma agraria que en el lenguaje futbolístico se llama «cerrojo». Sólo abandonan su bucólica condición cuando son agredidos, cuando las botas invasoras irrumpen en los céspedes natales. El Coruña se alzó en pie de guerra cuando, nada más comenzar el encuentro, los madridistas se lanzaron con ardor fanático hacia la portería gallega, y en seis minutos realizaron cuatro graves incursiones por las áreas ajenas, con el siguiente balance: un tiro de Veloso en perfectas condiciones para marcar, que sale por alto por muy poco. Un gol de Veloso que es anulado por fuera de juego. Una inmensa jugada de Velázquez, Amancio y Gento, que se malogra en última instancia. Y en el sexto minuto, una maniobra entre Velázquez y Amancio, que termina con un disparo de Velázquez que entra en la meta por debajo del cuerpo de Joanet, que se tiró a destiempo. Es el uno-cero. El Coruña se dispone a defenderse de la invasión.

Las culturas pardas son ascéticas y expansionistas, cultura esteparia que marcha siempre tras un horizonte inalcanzable. Persiguiendo el horizonte, Castilla conquistó América. Corriendo detrás de un balón, los once futbolistas del Madrid tomaron por asalto la sosegada portería coruñesa.

En los primeros minutos del encuentro el Madrid evoluciona con estilo triunfalista. Surgen fáciles y vistosas las mejores jugadas y el público se prepara, justificadamente, a contemplar la gran exhibición.

Pero los coruñeses deciden defender el suelo patrio y organizan un Frente de Liberación del Área Gallega (F. L. A. G.), en el que sobresale la acción del medio Domínguez, que lesiona a Veloso y Zoco. Cervera, a los quince minutos, entra fuertemente al debutante Vidal, que es retirado, gravemente herido, por la Cruz Roja. Se endurece el juego, y un tiro de Cervera, con Betancort batido, pega en el poste. Aprietan los rebeldes coruñeses y comienzan a pasar apuros los blancos. A punto de finalizar el primer tiempo, Amancio se lleva el balón en una de sus clásicas internadas, salva la salida de Joanet, y cuando la pelota marcha camino de la meta, mientras el gol se canta anticipadamente en los graderíos, el pie de Cholo aparece milagrosamente y saca el balón de la misma línea.

En el segundo tiempo la batalla se encarniza. El latifundio castellano, que antes comprendía todo el terreno de juego, excepto la breve área coruñesa, se vuelve cada vez más inseguro, porque los gallegos han pasado a la ofensiva, conscientes ahora de la propia fortaleza. Betancort se lesiona en una jugada que está a punto de costarle un gol. Se instaaura la represión. Beci da una bofetada a De Felipe, a espaldas del árbitro, Cerezuela, y el central madridista lo sigue por el campo en busca de una oportunidad para la represalia, mientras los graderíos claman venganza. Antes de un minuto, Beci habrá de yacer por tierra. Muñoz se acerca al borde del terreno de juego para recomendar calma y serenidad a sus muchachos.

A los doce minutos, el árbitro se equivoca y señala córner contra el Madrid en un balón enviado fuera por los coruñeses. Ejecuta el tiro Cortés, y Beci, con la defensa blanca descolocada, bate a Betancort. Se establece el uno-uno. Es el reto del pequeño al poderoso. El Frente de Liberación del Área Gallega (F. L. A. G.) pasa a la segunda fase de



*El balón se pasea sobre la línea de gol.*

la guerrilla, que consiste en crear varios focos insurreccionales en el territorio enemigo, Cervera y Beci operan en la zona izquierda, mientras Loureda, Chapela y Cortés lo hacen por el centro. Pero el árbitro, Cerezuela, no puede resistir un minuto más el remordimiento por el córner erróneo que costara el gol al Madrid (noble condición ésta del pronto arrepentimiento para la vida espiritual privada de cada árbitro, pero peligrosa cuando viene a ejercitarse en los partidos de fútbol), y sin pensarlo un momento castiga con un penalti al Coruña, aprovechando una dudosa mano de Bello en una jugada carente de pe-

ligro, Gento lanza un poderoso cañonazo y sube al marcador el gol de la exigua victoria madridista.

Los coruñeses demuestran una excelente forma física y crean numerosas ocasiones de peligro. El Madrid se confunde y sólo Velázquez, en gran forma, mantiene la cabeza en su sitio. Veloso y Amancio fallan dos probables goles. Y los gallegos también pierden oportunidades. En los cinco últimos minutos se producen sucesivos barullos en la portería madridista y, como fin de fiesta, Chapela empalma soberbiamente un tiro que va al cuerpo de Betancort. Instantes después el silbato arrepentido de Cerezuela señala el final del partido. Los patriotas coruñeses se retiran tranquilos con el dos-uno. No habían venido a ganar ni a desencadenar una guerra de conquista; sólo querían salvaguardar la verde independencia, digna, y minifundista, de su área.

# LA FRÍA DESOLACIÓN DE UN GOL

---

20/01/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Terreno embarrado y unos 50.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Gárate); Pontevedra, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarain; Colo, Griffa, Calleja; Eusebio, Jayo; Hernández, Luis, Gárate, Irureta y Collar. Pontevedra: Cobo; De la Fuente, Batalla, Cholo; Calleja, Antonio; Fuertes, Norat, Barros, Neme y Odriozola.*

*Árbitro: Barragán. El encuentro resultó facilísimo de arbitrar, y a pesar de todo fue mucho partido para él. De entrada, se olvidó de sancionar un claro penalti a Gárate cuando éste penetraba en el área, a los tres minutos de juego, y fue atacado y trabado por tres jugadores pontevedreses al tiempo. El público se enfadó constantemente con él. A medida que avanzaba el encuentro, su mal arbitraje terminó despertando el aletargado sentido de la justicia de los graderíos, que acabaron dedicándole una estruendosa pita por no haber castigado un clarísimo agarrón de Jayo a Barros. Como nota a su favor, la proeza de haber resucitado el sentido del humor en la siempre severa «hinchada».*

Hay hechos destinados a ser edificantes y aleccionadores. En esta España traviesa y desvalida no hay otro camino permitido que el disparate para llegar al fondo de las cosas. Y sobre todo en el fútbol, que es el amplificador, el gran megáfono, la lente de aumento de todos los desarreglos nacionales. Últimamente, antes de comenzar cada partido, an-

tes de que salten los veintidós jugadores al campo, el terreno de juego de cada estadio del país se convierte en un lugar de peregrinación invadido por numerosos fieles acompañados de la familia y con el hijo más pequeño vestido de futbolista a modo de bárbara ofrenda. El estadio del Manzanares es el principal objeto de estas piadosas romerías balompédicas. Fuera que la buena temperatura invitara más de la cuenta a tales devociones o fuera que reaparecía en las filas rojiblancas el defensa argentino Griffa, famoso por sus virtudes deportivas, el caso es que el terreno de juego momentos antes de iniciarse el Atlético de Madrid-Pontevedra se encontraba más repleto que nunca de niños-futbolistas de la mano de sus diligentes y responsables padres, que no querían que el día de mañana su hijo, hecho un hombre, les exigiera cuentas por la grave omisión. Saltaron los jugadores al campo y fueron asediados por los imberbes peregrinos y sus progenitores para que se retrataran juntos para la particular historia. El objeto principal de los cultos fue Griffa, requerido innumerables ocasiones para que impusiera sus manos sobre las cabezas de los pequeños rojiblancos. Griffa, para el pueblo creyente, representa el coraje y la honradez permanentes. Los graderíos sueñan con un equipo formado por once Griffas imbatibles. Este es el legítimo origen de su carisma futbolístico.

#### GRAN GOL

Y el pueblo, una vez más, tenía razón: El Atlético de Madrid-Pontevedra fue un partido con tan poca historia, que para demostrarlo, basta comprobar que el primer tiro rojiblanco bien orientado hacia el marco gallego no se produjo hasta los veinte minutos de juego. Su autor fue Luis. Lo demás resultó aburrido y desorganizado. Solamente el valor y



*Barros se deshace de Irureta.*

la entrega de Griffa, la clase de Eusebio y las excepcionales condiciones de extremo de Hernández aliviaron a la parroquia el desolado espectáculo. El Pontevedra jugó a cámara lenta, con buena defensiva y con el delantero centro, Barros, como único peligro. Existía curiosidad por ver desenvolverse al internacional Fuertes, que decepcionó rotundamente, temeroso y apático. No es el más indicado para luchar contra los belgas en Lieja.

Pocas cosas más pueden reseñarse. Un disparo fortísimo de Luis, a los veinticinco minutos, que desvió muy bien a córner Cobo. Y algu-



nos momentos de apuro en la puerta pontevedresa, que repliega a sus jugadores. Nada más hasta el segundo tiempo.

De salida, un pequeño susto a cargo de Barros, que lanza un tremendo disparo cruzado desviado en última instancia por Zubiarraín. Poco después Hernández envía un balón al larguero que recoge Gárate y remata de cabeza fuera. Pero el Atlético presiona y se espera fundamentalmente el gol. Y después de discretos merecimientos durante un rato, así ocurre. Irureta pasa de cabeza un balón a Gárate, que sobre la marcha y en difícil postura empalma un tremendo e increíble disparo que entra en la red como un trueno. Si exceptuamos la ceremonia de imposición de manos a los niños ofrecidos a Griffa, el gol de Gárate fue lo más importante del partido. Sucedió a los catorce minutos de la segunda mitad. Luego todo continuaría igual hasta el final, aunque el Pontevedra, para salvar el resultado, iniciara un tímido desdoblamiento en los últimos instantes. Cuando Barragán, árbitro al nivel de tal encuentro, pitó el final del partido, los espectadores abandonaron el estadio con el desasosiego reflejado en los rostros. Era la mala conciencia por haberse apasionado en una empresa inútil. Los únicos semblantes serenos eran los de los padres de los niños-futbolistas, que llevaban en el alma la satisfacción del deber cumplido, y en el bolsillo, un recibo para recoger tres días más tarde las fotografías de tanta felicidad.

# LAS ANGUSTIAS DE UN LÍDER

---

27/01/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno hasta la bandera. Grandes contingentes de aficionados bilbaínos llenaron las gradas del campo, dando la sensación en algunos momentos que el partido se celebraba en terreno vasco.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Amancio y Grande); Atlético de Bilbao, 1 (Clemente).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Grande, Zoco; Miguel Pérez, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Atlético de Bilbao: Iríbar; Zugazaga, Echeberría, Aranguren; Igartua, Zorriqueta; Argoitia, Uriarte, Arieta, Clemente y Rojo.*

*Árbitro: Ruiz Alciturri. Trató de no equivocarse en las grandes cuestiones. Por lo tanto, todos sus pecados, sus numerosos pecados, fueron de condición venial. Pitó erróneamente algunos fueras de juego, saques de banda y córners. Pero habla mucho en su favor el que sólo cayera en materia leve.*

Ha sido un partido de excepción. Todo se ha de dar por bien pagado cuando se puede ver buen fútbol. Por primera vez en bastante tiempo se ha olvidado el «cerrojo», el amontonamiento de jugadores dentro de las áreas, la falta de confianza de los entrenadores en las propias fuerzas, para dar lugar a un encuentro de poder a poder, donde cada uno de los contendientes se ha dedicado únicamente a desplegar los recursos de su arte. Excepcional ha sido el partido realizado por el Atlético de Bilbao, con una delantera que sembraba permanentemente el peligro en las proximidades de la portería de Betancort por medio de dos excelsos

jugadores llenos de clase individual y de eficacia como Rojo y Clemente. Estaban con ellos, en la delantera, Argoitia, Uriarte y Arieta, que no dieron punto de reposo a la defensa y a la afición madridista. Excepcionales fueron también el primer tiempo de Velázquez, la sabiduría astutamente dosificada de Gento y el orden y la seguridad de Zoco, muy bien doblado por De Felipe. Miguel Pérez cumplió perfectamente y mostró algunos destellos de clase. Grande no encontró su sitio.

La mayor parte del juego del Atlético de Bilbao se desarrolló por el ala izquierda, donde jugaban Rojo, el internacional, y Clemente. Los avances surgían con facilidad y llegaban con frecuencia a las inmediaciones de Betancort. El Madrid atacaba con el tesón acostumbrado y mientras Velázquez tuvo fuerzas empujó muy bien, abriendo el juego por las alas de Gento y Miguel Pérez. En el forcejeo no existía un claro vencedor anticipado, porque los méritos eran similares, aunque con matiz favorable a los vascos. En medio de tan hermosa incertidumbre el gol tardaba en llegar, porque se imponían en última instancia las defensas. Pero a los treinta y ocho minutos de la primera parte, con el descanso ante los ojos, Sanchís se interna, dispara un balón esquinado que Iribar detiene, pero no puede dominar, y el rechace es recogido por Amancio, colocado en la boca del gol, y convertido en el primer tanto madridista. Pero ninguno de los 110.000 espectadores que presenciaban el encuentro se sentía tranquilo con semejante resultado. El Bilbao era una constante amenaza de empate. En contadas ocasiones, quizá en ninguna, se haya visto a Calpe, un artista de la defensiva; tan regateado y dominado como lo fue por Rojo.

En el segundo tiempo comienzan a notarse las actividades del árbitro, Ruiz Alciturri. Pero el público no se irrita demasiado por ellas, porque se da cuenta de que son errores de menor cuantía y sin inten-



*El árbitro, el rey del pecado venial.*

ción de favorecer a ninguno de los dos equipos, y cosas más grandes se han visto en las praderas madridistas. Ruiz Alciturri es el rey del pecado venial. Y ya es sabido que la culpa debida por los pecados veniales se redime mediante una serie de buenas acciones. Por eso el señor Alciturri se pasó todo el Madrid-Bilbao auxiliando a los jugadores caídos e incluso les dio masajes en las espaldas doloridas, llevado de su perfecta contrición. En su balance negativo están un córner ignorado a favor del Bilbao, cuando el balón había tocado en el pie de Zoco; un fuera de banda de un balón disputado entre Calpe y Rojo, enviado por el bilbaíno, que adjudicó a la inversa; una mala aplicación de la ley de

la ventaja, que perjudicó a los vascos, y una excesiva bondad cuando Velázquez tomó el balón en las manos y pegó un balonazo vengativo a Clemente, que le había derribado, y bien hubiera merecido la expulsión si de lo que se trata es de eliminar todo género de violencias extra-deportivas en los terrenos de juego.

Pero Ruiz Alciturri borró todas estas faltas con el balance de sus buenas acciones: cuidados a Clemente, masajes a Grosso, buenos consejos a Velázquez, auxilios a Rojo y cambio de balón a los dieciocho minutos de la segunda parte, cuando se encendieron los focos del estadio para que los 22 futbolistas no esforzaran la vista siguiendo una pelota incolora. El único reproche es que mandara traer un balón blanco. Lo que pudo haber dado lugar a torcidas interpretaciones.

El Bilbao había estado a punto de empatar al final del primer tiempo, mediante una internada de Rojo que desbordó a la defensa madridista, y cuando se hallaba a punto de rebasar a Betancort en su salida, el portero blanco atrapó la pelota de manera limpia e increíble de los pies del extremo rojiblanco. Ahora Rojo vuelve a la carga, y solo ante Betancort dispara alto en una gran ocasión. Pero los bilbaínos avivan el ritmo, y a los ocho minutos Clemente lanza sobre la portería madridista una especie de centro muy cerrado que se encamina bombeado hacia el portal de Betancort, quien, adelantado, falla el despeje e introduce el balón en la propia meta. Es el uno-uno que enardece a los amplios graderíos vascongados, que animan a su equipo.

El Atlético de Bilbao se crece e inmediatamente después Argoitia centra desde su posición de extremo sobre el área blanca, y Arieta yerra de cabeza un balón inexplicable. El Madrid experimenta una disminución de su buen juego y es embotellado durante casi veinticinco minutos angustiosos. Incluso se produce un conato de baile por parte

vasca. La defensa madridista sufre una pérdida de la orientación en el campo que aprovechan una y otra vez Rojo, que se mueve por todas las demarcaciones ofensivas, y sus compañeros. Pero el campeón de Liga es el campeón de Liga, y a los dieciséis minutos un disparo de Grosso estalla en el larguero de Iríbar y advierte que la batalla aún no se halla decidida. Se enciende la discusión en los graderíos con el gol frustrado y un «hincha» bilbaíno tranquiliza a sus compañeros de asiento: «Es que Iríbar sólo salta hasta el palo.»

Betancort vuelve a fallar en una falsa salida a una espléndida jugada entre Rojo y Clemente. Los rojiblancos encierran al Madrid en su área y llegan a forzar tres córners seguidos. El agobio es irresistible durante algunos minutos. La afición madridista, bien acostumbrada al triunfo, comienza a sentir raras emociones.

Amancio pone en marcha su poderío futbolístico y en dos jugadas termina cediendo un balón implacable a Grande, que fusila el tanto. El gol de la victoria sube al marcador en medio del aliviado alborozo de la «hinchada». El juego alegre, imaginativo, juvenil y rebelde de los bilbaínos mereció al menos la igualada.

# TOBA, EL GRAN INOCENTE

---

24/02/69

*«Una procesión de derrotas pasaba lentamente.*

*Era el regreso de una batalla perdida»*

*(Carlos Oroza)*

Ha sido una dura lección en realidad. El fútbol español llevaba demasiado tiempo conviviendo con el milagro y ya se había creído que lo extraordinario era un ingrediente para utilizar todos los días. El balompié hispánico vivía ampliamente feliz y confiado porque una vez ganó a Inglaterra por 1-0 en los campeonatos mundiales de 1950 y se clasificó en cuarto lugar, porque en 1964 conquistó en Madrid la Copa de Europa de Naciones al vencer a la U.R.S.S. por 2-1, gracias a la cabeza escolástica del ex seminarista Marcelino y, sobre todo, porque un equipo de Club, el Real Madrid, paseaba sus triunfos y la excelente clase de sus jugadores multinacionales por todo el Continente. Era un hermoso sueño y no interesaba que se desvaneciera. Y estos escasos y sonoros éxitos del conjunto nacional poseían tal poder de sugestión, que la continuada sucesión de fracasos que corría paralela era justificada con las más insólitas explicaciones. El buen aficionado vibraba sumergido en una especie de santa ira dirigida alternativamente contra árbitros, seleccionadores propios y jugadores enemigos, quienes, junto con los agentes atmosféricos, formaban parte de una vasta conjura internacional contra las aspiraciones deportivas de nuestro país. El 17 de marzo

de 1954 constituye una fecha histórica en la antología del «chauvinismo» hispano: se echa la culpa a un niño italiano de nuestra eliminatoria de los Campeonatos del Mundo porque extrajo de un sombrero un papel que decidía, por sorteo, el triunfo de la selección turca sobre la española. Ninguno de los dos equipos había conseguido deshacer el empate a dos tantos a lo largo del partido y de la prórroga.

Y bajo las diatribas y los ditirambos, la realidad se encontraba al alcance de la mano. He aquí la actuación de la selección nacional en la Copa del Mundo en los veinte últimos años:

Mundial 1950: España se clasifica en el cuarto lugar.

Mundial 1954: Eliminada en la fase preliminar, no se clasifica.

Mundial 1958: Eliminada en la fase preliminar, no se clasifica.

Mundial 1962: Se clasifican 15 países. España juega en el tercer grupo de México (1-0), Brasil (1-2) y Checoslovaquia (0-1). Es eliminada.

Mundial 1966: España se clasifica con 15 países. Juega en el grupo segundo con Suiza (2-1), Alemania occidental (1-2) y Argentina (1-2). Es eliminada.

Mundial 1970: Eliminada en la fase preliminar, no se clasifica.

El balance no es como para haber lanzado nunca las campanas al vuelo. Según puede comprobarse, la selección hispana no posee en su historial otra hazaña que el triunfo en la Copa de Europa de 1964. Lo demás ha sido envidiable capacidad de autosugestión y confundir los éxitos de los equipos de Club, las seis copas europeas del Madrid de Di Stéfano, Rial, Puskas y Kopa, con el fútbol nacional. Y esto no es una crítica destructiva, sino el punto de partida imprescindible para conocer la realidad y dar una justa interpretación al partido realizado por la selección española, cuyo resultado nos veta los campeonatos del Mundo de 1970.





*Despedida de la selección en el aeropuerto, rumbo a Lieja.*

Por eso, en primer lugar, hay que salvar al gran inocente, al doctor Toba. El equipo que llevó a Lieja era, sin ninguna duda, el mejor de los posibles. Y el planteamiento táctico del encuentro fue, sobre el papel, excelente. Los fallos que luego surgieron no pueden ser achacados a error en la doctrina futbolística de Toba. La mayor equivocación consistió en no haber encomendado a los dos extremos teóricos, Claramunt y Vavá, la vigilancia de los avances de sus respectivos defensas enemigos, que así pudieron lanzarse tranquilamente al ataque, especialmente Heylens, y crear situaciones de peligro en la portería del in-

seguro Iribar. En los entrenamientos previos desarrollados en Madrid, el seleccionador insistió una y otra vez a los jugadores sobre la necesidad de mover el balón al primer toque. Ellos, en Bélgica, extremaron el celo cumpliendo a rajatabla la recomendación, y por tal motivo perdieron numerosos balones al pretender pasarlos sin haberlos controlado suficientemente.

En el regreso de la batalla perdida, Toba es inocente, porque los belgas fueron superiores. Una victoria hubiera contribuido a deformar la realidad. La verdad del fútbol español está al alcance de todos en los estadios cada domingo, cuando dieciséis equipos de Primera División consiguen, entre todos, ocho goles. Aceptando la procesión de derrotas hay que comenzar a trabajar cara al futuro. Se acaba la falsa y milagrosa gloria. Mientras tanto, una lágrima cortés y sin ninguna emoción por aquel mundo feliz.

# EL LINIER DE LA DISCORDIA

---

03/03/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno total. Terreno húmedo, aunque en buen estado.*

*Marcador: Real Madrid, 0; Atlético de Madrid, 0.*

*Alineaciones: Madrid. Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; José Luis, Zoco; Miguel Pérez, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Atlético de Madrid: Rodri; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Eusebio; Ufarte, Luis, Gárate, Irureta y Collar.*

*Árbitro: Señor Bueno. Traicionó su apellido. Pocas veces habrá podido contemplarse tan variado y extenso repertorio de incompetencias. Fue ayudado en su arriesgado cometido por un linier con vocación de líder que amplió la lista de sus equivocaciones. Careció de autoridad, y a partir de los seis minutos de juego, desde tan temprana hora, trató de sustituir su deficiente nivel técnico en la interpretada de las jugadas mediante un extraño mecanismo de compensaciones que terminó irritando a los propios futbolistas y al público, que manifestó su descontento al modo taurino, flameando los pañuelos. Aplicó la ley de la ventaja lamentablemente y entre los 110.000 asistentes al encuentro fui el único que no se enteró del juego duro subterráneo practicado por ambos contendientes. Debió haber expulsado al malintencionado Jayo por dos entradas a José Luis y Gento, y a Velázquez por patada de represalia a Jayo, y a Calpe por haber hecho lo mismo con Collar. Su precipitación en señalar el centro del terreno de juego en el gol obtenido por Amancio le dejó en evidencia cuando se retractó de su decisión, sometiéndose al dictamen del juez de línea. Sembró la confusión en el campo. Tampoco debería arbitrar en Segunda División.*

He aquí uno de los problemas fundamentales y acuciantes del pensamiento español:

¿Qué es un «eterno rival»? ¿Cuál es su esencia? ¿De dónde viene y adónde va? ¿De qué modo habrá de incorporarse a esa especie de neoescolástica balompédica constituida por el alto magisterio de nuestro fútbol? ¿Qué puede aportar España al mundo en esta materia?

Tantas y tan importantes cuestiones sólo pueden ser respondidas desde la misma realidad. El concepto de «eterno rival» es grande, científico y oportuno, porque encierra en dos palabras toda la aventura secular de la mente humana: desde la noción irreconciliable del «bien» y el «mal» hasta las leyes de la dialéctica.

En la capital de la nación, dos voces cada año, el «bien» aparecía vestido de rojiblanco en el Manzanares y de blanco total, en Chamartín. El «bien» era imparcial. El «mal» se veía obligado a desempeñar un papel de comparsa dialéctico y su ingrato trabajo consistía en afear alternativamente los rostros y las acciones de los jugadores visitantes, para dejar bien establecida la diferencia que reforzaban los colores distintos de las camisetas.

## COLORES

El «eterno rival» no necesitaba observar el color del atuendo ni su posición en el campo para descubrir inmediatamente quiénes eran sus jugadores y quienes los enemigos. Bastaba con mirar los rostros hermosos, nobles e inteligentes de los componentes de su equipo favorito, que contrastaban lamentablemente con el protervo mirar y el malvado y desafiante comportamiento de los rivales. En el Bernabéu, Gento siempre recordaba a Alain Delón; en el Manzanares, Adelardo era lord Byron.

La batalla se planteaba de este modo simple y eficaz. Jamás 110.000 personas se habían sentido tan unánimemente definidas desde el punto de vista ideológico como en la larga historia de los Madrid-Atlético y viceversa. Todos encontraban con repulsión y lógica, donde se encontraba su verdadero enemigo. Y el odio corría por la frontera del idilio. Estaban mal avenidos; pero al fin y al cabo, se trataba de una pareja.

Pero he aquí que el buen «hinch», de pronto, se desconcierta. En su honesta, fiel y tradicional disputa irrumpe sin cuartel, asolándolo todo, un tercero en discordia. Y la segura animadversión del buen «hinch» se ve turbada y confundida. En el estadio Bernabéu los espectadores madridistas ya no sabían a quién imprecicar más: si a los jugadores atléticos o al árbitro, señor Bueno. Con el fino instinto del pueblo, pronto lo supieron, y a partir de tal instante, acompañaron el extraño silbar del juez de la contienda con el continuo flamear de los pañuelos en señal de manía permanente.

Porque el verdadero enemigo de todos fue Bueno. Que no sólo tuvo que luchar contra los jugadores de ambos bandos y el público, sino también contra uno de sus jueces de línea, que trataba de quitarle el puesto mediante hábiles maniobras de descrédito, levantando el banderín en las situaciones más delicadas para comprometerle. El señor Bueno sufría los estragos de la revolución en sus propias filas.

## PROTAGONISTAS

Los «eternos rivales» se desconcertaron con la imprevista aparición en escena, como un combatiente más, del árbitro Bueno. Y el partido perdió toda la historia que podía haber tenido. El juego se desarticuló por

el desconocimiento arbitral de la ley de la ventaja, que perjudicó sobre todo a los madridistas, que veían sus avances detenidos por el silbato una y otra vez, a pesar de que continuaban en posesión de la pelota tras la falta sufrida. El Atlético comenzó muy bien, creando la primera situación de peligro a los dos minutos, en una jugada de Gárate que ocasionó un gran barullo ante la portería de Betancort y se frustró en última instancia por el miedo de Collar. Instantes después Luis se planta en el área blanca tras recibir un perfecto pase de Irueta, y la espléndida salida de Betancort, que se arroja a sus pies, evita el tanto. El juego se desarrolla muy rápido y con dominio equilibrado durante la primera media hora. A partir de tal momento, el Madrid comienza a hacerse con el encuentro, a crear incesantemente peligro. Un tiro de José Luis rebota en la defensa y descoloca completamente a Rodri, que tuvo una impresionante y completísima actuación, saliendo a pocos centímetros del poste. Grosso remata de cabeza un balón en picado, y Rodri realiza una gran parada, enviando la pelota a córner. Al final del primer tiempo, Velázquez regatea a toda la defensa rojiblanca y llega ante Rodri; el balón se escapa de las manos del portero atlético, lo recoge Gento y se inicia una serie de rebotes y tiros que producen el desorden y el desconcierto en el área rojiblanca.

El segundo tiempo se inicia bajo el signo de la violencia. Se produce una mano de Zoco. El árbitro, por fin, concede la ley de la ventaja y permite que los atléticos continúen con el balón; pero al rato se arrepiante y hace retroceder el balón a la antigua zona de la mano del medio madridista. Jayo se distingue por el juego sucio y derriba a Gento y José Luis. Velázquez se enfada y da una patada al central atlético, que el árbitro no pita. Colo se muestra tan temeroso de Gento que hace manos inútiles para cortar balones que el extremo no po-

dría alcanzar. Calpe da una patada a Collar y el señor Bueno no se atreve a tomar decisiones graves.

#### AMANCIO Y EUSEBIO

Eusebio marca bien a Amancio en el primer tiempo, pero en el segundo, influido por los denuestos de la «hinchada», disminuye su celo combativo y Amancio comienza a hacer de las suyas. En el minuto quince regatea a Rodri, como final de una buena jugada de la delantera madridista, y envía el balón al fondo de las redes atléticas. El árbitro concede el gol y señala el centro del terreno. Pero el juez de línea subversivo agita el banderín y reclama la presencia de su superior en el silbato. Nadie conoce las buenas razones esgrimidas por el subalterno, pero el caso es que el árbitro Bueno se desdice y anula el tanto en medio del furor del público y de los once blancos. El juego se detiene durante un rato.

Espoleados los madridistas por la anulación, arrecian sus ataques. Amancio vuelve a regatear a Rodri, pero el balón pega en el palo. Betancort ha hecho unas magníficas y seguras salidas. Y De Felipe marcó perfectamente a Gárate, al que arrebató todos los balones disputados por alto. Velázquez hizo un gran partido. Miguel Pérez, aún «verde». Zoco efectuó numerosos y peligrosos regates en las proximidades de su área; le fueron arrebatados varios balones de este modo que no terminaron en la portería de Betancort de milagro.

Gento falla un tiro, solo ante Rodri, a los veintidós minutos. Y al final se produce la gran ocasión del encuentro, frustrada por la inmensa parada de Rodri: se lanza un córner. De Felipe llega lanzado al remate, pasa de cabeza a José Luis, que tira a gol a boca de jarro, y Ro-

dri desvía de manera increíble el gol cantado. Ni habría tiempo para más. Los «eternos rivales», fieles y honrados, se vieron desconcertados por esta especie de «menage a trois» producido por la participación directa en la contienda del árbitro Bueno. Los nobles odios fueron obligados a distribuirse y la tradición se rompió. El Madrid-Atlético no resultó como los anteriores. A los decentes «hinchas» no les gusta la poligamia del rencor.



# CONTINÚA LA RESACA DE LIEJA

---

10/03/69

*Campo: Estadio Manzanares. Terreno en regulares condiciones. Unos 50.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Luis); Español, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Eusebio; Ufarte, Irureta, Luis, Lamata y Collar. Español: Coll; Bergara, Mingorance, Granero; Lico, Glaría; Amas, Marcial, Re, Martínez y José María.*

*Árbitro: Zariquiégui. Bien, aunque algunas veces no aplicó la ley de la ventaja. Y pitó algún «off-side» inexistente.*

A determinados niveles resulta imposible establecer una comparación. Hay ocasiones en que las cosas sujetas a examen se pierden de tal modo en la lejanía que el mero hecho de distinguir su contorno aproximado vale tanto como una definición. Para saber cuál de los dos equipos jugó peor, si el Atlético o el Español, sería necesario recurrir al microscopio electrónico. Este partido, como tantos otros que se celebran cada domingo en los campos de España, precisa de una crónica negra.

Esta es la corta historia de un equipo repleto de gastados hombres, vacío de ideas, vestido de rojiblanco, contra otro equipo millonario con las piernas agotadas de pensar en altas cantidades de dinero. El Atlético de Madrid es una rara mezcla calderoniana y solanesca, un «cock-tail» balompédico de exigente sentido del honor y de desgarrado casticismo. La gente asiste a los encuentros del Manzanares por el mero

hecho de contemplar a los once representantes del histórico Club corretear simplemente por la pradera reglamentaria. Ya a nadie se le pasa por la cabeza la pretensión de contemplar jugar la pelota a personas que llevan tantos años escribiendo la misma página de nuestro fútbol.

#### BUENA FAMILIA

El Español es un equipo joven, de buena familia, con padre millonario, y, lógicamente, cansado. Ver jugar al Español es un espectáculo confortable, porque es como asistir durante hora y media a las idas y venidas de 50 millones de pesetas. A estos once jóvenes Onassis no les tienta demasiado la posibilidad de alcanzar la gloria y el dinero, porque ellos mismos son la fortuna. Saltan al terreno de juego con su indiscutible calidad y un elegante hastío. Los españolistas se pasan el balón, disparan y fallan con un aburrimiento de buen tono. Exactamente como lo haría lord Byron tras haber sido fichado por Vila Reyes.

Conociendo a ambos contendientes, ir al Manzanares con la ilusión de admirar buen fútbol resulta tan vana esperanza como pretender que Calderón de la Barca y Onassis disputen por un puñado de monedas. Así el partido transcurrió en un desesperado bostezo.

El Atlético dominó durante los noventa minutos, como era su obligación. Pero no pudo arrollar a sus contrarios, a pesar de las inmensas facilidades otorgadas por la defensa españolista, náufragos en su cruce-ro de lujo. Pero de todas las oportunidades de gol concedidas por la adinerada retaguardia catalana, los cristianos viejos del Manzanares sólo se dignaron aprovechar una, a los cuarenta y dos minutos de juego, en un remate de antología a la media vuelta, sin dejar botar el balón, de Luis, que establecía el uno-cero suficiente y definitivo. El Espa-

ñol dejó en punta solamente a Re, vigilado por Eusebio, y a Amas. Marcial corrió en absoluta libertad durante toda la tarde y, quizá para corresponder a la muestra de confianza por parte atlética, no molestó para nada a sus anfitriones.

#### LA VENGANZA

José María se dedicó a cultivar la placentera venganza y respondió a una entrada lejanamente ortodoxa de Melo con otra que no dejó nada que desear con respecto a la primera. Entonces Colo se erigió en supremo verdugo, y en la jugada siguiente entra a José María con los dos pies y las malas intenciones por delante, como corresponde a todo hidalgo justiciero que se precie. El árbitro, Zariquiegui, asistió de cerca de la prolongada escena e hizo sonar el silbato para disimular. Seguramente no expulsó a nadie por consideración a Glaría, que es de su mismo pueblo, Pamplona, y amigo y compañero de los veintidós, jugadores. Re bulló un rato y se perdió en la tarde. Amas y Martínez, inútiles. El único que dio una importante lección de fútbol fue Glaría, perfecto y poderoso en todo, que, con la delantera atlética, salvó a su equipo de la catástrofe.

En el Atlético resaltó con mucha diferencia sobre los demás, creando personalmente todas las situaciones de peligro en el área enemiga, el gallego Ufarte. El público coreó con entusiasmo cada una de sus bravas y certeras galopadas. El gol de Luis fue precedido de un exacto pase de Ufarte. Jayo le siguió en méritos. Luis y Melo cumplieron sin excesos. Colo, impreciso, repitió un mismo centro sobre el área catalana hasta la saciedad. Lamata, técnico en el dominio de la pelota, pero tremendamente lento, perdió algunos goles por falta de la elemental

rapidez. Y no hubo más. Continúa la resaca de Lieja. Hay veces que las crónicas deberían componerse únicamente de las alineaciones y de un lamentable, gráfico e inmenso «No».

# LA VENGANZA DE LOS EXTREMOS

---

17/03/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Partido televisado y muy escasa entrada. Terreno de juego en malas condiciones por la lluvia caída durante la semana y en el transcurso del encuentro.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Gento y Amancio); Pontevedra, 2 (Fuertes y Barros).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; José Luis, Zoco; Miguel Pérez, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Pontevedra: Cobo; Irulegui, Batalla, Cholo; Calleja, Suso; Fuertes, Antonio, Barros, Riveros y Odriozola.*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez. Minucioso e inadvertido, silbó con buen tino casi todo el partido, hasta que unas ligerísimas protestas de un escaso sector del público le intimidaron y se volvió casero. Afortunadamente, esta mutación ocurrió cuando ya el 2-2 se había instalado definitivamente en el marcador y faltaba sólo un cuarto de hora para el final.*

La lluvia fue el gran rasero democrático. Cayó igual para todos y, para dejar bien aclarada su posición liberal, no permitió que ninguno de los dos equipos se excediera más allá del dos-dos prudente e igualitario. La lluvia comenzó inocente, influyendo con disimulo en el partido y favoreciendo (sin pretenderlo, como ya se verá más adelante) al Pontevedra. Los gallegos, que constituyen un equipo de admirable navegación, surcaron las aguas del Bernabéu con una soltura y habilidad

envidiables, siguiendo las poderosas evoluciones de ese «fuera-borda» astuto que es el extremo Fuertes.

El Madrid respondió al deslizante contrataque pontevedrés con el dominio del centro del campo y la ofensiva, pocas veces vista, de cinco y hasta seis hombres. En el primer tiempo Velázquez hubiera sido el hombre importante de los blancos, por su autoridad, inteligencia y dominio de las situaciones, de no haber surgido, sabia y fulgurante, la gran noche de Gento. Los graderíos terminaron entonando a coro su nombre como antaño. Gento hizo de todo: marcó un gol, disparó el difícil balón que no pudo retener Cobo y envió Amancio al fondo de la red, bajó a recoger pelotas a la defensa, galopó por la banda y hasta chutó con la pierna derecha.

Fue la venganza de los extremos. Para escarnio y remordimiento de la selección nacional, que se atrevió a jugar en Belgrado, Madrid y Lieja sin ellos. El pontevedrés Fuertes trabajó como un equipo completo: se unió a la defensa, recorrió el campo de una punta a otra, marcó el excelente primer gol gallego y dio una lección de habilidad y preparación física. Y después de galopar sin tregua los noventa minutos, todavía, al terminar el partido se marchó dando saltos hacia los vestuarios.

#### PRIMER GOL

El Pontevedra fue el primero en acoplarse a la lluvia familiar. A los nueve minutos, nada más iniciarse el encuentro, Odriozola corre por su banda hacia la portería de Becantort, cede muy bien a Riveros, quien centra en profundidad, por detrás de la defensa madridista, y surge rápido Fuertes, que remata imparable a cinco metros de Betan-

cort. Hasta el mismo árbitro se sorprende del perfecto gol y se olvida de señalar reglamentariamente el centro del campo. Pero el cero-uno resultaba indiscutible.

Los pontevedreses se crecen y realizan unos avances muy bien ligados y sin esfuerzo que llegan con peligro hasta las inmediaciones del área blanca. El Madrid comienza a presionar ante el desacato y se intuye el empate. No se hace esperar más que siete minutos, porque Gento, en una inmensa cabalgada de medio campo, perseguido por Irulegui, llega hasta el portero Cobo y, resistiendo el acoso, espera la salida del meta pontevedrés para disparar muy colocado y establecer el uno-uno. Instantes después Amancio casi vuelve a repetir la jugada del anterior gol de Gento; pero el balón, desbordado Cobo, se estrella en el poste.

Velázquez efectúa un gran primer tiempo, pero el barro le vencería en el segundo. Miguel Pérez regatea con eficacia, pero a la hora de centrar a sus compañeros, sin ángulo de tiro, o chuta mal a puerta o centra sin temple. En pleno acoso madridista, Amancio remata de cabeza, picando el balón, un centro de Pérez, que sale fuera por muy poco. Grosso no luce demasiado y labora oscuramente como un peón no cualificado. Y a los treinta y tres minutos, Gento ejecuta una falta sufrida por Sanchís, y lanza un duro disparo que Cobo no puede retener, y Amancio, al instante, mete el pie y envía el balón a la red. Dos-uno. La lluvia justiciera daba una oportunidad a los de secano.

Estamos en plena exhibición de Gento y de Fuertes. El extremo madridista hace una espléndida jugada, con auto-pase, y a pesar del desesperado agarrón del calvo Irulegui, impotente para seguir su carrera, se lleva el balón, llega hasta el poste, centra el balón hacia atrás, pero el pase coge a Amancio adelantado y se pierde.

## SEGUNDA PARTE

En el segundo tiempo, el juego baja de calidad. Gento abandona su banda y se dedica a vagar por el centro. Velázquez se viene abajo. Y Miguel Pérez mejora, realizando todas las jugadas de verdadero peligro de esta segunda parte. El Pontevedra, que da muestras de una magnífica preparación táctica y física, inquieta a la defensa madridista, con Zoco sumergido en la vorágine de sus propios regates, que le acaban engañando hasta a él mismo. Riveros amenaza con un empalme, tras un despeje corto de De Felipe, que sale fuera. También Riveros, poco después, vuelve a fallar a boca de jarro un centro preciso de Fuertes. Pero la lluvia no se olvida de su humedad socializante y, a los doce minutos, ayuda al empate pontevedrés de manera muy discreta e indirecta. Odriozola yerra una pelota, que se escurre del pie, resbaladiza; pero, afortunadamente, va a parar a Barrios, que lanza un tiro potente que entra en el marco de Betancort. Es el dos-dos del agua.

El árbitro se cansa de la competencia de la lluvia con respecto a la dirección del encuentro y decide hacer valer su autoridad, demostrando quién manda realmente en el campo. Y aprovecha que han sonado algunos vagos silbidos en contra de su persona por parte de la «hinchada» para fingirse intimidado y, bajo la coacción frenético-musical, echarles una mano a los blancos. Los pontevedreses no se amilanaron por la leve beligerancia arbitral. Ni siquiera protestan. En Galicia saben que las sentencias de la lluvia son inapelables. Nadie hubiera podido mover el dos-dos, porque pertenecía al reino de las aguas. Esta fue la gran verdad de la noche de los extremos. Gento y Fuertes han conseguido extraer del olvido y levantar de la excomuni3n oficial a todos esos caballeros numerados que corren en l3nea recta por las bandas con el «7» y el «11» a las espaldas.



# LA HERENCIA DE TOBA

---

18/03/69

La noble cabeza del doctor Toba, un gallego de fino bigote y lacónico agnosticismo, acaba de rodar bajo la fría guillotina del descontento nacional y, después de haber dado unos últimos botes, se ha quedado inmóvil sobre el césped de la controversia, como un gol frustrado, expuesta a la picota y al escarnio universal. Nadie que permanezca con la cabeza en su sitio podrá acusar al cauteloso y shakesperiano médico de La Coruña de haber sido el culpable de la procesión de desastres del equipo nacional español de fútbol por los estadios de Europa.

Existe un gran culpable, ya denunciado pero siempre escurridizo: el balompié hispano. Entre heroico y mediocre, lamentable hidalgo con manías de grandeza, sobreviviendo a duras penas de imaginarias glorias, y traspasado de empates. Pero hay que andarse con cuidado antes de aceptar esta evidencia, porque entonces no quedará otro remedio que acusar seguidamente a 30 millones de españoles: de su comportamiento cotidiano jamás podrá desprenderse beneficio alguno para la selección nacional de fútbol. El pluriempleo, con sus secuelas antideportivas, la anarquía en la dieta alimenticia, el desinterés de padres y educadores que permiten que los niños se apoltronen en los sillones con un libro en lugar de hacerles salir a la calle con una pelota en la mano, el creciente materialismo de los jóvenes actuales que prefieren ser notarios a defender la camiseta roja, forman parte del penoso ejemplo. Como se puede deducir, el mal ha alcanzado vastas proporciones.

## OTROS RESPONSABLES

A continuación de los 30 millones de compatriotas, los inmediatos responsables de la catástrofe balompédica son los miembros de la Federación Española de Fútbol, que meten el resuello en el cuerpo a los seleccionadores, que se sienten acechados por unos personajes graves e inquisitoriales pendientes del menor error para revocarles el cargo. Los seleccionadores viven la angustia de una reválida permanente que deberán aprobar enfundados en un «chandall». Los últimos responsables de nuestras desgracias son los propios jugadores, millonarios de pesetas y de precauciones. Y quedan absueltos, sin discusión, los entrenadores.

Toba, Muñoz, Artigas, Molowny, Miguel, Argilés, Otto Bumbel, Daucick, Rial son los grandes y verdaderos inocentes del fútbol de España. Desde sus fosos, al ras del campo, con la cabeza emergiendo, curiosa y periscópica, a la misma altura del césped, llevan cinco, diez, quince años tratando de adivinar lo que sucede sobre el terreno de juego. Pero un incomprensible «ballet» de botas se lo impide. Los buenos entrenadores, con permanente contrato de trabajo, hace mucho tiempo que no contemplan un partido de fútbol. Desde las profundidades del subsuelo pasan los noventa minutos de cada encuentro intentando identificar las veintidós fornidas pantorrillas que riñen a la altura de sus ojos.

Esta es la raíz de los males del fútbol español. Que sus técnicos jamás ven un partido. Una de las críticas más frecuentes que se hace a los entrenadores desde los periódicos les acusa de falta de flexibilidad, de no saber modificar sobre la marcha, en pleno encuentro, la táctica que no ha dado buenos resultados. Hay equipos que continúan practi-

cando el cerrojo después de haber encajado tres goles en contra. El público se indigna ante tan suicida estrategia y grita a los jugadores que se lancen al ataque. Los espectadores ignoran que, en el foso, el entrenador todavía no ha podido enterarse de los tres goles adversos. La tejavana que le cubre y protege de las posibles iras de la muchedumbre le impiden ver el marcador.

#### UN HERMOSO Y FÁCIL AJEDREZ...

Con tan absoluta falta de información, la tarea del entrenador no deja de estar exenta de trágica grandeza. Las Directivas de los Clubs en apuros suelen entregar a las masas una víctima que desconoce lo que ha ocurrido. Este era el desgraciado destino del valiente coruñés Eduardo Toba. Aceptó el cargo, a sabiendas de los riesgos que entrañaba, porque tenía una gran idea que, de haber triunfado, hubiera servido para la reivindicación laboral de todos sus compañeros. Lo que más molesta a un entrenador para seguir la marcha de un encuentro son los extremos. Estos jugadores, por su posición en el campo, tienen que pasar una y mil veces, en sus idas y venidas, a escasa distancia del rostro del entrenador. Jugando con extremos está claro que no se puede dirigir un partido. Toba quiso salvar al fútbol nacional con su implacable y emocionante idea y se fue a Belgrado y a Lieja sin extremos. Era la única solución, a pesar de los riesgos que comportaba la novedad. No acertó, pero tal cosa no disminuye la genialidad de su invención.

Entender de fútbol es una cuestión puramente geográfica. Más que cualquier entrenador saben los espectadores que se sientan más arriba. Desde lo alto, el fútbol se parece a un hermoso y fácil ajedrez. Esto es lo que ha pretendido demostrar el insigne Toba con la retirada

de los extremos. Ahora que la Federación y los periódicos buscan un seleccionador nacional definitivo, tras la experiencia provisional del trío Muñoz, Molowny y Artigas, deberían reducirse las pesquisas a las gentes sentadas en el segundo anfiteatro, en la cima de los estadios. Podrían salvar el agonizante fútbol hispano si se atrevieran a ofrecer el cargo, olvidando ridículos prejuicios, al más apto, al hombre que cambia los números del marcador.

# LA HORA DE LA JUBILACIÓN

---

24/03/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Terreno algo embarrado. Escasa entrada. Unos 20.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Luis); Córdoba, 2 (Rojas).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Eusebio; Ufarte, Luis, Lamata, Adelardo y Collar. Córdoba: García (Ruiz); Prieto, Toledo, Ponce; Escalante, Torres; Rojas, Alfonso, Jara, Diego y Costa.*

*Árbitro: Barragán. Torpe, confuso e increíblemente casero. Como detalle significativo que ahorra todo comentario baste señalar que la primera falta contra el Atlético fue pitada a los dieciséis minutos de la segunda parte. Aplicó mal la ley de la ventaja, no vio claros fuera de juego, a pesar de que el linier se los indicaba ostensiblemente, y como broche de su actuación trató de echar una mano al inválido equipo rojiblanco decretando un penalti doblemente injusto: el linier había levantado el banderín por fuera de juego de Ufarte y, además, la falta posterior de Ponce no era merecedora del máximo castigo. Tras marcar el gol Luis se produjo una insólita escena reveladora: Barragán corrió a recoger el balón del fondo de la red cordobesa para llevarlo a toda velocidad hasta el círculo central. Tenía más interés en que no se perdiera tiempo que los propios y tullidos futbolistas atléticos. El Córdoba tuvo suerte de haber marcado dos goles indiscutibles, porque, de haber existido la menor duda, hubieran encontrado dificultades para subir al marcador. La «hinchada» atlética, deportivamente, abucheó al inepto Barragán, a pesar de que apoyaba a su equipo.*

La cuestión no ofrecía dudas. Conociendo la calidad de ambos contendientes, estaba claro que ir al estadio del Manzanares a contemplar el Atlético de Madrid-Córdoba constituía un auténtico acto de valor cívico. En el domingo primaveral, uno se dirigía al campo de fútbol rojiblanco con la triste certeza y la vaga resignación de los ajusticiados. Habiendo seguido la trayectoria en la Liga de atléticos y cordobeses, la desastrosa quiniela resultaba fácilmente adivinable: pésimo fútbol. El tanteo del marcador era asunto de menor importancia, porque a estas profundidades abisales de la ineptitud es muy difícil matizar quién es un poco mejor o un poco peor. El Atlético de Madrid-Córdoba se podía contar anticipadamente, bajando por la Puerta de Toledo, media hora antes de comenzar el encuentro, minuto a minuto.

No había problema para imaginar este fútbol-ficción, que luego se habría de ajustar a la más estricta realidad. Se sabe, desde bastantes semanas atrás, que el Atlético es un equipo senilmente cansado. Collar, Luis, Adelardo, Calleja, Colo y Jayo ya no están para semejantes trotes. Es lamentable, porque sus nombres llenaron una época del balompié hispánico, pero la verdad es que las ocho viejas glorias están más para formar una asociación de excombatientes que un equipo de fútbol. Desgraciadamente, ha sonado la hora de la jubilación. Los directivos atléticos deben plantearse una política radical y realista, porque si el equipo continúa así una temporada más, corre el riesgo de dejar de depender de la Federación para ser absorbido por la Seguridad Social. Los jugadores jóvenes Eusebio, Melo, Lamata deben ser apartados del equipo hasta que se resuelva la renovación de la plantilla porque comienzan a presentar alarmantes síntomas de contagio: de un tiempo a esta parte juegan como viejos.

## MIEDO

El Córdoba no le va a la zaga en falta de virtudes. Pasmosa imprecisión en el pase, miedo al disparo; miedo fundado porque, cuando lo intentan, el balón se pierde en las alturas de los graderíos. El Club cordobés posee tres buenos futbolistas: Rojas, Jara y Costa. Pero de ellos el que verdaderamente rinde sin altibajos es Costa. De las líneas defensivas vale más no hablar.

Así, pues, éstos eran los dos esforzados y decaídos contendientes que iban a disputar, ante la «hinchada» generosa, los dos puntos en litigio. La profecía sobre el desarrollo del encuentro que se iniciaría poco más tarde no ofrecía la menor sombra de incertidumbre. Seguro que Collar, dominado por el instinto de conservación, devolvería el balón inmediatamente de recibirlo a cualquier compañero antes que aguantar la entrada de Ponce o Torres. Seguro que Lamata perdería cuatro o cinco ocasiones de gol por su lentitud en el disparo. Seguro que Barragán, árbitro casero donde los hubiere, perfecto huésped, no vacilaría un segundo en ayudar, dentro de sus vastas posibilidades, al equipo anfitrión.

## SEGUNDA PARTE

En el segundo tiempo podrían ocurrir dos cosas: que el Atlético marcara un gol de salida y se asegurara con el mínimo desahogo la precaria victoria, o que el Córdoba dejara de respetar las canas y se atreviera a acometer algunas acciones dentro de sus escasas posibilidades. Como Lamata ha tomado por modelo a Gárate, lo más probable es que en este partido imitara una vez más la manera de parar el balón y de co-



*Lamata pierde varias ocasiones por su lentitud en el disparo.*

rrer del internacional, aunque no así su facilidad goleadora. Cuando el público se convenga de que el Atlético es incapaz de obtener algún gol, decidirá echarle una mano amiga y reclamará penalti a cualquier entrada que se le haga a Adelardo dentro del área. Alguna cesión de Calleja estará a punto de costarle un gol a su portero Rodri, y si sucede que es repetidamente burlado, no dejará de atacar alevosamente a su contrario, poseedor de mejor técnica, en una entrada merecedora de fulminante expulsión. Probablemente, agotado el Atlético tras el primer cuarto de hora del segundo tiempo, evolucionaran mejor los cordobeses, y hacia los diecisiete minutos, el extremo Rojas, que es un hábil delantero, ganará por pies a sus perseguidores, burlará a Rodri y obtendrá el primer tanto para su equipo. Será el 0-1. El Córdoba se



crece, apoyado por los aplausos, rara y admirablemente deportivos, del respetable, y en una hermosa jugada de Costa y Jara, unos ocho minutos más tarde, darán la segunda sorpresa, marcando el segundo gol para su equipo.

#### PENALTI

Pero en este partido imaginativo anticipado también es seguro que el árbitro Barragán, huésped ideal, no permitirá que nadie se burle impunemente de sus amables anfitriones y tratará de enmendar el descalabro pitando un penalti contra los jóvenes rebeldes que pueda devolver las cosas a su sitio. Luis es el habitual encargado de realizar tales menesteres en el Atlético, y como no suele fallar, tendremos el 1-2 instalado en el marcador.

#### HA SONADO LA HORA DE LA JUBILACIÓN

Toda esta crónica prevista se termina en las gradas del Manzanares dispuesto a presenciar la realidad del inevitable partido. Ya están los veintidós jugadores y el trío arbitral en el campo. Afortunadamente, no se permite que los niños-futbolistas invadan el terreno de juego para retratarse para la Historia con las famosas y desvencijadas glorias. Es un instante solemne. El árbitro Barragán tiene levantado el brazo y en los labios el silbato amigo. Los jugadores rodean el círculo central con el balón en el medio. Suena el pito y se inicia el Atlético de Madrid-Córdoba. Por un elemental respeto al lector me resisto a contarle el partido.

# CAMPEONES CON REPAROS

---

31/03/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Tarde soleada y excelente entrada. Unos 85.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Grosso y Velázquez); Zaragoza, 0.*

*Alineaciones:Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; José Luis, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Zaragoza: Alarcía; Rico, Violeta, Reija; Borras, González; Oliveros, Santos, Moya, Pais y Martín.*

*Árbitro: David. No tuvo ocasiones para incurrir en grandes errores. Así, pues, se equivocó completamente en las pequeñas cosas. Aplicó muy mal la ley de la ventaja, no vio los numerosos agarrones que se sucedieron a lo largo del encuentro, pitó algún fuera de juego indiscriminado, aunque haya que decir en su descargo que fue equivocado por el linier, y, esto es lo peor, adoptó extrañas actitudes enfrentándose con los jugadores que protestaban con posturas inadecuadas para la autoridad arbitral. En una protesta de Velázquez, el árbitro David, de puntillas para compensar la falta de estatura, se encaró con el interior madridista, empujándole castizo con el autoritario esternón.*

Ya se sabe lo que ocurre con los buenos aristócratas. Cuando alguna cosa les interesa verdaderamente, temen descomponer la blasonada figura en el empeño y prefieren fingir un noble y elaborado desdén. El Madrid y el Zaragoza son dos equipos que poseen su correspondiente árbol genealógico. Pero la vida ha ido rodando de diferente manera para ambos. El Madrid ha tenido la fortuna de insertar con éxito su

distinguido origen en la sociedad de consumo. Al prestigio de su nacimiento añade la más moderna capacidad de producción. El Club blanco fabrica incansablemente los más variados productos: copas de Europa, imbatibilidades, grandes jugadas, árbitros asustados, récords, goles en el último minuto, fama internacional y manos de Gallego. Contemplando las carreras y los trabajos de los jugadores madridistas en cada partido, nadie podrá acusarles de aprovechar su privilegiada situación socioeconómica para entregarse a la holganza. A la hora del combate son capaces de luchar con el mismo encono que cualquier pequeño burgués ambicioso de Segunda División.

#### LOS MAÑOS

El Zaragoza es un hidalgo viejo venido a menos. Su época gloriosa se remonta a los lejanos años del 60. No ha podido dar el salto que separaba a aquel fútbol del honor, con la permanente idea del Imperio, amasado con los más nobles e incontaminados sentimientos nacionales, de este fútbol industrial. Recordando su pasado esplendor y avergonzado de las cosas por las que uno tiene que pasar actualmente, el histórico Club aragonés malvive, con la cabeza muy alta, por las inmediateces de la ruina de la Segunda División. El Zaragoza ha resistido cuanto ha podido a la renovación. De sobra conocemos en este país los males que acarrea el abandono de las esencias de la tradición. Sólo un noble puede saber lo doloroso que resulta descolgar de las paredes los viejos retratos familiares de los ilustres antepasados Marcelino, Lapetra, Santamaría, Santos.

Ambos equipos se jugaban algo en este partido. El Madrid necesitaba ganar para alzarse definitivamente con el triunfo de la Liga sin

necesidad de esperar más encuentros. Y, además, estaba la importante cuestión de la imbatibilidad, que viene a ser como el sentimiento del honor calderoniano trasladado al balompié. Permanecer imbatido representa la hermosa doncellez de un equipo de fútbol. El Zaragoza, por su parte, precisaba el triunfo, porque corre el riesgo de dar con sus preciados huesos en la democrática Segunda. Situación límite de la que ya es casi imposible fingir ignorancia.

#### INTENCIONES

Pero ya hemos convenido en lo que sucede con el esteticismo aristocrático aplicado al fútbol. El Zaragoza y el Real Madrid saltaron al terreno de juego disimulando sus verdaderas intenciones. Sonó el disparatado silbato del señor David, comenzó el encuentro y ambos contendientes se empeñaron en un honorable pugilato para demostrar a quien le interesaba menos el partido. Amancio sobresalió en sus desdenes al balón. Disputó dos o tres veces la pelota, para no hacer de menos al contrario, y luego se dedicó a pasear tranquilamente por sus posesiones. Gento tomaba el sol, pacífico, con singular elegancia. Velázquez quiso hacer algo de deporte, pero se cansó en seguida. Solamente Grosso desentonó. El delantero centro madridista es un obrero del balón y, haciendo honor a su condición, trabajó incansable en una y otra área, pero su labor no lució nada, porque en los partidos entre aristócratas no tiene nada que hacer el fútbol proletario.

Los zaragocistas jugaron al paso, como para no acelerar su aproximación a Segunda. Únicamente Oliveros pretendió salvar la situación mediante un constante trotecillo de pura sangre. Era inútil. Sus compañeros no querían caer en la vulgaridad de apasionarse por un

partido. El pueblo que llenaba los graderíos no comprendía estos bizantinos mecanismos mentales de las «élites» y comenzó a manifestar su protesta y su aburrimiento con impertinentes palmas de tango.

#### PRIMER GOL

A los veinte minutos de la primera parte se produce un barullo ante la portería de Alarcia, y el Madrid, como quien no quiere la cosa, aprovechando la confusión, consigue su primer gol por mediación de su peón cualificado Grosso. El árbitro David increpa a Velázquez a base de gestos castizos y provocadores, con gran deterioro de la sagrada función arbitral. Acerca su cara y su esternón a un centímetro de la cara y el esternón del interior madridista. No me gustó David, pues me pareció pendenciero y arrimón.

Así transcurrió el partido en el más profundo de los hastíos, cuando, a los cinco minutos de la segunda parte, se produjo, la única jugada ligada del partido, que, por casualidad, resultó magnífica. La pelota va perfectamente dirigida de Amancio a Gento, otra vez a Amancio, que cede a Velázquez, quien se interna, espera la salida de Alarcia y coloca el balón fuera de su alcance, dentro de la portería. Un gol con título nobiliario. El Madrid ya tenía el 2-0 sin haber demostrado el menor interés, según conviene a las gentes de ilustre condición, y no tenía motivo para esforzarse más. El Zaragoza, para remontar los dos tantos adversos, tendría que desmelenarse y tampoco le convenía, como equipo histórico, abandonar la elegante indiferencia. Y de tal modo terminó el partido. Sólo se salvaron Sanchís, De Felipe y Oliveros. Y Grosso por cumplir puntualmente su jornada laboral. No hubo apoteosis para el triunfo del Real Madrid en la Liga

1968-69. El poderoso y sencillo pueblo que invadía los graderíos no comprendió este solapado método que emplean los aristócratas para solventar sus querellas y, como única diversión, celebró un balonazo de Amancio contra las autoritarias espaldas del árbitro David con grandes carcajadas anarquistas.

# LA CATEDRAL DEL TEDIO

---

07/04/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Atardecer ligeramente frío y una escasa y valerosa entrada, aproximadamente 15.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Irureta y Calleja); Sabadell, 2 (Ortuño).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubizarain; Paquito, Jayo, Calleja; Eusebio, Iglesias; Ufarte, Irureta, Luis, Melo y Hernández. Sabadell: Martínez; Isidro, Pini, Arnal; Marañón, Muñoz; Ortuño, Montesinos, Vidal, Garzón y Pujol.*

*Árbitro: Sánchez Ríos. Como toda persona humana, aun siendo árbitro, se equivoca. Sánchez Ríos tuvo sus defectos. La condición humana es implacable, pero nuestro hombre supo proporcionarle un contenido de grandeza, atreviéndose a perjudicar al equipo de casa con sus silbidos. Y tal como están actualmente los campos de fútbol españoles, ser anticasero constituye un defecto heroico. Entre sus más destacados errores se distinguen el penalti hecho a Luis en el minuto treinta y nueve de la segunda parte, que no quiso sancionar, y un empujón de Paquito a Pujol junto al banderín de córner, que ignoró olímpicamente. La entereza de su carácter quedó, sobre todo, de manifiesto en los minutos finales del encuentro, cuando las almohadillas descendieron sobre su cabeza como una lluvia hostil en la primavera.*

Además de tener que contemplarlo en su estado actual hay dos penosos espectáculos en el balompié hispánico: los niños-futbolistas que saltan en los prolegómenos de cada encuentro a retratarse con los jugadores (extraño peregrinaje que, por el momento, la Federación ha consigui-

do interrumpir) y el insólito afán de numerosos espectadores por saludar a las cámaras de televisión cada vez que enfocan a la zona donde ellos se encuentran. Resulta difícilmente explicable la actitud de estos caballeros, de esos «hinchas» respetables con aspecto de probos funcionarios, de severos padres de familia, de fieles esposos, volviendo repentinamente la espalda al césped y agitando los brazos enloquecidos cuando precisamente los jugadores de ambos bandos corren con la pelota por la proximidad de sus localidades. ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Qué raro mecanismo mental les traslada fatalmente de este anonimato simple al otro anonimato que roza el ridículo?

Es difícil la respuesta. Quizá estos espectadores consideren que tal como están las cosas cada domingo en los terrenos de juego del país, los verdaderos protagonistas, los héroes de la jornada futbolística, son ellos, que acuden sin esperanza todas las semanas al estado conociendo de antemano la comedia lamentable que van a presenciar. Entonces ellos tienen más derecho que los veintidós futbolistas a ser recogidos en sus espavientos por las cámaras y a increpar al árbitro.

## EL PÚBLICO

Una vez más, en el estadio del Manzanares, los verdaderos protagonistas del partido estuvieron en los graderíos. El público se cansó de agitar los brazos reclamando que las cámaras dejaran de seguir las aburridas evoluciones de los futbolistas para fijarse en ellos. Como no fueron escuchados, llenaron, como protesta, el césped de almohadillas con la disculpa de increpar al árbitro.

El Atlético de Madrid y el Sabadell jugaron al paso, sin técnica ni entusiasmo, mostrando sus incapacidades características. Mereció ga-





*El público, el protagonista.*

nar el Sabadell, pero también mereció el empate por no haber sabido emplear la mínima ciencia necesaria para defender la victoria en los últimos minutos. Para el Atlético de Madrid los problemas continúan siendo los mismos. Se impone la renovación de hombres y de ideas. Miguel es un excelente entrenador, pero necesitará del apoyo incondicional de la Directiva y de la «hinchada» para acometer la dura e inaplazable tarea de la jubilación. El Sabadell maniobró con mediocre eficacia. Su portero, Martínez, efectuó varias salidas garrafales que no le costaron algún gol gracias a su buena fortuna y a la habitual torpeza

atlética. La defensa hizo de todo, pero al final no supo sostener, con el tiempo galopando a su favor, la cura ventaja de los dos goles. Se mostró nerviosa y embarullada. Este fue su más grave y costoso pecado.

#### DESTACADOS

Por el Atlético sólo destacó Hernández. Por la zona de Paquito y Jayo llegaron los dos goles de Ortuño, en idéntica jugada, tras escapar solitario de la vigilancia rojiblanca en los minutos treinta de la primera parte y dieciséis de la segunda. Jayo no acertó en el pase. Eusebio deambuló por el campo vagabundo, sin saber dónde afincarse. Los dos goles atléticos también fueron conseguidos de modo muy semejante: en remates de cabeza de Irureta y Calleja que entraron junto al poste izquierdo de Martínez. Ambos fueron milagrosamente obtenidos en los últimos diez minutos del encuentro. No hay más que contar. A mi lado, el poeta Carlos Oroza, espectacular destructor de culturas, gritaba enardecido: «¡Yo he traído ésto, yo he sido el responsable de todo esto! ¡Les he enviado mis ondas mentales!» En el marcador se había instalado el 2-2. La gente no le hacía caso, ocupada en buscar el consuelo de aparecer, moviendo inútilmente los brazos, ante la sonrisa confortable y demoledora de cuatro millones de españoles sentados junto a la pantalla del televisor.

# AL FINAL, LOS APLAUSOS

---

14/04/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Terreno en buenas condiciones. Sol en el césped y viento de cierta intensidad, unos 70.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Amancio y Gento); Málaga, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; Manuel Bueno, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Málaga: Américo; Montero, Arias, Monreal; Benítez, Migueli; Pons, Conejo, Martínez, Fleitas y Otiñano.*

*Árbitro: Zariquiegui. Actuación muy completa. Como únicos reparos hay que señalar que en algunas ocasiones pitó con exceso, interrumpiendo demasiado el juego, y una mano clarísima de Migueli, que interceptó un balón largo enviado por Gento que Amancio iba a recoger en óptima situación.*

En el campo había un extraño ambiente. Los espectadores aguardaban la salida de los once futbolistas blancos con el desasosiego y la incomodidad del que no sabe exactamente la postura adecuada que se debe adoptar en casos semejantes. Los jugadores madridistas saltaron al césped con aire fatalmente resignado. Primero asomó la cabeza, receloso, Gento, y luego fueron apareciendo todos los demás. Estaban avergonzados: habían perdido la imbatibilidad. Veintiocho jornadas guardando la honra, defendiéndose por las praderas nacionales de Primera División contra los ataques gallegos, vascos, catalanes, andaluces, levantinos, sin una mancha, saliendo de la contienda, cada vez

más puros, con mayor fortaleza moral, si fuera posible. Los «hinchas» madridistas vivían orgullosos de la preciada doncellez balompédica de su equipo. Los grandes triunfos internacionales, las Copas de Europa, los Campeonatos de Liga, con ser importantes, cedían el paso, en el recto corazón de los buenos aficionados, a este noble gozo cotidiano, a este recatado tesoro de la imbatibilidad. El sentimiento del honor calderoniano, que llenó una época de nuestra mejor historia, ha encontrado refugio en los campos de fútbol.

#### ELCHE

Pero una tarde aciaga, hace ocho días, el admirable equipo de tan difícil y limpia trayectoria viajó a una ciudad encantadora. Y en Elche el Real Madrid dejó de estar incólume. Fue sólo un momento de debilidad, que estuvo a punto de no haber ocurrido. Pero ya se sabe que las cuestiones de la honra son implacables: se defienden durante toda la vida y se pierden en un segundo. Después del sutil descalabro de Elche el Real Madrid se presentaba contra el Málaga por primera vez ante los suyos. ¿Cuál sería la reacción de estos seguidores que durante 28 largas jornadas habían puesto todas sus complacencias en cantar a los cuatro vientos la entereza de su equipo?

Por estas razones asomaban las cabezas recelosos por las escaleras que vienen de los vestuarios Gento y sus desafortunados compañeros. El público, cuando les vio llegar se mantuvo en silencio, casi disimulando, como si esperara a que los propios protagonistas explicaran lo sucedido.

El árbitro, Zariquiegui, hizo sonar el silbato, y los jugadores madridistas fingieron enfrascarse en el juego para olvidar los malos pen-

samientos. Gento, que tiene más experiencia y a quien los años han vuelto escéptico en estas materias, es el primero en recobrar la naturalidad, y a los cuatro minutos saca una falta, enviando el balón al ángulo de la portería de Américo, quien despeja a duras penas la pelota, ayudado por el poste. Manuel Bueno, alineado en muy pocos partidos de esta Liga, se considera exento de responsabilidad directa en la desgracia que aflige a la familia madridista, y evoluciona con soltura por todo el terreno de juego, ejecutando las mejores jugadas. Sus restantes compañeros maniobran individualmente, tratando de hacerlo del mejor modo posible, pero sin comprometerse a los ojos del público en avances de conjunto, como queriendo cada uno desligarse de los demás en la vaga sensación de culpabilidad que flota en el ambiente.

## GENTO

A los únicos que se observa claramente que no les preocupan demasiado estas pequeño-burguesas cuestiones de la batibilidad es a Gento, que se pasea tranquilo por su demarcación, irónico y antiguo, sin tratar de justificar nada, y al obrero Grosso, que corre infatigable e ineficaz de un extremo a otro del campo sin conocer exactamente la razón de su lucha. El proletariado nunca ha comprendido el raro orden de la escala de valores de la burguesía.

A los veintisiete minutos de la primera parte se produce el primer conato de explicación. Velázquez realiza una estupenda jugada y termina entregando el balón a Amancio, que dispara bajo y colocado, a media salida de Américo, estableciendo el uno-cero y colocándose con este tanto como máximo goleador de la Liga, empatado con Gárate. El juego se distiende. El Málaga realiza muy buenos contrataques dirigidos por

ese soberbio futbolista que es Fleitas, apegado por los buenos extremos Pons y Otiñano. A los treinta y dos, cuarenta y cuarenta y tres minutos se suceden tres disparos de Fleitas, colocados e inteligentes, que son muy bien parados por Betancort, que tiene una gran tarde.

En la segunda parte el Madrid amplía las facilidades concedidas a los malagueños. La defensa blanca abre sus líneas, adelantada; se pierde el equipo en la maraña de los pases imprecisos y nadie acude a rematar en los córners. La desengañada afición ya no puede contenerse por más tiempo y se escuchan las primeras palmas condenatorias. Los madridistas desean congraciarse, y a los veintiocho minutos de este segundo periodo una pundonorosa internada de Zoco, el mejor jugador blanco, termina con un centro sobre el área malagueña, que deja pasar Amancio y, en un fallo general de la defensa andaluza, llega a Gento, que remata duro y alto al fondo de la red. Es el dos-cero definitivo.

## PÚBLICO

Pero el público calderoniano no olvida la pérdida de la imbatibilidad y suenan los pitos y las palmas de reprobación, que acababan desmoralizando al equipo. Comienza a imponerse el Málaga aprovechando los remordimientos de conciencia del equipo blanco, y a los treinta y cinco minutos Fleitas coge a la defensa madridista adelantada, se interna, regatea a De Felipe y Betancort, y eleva el balón, que pega en el palo. El rechace es recogido por Otiñano, que se lanza en plancha al remate; pero el gol es salvado en última instancia entre Calpe y Sanchís. Poco después un remate de cabeza de Martínez es detenido espléndidamente por Betancort cuando parecía gol seguro.

El silbato del árbitro Zariquiegui señala el final del partido. Terminaba el primer encuentro de la temporada que se celebraba bajo el signo de la batibilidad. Es una victoria más, pero que no puede borrar la mínima falta, el desliz de Elche. Los jugadores que fueron blancos se retiran poco a poco a los vestuarios, cuando a medio camino les sorprende la gran ovación de la familia madridista que estalla en los graderíos. Vuelven la cabeza y se reúnen con el entrenador, Muñoz, para deliberar. Han sido perdonados. Lentamente regresan al centro del terreno de juego y saludan, brazos en alto, conmovidos. La «hinchada» se ha olvidado de la aventura de vacaciones de la Semana Santa ilicitana que costó la integridad de su Dulcinea balompédica. Aleccionada por la realidad ha desmitificado este prestigio medio literario, medio comercial de mantener immaculado el casillero de los partidos perdidos. Los 11 futbolistas blancos, con Muñoz a la cabeza, abandonan el centro del campo, camino de los vestuarios, confortados. Los aplausos de la familia parecen decirles: «No importa, hija; reharemos nuestras vidas. Lo tienes todo. Acabas de triunfar en la Liga y el porvenir es brillante para la Copa. El futuro es tuyo. Siempre habrá alguien que te quiera a pesar de haber perdido ese galardón temeroso, discutible y conservador de la imbatibilidad.»

# AMISTOSAMENTE, PERO SIN AVASALLAR

---

18/04/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Noche apacible y tibia, con 40.000 espectadores, muchos de ellos gallegos, que venían a aclamar al equipo de su región, que llevaba 30 encuentros imbatido.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Orozco); Orense, 1 (Baby).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri (Pacheco); Rubio, Benegas, Lavarías (Miche); Melo (Eusebio), Jayo (Iglesias); Leirós, Lamata, Barriocanal (Orozco), Correa (Pastor) y Hernández. Orense: Roca; Varela, Alfonso, Lozano; Astigarraga, Pito; Pérez Oliva, Baby, Carballeda, Pataco y Túnez. Salieron en la segunda parte: Bermejo, Paredes, Castro y Rubiñán.*

*Árbitro: El colegiado castellano Alonso Pérez. Raro arbitraje; no aplicó la ley de la ventaja ni siquiera en las ocasiones más evidentes. Se olvidó de pitar un penalti clarísimo en el área atlética cuando faltaban cinco minutos para terminar el encuentro. Lo que hubiera supuesto el triunfo galaico.*

**El partido era amistoso. No queda otro remedio que llamar así a los encuentros donde no se juega aparentemente nada o donde la desproporción oficial entre ambos contendientes obliga a semejantes etiquetas para no molestar a los grandes y evitar de este modo la posibilidad de que los crean empeñados en verdaderas competiciones con gentes de tan baja condición. «Partido amistoso» parece un nombre inventado**



por los poderosos para anticiparse al riesgo de un irreverente descabro a manos de los pequeños. Ha tenido la suerte el Atlético de Madrid de que ya estuviera inventado el eufemismo.

Porque la realidad es que el Atlético de Madrid-Orense se planteaba al nivel de la lucha de clases. Un equipo millonario, con centenares de goles rampantes en su árbol genealógico, instalado en el bienestar socio-balompédico perteneciente a la cerrada «élite» de la Primera División, donde se encuentran los marqueses, condes, duques y príncipes del penalti a favor, enfrentado al líder popular de uno de los grupos de la abigarrada y multitudinaria Tercera División que ostenta el récord insultante de no haber perdido jamás un partido ni en esta Liga ni en la anterior.

#### PROMESAS

Para que la naturaleza del conflicto de clases resultara aún más notoria, el Orense salió a jugar con camiseta roja. El Atlético, por su parte envió a la Pradera del duelo a sus más firmes jóvenes promesas pastoreadas por los afamados mayores Rodri, Jayo, Melo y Hernández, y cuando las cosas se pusieron mal en el segundo tiempo, intervinieron Eusebio e Iglesias.

Comenzó el encuentro con un forcejeo de diferentes características y pronto se descubrió que las concepciones del mundo del Atlético de Madrid y del Orense eran completamente opuestas. Los rojiblancos, con el aire de superioridad transmitido por automación dinástica de sus mayores, pretendían ganar con paternal tranquilidad, mediante la simple exhibición de la nobleza de su técnica. Los orensanos corrían incesantemente para conjurar el peligro y se esforzaban por sobrevivir

en su dignidad. Y así vino a acontecer que a los treinta y tres minutos de juego se origina un avance de la delantera gallega y el interior Baby remata el balón, que se introduce en la portería de Rodri. El Orense se crece y sus incursiones aumentan en peligro. El público no tarda en comprender la verdad y aplaude a los de la Tercera División. Mientras tanto, el Atlético ha tenido varias ocasiones de gol, malogradas por la mala suerte y, sobre todo, la impericia de sus delanteros. Hernández falla un tanto a los veinticuatro minutos, y Barriocanal, que estuvo desafortunadísimo, otro al finalizar la primera parte.

#### REFUERZOS

En el segundo tiempo, Eusebio e Iglesias refuerzan a su equipo, en el que destaca la inclusión como delantero centro de Orozco, un futbolista con excelente cualidades, con fuerza, valor y técnica y con una potencia en el disparo que asombró a los graderíos. También destacó en la defensa rojiblanca el debutante paraguayo Benegas, que posee unas características similares a las de Orozco, aunque todavía deba pulir sus entradas, que a veces lo dejan descolocado, y la precisión de su pase. El dominio en esta parte es alternativo, pues los orensanos no se arredran, destacando la excelente labor defensiva de Alfonso, y en uno de los córners lanzados contra la portería orensana, a los quince minutos, Orozco remata de cabeza, imparable, el gol del empate semihonroso. El partido continúa movido hasta el final, con las mismas características, y cinco minutos antes de terminar, el árbitro castellano Alonso Pérez sabotea un clarísimo penalti cometido dentro del área rojiblanca, que hubiera supuesto la victoria revolucionaria.

Antes de retirarse a los vestuarios, los orensanos saludaron desde el círculo central del campo al público que los aclamaba. Habían obtenido el 1-1. Se retiraban con su honesto récord de imbatidos, envidia de poderosos, intacto. Muy amistosamente, muy amistosamente, pero sin avasallar.

# MONÓTONOS, PERO HONRADOS

---

21/04/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Tarde soleada y primaveral. Buena entrada, unos 50.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Luis); Real Sociedad, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubizarain; Colo, Iglesias, Jayo; Melo, Eusebio; Ufarte, Irureta, Luis, Adelardo y Hernández. Real Sociedad: Esnaola; Gorriti, Martínez, Ormaechea; Arzac, Gaztelu; Urresti, Urtiaga, Silvestre, Mendiluce y Botonat.*

*Árbitro: Vilanova. Excelente labor del Juez catalán, que corto todo intento de juego duro, sancionó sin desmayo las múltiples entradas en plancha, anuló justamente el gol de Irureta, a los treinta minutos de la segunda parte, por encontrarse el interior rojiblanco en fuera de juego, y, sobre todo, manifestó poseer una visión general de lo que debe ser un arbitraje; es decir, una concepción del mundo coherente a través del silbato que le hizo aplicar los mismos criterios para todas las situaciones, al contrario de lo que hacen muchos de sus compañeros, que reelaboran la doctrina según las diversas circunstancias del encuentro y las amenazas del público. Sus escasos errores carecieron de importancia.*

**Sólo diez minutos de buen fútbol en el Atlético-Real Sociedad o único elogio que puede dedicarse a la Liga 1968-69, que acaba de terminar, es que jamás ha pretendido engañarnos. Su sinceridad ha transcurrido**

pareja con su triste calidad. Ni uno solo de los millones de sufridos españoles que desfilaron esta temporada por los campos de fútbol nacionales lo hicieron con la esperanza de contemplar un buen encuentro. La gente llenaba cada domingo los estadios por el peso de la inercia, por el obligado masoquismo de nuestro pueblo o simplemente por disfrutar legalmente del hecho de estar asociado durante hora y media con más de 100.000 semejantes. Porque ya es de sobra conocido el lamentable nivel futbolístico de la competición que acaba de finalizar: jornadas en las que entre 16 equipos de la Primera División sólo conseguían marcar ocho goles, el fluir incesante de las victorias mínimas, la proclamación final de máximo goleador con el mínimo récord de 14 dianas, y mientras tanto, explicando definitivamente todo, la procesión de derrotas de la selección por los campos internacionales. La muy mediocre Liga de 1968-69, nunca ha intentado engañarnos. Ni siquiera en el último momento, cuando las circunstancias pudieran parecer más propicias para la perfecta contricción.

#### SIN ARREPENTIMIENTOS

Así, pues, lógicamente, al contrario de lo que hizo el zoquete de Don Juan Tenorio, no hubo arrepentimiento final, y el Atlético de Madrid-Real Sociedad resultó como una certera síntesis de los 30 partidos anteriores.

Hubo un momento en que temí que los dos equipos, sobre todo los castellanos viejos del Atlético, cedieran al sentimentalismo y trataran de ofrecernos un buen encuentro a manera de último adiós. Fue durante los primeros diez minutos de la primera parte. En este espacio

de tiempo los rojiblancos jugaron sueltos y con una extraña facilidad en el ataque, cosas hasta ahora nunca vistas.

A los cuatro minutos, Luis se queda solo delante de Esnaola, que desvía con apuros el disparo. Inmediatamente después, sacado el córner, un tiro de Ufarte se cuele bajo las piernas del portero donostiarra y es salvado en la raya de gol por la defensa vasca. El Atlético sorprende con un fútbol fácil y penetrante, en el que Luis es el rey, acompañado con Ufarte, repleto de facultades. Los tiros se suceden sobre la puerta de Esnaola y el público no sale de su asombro y se protege del sol, estupefacto. Pero hay que declarar en honor de ambos contendientes que pronto supieron sobreponerse a la insólita tentación y eligieron la verdad.

Aunque resultara más dolorosa. A los quince minutos de la primera parte ya estaba superada la crisis y los graderíos pudieron dedicarse confiadamente a contemplar el desastroso espectáculo familiar de todas las semanas. Melo comienza a equivocar todos los pases; Eusebio deambula, cansado y perdido; Adelardo, anónimo y torpón, desaparece, e Irureta se dedica a desperdiciar una y otra vez goles supercantados. Al mismo tiempo Jayo es burlado continuamente por Urresti.

Sólo Ufarte, Luis, Hernández e Iglesias permanecen dominados por el sentimentalismo de la despedida y tratan de quedar bien con la fiel «hinchada».

Es en estos momentos cuando el gallego Ufarte se escapa con el balón hacia el extremo y envía un centro lleno de morriña a la cabeza de Luis, que remata de un modo increíble la pelota, que entra por el ángulo de la portería de Esnaola sin que el meta donostiarra se entere. Es la única concesión del uno-cero.

## LA REAL

La Real Sociedad se contagia por algunos instantes de la manía congraciadora de los madrileños y, para no ser menos, realiza dos incursiones terroríficas por el área de Zubiarraín. La primera de ellas consiste en un gran avance del extremo Urresti, regateando a placer a Jayo, con un centro que remata Silvestre a las manos del portero atlético, que casi era lo más difícil que podía haber hecho.

Poco más tarde, a los treinta y seis minutos, un centro de Urtiaga de nuevo es fallado inexplicablemente por Silvestre junto al poste rojiblanco.

Afortunadamente, el segundo tiempo se desarrolla dentro de la más absoluta normalidad liguera. Sólo rompe la costumbre el árbitro, Vilanova, que con su buena actuación demostró poseer una rigurosa y coherente concepción del mando a través del silbato, al contrario que la mayor parte de sus compañeros, que reelaboran la doctrina según las diversas circunstancias del encuentro y la intensidad de los denuetos del público. Nada más se equivocó en algún fuera de banda de signo cambiado y en no dirigir la mirada periódicamente a los jueces de línea, en un arbitraje notable y absolutista.

Ambos equipos incrementan sus errores en esta segunda mitad para no asustar al público. Sólo hay un tiro de Silvestre, a los catorce minutos, con la Real Sociedad jugando a un contrataque esquemático, que tropieza milagrosamente en el cuerpo de Zubiarraín. Diez minutos después, Ormaechea lanza un potentísimo disparo desde fuera del área que se estrella en el larguero. Los rojiblancos tienen que escuchar las conocidas palmas de reproche, que ya sin apasionamiento les dedican sus partidarios.

Irureta falla tres goles muy claros: el primero y el tercero, por lentitud e imprecisión en el tiro; el segundo, por adelantarse demasiado y quedar en fuera de juego, cuando podía haberlo evitado. Introdujo el balón en la portería vasca, pero Vilanova anuló el tanto justamente.

Continúa el juego de pésima calidad y así termina el partido de la honradez. En los diez minutos del primer tiempo estuvieron a punto de sucumbir a la natural emoción de la última jornada de la Liga y ofrecer un buen encuentro. No hubiera sido noble ni consecuente. Los espectadores tenemos derecho a no ser engañados y, además, nadie podría predecir la reacción de 50.000 personas al descubrirse traicionadas en la costumbre de reírse e indignarse cada domingo con el monótono, imperial y visionario balompié hispánico.



# BURÓCRATAS DEL 2-1

---

05/05/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Tarde soleada, terreno mojado y excelente entrada, rozando el lleno. Unos 60.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Ufarte y Luis); Real Madrid, 1 (Gento).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarain; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Iglesias; Ufarte, Luis, Gárate, Irureta y Collar. Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; Grande, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento.*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez. Magnífica su labor, a pesar de los denuestos de la apasionada afición, que llegó a reclamar hasta cinco penaltis. No dejó pasar un solo fuera de juego, pitó bien las faltas, no se dejó engañar por los jugadores acortando la distancia de las barreras en los golpes francos y expulsó justamente a Calleja, por agresor-provocador, y a Amancio, por repeler violentamente la entrada del defensa rojiblanco. Como único reproche, algunos gestos teatrales en las amonestaciones a los jugadores y el contar los pasos de las barreras con la cabeza vuelta hacia atrás, en actitud impropia de un juez.*

Vale más una Copa que cien mil Ligas. Vale más la imaginación, la aventura, el riesgo y la urgencia que el lento paseo, monótono y burocrático, de contabilizar los oscuros ahorros de cada domingo para establecer el balance final al cabo de treinta semanas. La Liga representa el triunfo de las virtudes de la burguesía media, con su constancia, sus re-

servas de energía, su normal ejemplaridad y su oportuno poder. La Liga es el premio de los que viven pensando en el porvenir y mucho me sorprende, por eso, que la Confederación de las Cajas de Ahorro no haya inscrito todavía un equipo en esta competición que parece hecha a su medida. En la Liga, Goliat hubiera propinado treinta palizas al habilidoso David. La pedrada en el ojo del gigante sólo es posible en el torneo igualitario de la Copa. Aquí triunfan los rebeldes, los bohemios y los anarquistas, los que desprecian los dogmas defensivos oficiales, el cerrojo conservador, el control de la iniciativa, y se juegan en una sola apuesta el resultado de la eliminatoria confiando alegremente en la propia fortuna y en la propia imaginación. La Copa es un admirable torneo para desclasados. Donde los once mozos de corta nómina de la Real Sociedad se permiten el lujo iconoclasta de marcar cinco goles al Barcelona, actual campeón. Donde los recién descendidos del Málaga apuntillan con tres goles a domicilio en Sarria a los millonarios en apuros del Español. La Copa es la única razón para seguir viviendo.

El Atlético de Madrid-Real Madrid, primera eliminatoria del Torneo, es un encuentro significativo. El Madrid, campeón de la Liga, es el modelo de la regularidad. Hace unos años era un equipo de artistas, ahora constituye un conjunto de excelentes funcionarios que cumplen a la perfección su semanal obligación de ganar los partidos. Su táctica, burocráticamente, es correcta: adelantar el trabajo con un gol madrugador y luego vivir de la renta. Su lema ha sido: «Ni un partido sin ahorro.» De treinta ocasiones sólo dejó de cumplir esta consigna laboral una vez, contra el Elche.

El Atlético de Madrid es un Club bohemio. Pero de buena familia. A pesar de su desgarrro y de sus sonadas aventuras, bien se ve que posee padres poderosos y que, en el fondo, lo que desea es sentar la ca-



*Hermandad entre las aficiones colchonera y merengue.*

beza y labrarse un cómodo porvenir. Como esos señoritos que exhiben la amistad con limpiabotas y «cantaos», el Atlético procura que finalmente no le confundan en sus paseos por los lugares más licenciosos de la tabla de clasificación.

#### EL CHOQUE

Así, pues, el Atlético de Madrid-Real Madrid se desarrollaba al mismo nivel social. Sin salir de la familia, el hijo pródigo contra el hijo formal. De salida, ambos hermanos comienzan nerviosos por el encuentro. Los

pases resultan imprecisos. Irureta y Grosso se distinguen en tan equivocado menester. El forcejeo familiar se mantiene discreto en los primeros minutos cuando, de pronto, el hijo pródigo lanza su primera «boutede»: Ufarte reclama penalti en el área madridista por una falta propia que supo observar muy bien el árbitro extremeño Sánchez Ibáñez. Hay un colocado tiro de Luis que obliga a Betancort a estirarse. Poco a poco, el Madrid inicia la presión suavemente. Los córners se amontonan en la portería defendida por Zubizarrain. El equipo rojiblanco replica con anarquía, y a los catorce minutos se produce una magnífica jugada con pase de Gárate a Ufarte, que en clara posición, remata de cabeza fuera. Velázquez, con sobrados méritos, es el jefe de la oficina madridista y reparte el trabajo con diligencia y buen sentido. El simpático desorden del Atlético se conquista el apoyo de los espectadores, que, a lo largo del encuentro, habrán de reclamar cinco penaltis más.

#### INDIVIDUALIDADES

No surge ningún avance bien ligado; todo es producto de las acciones individuales y no de un esquema de juego. Ufarte gana por la mano a Sanchís, Velázquez resulta algo imposible para Melo, Gárate es severamente marcado por De Felipe, Grosso labora sin imaginación. Colo y Calleja carecen de recursos técnicos. Iglesias vigila con eficacia a Amancio, Gento se muestra hábil y miedoso, Grande, perdido; Collar, malintencionado, es amonestado por el árbitro; Jayo cumple exactamente, y Betancort, junto a buenas paradas, pone los pelos de punta a sus compañeros cada vez que despeja de puño.

Todo este conjunto de actuaciones personales no arrojaban ningún balance positivo futbolístico. El mediocre primer tiempo se halla-

ba a punto de terminar cuando se produce el temido choque entre los dos parientes. Calleja persigue a Amancio, y tras dos intentonas, le entra violentamente. En la acometida caen los dos, y mientras descenden, Amancio conecta un puntapié a la mandíbula de Calleja. El árbitro, Sánchez Ibáñez, expulsa primeramente al interior madridista, entre el regocijo de la «hinchada» atlética, y tan pronto como se ha recuperado del golpe, envía a Calleja por el mismo camino. Justa doble expulsión, que, en la segunda parte, tendrá la virtud de tranquilizar los ánimos.

#### SEGUNDA PARTE

En el segundo tiempo, el Madrid comienza a trabajar con soltura. Esto no impide que la bohemia atlética también haga la guerra por su cuenta y Luis falle un balón clarísimo colocado a sus pies sabiamente por Collar. Pero el premio al trajín, por el momento, es para los madridistas. A los nueve minutos Gento lanza una falta desde el mismo ángulo izquierdo del área rojiblanca y envía el balón con mucho efecto, y con bote previo, al fondo de la red de Zubizarain. Es el 0-1. El portero atlético no estuvo afortunado; pudo haberlo detenido.

Los jugadores rojiblancos se desmoralizan. Tres minutos más tarde, Gento vuelve a repetir el disparo que valiera el primer gol y el balón es detenido con dificultad por Zubizarain. Pero el Madrid, con el reflejo burocrático de los partidos de Liga, se dedica a vivir de la renta del gol y juega con ineficaz parsimonia. Y a los trece minutos, los atléticos llegan hasta la portería madridista. Betancort despeja desastrosamente de puño un balón que instantes después va a parar a los pies de Ufarte, quien, a puerta vacía, establece el empate.

El tanto anima a los impulsivos y desorganizados rojiblancos, mientras los campeones de Liga se desaniman al comprobar el fracaso de sus métodos mercantiles aplicados al fútbol. Inmediatamente hay una espléndida jugada de Ufarte, que centra y remata de cabeza Gárate, exactamente al ángulo y desvía de modo increíble Betancort. Los del Manzanares se crecen y buscan el triunfo con ahínco, y con el Madrid estupefacto, lo consiguen en el minuto treinta y cuatro por mediación de Luis. Era el 2-1, el triunfo del hijo pródigo y la justificación de la Copa. El Madrid tuvo el partido ganado. Lo perdió por su mentalidad conservadora. Aunque el Atlético tampoco tenga motivos para vanagloriarse de su juego. Pero en esta ocasión tenía que vencer el fútbol confuso, desordenado y errante del Atlético de Madrid sobre la gris planificación de los muchachos de Bernabéu. Porque, afortunadamente, señores, ha comenzado la Copa.

# LA NEGACIÓN DEL FÚTBOL

---

12/05/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno total en la primera tarde de auténtico verano de la temporada. 110.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 0; Atlético de Madrid, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; Miguel Pérez, José Luis, Grosso, Velázquez y Gento. Atlético de Madrid: Zubizarain; Colo, Jayo, Paquito; Melo, Iglesias; Ufarte, Luis, Gárate, Adelardo y Collar.*

*Árbitro: el valenciano Cardos. En su elogioso afán de seguir de cerca el juego se convirtió, a ratos, en un futbolista más, engañando con sus fintas a los jugadores de ambos equipos. Incluso llegó a interceptar balones. Se equivocó en dos córners no pitados por rebote del balón en defensas rojiblancos. En lo demás, bien ayudado por los jueces de banda, silbó correctamente los innumerables fuera de juego en que incurrieron los delanteros madridistas, impotentes por rebasar a los rojiblancos de otro modo. También distribuyó imparcialmente las faltas y se negó a conceder, con buen criterio, a pesar de las desmesuradas peticiones blancas, un pretendido gol fantasma, tras haber botado el balón en el larguero.*

La Copa sigue haciendo honor a su condición de torneo castizo y desmitificador. Ya han caído, para bien del pueblo llano, los dos temidos campeones de esta Competición y de la Liga: Barcelona y Real Madrid y el subcampeón Las Palmas. El terreno queda francamente despejado para aquellos equipos modestos e irregulares incapaces de salir ade-

lante en el Torneo monótono y contable de la Liga, pero capaces de llevar a cabo cualquier gran hazaña bajo dos condiciones: que sea rápida y que no les obliguen a repetirla.

La conmovida afición atlética brincará de alegría durante toda la semana en sus hogares rojiblancos. Después de un año de disgustos, el equipo del Manzanares se ha despachado eliminando al Madrid. Por el contrario, el «hincha» madridista se dedica a justificar lo ocurrido cargando la culpa a la «mala suerte».

Equivocado análisis. El Real Madrid ha tenido una buena suerte increíble. Pocas veces, en un partido de fútbol una delantera dispone de tantas ocasiones de gol como las que tuvieron en sus botas los delanteros blancos. Surgieron diez tantos cantados. Esto, en un encuentro de Copa donde se necesitan sólo dos goles, es demostración de una buena suerte evidente.

#### LA FORTUNA Y EL FÚTBOL

Lo que sucede es que la buena suerte necesita de unos mínimos requisitos para surtir efecto. La buena fortuna entiende bastante de fútbol y se cansa de jugadores que no saben tirar a gol con las dos piernas, de la exasperante lentitud frente al portero contrario, del regate ineficaz que nunca soluciona nada, de la falta de colocación en el campo, de la ausencia de fondo físico, etc. El Madrid carece de delantera. Su ventaja en la Liga no debe oscurecer el análisis de la realidad. Ha triunfado gracias al troteillo insistente y demoledor de algunos de sus jugadores y no a la superioridad técnica. No hay delantera porque Grosso se dedica a correr alocado y cumplidor por todo el campo y suele llegar tarde, la mayor parte de las veces, a cumplir sus funcio-





*A pesar de la entrega de Pirri, los «eternos» volvieron a defraudar.*

nes de delantero centro. Velázquez es un hombre de auténtica clase, pero suele arrancar desde el centro del campo. Gento vive su vida y se dedica a aprovechar las oportunidades en lugar de crearlas. José Luis ha perdido su antigua facilidad en el disparo y vaga, torpe e indeciso, fuera de lugar. Miguel Pérez supera a todos en ineficacia. Tiene un regate fácil y elegante, pero carece de toda visión de la jugada y dispara con la inexperiencia de un colegial. Lo poco que tiene que decir esta delantera se reduce a nada cuando no está Amancio. Porque el gallego, jugando bien o mal, impone orden, respeto y apariencias de buen equipo de fútbol.

El Atlético jugó unos magníficos, insospechados e inteligentes primeros veinticinco minutos. Marcaje de hombre a hombre y dominio absoluto del centro del campo. El juego no resultaba espectacular, pero era interesante contemplar el forcejeo subterráneo de las tácticas. A los cuatro minutos se produce la más clara ocasión para el Atlético. Gárate pasa en profundidad a Melo, que se interna, desborda la salida de Betancort y, a puerta vacía, dispara flojo y da tiempo a que llegue Sanchís y conjure con prisas el peligro. La defensa madridista se encuentra segura. Calpe, Sanchís, De Felipe y Zoco cortan muy bien los avances rojiblancos. Sólo el regate suicida de Zoco desconcierta a sus propios compañeros. Pirri pone una enorme voluntad y entrega pero todavía no ha recuperado la forma después de su lesión.

#### GÁRATE Y BETANCORT

Gárate se halla otra vez a punto de marcar cuando remata de cabeza a la salida de un «córner» ante la pasividad de la defensa madridista. Nadie se mueve, ni Betancort. El Atlético ha tenido suerte con la ex-

pulsión de Calleja el domingo anterior porque Paquito ha realizado un excelente partido anulando a Miguel Pérez y forzándole a la locura de los absurdos regates. La defensa rojiblanca jamás se ha caracterizado por la gracilidad de su cintura, pero en esta ocasión constituían una barrera imposible de superar para la inválida delantera madridista.

Transcurrida media hora de juego, los dos equipos se cansan y abandonan la lucha por el centro del terreno. El Atlético se divide en dos grupos, y luego se repliega en su área a defender el empate. Entonces comienza la buena suerte del Madrid y el aburrimiento de los espectadores. A los treinta y cinco minutos, Velázquez corona la única buena jugada de la tarde con un disparo que se encuentra Zubizarain en su salida. Poco después, un tiro de Pirri da en la cara interna del larguero y bota hacia abajo el balón mientras los madridistas reclaman gol.

En el segundo tiempo todo continúa igual. Como única variación, el aumento de las ocasiones de gol madridistas y el festival antifutbolístico de José Luis y Miguel Pérez. Los goles cantados se suceden, y si no suben al marcador, no es por mala fortuna, sino por la desastrosa habilidad de los blancos. El partido termina con la euforia atlética y la callada depresión madridista. El 0-0 del marcador indicaba a la perfección que un gol es demasiado pedir para estos tiempos. Una sombra de aquel viejo Madrid de la Copa de Europa. Ahora sólo se encuentra en condiciones de andar por su propio barrio y expuesto a las pedradas irrespetuosas de los mozalbetes, que no se dejan intimidar por las batallas antiguas. En cambio, este Atlético castizo y canallón me ha encantado, porque es incierto, bravo y zancadilleador como la vida misma, es decir, como la Copa.

# EXPLOSIÓN DE SALUD

---

19/05/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Excelente entrada. Unos 50.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Hernández); Real Sociedad, 2 (Boronat).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubizarain; Colo, Jayo, Paquito; Melo, Iglesias; Hernández, Luis, Gárate, Adelardo y Collar. Real Sociedad: Esnaola; Gorriti, Martínez, Ormaechea; Gaztelu, Lema; Urresti, Urtiaga, Arzac, Mendiluce y Boronat.*

*Árbitro: Sánchez Ríos. Bien, en general. Aunque se mostrara favorable al Atlético. Tuvo actitudes impropias de un árbitro al permitirse empujar con malos modos a algún jugador. Y el miedo a expulsar a Melo, en los últimos minutos del encuentro, tras haber propinado una patada alevosa, sin la menor disculpa, a Gaztelu.*

Los 2.900 jugadores profesionales de fútbol que enriquecen el patrimonio artístico nacional debieron haber sido obligados por la Federación a asistir a la lección de este encuentro. Sin lugar a dudas, el fútbol que actualmente practica la Real Sociedad es el único modo de jugar que podría salvar de la ruina en que se encuentra el desdichado balompié nacional. Jugadores fuertes que disputan el balón por el aire valientemente, buscando el esférico con la cabeza y no como suele hacerse normalmente por los campos del país, es decir, saltar protegiéndose con el hombro y colocar la cabeza con cautela esperando que coincida con la trayectoria de la pelota.

## LOS DONOSTIARRAS

Los donostiarras corrieron incansables durante todo el partido en una asombrosa demostración de facultades físicas, con los extraordinarios Gaztelu y Urreisti como animadores del festival. Estas condiciones les permitieron practicar un extraño cerrojo que ya quisieran los equipos con fama de atacantes, porque defendían la portería de Esnaola seis hombres y en los contrataques participaban cinco. No practica la Real Sociedad un fútbol afiligranado, pero su eficacia reside en los pases a las zonas libres y en la capacidad de remate de sus delanteros. En estos momentos, con toda seguridad, la Real Sociedad es el mejor equipo de España. Necesita pulir varios defectos, mejorar la técnica de algunos jugadores, evitar los despejes alocados de la defensa, etc., pero este es el camino y el estilo de fútbol que se impone en el mundo.

## EL ATLÉTICO

El Atlético de Madrid con su fútbol bohemio y calavera no pudo hacer nada ante esta explosión de salud que se le echaba encima. A los cuatro minutos de comenzado el encuentro, ya había encajado un gol en un contrataque de los vascos rematado por el extremo Boronat. Pero el Atlético, a pesar de su escasa calidad futbolística, posee la rara virtud de comprender a la perfección el extraño espíritu de la Copa, y, en lugar de estudiar seriamente su difícil situación con el 0-1 inicial en contra, se lanzó con admirable locura al ataque, jugándose toda su fortuna a una sola carta. La apuesta hermosamente suicida obtuvo gran éxito en la primera mano, y a los siete minutos del comienzo se organiza un enorme barullo ante la portería de la Real y el pequeño extremo roji-



*La afición donostiarra dejó su huella en el Manzanares.*

blanco Hernández, con Esnaola vagando fuera del marco, envía el balón con la cabeza al fondo de la red donostiarra. El 1-1 pone locos de contento a los apostantes afortunados. Pero ya se sabe cómo son estas cosas del azar. No había transcurrido un minuto, cuando los fornidos muchachos de la Real Sociedad vuelven a avanzar y Urtiaga centra un balón que remata Boronat batiendo a Zubiarraín por segunda vez en siete minutos. Es el 1-2. Las situaciones de gol se suceden por ambas partes porque los rojiblancos, hay que decirlo en su favor, siguen apostando. Pero los vascos dominan el partido y llueven para ellos las oca-

siones de gol. Solamente los desdichados despejes de puño de Esnaola inquietan el área de los donostiarras. Gárate es marcado con eficacia y Adelardo continúa sumergido en su larga oscuridad.

Los noventa minutos continúan con igual planteamiento: superioridad absoluta de los vascos y destellos cortos de los atléticos. El partido termina con un resultado que elimina bastante las probabilidades del Atlético en esta Copa de 1969, irracional y fulgurante, que parecía haber sido hecha a su medida.

# ESCOGIERON LA RESIGNACION

---

26/05/69

*Campo: Estadio de Atocha. Lleno total y noche lluviosa. La cantidad de asistentes desbordó el aforo natural del campo, y a los dieciocho minutos el árbitro tuvo que interrumpir el encuentro durante un cuarto de hora porque los espectadores habían invadido la parte lateral del terreno de juego.*

*Marcador: Real Sociedad, 1 (Arzac); Atlético de Madrid, 1 (Luis).*

*Alineaciones: Real Sociedad: Esnaola; Gorriti, Martínez, Ormaechea; Arzac, Gaztelu; Urreisti, Urtiaga, Silvestre, Mendiluce y Boronat. Atlético de Madrid: Zubiarrain; Colo, Jayo, Calleja; Melo, Iglesias; Ufarte, Luis, Gárate, Irureta y Collar.*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez. Bien en general, aunque en algunas ocasiones no hiciera caso de los fuera de juego que le señalaba el linier. Quizá para compensar la expulsión de Calleja cuando el partido de los octavos de final contra el Real Madrid, se mostró esta vez favorable al Atlético en sus silbidos. Al terminar el encuentro se retiró departiendo amigablemente con su viejo expulsado.*

San Sebastián. (De nuestro enviado especial.) «¿Le molesta que anime a la Real?» Una respetable señora, entrada en años, con la mirada serena de la alta burguesía y sonrisa posconciliar, solicitaba de esta manera permiso al colega Fielpeña para aplaudir al equipo donostiarra. En el campo de Atocha los asientos reservados a la Prensa se hallan separados del público por una chapa metálica perfectamente instalada. Galantemente, Fielpeña otorgó la correspondiente venia, y nuestro



asombro alcanzó las más elevadas alturas siderales cuando a renglón seguido la apacible dama comenzó a aporrear con toda la insospechada fuerza de sus puños la chapa del palco periodístico, animando con la bárbara salmodia metálica, sin tregua, a sus fornidos muchachos. Se trata de un solo ejemplo. Porque el público de San Sebastián es el mejor público futbolístico del país. Durante todo el partido no cesó un solo instante de aplaudir y estimular a los once representantes vascos que dirimían en el césped la contienda con los madrileños.

#### TEMOR

Por una parte, el Atlético salió a jugar temeroso, todavía con el recuerdo de los contrataques vascos que tan malas consecuencias para ellos produjeron en el Manzanares. Colo, Jayo, Iglesias, Calleja, Melo e Irueta quedaron encargados de evitar que tan desgraciados sucesos volvieran a repetirse. Por otra parte, al Atlético comenzaba a aburrirle el Torneo de la Copa. Una cosa es ganar a base de improvisación y de locura a los poderosos e inalcanzables funcionarios del Real Madrid, porque ésta es la razón de vivir de la Copa; pero tener que ganar luego otra eliminatoria, y luego las semifinales, y luego la final, comienza a recordar sospechosamente la necesaria regularidad de la Liga, y el equipo rojiblanco no tiene juego, ni moral, ni años para tan largas aventuras. Prefiere la resignación.

La Real Sociedad tampoco fue el increíble equipo que vimos en Madrid. Conservaba las mejores cualidades, sobre todo la fortaleza y la decisión de la entrada al remate, pero no hizo fútbol ligado ni de calidad. Sólo Mendiluce y Arzac demostraron auténtica clase. El portero, Esnaola, volvió a estar inseguro y, además del gol, fue batido en

dos ocasiones por tiros de Luis y Collar que fueron salvados milagrosamente en la misma línea de gol por Gorriti y Ormaechea.

## SEGUNDO TIEMPO

En el segundo tiempo la Real Sociedad incrementó su ritmo de juego, el defensa Gorriti se incorporó en numerosas ocasiones a la delantera, porque Collar pasaba al centro del ataque. Ufarte recibió un golpe amenazador y cogió miedo, prefiriendo pasar inadvertido. Pero también este segundo tiempo significaba la recuperación del Atlético. Aunque no haya que tomar la palabra recuperado al pie de la letra. Simplemente quiere decir que durante algunos minutos los rojiblanco se permitieron el lujo de acosar a los donostiarras e incluso encerrarles agobiadoramente en el área. Pero la réplica vasca producía siempre mayor sensación de peligro. Hay disparos de Arzac, de Silvestre, de Urtiaga que parecen goles cantados. Y a los treinta y siete minutos, Urristi ejecuta una falta cerca del área rojiblanca y Arzac entra como un cañonazo al remate de cabeza, y el balón, tras dar en el larguero, entra en la portería de Zubiarraín fulminantemente. Es el uno-cero que termina con las aspiraciones atléticas y es la señal para el comienzo del funeral del fútbol madrileño.

Entonces los vascos cometen la imprudencia de tratar de perder tiempo con pases hacia atrás y renunciando al ataque. El Atlético se desespera, y gracias a esta desorganización activa Collar envía un centro que se lanza a recoger en plancha Luis, con valor impresionante, y envía el balón al fondo de la red de Esnaola. Es el empate, el uno-uno definitivo, porque ya no queda tiempo para intentar otra cosa. Termina la eliminatoria con el justo triunfo del mejor, de la Real Sociedad.

Aunque el Atlético haya jugado, sobre todo en el segundo tiempo, mucho mejor que en Madrid; pero de todos modos no resultó suficiente. El público abandona el estadio enardecido, chapoteando en el barro de los alrededores, sin importarle la lluvia. La señora de la sonrisa inofensiva y de los golpes en la chapa ha serenado su respetabilidad y camina con el paraguas abierto y la mirada vencedora hacia su chófer. «Benjamín —le dice—, hoy he sido muy feliz. Mañana no quedará otro remedio que volver a jugar al bridge.» Y atiza un último mamporro nostálgico a la brillante carrocería de su Rolls-Royce utilitario.

# DÍGASELO CON GOLES

---

27/05/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entada. Unos 65.000 mil espectadores en el homenaje al legendario Puskas.*

*Marcador: Real Madrid, 4 (Grosso, Gento, Pirri y Velázquez); Rapid de Viena, 2 (Bjerregaard).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; José Luis, Amancio, Grosso, Puskas (Velázquez) y Gento. Rapid de Viena: Sazanwald; Skockl, Glechner, Eigenstiller, Fak, Flogel; Lindman (Kaltenbrunner), Fritsch, Grausam, Bjerregaard y Sondengaard.*

*Árbitro: El madrileño Martínez Benegas, desastroso. Abusó de la admirable paciencia de los vieneses, que sólo se irritaron lo imprescindible ante el aluvión de manos sin pitar, de fueras de juego sin castigo y de las equivocaciones incesantes.*

Ferenc Puskas fue la única operación no conservadora del Real Madrid. Hace once años, el Club blanco se atrevió a fichar para su glorioso equipo, que entonces reinaba balompédicamente sobre Europa, a un jugador húngaro que contaba treinta y un años. Una edad que suele endurecer las vías del diálogo deportivo-mercantil incluso con las Directivas más progresistas en materia económica. Aunque el futbolista en cuestión se llamara Ferenc Puskas, dispusiera de una biografía deportiva prodigiosa, de una pierna izquierda implacable, de una cordialidad y de una generosidad arrolladoras, de una amplia y merecida

fama a nivel continental y del proyecto de una fábrica de salchichas, para el futuro, en la cabeza. Pero el Real Madrid, sorprendentemente, se atrevió a incluir en su equipo, repleto de figuras en plena apoteosis, a aquel viejo ídolo europeo que ya parecía haberlo conseguido todo.

Fichaje afortunado, porque los riesgos de la inversión fueron recuperados con creces. Puskas vistió la camiseta madridista durante nueve largos años. Y el antiguo ídolo de los públicos continentales volvió a iniciar otra larga biografía triunfal, con un balance al borde del milagro balompédico: 324 goles en 372 partidos, tres Copas de Europa, una intercontinental, cinco Campeonatos de Liga y uno de Copa. Y cumplida con exageración su tarea, a los cuarenta años, el genio se retiró del fútbol.

#### EL EXILIO DEL GOL

Con Ferenc Puskas se retiró también el gol de los estadios. Porque la historia deportiva del legendario interior del Real Madrid es, al mismo tiempo, la historia del gol en España. Su récord en los nueve años como jugador blanco es simple e impresionante: casi un gol por cada encuentro, con un promedio de 0,87 tantos por partido. Es decir, que cualquiera de los dos máximos goleadores de la actual temporada, Amancio o Gárate, con una marca de 14 tantos, hubiera necesitado veintitrés años de Liga para igualarlo.

Como homenaje a Puskas, el Madrid trajo al estadio Bernabéu un rival según merecían las circunstancias: el Rapid de Viena, el conjunto austriaco que eliminó este año a los blancos de la Copa de Europa. Así, pues, el partido presentaba un ligero tono reivindicatorio que, añadido a la probable ausencia de severos marcajes por la condición

amistosa del encuentro, proporcionaba algunas garantías de que se podría asistir a un buen espectáculo.

#### EL PARTIDO

El público acogió con una interminable ovación la presencia de Ferenc Puskas, al frente de ambos equipos, en el terreno de juego. Que se reanudaba, comenzado el partido, cada vez que el gran interior se apoderaba de la pelota con el dominio de antaño. Al minuto de iniciado el encuentro, Puskas controla el balón magistralmente y envía un soberbio pase medido, por encima de la defensa adversaria, a Gento. La afición aplaude agradecida, porque no está ya acostumbrada a contemplar semejantes finezas balompédicas. A los seis minutos, Gento vuelve a recibir otro pase excelente de Puskas y su disparo sale fuera rozando el poste. Poco después de produce una jugada significativa: Puskas se hace con la pelota, con Gento y Amancio tras sus pasos; pero en lugar de continuar avanzando, dirige la mirada hacia el lado de José Luis, que actuaba como extremo, y retiene el balón, aguardando a que el delantero madridista llegue a ocupar su verdadera demarcación. Era un reflejo de los viejos tiempos, cuando siempre había, cinco hombres disponibles para el ataque. Luego, Puskas envía un pase de tacón al hueco, en la boca del gol, que es coreado por la multitud. Entonces, en el minuto trece, Grosso, contagiado por la presencia del viejo cañonero húngaro, lanza el mejor disparo de su vida, desde fuera del área, que se cuela como un estampido por el ángulo de la portería defendida por Sazanwald. Con el 1-0 que inicia el festival del gol en homenaje al hombre que parecía haberlo inventado abandona el terreno de juego Puskas, en medio de las aclamaciones entusiasmadas de los graderíos.



*Fiesta en las gradas durante el homenaje a Puskas.*

El planteamiento del encuentro por los dos conjuntos se presta para la exhibición, porque no hay marcajes férreos, ni cerrojos ni entradas duras, sino fútbol abierto en busca del gol según las propias facultades. Pero no lució demasiado el buen juego, aunque abundaron los goles. Hubo excesivos malentendidos en la delantera madridista, con Amancio quitándose el balón de encima inmediatamente de haberlo recibido; Grosso trabajando bien, pero fuera de la zona de ataque, y José Luis correteando desastrosamente con la vista baja y sin idea preconcebida, ignorando a sus compañeros. Afortunadamente, Velázquez dio una magnífica lección de lo que significa jugar al fútbol, de regate eficaz, de protección de la pelota, de técnica en el pase largo y

en el control del balón, y como final, marcó un cuarto gol de auténtico maestro. Incluso ha superado su antigua falta de fondo físico y resiste, incansable, todo el encuentro. Para ser un digno sucesor de Ferenc Puskas sólo falta la potencia y precisión en el disparo. Gento, frente a una defensa con tan buenos modales como la austriaca, realizó un excelente partido y su nombre fue cantado por los graderíos. Betancort hizo dos paradas de las que acreditan a un portero. Y Sanchís no perdonó la menos alegría a su extremo, Lindman.

#### EL ÁRBITRO

Aunque el público se haya divertido con los seis goles y otros cuatro anulados por el árbitro madrileño Martínez Benegas, que, dicho sea de paso, tuvo una lamentable actuación, sin ver las manos, los fueras de juego, equivocando el signo de las faltas y abusando de la admirable paciencia de los vieneses, que se limitaron a irritarse lo imprescindible cuando los errores del colegiado se desorbitaban, el encuentro resultó mediocre por la ausencia de jugadas ligadas por parte de los madridistas y de verdadero empeño en la lucha por parte del Rapid, en el que destacaron el defensa Fak, los extremos, Lindman y Sondergaard, y el interior izquierda, Bjerregaard. Los restantes goles fueron marcados, el segundo, por Gento, en una escapada y fallo defensivo austriaco, a los treinta minutos de la primera parte. Pirri consiguió el tercero, a los trece minutos de la segunda mitad. A los veintisiete minutos, Grosso detiene un balón con las manos en el área propia, al estilo popularizado por Gallego, y el penalti, ejecutado por Bjerregaard, es el primer gol del Rapid. También este mismo jugador conseguiría el segundo tanto para su equipo, a los treinta y ocho minutos del final.



No fue un partido brillante, pero hubo goles, que son elementos imprescindibles cuando el homenajeado se llama Ferenc Puskas. Pero en cada partido de fútbol no puede celebrarse un homenaje al interior húngaro. Así es la vida. En la actual situación del balompié hispánico, sin juego ni figuras para la próxima temporada, ¡qué Puskas nos coja confesados!

# SU COPA NÚMERO VEINTIUNO

---

16/06/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno total en la noche veraniega. Unos 110.000 espectadores. De ellos, 30.000 vascos, con sus atuendos rojiblancos, y cerca de 15.000 ilicitanos. Presidió el encuentro el Jefe del Estado, quien al final del mismo entregó la Copa al capitán del Atlético, Echeberría.*

*Marcador: Atlético de Bilbao, 1 (Arieta); Elche, 0.*

*Atlético de Bilbao: Iríbar; Sáez, Echeberría, Aranguren; Igartua, Larrauri; Argoitia, Uriarte, Arieta, Clemente y Rojo. Elche: Arakistain; Ballester, Iborra, González; Lezcano, Llopart; Serena, Curro, Vavá, Asensi y Casco.*

*Árbitro: Camacho. Bien. Al principio quiso ofrecer una apariencia de serenidad en el arbitraje y siguió el juego de lejos. Pronto se dio cuenta que el partido necesitaba más atención que buenas maneras y se enmendó, acompañando a pocos metros la jugada. Aplicó bien la ley de la ventaja, fue inflexible en la ejecución de las faltas de acuerdo con el reglamento, observó certeramente casi todos los innumerables empujones. Se equivocó en no pitar dos fueras de juego, uno de ellos muy peligroso para los ilicitanos; en no castigar una falta de Serena a Rojo y en poco más.*

La Copa de 1969 estaba resultando demasiado impertinente. Es verdad que el año anterior lo fue todavía más, porque un equipo de Segunda División, el Celta de Vigo, cometió la osadía de llegar a las semifinales y disputar la eliminatoria con el blasonado Real Madrid. En la

temporada anterior se había tenido el mal gusto de mezclar en una misma competición a los subdesarrollados de Segunda con la cerrada burguesía de Primera. Y ya se sabe lo que ocurre cuando se confunden con tanta insensatez las clases. Pero, afortunadamente, la Federación Española de Fútbol tomó cartas en el asunto y prohibió la participación de equipos de Segunda División en la Copa. Este año las cosas tendrían que suceder de otro modo.

Pero la sociedad opulenta de la Primera División también posee su proletariado, y en la cuidada edición de la Copa 1969 se produjo nuevamente la rebelión. Esta vez desde dentro. En la primera eliminatoria fueron derribados los cuatro grandes de la tabla de clasificación: Real Madrid, Las Palmas, Barcelona y Sabadell. El desafuero iconoclasta continuó, y he aquí que se presenta en la inaccesible final un equipo sin historia, que hace diez temporadas se encontraba sumido en el «lumpen» de la Tercera División: el Elche. Y como rival de los esforzados braceros futbolísticos ilicitanos, el Atlético de Bilbao, un equipo cargado de genealogía balompédica, aristócrata venido a menos por las circunstancias de la vida, que tenía la responsabilidad moral de dejar a salvo el honor de las maltratadas «élites».

#### PRIMER TIEMPO DEL ELCHE

Con los graderíos estallando de boinas y banderas rojiblancas comenzó el duelo. En los primeros minutos, los bilbaínos, hombres de mundo del balón, se hicieron rápidamente con la situación y proporcionaron varios sustos graves a los cohibidos muchachos del Elche. Aprovechando un fallo de la defensa ilicitana, Arieta lanza un disparo que sale fuera por muy poco. Pero minuto a minuto, los modestos caballeros del Elche le van perdiendo el respeto a la final y al impresionante gri-



*La Copa, a Bilbao.*

terío que les circunda. Y en un rebote, Vavá se queda solo, pero su remate sale fuera. Han transcurrido dieciocho minutos cuando Serena se embala hacia la portería bilbaína, el balón tropieza con Iríbar en su salida, Curro aprovecha la situación y remata a puerta vacía, pero Sáez despeja la pelota en la misma línea de gol.

El Atlético es avasallado por las excelentes jugadas de los ilicitanos, encabezadas por Asensi, Vavá y Curro, que dominan a lo largo y a lo ancho del césped neutralista, aunque se muestren en ocasiones inseguros en la defensa. A causa de estos errores, Igartua y Rojo se hallan a punto de marcar.

Pero llega el segundo tiempo y los rebeldes sucumben, faltos de calorías para sostener el ritmo vertiginoso del encuentro. El Atlético se crece con peso psicológico de su alcurnia y juega para la historia, impresionando a los adversarios, que se han desfondado completamente en la hermosa y estéril aventura del primer tiempo. Hay un avance de Arieta, gol cantado, que es detenido en última instancia por Araquistain. A continuación, un terrorífico pase de Clemente en profundidad es desperdiciado en una inmejorable ocasión para Uriarte. El mismo Uriarte vuelve a fallar un centro perfecto de Argoitia.

#### GOL LÓGICO DEL BILBAO

Los ilicitanos, agotados, se ven impotentes para detener todo lo que se les viene encima, pero todavía emplean sus últimos esfuerzos en tratar de organizar el ataque. Pero la defensa ha agudizado los defectos apuntados en el primer tiempo, y con su inseguridad, el equipo ha perdido la antigua sensación de peligro. Pero aún tiene ocasión de marcar en una magnífica jugada de Vavá, con pase a Llompart, cuyo centro se pasea por delante de la portería de Iríbar, llegando Asensi tarde al remate. Aumenta la presión vasca. Una salida falsa de Araquistain es superada por un cabzazo de Uriarte, que sale fuera rozando el larguero. Y a los treinta y cuatro minutos, lo inevitable: Larrauri envía el balón a Clemente, que lo pasa a Arieta. Este regatea a Iborra y conecta un disparo al ángulo, que establece el 1-0 reivindicador de las «élites» balompédicas. No hay tiempo ni justificación para más, y el partido termina con un cortés resultado. Los alocados idealistas del Elche dosificaron mal sus energías. Pudieron haber ganado, pero mejor fue así. Porque una cosa es la natural rebeldía de la juventud y otra subversión.

# GOL EN LA ETERNIDAD

---

18/08/69

*Campo: Estadio de La Rosaleda. Lleno total en la noche veraniega y calurosa, que se vio alterada durante breves instantes por una ligera llovizna.*

*Marcador: Barcelona, 1 (Zaldúa); Corinthians, 2 (Adinam y Bone).*

*Alineaciones: Barcelona: Reina; Torres, Gallego, Eladio; Rifé, Ramoní; Rexach, Zaldúa (Castro), Bustillo, Zabalza y Pujol (Paulau). Corinthians: Alexandres (Diogo); Polaco, Ditao, Luis, Carlos; Pedro Rodríguez, Dirceu; Alves (Miranda), Suingue, Bene, Servilio y Adinam.*

*Árbitro: Zariquiegui. Su paso por el Costa del Sol ha sido desastroso. Ya en el primer encuentro del Torneo Málaga-Corinthians se mostró descaradamente casero y fue increpado por el público entendido y deportivo, que no quiso agradecerle el favor. En esta final, Zariquiegui fue el principal culpable de su longitud, porque escamoteó dos penaltis clarísimos de Gallego y Ramoní que hubieran acertado el partido. Fue teatral y lamentablemente parcial.*

**Málaga.** (De nuestro enviado especial, por «telex».) De pronto, el gol estalló como una bomba en medio de la eternidad. Al cabo de ciento cuarenta y dos minutos de juego, el público había comenzado a creer que la vida consistía en un interminable partido de fútbol. Cuando habían transcurrido dos horas y veinte minutos, el campo de La Rosaleda estaba convertido en un hermoso canto a la amistad.

Después de tanto tiempo juntos, los espectadores se intercambiaban cigarrillos y direcciones; los vecinos de localidad se invitaban mu-

tuamente a refrescos con la serena convicción de quien establece las bases para una convivencia que sólo la muerte podría destruir. Eran las dos de la madrugada y en muchos hogares se inquietaban por la suerte del pater-familia caído en las redes de la eternidad balonpédica.

A las dos de la madrugada nadie esperaba lo que ocurrió. Se iniciaba la quinta prórroga cuando todo se vino abajo: el interior brasileño Bene penetró por el lado derecho, llegó al área pequeña y lanzó un tiro raso que batió a Reina en plena salida. Ni el público ni los jugadores barcelonistas tomaron las cosas demasiado en serio: allí estaba Zarriquiegui que no lo permitiría. Pero fuera que el árbitro le había entrado sueño o fuera que dejó de proteger repentinamente a los catalanes, el caso es que señaló el centro del terreno de juego, acción que significaba el final del encuentro y que el Corinthians brasileño se adjudicaba el IX Trofeo Costa del Sol.

El Barcelona había resistido perfectamente hasta el comienzo de la serie de prórrogas de diez minutos, en concreto hasta que Gallego se cansó. Y digo resistir porque en materia de ataque se mostró siempre inoperante, sin ideas para acercarse al área pequeña brasileña, merodeando por la zona de nadie en busca de unas oportunidades que no supieron crear. Sólo Rexach, Palau (en el segundo tiempo) y, a veces, Zabalza llevaron en varias ocasiones el peligro a la meta defendida por el magnífico Alexandre. Rifé, que salió con el número 4 a la espalda y actuó como tal, se perdió con las obligaciones de su nuevo cargo. Eladio se ganó las iras del público por sus entradas violentas para frenar la habilidad de Suingue y Adinam. Reina igual que Sadurní la víspera contra el River Plate, que detuvo tres penaltis, fue uno de los triunfadores de la competición, juntamente con el malagueño Goicochea, el argentino Carballo y el brasileño Diogo. Ha sido el torneo de los porteros.

En el Corinthians se distinguió, por encima de todos, el defensa central Ditao, que fue, sin duda, el mejor jugador del torneo. También brillaron la habilidad en el regate de Suingue y la inteligencia de Adinam.

El partido se planteó a base de rápidos contrataques por ambos bandos, que tuvieron éxito al principio. A los doce minutos de iniciado el balompédico, Rexach envía un centro que remata Zaldúa, estableciendo el 1-0. Se producen unos ataques de Bustillo y Pujol, que salva el portero brasileño con grandes apuros. Reina tiene que arrojarse a los pies de Bene y Servilio en varias ocasiones. A los treinta y seis minutos se produce el empate con un estupendo gol conseguido por Adinam tras regatear a la defesensa barcelonista y enviar, desde lejos, un tiro que se cuela por el ángulo. Es el 1-1 interminable.

Afortunadamente, el tanto ha sido obtenido desde una considerable distancia y ha sido irreprochable. Pero en otras ocasiones, Zariquiegui ayuda descaradamente a los catalanes, en medio de los silbidos reprobadores del público, entendido y deportivo, que anima al Barcelona, pero que no acepta una victoria obtenida con semejantes métodos. Zarequiegui realiza varios alardes de autoridad discutiendo con los jugadores brasileños el lugar de lanzamiento de una falta en el centro del campo por cuestión de veinte centímetros más o menos.

Se producen varios goles cantados por ambas partes y, a medida que transcurre el tiempo, se observa a los jugadores brasileños en mejor forma física, exceptuando a Bene, que tiene que ser asistido repetidas veces en la banda. El Barcelona comienza a desfondarse y en el momento en que lo hace Gallego, este partido está sentenciado. La eternidad tiene los pies de barro y los espectadores vuelven a la realidad después del largo viaje por el césped.



Los dos favoritos del Costa del Sol, Barcelona y River Plate, han visto frustradas sus esperanzas y sucumbieron a mano del Corinthians y el Málaga, que teóricamente representaban el papel de víctimas. Así es la vida. Mientras los brasileños daban la vuelta de honor al campo entre los aplausos de la muchedumbre, con el Trofeo en alto, los barcelonistas se retiraban cabizbajos y agotados, al mismo tiempo que Zariquiegui, al que le asomaba en su regreso de la eternidad, unos simbólicos faldones azulgranas por debajo de la chaqueta.

# SEIS GOLES PARA EMPEZAR LA LIGA

---

15/09/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Noche ligeramente fresca. Poco más de media entrada. Unos 60.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Fleitas, 2, y Gento); Barcelona, 3 (Bustillo, 2, y Rexach).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort (Junquera); Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri (Grande), Zoco; José Luis, Fleitas, Grosso, Velázquez y Gento. Barcelona: Sadurní; Torres, Gallego, Eladio; Castro, Zabalza; Rexach, Marcial, Bustillo (Pellicer), Zaldúa y Pujol.*

*Árbitro: Ortiz de Mendivil. Bien. Sólo incurrió en equivocaciones menores, ligeramente favorables al equipo madridista.*

La Liga 1969-70 tenía mala conciencia. La temporada anterior el fútbol nacional no había hecho otra cosa que proporcionar disgusto tras disgusto al sufrido pueblo español. Eliminado de mala manera en todas las competiciones internacionales, incapaz de aliviar al público en las penosas jornadas domésticas de cada domingo, el balompié hispánico arrojaba implacable su afrenta semanal en los dignos rostros de 39 millones de hidalgos viejos que conviven y se enfurecen en este trozo de planeta llamado España. Por todas estas evidentes razones, la Liga 1969-1970, que comenzó a rodar ayer, disponía de muy mala conciencia.

En prueba de arrepentimiento y para demostrar que este año las cosas van a marchar de otro modo, la Liga organizó como primer partido de la temporada un Madrid-Barcelona, el supremo plato fuerte. Además, se permitió el lujo insólito de anunciar que los dos equipos jugarían al ataque, son las exageradas precauciones defensivas de costumbre. Y el importante encuentro iba a ser televisado al país, es decir, socializado, buscando una más justa distribución de la riqueza balompédica entre los españoles.

#### DOS GOLES EN CINCO MINUTOS

Una pancarta de la peña barcelonista de Alcalá de Henares, enarbola da momentos antes de iniciarse el encuentro, provoca el primer contraste de pareceres de la temporada. Un grupo de espectadores se constituye en asociación de opinión de extrema derecha y denostan, xenófobos, a los portadores de la pancarta catalana. Una pita absurda acoge la salida de los jugadores azulgranas.

Han transcurrido cinco minutos de juego y la gente no sale de su asombro. El Barcelona acaba de obtener dos goles aprovechando otros tantos fallos de la defensa madridista y de Betancort. El delantero centro, Bustillo, ha sido el autor de los dos tantos. El equipo madridista se encuentra aún más sorprendido que los espectadores y se ve envuelto en el juego textil que practican los catalanes. A primera vista parece que con semejante ritmo los azulgranas van a dominar abrumadoramente el encuentro. Pasan quince minutos y ya no ocurre nada.

Sólo algún tiro de Rexach y de Castro, con réplicas de Fleitas y José Luis. El Barcelona continúa en plan de superioridad, tejiendo y destejando combinaciones según los más variados modelos; pero ya ha

perdido la sensación de peligro. El telar azulgrana a pesar de sus reconocidos méritos y de sus triunfales salidas por el extranjero, es un telar sin lanzadera.

El Madrid, por su parte, con su habitual entereza de cristiano viejo de la meseta, intenta levantar el partido a base de la calidad de Velázquez y Flitas, el trotecillo proletario y demoleedor de Grosso, la excelente forma física de De Felipe y la habilidad de Sanchís. Gento resurgió fulgurante en la segunda parte. No colaboraron José Luis, flojo y anodino; Pirri, vagando sin término, y Calpe, superado siempre por Pujol.

#### TESÓN MADRIDISTA

Tanta fe termina por encontrar su premio a los diecisiete minutos, en una jugada José Luis Fleitas, que culmina en un disparo cruzado del interior paraguayo que bate hábilmente a Sadurní. El público da por fin señales positivas de vida y comienza a animar a los madridistas, que ya tienen la dignidad del empate al alcance de la mano. Y a los treinta y ocho minutos, una soberbia jugada de Velázquez finaliza con un remate de Fleitas, que envía el balón al fondo de la red barcelonista, en medio de las airadas protestas de los azulgranas, que zarandean al árbitro Ortiz de Mendivil. Es el dos-dos de la honra.

En el segundo tiempo se descubren los defectos del telar azulgrana. A pesar del gran partido que está realizando Castro, igual que Pujol y Gallego, el Barcelona se pierde en la urdimbre de los pases horizontales sin lanzadera, dirigidos por el antiguo españolista Marcial, experto en tales cuestiones. El Madrid se crece, pero hay un escalofriante córner raso sacado por Pujol que se pasea a lo largo de la raya



*El abrazo de los jugadores madridistas al viejo capitán, Gento, que acababa de marcar un gol de antología.*

de gol de la portería defendida de modo excelente por Junquera, sin que nadie alcance el balón.

Entonces llega la hora de Gento. A los diecisiete minutos, Velázquez envía un pase perfecto en profundidad a Fleitas, que cede largo al capitán madridista. El extremo se lanza como una exhalación tras la pelota, rebasado Gallego y ante la salida de Sadurní conecta un disparo que entra como un trueno en la portería azulgrana. Es el tres-dos.

Los cristianos viejos no son ambiciosos y cometen el error de replegarse tras haber obtenido el gol de ventaja de la mínima diferencia.

El telar azulgrana se aprovecha de la situación y comienza a tender sus hilos. Llega el minuto veintiséis y Castro ejecuta un córner, la pelota sale rebotada y Rexach empalma un tiro formidable a pocos metros de la portería de Junquera, sustituto de Betancort desde los comienzos del partido, que se cuele por el ángulo. El marcador señala el tres-tres definitivo.

Así termina el primer encuentro de la Liga 1969-70. Los espectadores abandonan el estadio con la mirada transformada. Es la vida. En hora y media, palabras como Matesa se han quedado tan anticuadas como la Olimpiada de Amberes. Ha comenzado la Liga. Por los botes arbitrarios y sentimentales de una bola de cuero con pintas negras este país permanecerá hechizado hasta el día 30 de junio de 1970.

# EL PRIMER DISGUSTO

---

22/09/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Unos 40.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Alberto); Las Palmas, 2 (León y Trona).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Zubiarain, Melo, Jayo, Calleja; Iglesias (Orozco), Irureta; Ufarte, Luis, Gárate, Adelardo (Juan Antonio) y Alberto. Las Palmas: Oregui; Hernández, Tonono, José Luis; Castellano, Guedes; León, Gilberto II, Trona, Germán y Gilberto I.*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez. Excelente arbitraje, con la rara particularidad de no permitir ninguna de las variantes de la picaresca antirreglamentaria en la colocación de las barreras en los golpes francos. La expulsión de Germán fue justa.*

Una inmensa carcajada para, la denominada «furia española». Una gran acogida a mandíbula batiente para lo que se ha dado en llamar las «virtudes balompédicas» de nuestra masa: el coraje, la santa ira goleadora, el denuedo; malas cualidades cuando se utilizan para encubrir la mediocridad, la falta de arte, de técnica y de oficio. En este país cuando se elogia la institución significa que al mismo tiempo, implícitamente, se condena toda forma de trabajo organizado; cuando se alaba la entrega y el apasionamiento, el que escucha debe comenzar a desconfiar, porque es el rodeo tradicional para terminar atacando a la ciencia. Por eso en el fútbol, cabal compendio de la vida y los avatares de la sociedad española en los últimos años, resalta con mayor facili-

dad todo el mecanismo psicológico de un pueblo que trata de superar la gran frustración histórica de haber sido eliminado de los Campeonatos del Mundo. Por lo menos hasta 1974 en el concierto de las naciones no se escucharán balonazos españoles.

Acaba de iniciarse la Liga 1969-70 y ya en la segunda jornada de la competición se ha podido comprobar que todo continúa igual que siempre. El Atlético de Madrid, con los mismos defectos, un año más viejos de la temporada anterior, ha perdido el primer encuentro en su casa, sin poder echarle la culpa a la mala suerte, sino a la falta de clase de la mayor parte de sus jugadores. Luis, Gárate, Adelardo, Alberto, Juan Antonio dispusieron de goles cantados en la punta de sus botas. La suerte estuvo de su parte y les proporcionó innumerables ocasiones de gol, cosa que en el fútbol actual es de agradecer, porque no se presentan todos los días. Si los citados jugadores fallaron una y otra vez fue debido a la carencia de la técnica elemental para controlar el balón y disparar a gol sin perder el tiempo en interminables preparativos, impropios de un jugador de Primera División. Las Palmas ofreció una actuación de mayor calidad y técnica, aunque ya sabemos que en España, incluso en el fútbol, cuando se habla de técnica nos estamos refiriendo a una escala de valores relativos. Los canarios dominan generalmente el balón, pero se consumen en la esterilidad de los pases horizontales.

#### SIN CALIDAD, LLEGÓ LA FURIA

Nada más ponerse en juego la pelota, los primeros pases, torpes e imprecisos, dan la tónica del encuentro. La defensa canaria falla en va-



rias ocasiones y Calleja realiza algunas incursiones por el extremo. Todo resulta de una abrumadora mediocridad, cuando Germán efectúa una excelente arrancada, regateando con pericia a los defensas rojiblancos, y se planta en los dominios del desafortunado Zubiarraín. Germán falla el tiro, que le sale flojo y desviado; Zubiarraín, a su vez, falla la recogida y el balón se le escapa de las manos, para llegar, junto a la línea de córner, a los pies del extremo León, quien incurre también en medio fallo, pues el balón, en lugar de entrar en la portería desde el primer momento, pega amenazadoramente en el poste. Es el cero-uno de casi siempre. Temprano madrugó la madrugada.

El Atlético reacciona a intervalos y trata de oponer a la soltura de la técnica canaria la impotencia de la furia. Los rojiblancos persiguen como locos el balón por los destinos más absurdos y lanzan sus cabezas al fragor del choque en los balones bombeados. Con Gárate en evidente baja forma, Adelardo fondón y agotado, Luis sin reflejos, Irureta errante y Zubiarraín desastroso, el Atlético de Madrid parece un grupo de compañeros de oficina celebrando su partido anual. Sólo Ufarte es el único jugador con clase.

Los canarios, por su parte, tampoco realizan demasiadas maravillas, pero por lo menos demuestran conocer el abecedario del futbolista, que consiste en saber parar la pelota con el pie sin que rebote a cinco metros y pasar al compañero con cierto sentido de la aproximación. La gran figura del encuentro es el portero Oregui, que efectúa tres o cuatro paradas de categoría, sobre todo a un estupendo empalme de Calleja a media altura que desvía a córner. A punto de finalizar el primer tiempo, un disparo de Ufarte a boca de jarro tropieza milagrosamente en el cuerpo de Oregui.

## LOS CANARIOS SE ABURREN

Lo mismo que sucedió con el Santos cuatro días antes, en la segunda parte los técnicos comienzan a aburrirse. El público aplaude alguna jugada canaria y los rojiblancos sienten la ofensa en lo más hondo. ¡En la «hinchada» hay traidores! Espoleados en su dignidad, los futbolistas atléticos se inflaman en santa furia y arremeten sin orden ni concierto contra la portería de Oregui. Adelardo no está para tales trotes y es sustituido por Juan Antonio. A los quince minutos de juego, un tiro de Alberto, a puerta vacía, es salvado por José Luis. Instantes después, en pleno ardor combativo rojiblanco, Luis pierde otro gol cantado. Luego llega el turno de Juan Antonio, que yerra también para no dejar mal al maestro. Lo mejor es un remate de Calleja a la media vuelta, sin dejar caer el balón, que es desviado, por Oregui.

A los cuarenta minutos, Germán, que tenía cuentas pendientes con Iglesias, desde el primer tiempo, cuando recibió una patada en un ojo, se rebela contra el defensor atlético y le propina un puñetazo que no llega a buen término, pero que no pasa inadvertido para el árbitro, Sánchez Ibáñez, quien con justo criterio le expulsa del terreno de juego. El otro contendiente, Iglesias, es sustituido por Orozco, en busca de una mayor agresividad de la delantera atlética. Pero un nuevo fallo de Zubizarain, a los cuarenta y cuatro minutos, acaba con las esperanzas de los rojiblancos: el delantero centro canario, Trona, obtiene el cero-dos.

La pasión es lo último que se pierde, y gracias a ella los atléticos insisten. Se producen dos córners en la portería de Las Palmas, y en el enorme barullo, en medio de los balones caídos del cielo y del oscuro entorchocar de las testas, a Alberto se le ocurre enviar un tiro raso que

se cuele por un hueco en la portería de Oregui. El uno-dos que permitirá más tarde las justificaciones.

Circula por los libros de historia balompédica una frase bárbara e incívica, que parece haber hecho fortuna como símbolo de los valores tradicionales de nuestro fútbol: «¡A mi el pelotón, Sabino, que los arrollo!» Cuentan que de este modo clamaba un día un futbolista español en los Juegos Olímpicos de Amberes, agotados todos los métodos intelectuales de superar al contrario. Por tal camino el destino histórico de nuestro balompié jamás llegará a cumplirse. Sólo el progreso técnico en el control de la pelota nos hará entrar en la sociedad de consumo balompédica, en el Mercado Común del gol, tan lejos de aquel grito cerril y antifutbolístico que estremeció un día a los comedidos graderíos de Amberes. Si aceptamos la vía del desarrollo, algún día, en los 4.000 campos de fútbol de España jamás se pondrá el sol.

# CON DISTINTO COLLAR

---

29/09/69

*Campo: Estadio Manzanares. Excelente entrada en la tarde calurosa. Unos 50.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Orozco y Luis); Valencia, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Eusebio, Irureta; Ufarte (Juan Antonio), Salcedo (Alberto), Luis, Gárate y Orozco. Valencia: Pesudo; Sol, Barrachina, Vidagañy; Roberto, Antón; Poli, Claramunt, Nebot, Paquito (Ansola) y Collar.*

*Árbitro: Zariquiegui. Regular actuación. No vio dos o tres manos voluntarias producidas en ambos bandos. Y, sobre todo, no se atrevió a expulsar a Borrachina tras su clara agresión a Ufarte. Tímido peligroso. A partir de este momento el juego se endureció.*

¡«Dos-cero»!, gritó el pueblo llano olvidadas las viejas reivindicaciones laborales; «¡Dos-cero!», increpaba el funcionario a un interlocutor abstracto agachando la cabeza como si contemplara el estadio a través de una ventanilla administrativa; «¡Dos-cero!», estalló el aristócrata en amplia sonrisa dinástica; «¡Dos-cero!», repetía el «hincha» atlético alborozado despojándose del cilicio que, desde la Liga anterior, llevaba enrollado a la cintura. «¡Dos-cero!, ¡dos-cero!». El Manzanares era una inmensa fiesta. Los novios rojiblancos aceleraban los dormidos preparativos de la boda, gracias al insólito gol de Luis, y los matrimonios, en dificultades, retrasaban las decisiones definitivas hasta el próximo partido. Hacía tiempo que el Atlético de Madrid no ganaba un encuentro marcando en primer lugar. Todos, en los graderíos, estaban contentos.

Sobre el césped todo era diferente. El Atlético de Madrid jugaba como siempre. Es decir, con Luis, indeciso; Gárate, ineficaz, a pesar de sus buenos modales de colegial de Deusto; Irureta, corretón, surrealista y bienintencionado; Ufarte, con clase, pero sin apoyo; Orozco, verde y poderoso, y el resto, dedicado a las poco espectaculares, aunque nobles, tareas defensivas. El Valencia, en baja forma, en este breve comienzo de la Liga, cometió un grave error de principio en el planteamiento táctico: el centro del campo y el borde del área enemiga, zonas adonde llegan todos los rebotes y se recupera el setenta por ciento de los balones perdidos, fueron abandonados por los valencianistas, que establecieron dos sectores de ataque y defensa desprovistos de comunicación y enlace. En su retaguardia se produjeron numerosos fallos, comenzando por el portero Pesudo, que no atenazaba los balones, y terminando por el torpe y temible Barrachina. En la delantera destacaron Poli y la brega de Claramunt. A Collar, tradicional rojiblanco, se le pueden disculpar sus desaciertos como extremo valenciano, dada la intolerable actitud de un sector de la «hinchada» que no cesó de molestarle con extrañas acusaciones de «renegado».

## PROBLEMA

¿Cuál es el problema del Atlético en estos últimos tiempos? ¿Por qué Luis ha perdido la precisión en el pase? ¿Por qué Gárate ya no se entiende con sus extremos? ¿Por qué razón el portero Rodri tiembla cada vez que Jayo se entretiene con la pelota?

El viejo Atlético de Madrid ha caído víctima de la problemática de nuestro tiempo. Ni Marcel Domingo, ni Otto Gloria, ni Escudero,



*Lucha atlética y levantina en el partido de la incomunicación.*

ni cualquier otro entrenador reglamentariamente titulado podrán encontrar una futbolística a los sucesivos descalabros del prestigioso Club rojiblanco, porque el problema actual del Atlético de Madrid es un problema de orden filosófico repleto de dramatismo: la incomunicación. La mayor parte de estos muchachos llevan varios años jugando al fútbol, ahora se miran como extraños. Cuando Ufarte avanza por su banda y, finalmente, se decide a centrar la pelota, desde los mismos graderíos se percibe la angustia y la indecisión del extremo rojiblanco en tales momentos. ¿A quién pasar el balón, si todos, en la

distancia, semejan desconocidos? En muchas ocasiones, Ufarte elige bombear la pelota salomónicamente sobre el área enemiga; en otras, prefiere asumir su propio destino y continuar corriendo hasta que surja el tremendo batacazo de la vida. Todos sus compañeros —Calleja, Irureta, Jayo, Orozco— se entregan el esférico sin convicción, como si conocieran de antemano la fatal e insolidaria condición humana. «El infierno son los demás», es la única consigna futbolística que aceptan estos once sartrianos de calzón corto.

#### INCOMUNICACIÓN

Así, pues, el Atlético de Madrid-Valencia se desarrolló bajo la elevada tónica de la incomunicación. Incluso los dos goles rojiblancos fueron obtenidos en acciones individuales como si se intentara dejar amplia constancia del verdadero problema del Club del Manzanares. A los seis minutos de la segunda parte, tras un fallo de la defensa valenciana, Orozco se aprovecha y remata muy fuerte, sorprendiendo a Pesudo. Es el 1-0. Poco después, a los ocho minutos, Luis ejecuta un castigo y lanza el balón por encima de la barrera contraria, que se cuele por el mismo ángulo. Es un gol magnífico e insolidario: «¡Dos-cero!».

El juego continúa aburrido y sin maniobras de conjunto. Pero el marcador compensa la pobreza del espectáculo. El sol se pone tras el hormigón del estadio y el atardecer, sorprendentemente, en lugar de sosegar a los veintidós futbolistas los enfurece. El juego cobra gran violencia y Barrachina da una bárbara patada a Ufarte, sin balón, merecedora de una automática expulsión, pero que es pasada por alto por el árbitro Zariquiegui, el único en quien la puesta de sol ha influi-

do blandamente. Termina el encuentro. La «hinchada» regresa inflamada de sano ardor patriótico a sus hogares rojiblancos, mientras los once futbolistas del Manzanares se disponen a ir a ver por la noche una película de Antonioni. Cada uno por su lado.



# GOLEADA SIN GLORIA

---

01/10/69

*Campo: Estadio Santiago Bernabéu. Poca entrada en la noche lluviosa. Unos 15.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 6 (De Diego (2), Planelles, Grande, Fleitas y un defensa chipriota en propia meta); Olympiakos, 1 (Kattenis).*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; Espíldora, Babiloni, Benito; José Luis, Zunzunegui; Fleitas, Grande, Planelles, De Diego y Bueno. Olympiakos: Filotas; Argirou, Xipolitas Xavakis; Portaa-des, Avramides; Kettens, Ashedis, Penikos, Katchis y Marcos.*

*Árbitro: El rumano Cornell Vitescu. Pésima actuación salvada por la poca importancia del encuentro. No pitó un penalti del que fue víctima De Diego a los cinco minutos de juego. No debió haber concedido el primer gol madridista, pues fue precedido de una incorrecta ejecución, por parte del Filotas y su defensa Xipolitas, de un saque de puerta que obligaba a repetir el lanzamiento.*

Piedosamente, los catedráticos dieron el puesto a los ayudantes para dar la segunda lección a los inexpertos alumnos chipriotas. Esta Copa de Europa necesita de un curso selectivo para garantizar el nivel mínimo de la clase. Los señores Gento, Velázquez, Amancio y demás compañeros de claustro renunciaron a impartir nuevamente sus conocimientos y entregaron la tiza a los suplentes. Y la experiencia constituyó un fracaso. Con Grande torpe y con un vacío mental absoluto; José Luis, amanerado y desastroso; Babiloni, tosco e incierto; Manolo Bueno, perdido en la noria de sus propios regates. ¡Cómo está la enseñanza!

Sólo se salvaron, por parte del Madrid, Fleitas, de Diego y Zunzunegui, en la segunda parte. Mas a pesar de estas buenas intenciones individuales, el juego de conjunto en el equipo madridista fue penoso y lamentable. Balonazos estrellados contra los cuerpos de amigos y enemigos, pases imprecisos que cogían a contrapié al compañero y retrasaban el avance; regates absurdos y encadenados que terminaban al escaparse la pelota por la línea de córner; amontonamiento de jugadores en los lugares más increíbles, etc., dieron la tónica del encuentro. De los catedráticos madridistas a sus adjuntos existe una insalvable diferencia. Parece imposible que hallen tantas dificultades en resolver los ingenuos problemas planteados por los desaventajados estudiantes chipriotas. El público lo entendió así e inmediatamente se puso de parte de los examinados y coreó, una a una, todas las pequeñas acciones «contestatarias» de los muchachos del Olympiakos.

Para olvidar cuanto antes este partido, lo mejor es abreviar contando los goles. A los doce minutos, el portero Filotas saca de puerta y envía el balón a Xipolitas, que se encuentra en el borde del área. Acosado por De Diego el defensa, se adelanta a recibir el balón sin permitir que éste salga reglamentariamente del área. El árbitro rumano Vitescu debería en este momento invalidar el saque y ordenar la repetición de la jugada al no haber salido el balón del área chipriota, pero no lo hace y permite que De Diego se aproveche del fallo en la recogida de Filotas y envíe la pelota al fondo de la red: 1-0. A los veinte minutos, Planelles dispara desde lejos y Filotas colabora lanzándose mal y a destiempo: 2-0.

Pero a los veintisiete minutos se produce la «contestación» estudiantil. Se equivoca la defensa madridista y Kattenis consigue un tiro con raro efecto y precisión que entra por el ángulo, con Junquera ade-

lantado: 2-1. El público se enardece con los muchachos del Olympiakos y silba ruidosamente al Real Madrid. A su vez, el antihabilidoso Grande recibe una estruendosa pita al fallar un gol hecho con la portería enemiga vacía, mientras los graderíos gritan: «¡Fuera! ¡Fuera!». A los cuarenta y tres minutos, De Diego ejecuta una falta. Falla, como siempre, la defensa chipriota y el balón aparece delante de Grande, que no tiene otro remedio que meter el gol: 3-1.

En la segunda parte continúan los goles sin gloria. A los cinco minutos, el medio chipriota Avramides remata, como no lo ha conseguido hacer ningún madridista, un buen pase de Fleitas y cuele el balón en un excelente disparo en su propia meta: 4-1. Hay un fallo garrafal de De Diego, en la frontera de la magia, cuando a diez centímetros de la línea de gol realiza la insólita habilidad de enviar el balón fuera por encima del larguero. A los treinta minutos, Grande deja pasar la pelota, que llega a De Diego: 5-1. Y a los cuarenta y tres minutos, para finalizar, una gran arrancada de Fleitas termina con el balón en el fondo de la portería tan descuidadamente defendida por el noble Filotas: 6-1.

Así acabó el partido de los profesores adjuntos. El público apoyó masivamente a los inexpertos chipriotas que a golpe de ignorancia dejaron en ridículo a sus maestros repletos de títulos europeos. Si este es el Real Madrid de las cinco Copas de Europa, ¡cómo está la enseñanza!

# GUSTO POR LA ADVERSIDAD

---

06/10/69

*Campo: Estadio Santiago Bernabéu. Tarde lluviosa y esa entrada que siempre proporcionan en Madrid los equipos gallegos.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Grosso y Fleitas); Coruña, 2 (Sertucha y Cervera).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betanacort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pirri, Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Bueno. Coruña: Joanet; Miguel, Luis, Cholo; Sertucha, Domínguez; Cortés, José Luis, Beci, Cervera y Martínez.*

*Árbitro: Sánchez Ríos. Buena actuación. Estuvo atento al juego, aplicó las normas nuevas con autoridad y solamente algunos le reprocharon el no pitar penalti en una dudosa jugada de Amancio. El colegiado andaluz cumplió en un partido sin complicaciones, que él mismo calificó como «de los más correctos que había arbitrado en su vida».*

El Real Madrid hace diez años era una especie de barón ibérico que imponía sus criterios a base de una difícil mezcla de potencia y sabiduría. Era otra época. Porque ahora, al cabo de tanto tiempo, después de innumerables jornadas de gloria por los céspedes mundiales, al Real Madrid sólo le gusta la marcha. En esta Liga 1969-70 el Madrid practica una suerte de raro masoquismo, sin el cual le resulta imposible entrar en funcionamiento. Todo comenzó con el Madrid-Barcelona: los catalanes tuvieron que marcar dos goles para que el equipo centralista reaccionara hasta empatar. Luego surgió la ronda de extraña for-

tuna en Las Palmas: los blancos necesitaron haber encajado dos goles en contra para poder remontar el tanteo hasta el dos-cuatro. La Historia es implacable. Por eso en el Madrid-Coruña se ha puesto una vez más de manifiesto las sorprendentes desviaciones madridistas.

He aquí la realidad: al duro y glorioso Real Madrid actualmente sólo le gusta la marcha. Ha vivido demasiado, ha comprobado excesivamente el valor de las cosas, ha hecho la guerra y el amor por todas las praderas del planeta. El Madrid soporta el peso de un hastío secular por tantas victorias repetidas, sin otro interés que el de la cantidad.

En 1969, el viejo Real Madrid únicamente es capaz de reaccionar cuando le dan mala vida. Esta fue la gran equivocación psicológica del Barcelona, Las Palmas y Coruña: marcar en primer lugar. Es la sola manera de que los decadentes de Chamartín tomen cierto interés por el juego.

#### LA LLUVIA

Así vino a suceder, una vez más, en el Madrid-Coruña. De entrada, llovía. El público, inteligente e indignado, silbó la salida de los futbolistas coruñeses y del aguacero como «hincha» número doce. Perfecta intuición.

Comenzado el partido, el Madrid amenaza sin interés. Sanchís y Calpe se hacen notar por su falta de eficacia en el marcaje de los extremos. Sobre todo Sanchís, que no consiguió dominar a su extremo Cortés hasta los treinta minutos de la segunda parte. El equipo blanco ataca con indolencia, convencido de su superioridad indiscutible. Se producen varias jugadas de gol que se malogran por culpa del mal estado del terreno de juego y la altiva inoperancia de los delanteros ma-

dridistas. Como, por ejemplo, a los doce minutos, cuando Bueno, el de la «monojugada», centra en profundidad sobre puerta, y Grosso y Amancio fallan el remate sucesivamente. A los diecisiete minutos, Fleitas pretende lanzar un cañonazo para establecer un gol seguro, que no resulta por un exceso de violencia en la reacción ortopédica. Un tanto fallado por ejercitar unas maneras de la extrema derecha, cuando podría haber subido al marcador con un pie liberal. Pirri parece haber recobrado las antiguas portentosas facultades. Pero Domínguez y Cholo se encargan perfectamente de cubrir a Fleitas y Amancio.

#### EL CORUÑA PERFECTO

El Coruña parece un nuevo equipo en relación con la temporada anterior. Esta vez la defensa es numerosa y potente y, lo que resulta más difícil, se desdobra en el contrataque con una soltura y eficacia temibles. A los treinta minutos de juego, Martínez se infiltra y su disparo pega en las piernas de Betancort, que había iniciado una salida a la desesperada. Cuatro minutos más tarde llega el acontecimiento: Zoco falla uno de sus absurdos e innecesarios regates y deja a la defensa madridista en desventajosa posición, que es aprovechada por Serrucha para establecer el cero-uno iconoclasta.

Los madridistas tratan de reaccionar, pero, a los treinta y ocho minutos, Cervera envía un tiro al ángulo en una espléndida jugada que se convierte en el cero-dos de la mala vida. Es lo que esperaban los escépticos y experimentados muchachos de Miguel Muñoz. Amancio comienza a poner en práctica una de sus habilidades antes de terminar el primer tiempo: se infiltra en medio de dos defensores coruñeses y a continuación se arroja al suelo, mientras, por el aire, se

vuelve hacia el árbitro exigiendo un penalti. Afortunadamente, no hay problema. Mientras tanto, el extremo izquierda, Cortés, hace lo que quiere con Sanchís.

Al comenzar el segundo tiempo, una pita cósmica y grandiosa acoge la salida del Real Madrid. No necesitaban otra cosa los once masoquistas. Al mismo tiempo cae sobre el estadio un chaparrón inmenso que estremece a los espectadores. Es el ambiente adecuado para el hastío madridista. Los muchachos del Coruña no tienen otro remedio que encerrarse tras el telón de la lluvia. El público anima desinteresadamente al Madrid. Al equipo de la experiencia le entran las prisas contra reloj. Se suceden los córners contra la portería, galaica. Se impone el barullo, la técnica del río revuelto. Y a los veintidós minutos, Grosso remata una serie infinita de rebotes y envía el balón al fondo de la red. Uno-dos. El Coruña no se arredra y poco después se halla a punto de conseguir un tercer gol gracias a las facilidades de la defensa madridista. Los gallegos cometen la imprudencia de concentrarse en su área, quizá con nostalgia de la concentración parcelaria instaurada en su Terra Chá, y pagan su error a los veintinueve minutos, como final de otro enorme barullo junto a la portería de Joanet, que finaliza con un disparo de Fleitas que alcanza el empate definitivo: dos-dos. No queda otra solución. Sertucha y Cortés se distinguen entre los conquistadoras; Fleitas, Amancio y Pirri, entre los marchosos. Y de este modo desgraciado termina el encuentro entre la vieja y agotada experiencia, necesitada de estímulos, y los donjuanes campesinos galaicos y lluviosos.

# VICTORIA OBLIGADA

---

13/10/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Buena entrada, unos 40.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 3 (Luis, 2, y Gárate); Mallorca, 1 (Prougenes).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Iglesias, Irureta; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto y Juan Antonio. Mallorca: Gost; Doro, Oliver, Victoriero; Roovvommy, Ra; Prougenes, Sarrachini, Domínguez, Mendoza (Terol) y Roselló.*

*Árbitro: Guruceta. Ambos equipos parecieron interesados en que realizara un buen arbitraje y le proporcionaron las mayores facilidades. Así resultó un partido sin complicaciones. No domina el juez señor Guruceta la suerte de la caída de espaldas, y cuando esto ocurrió tuvo que levantarse en medio de las risas irreverentes del público.*

Es fama y hecho fácilmente comparable que la Universidad de Deusto imprime carácter para casi toda la vida entre su alumnado. Durante varios años, el Atlético de Madrid cuenta entre sus filas a un discípulo aventajado de Deusto: Gárate, delantero centro, ingeniero industrial. Tras haber abandonado el reputado centro de estudios bilbaíno, Gárate, impreso el carácter, continúa contemplando la vida, es decir, el fútbol, como un curso académico: la vida empieza en el mes de octubre y termina con los exámenes finales de junio. En octubre todo resulta disculpable, porque aún no se ha cogido el ritmo suficiente para rendir se-



gún es debido. En el fútbol, que es como una segunda escuela paralela de la vida, el curso se inicia, al mismo tiempo que los estudios, en el mes de octubre. El Atlético de Madrid, influido por los reconocidos méritos y la internacionalidad de su delantero centro, no se ha esforzado demasiado, ha tomado este quinto partido de la competición como un principio de curso. A estas tempranas alturas de la Liga todo es tolerable. Todavía se han repartido los libros, nadie posee aún el «Reglamento comentado», de Pedro Escartín, y no se puede exigir demasiado a los muchachos.

No ha existido esfuerzo, pero ha habido victoria. El Mallorca se rindió inmediatamente ante la fácil superioridad de los rojiblancos y se limitó a concentrarse insularmente en el área, y a defenderse a trancas y barrancas de los ataques atléticos. Se esperaba la actuación de Mendoza, pero el jugador mozambiqueño hubo de soportar el duro marcaje colonialista de Iglesias y, a los veinticinco minutos, herido en un pie se vio obligado a retirarse a los vestuarios, siendo sustituido por Terol. En el Mallorca, destacó una rara figura, el portero Gost, un portero surrealista que alternó las paradas increíbles con fallos cómicocircenses. Asimismo se distinguieron Oliver y Prougenes.

#### JUGADORES ATLÉTICOS

En el Atlético de Madrid hubo de todo. El equipo, en general, con el 1-0 a favor desde los catorce minutos, gracias a un remate de Luis a una falta ejecutada por Ufarte, jugó a medio gas, insistiendo una y otra vez en las mismas jugadas, porque la pasividad de los mallorquines les evitaba el cambiar la táctica. La clase de Ufarte brilló por encima de todos, aunque últimamente se ha convertido en un extremo de

una sola jugada, de un único regate, que realiza con insuperable maestría, pero que le pone en manos de un defensa cuando éste consigue tomarle la medida. Luis fue otro de los destacados y demostró soltura en la concepción del juego, lejos del amaneramiento en el que había incurrido los últimos meses. Alberto entregó unos pases perfectos, al estilo de Luis Suárez, desde la posición de medio izquierda, y probablemente rindiera con mayor eficacia en tal posición. El extremo Juan Antonio, tan parecido a Ufarte físicamente desde los graderíos, realiza también un juego similar al suyo por el ala izquierda. Con lo que resulta afortunada la imitación. Gárate estuvo flojo. Pero tiene la disculpa docente del principio de curso.

El partido, como tantos otros de la Liga, careció de historia. Los mallorquines se limitaron a defenderse insularmente. Jugaron un partido pacifista y gandhiano. Si consiguieron un gol a los diecisiete minutos de la segunda parte, obra del extremo Prougenes, fue porque la paciencia tiene un límite que no conviene rebasar. De haberse conformado los rojiblancos con un 2-0, probablemente la hermosa pasividad mallorquina hubiera permanecido intacta.

#### INMENSO GOL DE LUIS

De entrada, el Atlético de Madrid quiso romper con su pasado, y ofreció a la sufrida afición un gol temprano que colmó de gozo inaudito a los sorprendidos partidarios. Hacía largos meses que el Atlético no inauguraba con tranquilidad el marcador. Con la ventaja inicial y los ánimos aliviados, la «hinchada» pudo dedicarse confiadamente a ese fino deporte redundante de la deportividad. El único aplaudido de los contrarios fue el portero Gost, que asombró con su espectáculo incier-



*Tercer gol del Atlético, obra de Gárate.*

to y contradictorio. También fue muy aplaudido el árbitro Guruceta en una caída que le hizo recorrer el césped de espaldas durante un trecho. Pero, en este caso del juez deslizante, no se trataron de aplausos deportivos, sino de ovaciones claramente subversivas.

A los cuarenta y dos minutos del primer tiempo, el Atlético redobló la deportividad de sus incondicionales con un segundo gol impecable, conseguido por Luis en el remate de cabeza más intelectual de la temporada, desviando con sabia habilidad un centro de Ufarte. Es el 2-0 del «fair-play». Nada más iniciarse el segundo tiempo, a los seis minutos, Gárate se encuentra solo delante de Gost y, con la imprecisión

de un colegial sin textos, lanza un disparo que pega en las manos del portero, sale rebotado, tropieza en el poste y, finalmente, como premio a tanto empeño, entra hasta el fondo de la red, 3-0. Este tercer gol, ya hemos dicho, resultó una equivocación porque los mallorquines perdieron por un momento los nervios, abandonaron su admirable política de no-violencia y se lanzaron camino del área rojiblanca. Jayo falló la entrada, después de que lo hiciera su compañero Iglesias, y Prougnes aprovechó la media salida de Rodri para establecer este definitivo 3-1 pacifista, gandhiano, abúlico y respetable.

# LA DEFENSA, ROTA

---

20/10/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Gran cantidad de público a pesar de la lluvia. Unos 90.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Grosso, Fleitas); Atlético de Bilbao, 2 (Argoitia, Rojo).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Calpe, De Felipe, Sanchís; Pini, Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Atlético de Bilbao: Iríbar; Sáez, Echeberría, Aranguren; Igartua, Larrauri; Argoitia (Ibáñez), Uriarte, Arieta, Clemente y Rojo.*

*Árbitro: Ruiz Alciturri. Mal. Favoreció descaradamente al Madrid, sobre todo en la primera parte. Sus reflejos partidistas llegaron al punto de alejar de una patada el balón cuando los bilbaínos se adentraban con manifiesto peligro en el área madridista. En el segundo tiempo, el juez Alciturri se inclinó por los rojiblancos y perjudicó, injustamente en algunas ocasiones, al Madrid con su voluble silbato.*

El señor juez es un oportunista. El señor Juez se ha puesto del lado del poder. El silbato congraciador del señor Ruiz Alciturri se inclinó alternativamente a favor del Madrid o del Atlético de Bilbao: en la primera parte, con unos; en la segunda, con los otros, según el bando que detentara en cada momento la autoridad. Gracias a Ruiz Alciturri y al modo en que se desarrolló este Real Madrid-Atlético de Bilbao, el partido ha rebasado sus naturales fronteras balompédicas y constituido una puntual y necesaria lección política. El Real Madrid es un viejo

equipo cargado de gloria reciente y que contempla el trivial mundo de la competición liguera con un noble hastío. Sabe que el primer puesto en el Torneo es un objeto de su propiedad; no se mezcla en las vulgares querellas domingueras de sus inferiores. El fútbol que practica el Madrid es una castellana combinación de misticismo e hidalguía. Exactamente de tal modo hubiera jugado al fútbol fray Luis de León de haber gozado de la inmensa fortuna de pertenecer a la plantilla madridista. El Atlético de Bilbao, por su parte, tan antiguo como el Madrid, tan cargado de blasones, pertenece a otro tipo de aristocracia, a las buenas familias nórdicas, independientes y lluviosas. El punto de diferencia entre ambos conjuntos consiste en que el Bilbao no cree en la mística y practica un fútbol mercantil y pluvial.

Hasta ahora en la actual Liga 1969-70 se ha venido hablando de la capacidad de reacción del Madrid. En todas las ocasiones, con el Barcelona, Las Palmas, Coruña, ha logrado remontar los tanteos adversos. Esta vez el Madrid ha tropezado con un enemigo más reaccionario que él.

#### EL PRIMER TIEMPO DEL MADRID FUE EXCELENTE

Durante los cuarenta y cinco minutos de la primera parte las sentencias del árbitro condenaron incansablemente a los vascos. Todos los intentos de responder a la violencia del gol a favor con la violencia del gol en contra fueron severamente reprimidos por Ruiz Alciturri. Los vizcaínos protestaron los dos goles. El primero fue conseguido por Grosso en un excelente remate de cabeza un centro medio de Amancio. Los bilbaínos discutieron la legalidad del uno-cero aduciendo que el balón había rebasado la línea de córner en un regate previo de Aman-



*El Atlético de Bilbao remontó los goles de Grosso y Fleitas.*

cio. El segundo gol de los herederos de Bernabéu fue así: Gento centró desde su posición de extremo, Amancio detuvo de un salto el balón con el pecho y se lo colocó a Fleitas en el punto de penalti. El paraguayo no tuvo más remedio que marcar rápidamente. El dos-cero también fue protestado, porque los rojiblancos consideraban que Velázquez se hallaba en fuera de juego. Uno cree que ambas protestas fueron injustificadas pero el recuerdo de Ruiz Alciturri obliga a vacilar a cualquiera.

Así, pues, la primera parte se la llevó de calle el tándem Madrid-Alciturri. Velázquez organizó y canilizó el juego de modo inteligente y espectacular. Amancio dominaba con sabiduría la navegación de la pelota sobre el agua del césped, a pesar de las duras entradas de Larrauri, Fleitas daba muestras de su genio, pero al mismo tiempo no parecía enteramente concentrado. Quizá aún no se haya repuesto del recibimiento y las emociones de la «Operación Paraguay», organizada por el fútbol español siguiendo una feliz iniciativa del señor Bogossian. Gento batallaba científicamente, es decir, sin exponer el físico, pero con cierta eficacia. Pirri tenía destellos de lo que fue y de lo que va a ser. Y en la zona defensiva, el desastre. Sólo se salvaba De Felipe. Los demás, Betancort con sus salidas alucinantes por el lado contrario al que andaba la pelota, Calpe y Sanchís sin poder dominar a Argoitia y Rojo. Y Zoco constituido en uno de los mejores atacantes de su propia portería. Este era el panorama individual madridista. Pero la delantera dominaba con soltura y los vascos, por la fuerza de las cosas, no tenían otro remedio que replegarse y tratar de contener el aluvión blanco.

Parecía que los dos goles blancos conseguidos, añadidos a la buena demostración de juego por parte de los delanteros madridistas, constituían una barrera insuperable para los jóvenes britanizados del Atlético bilbaíno. Así lo entendió el juez Ruiz Alciturri, quien inmedia-



tamente, con envidiable facilidad de maniobra política, se situó al lado del poder constituido nacido de la legitimidad del minuto cuatro y del minuto treinta y cinco de la primera mitad, momento de la consecución de ambos goles.

#### AHORA, DOMINIO VASCO

En el segundo tiempo la situación cambia por completo. A los tres minutos, Clemente lanza desde lejos un formidable tiro que debe entrar por el mismo ángulo y es desviado a córner por Betancort en una gran parada. Es la señal del golpe de Estado que se avecina, que no pasa inadvertida al fino instinto político del juez Ruiz Alciturri. Conviene manifestar en honor del colegiado santanderino que no ha tenido participación directa en ninguna de las dos sucesivas tomas del poder. Él no es un árbitro subversivo. Sólo se une a la revolución cuando ésta se ha consolidado honorablemente. El caso es que a los ocho minutos de juego se han cambiado las tornas y el nuevo tándem Atlético de Bilbao-Alciturri ha obtenido un hermoso gol obra de Argoitia en un tiro bombeado y perfecto que ha superado inteligentemente la inoportuna salida de Betancort. Es el dos-uno. El Atlético de Bilbao enarbola su cacapidad de reacción frente al rey de la reacción. A partir de tal momento el imperio madridista deja de existir, Uriarte remata desde todos los ángulos. Clemente ordena el juego peligrosamente. Y Rojo desborda con tranquilidad a Calpe. Sólo existe un equipo sobre el terreno, el bilbaíno. Sáez y Echeberría, por un lado, y Aranguren y Larrauri, por el otro, inmovilizan a los cansados delanteros madridistas. El árbitro Ruiz Alciturri colabora, dentro de sus amplias posibilidades, a la apoteosis vizcaína, señalando dos fueros de juego inexis-

tentes a Gento y Fleitas que hubieran podido llevar el peligro a la meta defendida por Iríbar.

Y a los veinticinco minutos, falla en serie la defensa madridista y el balón queda en las cercanías de Rojo, que envía un buen disparo al fondo de la red de Betancort. Es el dos-dos que restablece la igualdad. Poco más tarde el mismo Rojo se halla a punto de obtener otro gol, pero el cruce de De Felipe salva la situación en el último instante. El Madrid está totalmente desconcertado. Cunde la emoción en los gradados. En medio de este duelo conservador entre las aristocracias del balompié destaca, como siempre, la oscura brega proletaria de Grosso, tropa de choque madridista.

A partir de los treinta y cinco minutos surge una nueva reacción madridista. Iríbar se ve obligado a arrojarse a los pies de Gento para cortar una mortífera calbagada del extremo blanco. Fleitas, Pirri y Amancio comienzan a lanzarse en tromba. El señor Ruiz Alciturri se alarma ¿Un nuevo cambio de poder? Y, prudentemente, se apresura a pitar el final del encuentro.

# NI GENIO NI FIGURA

---

27/10/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Partido televisado y regular entrada: unos 40.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Luis y González en su propia meta); Zaragoza, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Eusebio (Salcedo), Iglesias; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto y Juan Antonio. Zaragoza: Izcoa; Irusquieta, González, Vallejo; Violeta, Fontenla (Borrás); Moya, Planas II, Tejedor, Villa y Toto.*

*Árbitro: Serrano. Deficiente actuación. Toleró el juego violento y se equivocó en numerosas ocasiones. Su momento crítico fue cuando el posible penalti de que fue objeto el zaragocista Moya a los treinta minutos de la primera parte. El juez Serrano colocó el balón junto a la línea del área por la parte de afuera y libró de este modo al Atlético madrileño del 0-1 en contra.*

Las virtudes de la clase media nunca son espectaculares. Se trata, más bien, de cualidades dignamente metódicas cuya eficacia reside en la integridad y en la constancia. El Real Zaragoza es un equipo de la clase media, es decir, un conjunto con buenas maneras y buenos principios, que en algunos momentos estelares de su vida ha conseguido brillar en sociedad, por ejemplo, cuando ganó hace, algunos años, dos torneos de Copa. Pero, generalmente, su vida transcurre cristiana y ejemplar a la sombra de las torres de El Pilar. Hace dos años, en el verano, que es época que peligran con mayor facilidad las buenas costumbres, la

directiva del Real Zaragoza prohibió a sus jugadores salir del casco urbano de la ciudad sin permiso, ir a la piscina y tomar el sol en traje de baño. Exactamente igual que hubiera hecho un inflexible padre de familia de la clase media. El conjunto aragonés practica un fútbol acomodado, con altura, pero sin genio. Ni siquiera en los momentos más cruciales y emocionantes, se advierte el menor gramo de locura en los expertos y comedidos muchachos de Héctor Rial.

Al Atlético de Madrid ya lo conocemos de sobra por estos pagos. Por nacimiento, pertenece a la alta burguesía balompédica, a la neo-clase dirigente del fútbol hispano. Por condición humana, aunque ya parece haber dado últimamente muestras de arrepentimiento, el Atlético es un señorito calavera que proporciona disgusto tras disgusto a sus atribulados familiares. De todos modos, imposible negar que el Club del Manzanares resulta un equipo espectacular. Pero, desgraciadamente, hasta ahora sólo ha sido espectacular cuando pierde, cuando se hunde en la degradación del gol en contra, cuando su nombre corre de boca en boca como protagonista de sonadas aventuras con equipos de inferior categoría social que, al final de la hora y media de compañía a la orilla del Manzanares, terminan quedándose con la cartera donde guardaba los puntos y los positivos. En los últimos tiempos, el Atlético de Madrid jamás ha constituido un espectáculo por jugar bien al fútbol.

#### LA MONOTONÍA

Por eso, en el césped del Manzanares, con ambos contendientes tratando de jugar bien al fútbol desde el primer instante, se instaló con rapi-

dez el aburrimiento. El Zaragoza daba, una vez más, su puntual lección de orden en el centro del campo y de una civilizada falta de agresividad en las inmediaciones de la portería enemiga. El Atlético de Madrid, por su parte, pretende, desde hace algún tiempo, rehabilitarse ante los ojos de la «gran familia rojiblanca», y para demostrar la honradez de sus intenciones no se le ocurrió otra cosa que tratar de imitar, de buenas a primeras, el notable fútbol aburguesado zaragocista.

Y comienza la monotonía. Surgen algunas ocasiones de peligro por ambos bandos en los primeros minutos, pero siempre en tono menor sin llegar a constituir una auténtica amenaza. Villa consigue inquietar en dos oportunidades a Rodri gracias a su regate elegante y efectivo. A los cuatro minutos, un disparo del rojiblanco Alberto pasa rozando el poste defendido por Izcoa. El árbitro Serrano se muestra casero, pero eso también está dentro de la normalidad del fútbol hispánico, Ufarte, el único jugador con verdadero genio del Atlético, lleva a cabo una espléndida jugada y acaba enviando el balón a la cabeza de Alberto que no lo alcanza por muy poco. Es el minuto quince y se instaura un juego ahorrador y ramplón, con cesiones a los respectivos porteros desde el centro del campo.

Los 40.000 familiares del arrepentido aplauden entusiasmados algunas de las incidencias del encuentro porque, en verdad, a pesar de que aún no haya realizado nada digno de mención, el Atlético parece que ha encontrado el buen camino y ya ofrece un aire de equipo de consistencia. Collar ha sido sustituido con creces por Juan Antonio que, antes de finalizar la Liga, será uno de los mejores extremos del país, con un juego muy parecido al de Ufarte. Alberto también indica buenas cualidades. Melo se ha revelado como un magnífico defensa.



*Izcoa y Gárate disputan un balón.*

Pero al Club rojiblanco todavía le queda por completar la renovación del equipo. El caso más urgente es el de Iglesias, torpe y carente de todo recurso que no sea la violencia químicamente pura. De las cuatro ocasiones más importantes que ha intervenido, en tres de ellas fue re-gateado limpiamente por Moya y Villa, y no se le ocurrió otra cosa que arrojar al choque contra el zaragocista que corría tras el balón adelantado; en la cuarta, saltó a cabecear un balón que había sacado de puerta Izcoa y ni siquiera rozó el esférico con el pelo. Es demasiada impotencia. Peligrosa para los contrarios y para el propio Atlético.

## LOS DOS GOLES

El Zaragoza maniobra con solidez, pero sin inquietar a Rodri. Destacan todos y, por encima de ellos. Villa, Moya y Violeta. Sólo desentona el defensa Vallejo quien, a los tres minutos de la segunda parte, por culpa de una indecisión, permite que Luis establezca el 1-0. El Atlético domina intensamente en esta parte y parece imprimir algo de alegría en su juego. A los veinte minutos, Gárate se planta en el área zaragocista y obliga a Izcoa a una salida desesperada. El tiro del delantero centro pega en el portero y rebota en el pie de González que no puede evitar que el balón llegue hasta el fondo de su propia meta. Es el 2-0.

Y con esta tónica finaliza el partido de la clase media. La «hinchada» rojiblanca marcha satisfecha a sus hogares. Se ha ganado que es lo importante. Lo de menos es la calidad del juego. Los focos del estadio, se apagan avergonzados tratando de ocultar el césped del Manzanares, la única hierba que ha pasado inadvertida en la actual campaña contra la droga.

# UN GOL DE URGENCIA

---

03/11/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Excelente entrada, en la tarde de buen sol. Unos 75.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Pirri); Sabadell, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera (Betancort); Espíldora (Zunzunegui), De Felipe, Benito; Pirri, Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Sabadell: Martínez; Isidro (Diego), Pini, Arnal; López, Muñoz; Zaballa, Montesinos, Palau, Romero y Cristo.*

*Árbitro: Balaguer. Deficiente actuación, muy protestada por el público. Su principal equivocación consistió en no haber señalado un claro penalti de Arnal a Amancio en el minuto diecinueve de la segunda parte. Aplicó mal en varias ocasiones la ley de la ventaja y castigó al Sabadell con algún saque de banda inexistente. A su favor está la manera de entender la labor arbitral, imponiendo su autoridad con elegancia y eficazmente, sin los ridículos aspavientos a que nos tienen acostumbrados la mayor parte de sus compañeros en el silbido.*

**En la España balompédica estalló como una bomba la noticia de la drástica renovación. La semana pasada, la línea defensiva del Real Madrid, una de las más firmes y estables zagas del país, entraba en crisis. Betancort, Sanchís y Calpe, eternos titulares, cuyos nombres aparecían a los ojos de la sufrida afición permanentemente asociadas a sus puestos, eran apartados del primer equipo por el entrenador, Miguel Muñoz, y pasaban a la reserva. Se jugaba en San Sebastián y la mira-**



da del «hincha» lector de periódicos tropezaba sorprendida en los apellidos inhabituales: Espíldora, Junquera, Benito. Los recién llegados al poder del área causaron una favorable impresión a propios y extraños el día de su debut oficial. Pero faltaba su consagración definitiva sobre el césped catedralicio del Bernabéu, y mientras tanto la fiel «hinchada» se debatía en un ordenado contraste de pareceres y criticaba constructivamente la nueva alineación del equipo. Unos consideraban prematura la medida del entrenador blanco y juzgaban a los tres noveles todavía poco maduros para afrontar las altas responsabilidades madridistas en los Torneos internacionales y nacionales. Pensaban que Betancort, Sanchís y Calpe, a pesar de los errores de los últimos encuentros, eran jugadores con reconocida clase que habían prestado notorios servicios a la causa de Santiago Bernabéu y que pronto recuperarían su antigua y excelente forma. Otros aficionados aplaudían la decisión de Muñoz, que buscaba una mayor cohesión en el equipo para que la renacida capacidad goleadora de la delantera no resultara estéril a causa de la inseguridad de la defensa.

Así, pues, se esperaba con impaciencia, por las razones que anteceden y por ver si se rompía el viento empatador a domicilio de los propietarios del Bernabéu, el octavo partido del Torneo entre el Real Madrid y el Sabadell. Durante toda la semana los periódicos avivaron interés por el encuentro, reproduciendo las declaraciones de los defensas salientes y de los entrantes. «He puesto mi mejor voluntad en ser útil al Club» manifestaba dignamente dolorido Sanchís. «Betancort es amigo mío, pero mi deber es tratar de conservar el puesto el mayor tiempo posible», explicaba ilusionado el portero Junquera. Pero faltaba la gran prueba del Estadio Bernabéu ante un público parcial, pero exigente.

## ORDENADO SABADELL

Cinco minutos después de la hora anunciada saltaron los dos quipos y el árbitro Balaguer al terreno de juego. La primera pelota es para Espíldora, que arranca los primeros murmullos de aprobación del respetable a causa de sus buenas maneras y de su inteligencia. Igual que Benito, que lo demostraría más tarde, es un defensa que sabe pasar con intención a sus delanteros. Junquera es muy seguro en sus movimientos y atenaza con decisión los balones por alto en las pocas ocasiones en que la pelota se acerca a sus dominios. Pero esta vez lo que falla es la delantera. Velázquez no tiene su día y vaga errante, sin encontrar el lugar adecuado para armar el juego ofensivo madridista; Grosso, magnífico de fondo físico, eficaz en el oscuro bregar, pero sin ciencia; Gento, viviendo tranquilamente su vida al sol con peligrosas aficiones de jubilado; el ala Fleitas, Amancio, con bastante buena voluntad, pero acumulando fallo tras fallo. Destacó De Felipe y, sobre todos, Pirri, pletórico de facultades y buen juego, como cuando era considerado uno de los mejores futbolistas de Europa. Zunzunegui, que salió a sustituir a Espíldora, lesionado a los trece minutos de la Segunda parte, cumplió perfectamente, aunque no le diera tiempo a entrar en juego.

El Sabadell, por su parte, fue un excelente conjunto, ponderado y textil, con gran soltura y facilidad de maniobra, que practica un fútbol pulido y azoriniano, pero como le ocurría al admirable maestro del noventa y ocho, y que Dios me perdone, sin genio. Desde el primer momento el equipo vallesano se mantuvo en una correcta y educada, pero firme postura defensiva, con Zaballa, Palau y Cristo como punta de lanza en los obligados contrataques. Destacaron el marcaje implacable y limpio de Pini a Amancio, y la seguridad, sin un fallo, de Arnal, Isi-

dro y Muñoz. La delantera, menguada de efectivos, se limitó a retener el balón o a tratar de jugarlo en los escasos momentos propicios, como en un peligroso avance de Montesinos, a los diez minutos de la segunda parte, que terminó con un tiro que dio en las piernas de Junquera cuando el portero madridista iniciaba la salida. Zaballa merece un párrafo aparte.

#### LA LECCIÓN DE ZABALLA

Lo que hizo Zaballa a los trece minutos del segundo tiempo bastaría para reconciliar con el fútbol a sus más recalcitrantes detractores. Con muchos jugadores como Zaballa el fútbol se convertiría en lo que debe ser realmente el deporte: una fuente de educación de las masas. En un avance de los delanteros vallesanos, Junquera se ve obligado a efectuar una arriesgada salida y resulta conmocionado en el choque. El portero madridista permanece en el suelo, arrodillado, a 15 metros de su portería, con la mirada perdida de un púgil noqueado. El balón va a parar a Zaballa, situado en el vértice del área, en excelente posición para disparar a gol hacia la meta abandonada o pasar a algún compañero colocado en la boca del gol. Al contemplar a Junquera caído, Zaballa, sin dudarle un instante, envía la pelota fuera en dirección contraria, por la línea de banda. Fue la ovación más larga del encuentro. El público permaneció cinco minutos, en pie aplaudiendo la acción de extremo del Sabadell. Los madridistas corrieron a estrechar su mano, asombrados. El probable gol de Zaballa hubiera su puesto el 0-1 y, normalmente, la victoria de su equipo. Hay que poseer una excepcional calidad humana para hacer estas cosas. Fue lo más importante del encuentro y también el hecho más importante del fútbol español en las

últimas décadas. Todavía más que aquel cabezazo occidental de Marcellino que tanto humilló a la unión Soviética.

El partido, ya hemos dicho, no tuvo otra historia que la presentación afortunada de Benito, Espíldora y Junquera, y el comportamiento de Zaballa. El público prorrumpió en palmas de tango y pitos en algunos momentos del partido e increpó al árbitro Balaguer en numerosas ocasiones. Sobre todo cuando dejó sin sancionar un claro penalti de Arnal a Amancio. En los últimos diez minutos el Sabadell perdió su orden y se replegó en el área propia. Esto resulta su perdición. Los madridistas se lanzaron sin orden ni concierto, pero en tromba sobre la portería enemiga y, córner tras córner, a los cuarenta y dos minutos se produce un barullo en el área pequeña de Martínez, que tuvo una gran actuación, y Pirri empalma a boca de jarro un tremendo disparo que entra en la portería como una exhalación. Es el 1-0 de urgencia.

La sufrida afición abandonaba el estadio contenta. En hora y media ya habían olvidado los nombres antaño cotidianos de Sanchís, Calpe y Betancort. Los hombres pasan, pero el césped inmortal, los goles eternos y otras muchas cosas permanecen.

# LA FERIA DEL GOL

---

10/11/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Encuentro televisado y floja entrada. Unos 25.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 4 (Gárate, Adelardo, Alberto y Ufarte); Elche, 1 (Vavá).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo (Iglesias), Calleja; Adelardo, Eusebio; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto y Juan Antonio. Elche: Araquistain; Ballester, Iborra, Canós; Ramírez, González; Illan, Lezcano (Silvio), Vavá, Asensi y Hernández.*

*Árbitro: Tomeu. En el primer tiempo no quiso pitar un clarísimo penalti de Ballester a Adelardo a los treinta minutos. Tampoco se atrevió a señalar alguna falta de Melo a Hernández. En la segunda mitad no surgió la oportunidad de sancionar o dejar sin sancionar nuevos penaltis y, por lo tanto, su actuación mejoró notablemente de calidad, pues se mostró atento e inflexible, y acertado, en todas las pequeñas faltas y en las faltas intermedias. De no haber sido por el penalti no silbado del primer tiempo, que descalifica por entero su actuación, el juez Tomeu hubiera merecido, por el resto, un notable oportunista.*

La muy antigua y conocida familia atlética no sale de su asombro: «¡El hijo pródigo parece haber sentado la cabeza!» Desde hace unas semanas, el equipo rojiblanco ha abandonado las escandalosas aventuras y las malas compañías por los lugares más abyectos de la tabla de clasificación, indignos de su condición social, para volver a frecuentar a los viejos amigos de la infancia aristocrática, el Real Madrid, el Atlético de



*Melo, el buen defensa atlético, envía el balón a las nubes.*

Bilbao, el Barcelona, más acordes con lo elevado de su nacimiento y con las naturales preferencias de su linajuda parentela. De ahora en adelante, el conde de Cheles y los restantes directivos atléticos podrán pisar con orgullo los salones mundanos de la Federación y contar con noble satisfacción las últimas gracias del ex díscolo muchacho rojiblanco que esta vez lleva a cabo sus hazañas dentro del orden, según corresponde a su rango.

Uno temía por la hora del arrepentimiento del Atlético de Madrid. Porque ya se sabe lo que puede suceder cuando un señorito calavera sienta la cabeza: que se hace fascista o se hace liberal. En honor a

la verdad hay que decir que el Atlético se ha convertido en un equipo liberal que cree en el sufragio universal capaz de derribar entrenadores y no se siente poseído de un especial carisma balompédico que le impulsa a llevar imbatida la verdad por los campos de fútbol nacionales y extranjeros. Con tales nuevas características, el conjunto del Manzanares produce una excelente impresión cada vez que aparece en público y, en los círculos más conservadores, hasta puede permitirse el lujo de pasar por revolucionario.

La última hazaña liberal del Atlético de Madrid ha sido este 4-1 que le ha valido la victoria sobre el Elche. El triunfo, moralmente, es doble porque los ganadores habían reconocido previamente a la oposición, a los bravos contrincantes ilicitanos, que dejaron muestra de su poder y organización en el minuto veintitrés del primer tiempo, con un perfecto avance y disparo cruzado de Vavá, que batió con milimétrica exactitud a Rodri estableciendo el 1-1 democrático.

#### INNUMERABLES OCASIONES

El comienzo de los rojiblancos fue arrollador y las ocasiones de gol se sucedían unas tras otras incansablemente. Al minuto de hallarse el balón en juego, Calleja lanza una falta y la pelota llega a Gárate, en inmejorable situación, pero el delantero se entretiene demasiado y pierde la oportunidad. Dos minutos más tarde, una espectacular infiltración de Ufarte por la banda culmina con un pase mortal hacia atrás, que remata Gárate con la rodilla. Es el 1-0. En los graderíos la gran familia se abraza entusiasmada y da saltos de gozo y de frío. Poco después, un tiro de Alberto rebota en el medio ilicitano González y descoloca a Araquistain, que se salva porque el balón sale des-

viado unos centímetros. A los once minutos, le toca el turno del fallo a Ufarte, que remata a las nubes —medio gol— un centro en bandeja de Gárate. Sesenta segundos más tarde, Gárate escapa, solo hacia la portería de la oposición y una perfecta salida de Araquistain impide el tanto. El público aplaude y se escucha un desusado rumor, el rumor de los grandes olvidados triunfos, en las gradas.

Pero el Elche también quiere hacer sonar su voz en el concierto democrático del Manzanares. Y el antiguo extremo rojiblanco, ahora ilicitano, Hernández realiza una de las jugadas más hermosas de la noche lanzándose en un prodigioso salto de cabeza a rematar un balón que detiene Rodri, bien colocado. A los veintitrés minutos se produce el gol del empate obra de Vavá.

El Atlético reacciona, Gárate repite la escapada efectuada diez minutos antes y Araquistain vuelve a evitar el gol con idéntica salida. Los defensores ilicitanos se muestran contundentes y, a los treinta minutos, el árbitro no señala un clarísimo penalti de Ballester a Adelar-do. En la delantera del Elche destacan Illán, un jugador de gran clase, Vavá y Hernández. Hacia el final de la primera parte, los rojiblancos descienden un poco en el ritmo de juego, pero continúan ofreciendo peligro. En el último minuto, Juan Antonio envía un centro matemático a Gárate que, en buena posición, remata de cabeza fuera.

### TRES GOLES MÁS

Al iniciarse el segundo tiempo, el público piensa que el Atlético vuelve a las andadas, porque Jayo cede el balón a Rodri desde el centro del campo y grita indignado como antaño. Pero pronto se reproducen las escenas reconfortadoras de la primera parte. En una mala salida de



Araquistain, probablemente la única cosa mal hecha por el meta ilicitano en todo el encuentro, el balón llega a los pies de Eusebio, que se retrasa en disparar a puerta vacía, y cuando se decide envía la pelota a las nubes. A los dieciséis minutos hay un tiro de Luis que roza el poste. Como contrarréplica, Asensi elude la vigilancia atlética y centra sobre Vavá que empalma sobre la marcha un débil disparo que va a las manos de Rodri.

A los veintiún minutos, Adelardo cruza un disparo sorprendente que salva la salida de Araquistain. Es el 2-1. El propio interior rojiblanco, que se encuentra en decadencia como jugador, a pesar de su buena voluntad y de algunos efectivos destellos, se santigua maravillado por el gol que acaba de obtener agradeciendo al cielo la ayuda. Tres minutos más tarde en plena euforia, Alberto consigue el 3-1. Se arroja al terreno de juego un espontáneo que saluda al público loco de alegría. A los treinta y dos minutos. Ufarte lanza dos fuertes disparos seguidos y el último, bien colocado, entra hasta el fondo de la red en medio de la enmarañada defensa adversaria. Es el 4-1 definitivo. Todavía Luis, en un remate de cabeza, falla otro de los numerosos goles cantados.

Y así finaliza el encuentro. El Elche, conjunto de categoría, con magníficos futbolistas, ha constituido un adecuado banco de pruebas para el nuevo Atlético de Madrid que está creando Marcel Domingo. Todavía quedan muchas cosas por hacer en el equipo rojiblanco. Falta por cubrir el puesto de Iglesias, porque tanto este jugador como Adelardo se han quedado «out» en el nuevo ritmo que baila el Atlético. Eusebio también se ha estancado a medio camino. En el centro de la defensa hace falta un hombre menos irregular que Jayo, que bien pudiera ser Sánchez Ovejero. Pero el caso es que ya existe un nuevo Atlético de Madrid. Si no se tuercen las cosas, este muchacho liberal

llegará lejos. Aunque tampoco conviene echar excesivamente las campanas al vuelo porque en el fondo un buen liberal suele ser un reaccionario prudente y lleno de coquetería.

# COMO SIEMPRE, SIN PRONÓSTICO

---

15/11/69

*El cielo se ha poblado de signos y el pueblo asiste, asombrado y temeroso, a las predicciones de los augures. Corre por la ciudad una especie de amplio nerviosismo que puede degenerar en histeria colectiva. Hay ambiente de milenio y en los barrios residenciales doblan las campanas por la decadencia de Occidente. Reina una elegante inquietud por la hermosa zona del estadio Bernabéu. Los rumores se propagan con rapidez y se dice que unos bárbaros acampados a las orillas del Manzanares proyectan asaltar esta noche la gloriosa civilización blanca instalada en la colina dorada de Chamartín, que ha dado a la Humanidad seis Copas de Europa y una intercontinental. Pretenden imponer una civilización rojiblanca sin tradición universal.*

El Atlético de Madrid, con sus jóvenes airados sin pulir, como Alberto, Juan Antonio, Melo, Eusebio, y con Iglesias y Jayo, que ya no se podrán pulir nunca, intentará realizar la tosca hazaña de vencer al Real Madrid y dejar en mal lugar a Gento, Amancio, Pirri, Zoco, de la buena sociedad internacional. Los augurios se hallan divididos. El Real Madrid no atraviesa un buen momento de juego, pero es superior en organización táctica. Ha proporcionado un equilibrio al equipo que haría palidecer de envidia a cualquier primer ministro encargado de formar Gobierno: Espíldora, Babiloni y Benito, en una zona, y Fleitos, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento en la otra. Los «ultras» en la defensiva, y los tecnócratas en la delantera. Según me cuentan los in-

formantes, Babiloni es un genio en el mantenimiento del orden dentro del área y no respeta ni a sus propios compañeros en los entrenamientos. También me dicen que Miguel Muñoz ha emitido el siguiente comentario sobre el nuevo defensa central: «A Babiloni le hemos fichado, más que nada, para que no pueda jugar en otro equipo contra nosotros.» Cosa que me sorprende, dada la parquedad habitual del entrenador madridista en sus expresiones.

Por su parte, el Atlético de Madrid ha logrado un curioso equipo de choque ordenadamente anárquico capaz de organizar disturbios en las mismas barbas de Babiloni e incluso, con el suficiente ardor combativo, llegar a la clara subversión del gol. Me cuentan asimismo que Adelardo se pasó la víspera del partido durmiendo gran parte del día. Dudoso ejercido mental en la vida cotidiana, pero que puede resultar un arma secreta en el mundo mágico e imprevisible del fútbol. Pero el hecho es que el Atlético de Madrid dispone actualmente de una moral de hierro que, con un poco de fortuna, puede proporcionarles notables beneficios si sus muchachos no se intimidan al pisar las praderas imperiales madridistas.

Hay muchas cosas en juego en este Madrid-Atlético. Sin el menor rubor, todos deberíamos reconocer que nos hallamos ante uno de los momentos cruciales en la vida del país. Otras veces sólo perdía el Real Madrid. En este encuentro a la nación le ha dado, inexplicablemente, por poner en juego también el mito. No tiene sentido, pero es la realidad. Por el bien del país, debería ganar el Real Madrid, salvando el principio de la continuidad. Desde el punto de vista de la justicia social, no estaría mal que estos rudos mozos vestidos de rojiblanco llegados desde Palencia, Cáceres, Badajoz, Pontevedra, a triunfar a la capital, hicieran un buen papel en la distinguida zona de la avenida del

Generalísimo y proporcionaran una noche gloriosa e institucionalizadora al éxodo rural. En esta tarde del 15 de noviembre de 1969 ya nadie es imparcial. Hasta la lluvia, de tradición neutralista, no ha cesado de caer desde la noche anterior, como si tratara de llenar de barro anticipadamente los pies del ídolo.

# UN POSITIVO MÁS AL MANZANARES

---

17/11/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno total en la noche del sábado. Fue televisado el segundo tiempo. Unos 110.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Fleitas); Atlético de Madrid, 1 (Adelardo).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; Sanchís, Babiloni, Benito; Pirri, Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez (José Luis) y Gento. Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo, Eusebio; Ufarte, Luis (Irueta), Gárate, Alberto y Juan Antonio.*

*Árbitro: Pascual Tejerina. Lamentable arbitraje. He aquí la lista de agravios realizados por el juez Tejerina contra la dura ciencia de arbitrar: durante todo el encuentro no aplicó una sola vez la ley de la ventaja, perjudicando a ambos equipos, aunque sobre todo en este aspecto al Real Madrid. No quiso pitar un claro penalti de Zoco a Ufarte a los treinta y cinco minutos de la primera parte. Señaló un fuera de juego inexistente a Juan Antonio, a los veintiocho minutos. No vio faltas de Calleja a Amancio, de Fleitas a Melo, de Calleja a Fleitas, de Benito a Ufarte. Deberá permanecer eternamente agradecido a los 22 jugadores, porque entre todos salvaron el encuentro de mayores incidentes con su correcto comportamiento.*

Todo se ha consumado. Sobre el campo de batalla aún quedan las huellas empadoras de los combatientes como una especie de vaga y lejana reliquia. Papeles pisoteados, entradas rotas, paquetes de tabaco arrugados, latas de cerveza vacías rodean el césped imperial del estadio

Bernabéu, cuyas parcelas, objeto de todas las especulaciones, fueron durante hora y media los metros cuadrados más codiciados de la capital de la nación. El ídolo no ha sido todavía derribado, pero ha quedado tristemente decaído y tardará mucho tiempo en recuperar la verticalidad, si es que llega, ante la furia lozana y hermosa de los jóvenes enemigos de la frontera del Manzanares, que aspiran a estrenar el poder.

El 1-1 es la apariencia. Incluso a los menos avisados podría dar la impresión de que se trata de un resultado discretamente digno para el Real Madrid. Pero los que han presenciado el encuentro saben que en realidad el ídolo ha sido descalabrado. Los jóvenes desmitificadores del Atlético de Madrid han merecido más que ese empate ambiguo que no refleja en modo alguno la situación. El Madrid acusó varios defectos individuales y de planteamiento. Sus atacantes se empeñaron en penetrar en el área rojiblanca por el centro y allí estrellaron todas sus posibilidades ante el implacable partido realizado por la defensa atlética, en la que destacó Jayo por su oportunidad y soltura. Los 11 súbditos de Bernabéu renunciaron al ataque por el ala derecha. A los veinte minutos de la segunda parte Miguel Muñoz quiso enmendar el yerro y substituyó al agotado Velázquez por José Luis. Pero resultó tan malo el remedio como la enfermedad, porque José Luis, de fresco, con su juego horizontal y absurdo, es más lento que Velázquez extenuado.

ADELARDO: HA SURGIDO UN MEDIO

Muñoz no se atrevió a última hora a jugar la baza completa de Espíldora, Babiloni y Benito, e incluyó, finalmente, al veterano Sanchís en lugar de Espíldora. Los dos nuevos defensas cumplieron su cometido con firmeza a la hora de defender, pero no se puede decir otro tanto a



*El Madrid-Atlético, un partido de altura.*

la hora de pasar el balón a los delanteros. Amancio llevó a cabo algunas cosas buenas, aunque su actuación en general fue mediocre. Fleitas parece acoplejado y ha perdido la imaginación y la soltura de los primeros partidos. Lo que unido a los gestos que hacía Amancio cada vez que el paraguayo perdía el balón podría avivar los rumores de que Fleitas sufre un boicot por parte de algunos compañeros de equipo. Grosso, trabajador como siempre, debe limitarse a lo que domina, es decir, a bregar y pasar balones; jamás a tirar a puerta, pues lo hace muy mal. Zoco cumplió bien su función de tutor del rudo Babiloni, pero se vio obligado a abandonar el oficio protector a raíz del gol



atlético. Incurrió en una pifia de las suyas que estuvo a punto de resultar el mejor pase recibido por Ufarte en toda la noche. Pirri fue un auténtico coloso y lanzó tres terroríficos disparos desde fuera del área que forzaron a Rodri a efectuar tres grandes paradas. Muy bien Betancort. También hay que destacar la sensibilidad de Gento en materia de política internacional, que se unió a la protesta mundial contra la agresión norteamericana en el Vietnam y no vaciló en llevar a cabo una marcha pacífica a lo largo de la línea de banda que duró noventa minutos.

El Atlético de Madrid, por su parte, ha encontrado un medio excelente en Adelardo. En decadencia como delantero, puesto para el que hacen falta rapidez, habilidad y magníficos reflejos, el ex interior rojiblanco ha resultado un magnífico medio, porque posee experiencia, serenidad y visión del juego. Todo el Atlético, a excepción de Luis, oscuro y cansado, funcionó perfectamente. Jayo se mostró sin fisuras, igual que Melo y Calleja. La mayor parte de los futbolistas rojiblancos no se distinguen especialmente por su habilidad, pero en compensación son capaces de crear peligro con increíble facilidad.

La épica del encuentro tuvo su parte vulgar y cotidiana en la actuación del árbitro Pascual Tejerina, empleado de la Renfe, que llegó con retraso a las faltas, prefiriendo pasar de largo por ellas, y aplicó impuntualmente la ley de la ventaja. No pitó un claro penalti de Zoco a Ufarte a los treinta y cinco minutos del primer tiempo.

#### FATAL REPLIEGUE ATLÉTICO

La primera parte de la contienda fue para los iconoclastas muchachos de Vicente Calderón aunque el Madrid fallara algunas oportunidades, como un tiro de Gento al poste, a los cinco minutos. Se jugaba a un

ritmo muy vivo que produjo el desfondamiento de Luis y de Velázquez. A los treinta y cinco minutos. Melo proporciona un gran pase a Luis, quien remata muy bien, pero Betancort detiene con suerte y reflejos el balón. En el segundo tiempo, el Atlético sale muy entero, pero da la sensación algunas veces de que se halla a punto de conformarse con el 0-0. A los siete minutos, Amancio realiza una excelente infiltración, una de las raras incursiones efectuadas por el ala derecha, y centra junto al palo hacia Fleitas, quien, sorprendentemente, envía la pelota a las nubes.

A los doce minutos doblan las campanas de la desmitificación: Abelardo entrega el esférico a Ufarte, el gallego devuelve el servicio en profundidad a Adelardo, que en cuatro zancadas se planta delante de Betancort y, a media salida del portero coloca el balón en el fondo de la red de los poderosos: 0-1. Durante unos minutos el público se queda como aturdido, sin capacidad de reaccionar. Está a punto de instaurarse una nueva concepción del mundo. El ídolo blanco se tambalea y sólo falta rematar la insurrección con otro golpe definitivo. Pero el Atlético todavía no ha logrado superar los antiguos complejos del subconsciente y él mismo se sorprende de la profanación. Se repliega en el área para contemplar con perspectiva la propia hazaña, y a los treinta y cinco minutos, tras varios furiosos coletazos del ídolo, como dos remates de cabeza y tres disparos cósmicos desde fuera del área de Pirri y un tiro de Fleitas, Grosso se interna y centra en magníficas condiciones a Fleitas, que obtiene el gol de la represalia: 1-1. Ambos equipos realizan una sustitución, pero nada cambia. Todo se ha consumado. Ha terminado la contienda. Por unos minutos, durante veintitrés, 110.000 ciudadanos habían contenido el aliento, mientras esperaban con ansiedad y con miedo el irreverente desenlace de un mito oficial derribado de su blanco pedestal a balonazos.

# LLANTO POR UN VIEJO ÍDOLO

---

01/12/69

*Campo: Estadio Bernabéu. Unos 55.000 espectadores en la noche del sábado, helada.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Velázquez, Hernández en propia puerta y De Diego); Celta de Vigo, 1 (Jiménez).*

*Alineaciones: Real Madrid: Miguel Ángel; Espíldora, Babiloni, Benito; Pirri, Zoco; Fleitas (De Diego), Amancio, Grande (Vidal), Velázquez y Gento. Celta de Vigo: Bermúdez; Hidalgo, Manolo, Herminio; Hernández, Costas; Lezcano, Rivera, Abel (Juan), Almagro y Jiménez.*

*Árbitro: Vilanova. Acertó en la mayor parte de las pequeñas cosas, pero se equivocó en los grandes momentos que determinaron el resultado del partido. En el primer gol madridista, el juez de línea levantó la bandera advirtiendo un fuera de juego, pero Vilanova regaló el gol al abatido equipo madridista. Una buena acción que todos hubiéramos hecho impresionados por el lamentable estado de los «hexacampeones», pero que no resulta bien en un juez. En el tercer gol de los blancos se produjo otro fuera de juego ignorado por el colegiado.*

A pesar del intenso frío reinante, 55.000 espectadores acudieron a los graderíos del estadio blanco para conocer la reacción del Celta de Vigo en su primera visita a la pradera centralista del Bernabéu. ¿Cuál era el estado de ánimo actual de los vigueses? ¿De qué modo plantearían sus reivindicaciones balompédicas? ¿Atacarían airadamente en tromba al viejo líder o simplemente aguardarían con astucia galaica el momen-

to del contrataque y la retranca? La ocasión era perfecta, porque el abatido Real Madrid no se encuentra desde hace algún tiempo en condiciones de hacer frente a cualquier problema que le sea planteado con la mínima seriedad, y por tal motivo constituía una excelente piedra de toque para poner a prueba la entereza moral de los gallegos.

El encuentro fue aleccionador. Los comienzos fueron dramáticos. Al saltar al campo el equipo madridista, el ídolo en desgracia, es recibido con una regular e injusta pita por los fieles partidarios, que no le perdonan el descenso de prestigio y de autoridad que han sufrido en las oficinas, en los talleres y en los pasillos ministeriales. En los últimos tiempos los privilegiados socios madridistas han perdido su envidiable «status» de ciudadanos de primera clase con el problema sentimental solucionado.

#### TRISTE ESPECTÁCULO

En los minutos iniciales todos los espectadores —desde los «hinchas» hasta los indiferentes— nos sentimos sobrecogidos por una noble y nostálgica emoción, conscientes de que asistíamos al final de algo que fue muy grande. Con un respetuoso nudo en la garganta contemplábamos las torpes y bienintencionadas evoluciones de los once muchachos madridistas, mientras los fantasmas de Puskas, Di Stéfano, Kopa, Rial, Santamaría vagaban por el campo. Con esta misma dignidad, con este mismo noble respeto por el ídolo caído, hubiéramos continuado durante todo el partido y hubiera sido escrita esta crónica de no haber cambiado gravemente, a los diez minutos de juego, la tónica del encuentro. Espídora, Babiloni, Benito, Grande y sus compañeros comenzaron a tomar confianza y a actuar según la propia iniciativa y convirtieron el

solemne funeral en una función de circo. Por primera vez en la gloriosa historia del Bernabéu las carcajadas estallaron en los graderíos. Mucho tendrá que trabajar y renovar el equipo Miguel Muñoz si quiere que vuelva a ser algo parecido a lo que fue. Espíldora no dio un solo pase correcto a sus compañeros y la mayor parte de las veces envió el balón fuera de banda. Babiloni, carente de toda técnica, tiene como mejor recurso la violencia; método que puede causar importantes perjuicios a su equipo en los partidos que juegue fuera de casa, Benito, discreto en relación con los excesos de sus compañeros y objetivamente mal. Grande parecía un delantero infiltrado en la alineación madridista por los servicios secretos del Celta. A los quince minutos de la segunda parte Muñoz se dio cuenta del agente doble introducido en sus filas y sustituyó a Grande por Vidal. El Celta no sufrió lo más mínimo con el descubrimiento: Vidal también trabajaba para el enemigo. Sólo Zoco dio un tono de seriedad al equipo y con la suerte evitó la derrota.

## EL CELTA

El Celta de Vigo es un buen equipo, rebosante de salud, con perfectas facultades para cerrarse a la defensiva y al mismo tiempo desdoblarse en rápidos contrataques con cuatro o cinco hombres. Se le nota inexperiencia y exceso de ardor, cosa que, paradójicamente, retrasa la velocidad del contrataque, porque los jugadores acuden todos al mismo sitio por donde rueda la pelota en lugar de abrirse. Mereció ganar el encuentro y lo perdió en los últimos cinco minutos por culpa de su ingenuidad al aflojar la vigilancia de los delanteros madridistas, creyendo que el empate era definitivo. A todo ello hay que añadir que el primer gol del Madrid fue conseguido en fuera de juego, según advirtió el

juez de línea con su bandera; el segundo, por la mala fortuna de Hernández, que introdujo el balón en su propia meta, y el tercero, también en dudosas condiciones. Los vigoeses desaprovecharon dos o tres ocasiones de gol y aprovecharon el doble fallo de Espíldora y Miguel Ángel para establecer el uno-uno que habría de durar hasta el minuto ochenta y cinco. Destacó la clase de Costas, un jugador con porvenir.

Y ésta fue toda la historia del Madrid-Celta. Un espectáculo cómico-circense madridistas con pases al contrario, balones fuera, disparos a puerta que salían por la banda, sustos al propio portero y risa general en las gradas. Como compensación el público tuvo ocasión de contemplar el juego cabal y sin rencor del Celta, que tiene hombres para escalar puestos en la tabla de clasificación.

# FUERZA EN EL MANZANARES

---

08/12/69

*Campo: Estadio del Manzanares. Mediana entrada en la noche fría. Partido televisado y unos 35.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Ufarte y Luis); Atlético de Bilbao, 1 (Zubiaga).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Ovejero, Calleja (Irureta); Adelardo, Eusebio; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto y Juan Antonio. Atlético de Bilbao: Iríbar; Sáez, Echeberría, Aranguren; Igartua, Larrauri; Argoitia, Uriarte, Arieta, Zubiaga y Rojo.*

*Árbitro: Cardós. Tímido arbitraje del juez de turno, que se encontró con un partido superior a su autoridad. Permitió graves brotes de juego violento; no se atrevió a expulsar a Igartua por doble agresión a Ufarte y entorpeció la labor de los jugadores por seguir el rodar de la pelota demasiado cerca, corriendo encorvado sobre ella como para no perderla de vista. Los jugadores siempre tenían que regatear, además de los contrarios, al muy inútilmente minucioso señor Cardós.*

La expectación iba por dentro. Los graderíos del Manzanares estaban medio vacíos en la noche helada para contemplar el encuentro en la cumbre de los dos líderes a la disputa del poder, el Atlético de Madrid y el Atlético de Bilbao; pero en la clandestinidad de los hogares, millones de ojos asistían silenciosa y devotamente al acontecimiento. Sobre el verde tapete se ponían en juego varias cosas: el prestigio de dos entrenadores extranjeros, uno francés, Marcel Domingo, y otro inglés,

Ronnie Allen, encargados de salvar importantes parcelas del fútbol español. Uno de ellos, por de pronto, ha conseguido sobrevivir tranquilamente en la contradicción de ser, al mismo tiempo, el ídolo de los señoritos oxfordianos de Neguri y del recio pueblo vasco soberano. El otro desde hace unos meses se ha constituido en el ídolo de la «riviere gauche» del Manzanares y de la masa de los desheredados, de los desposeídos de la fortuna de las Copas europeas, que sueñan con el asalto al poder y la toma de la Bastilla que se levanta en la confluencia de Concha Espina con la avenida del Generalísimo. También se hallaban en juego en este fundamental encuentro dos concepciones del mundo opuestas: el fútbol alegre, vertiginoso y enloquecido de los once anarquistas del Atlético de Madrid, contra la fuerza, el espectáculo y la ortodoxia de los saludables muchachos del Atlético de Bilbao.

#### EUFORIA MADRILEÑA

El primer tiempo de los anarquistas resultó algo formidable. El balón, impulsado como una bomba, corría al primer toque de bota a bota, preparando el atentado, como si cada uno de los rojiblancos del Manzanares temiera que fuera descubierta la relojería por los fornidos defensores bilbaínos. La explosión se produjo a los cuatro minutos de iniciado el partido en la portería de Iríbar. Ufarte había recogido un despeje del meta vasco y lanzó un disparo raso que entró junto al poste, a pesar de los esfuerzos de Larrauri, que trató de rechazar el balón inútilmente. Era el 1-0. La defensa bilbaína se muestra floja y permite las implacables internadas de Gárate, Ufarte y Luis, que desorganizan su mecanismo. Se instaura la dureza por ambos bandos, materia en la que destacan Aranguren, Igartua, Larrauri, Eusebio y Melo. Ufarte,



en un momento de juego magnífico, no sólo actúa como extremo, sino que sus facultades le permiten el lujo de realizar funciones de centrocampista con gran visión de la maniobra general. Luis se desenvuelve con enorme inteligencia, aunque en el segundo tiempo se vendrá abajo. Adelardo descende su rendimiento en relación con los anteriores partidos. Melo es superado por Rojo, el mejor de los veintidós. El caballero Iselín Santos Ovejero, nuevo en esta plaza, demostró en su presentación valor, muy buenos reflejos y excelente juego de cabeza, pero nos gustaría conocer si sabe regatear y pasar la pelota a sus compañeros, porque no hizo más que lanzar tremendos balonazos fuera.

#### RECUPERACIÓN VASCA

La segunda bomba estalló en el Manzanares a los diecinueve minutos, con un pase antológico de Ufarte a Luis, que bate a Iríbar, estableciendo el 2-0. Pero la moral de los vascos es poderosa y resisten sin decaimiento los ataques madrileños. Poco a poco, las tornas se van cambiando. Es Rojo, extremo izquierdo, el artífice de la resurrección. Con un fondo físico y una técnica increíbles se dedica a reorganizar la propia vanguardia, con pases inteligentes a Arieta y Zubiaga y peligrosas internadas personales que terminan con Melo. Transcurren cuarenta y un minutos y el olor de la pólvora de los rojiblancos del Manzanares se ha disipado. Los anarquistas, incapaces de un esfuerzo constructor y continuado, una vez en el poder, pierden la iniciativa. A los cuarenta y dos minutos, una pavorosa advertencia: Larrauri pasa el balón a Rojo, que regatea perfectamente a Melo, se planta junto al poste defendido por Rodri y envía un centro hacia atrás que recoge Zubiaga, completamente solo, y dispara el balón al fondo de la red. Es el 2-1.

En la segunda mitad, los del Manzanares se repliegan y comienza a ponerse peligrosamente en evidencia la salud de los vascos, que acosan la portería con una insistencia que presagia el empate. Pero no se produce porque los libertarios todavía tienen fuerzas para resistir hasta el final del encuentro. Baja la calidad del juego y resurge la violencia, ante la pasividad del árbitro Cardós, peluquero de oficio en Valencia, que, probablemente por deformación profesional, tratara de no enemistarse con nadie, a la vista de la abundante cabellera de la mayor parte de los contendientes.

# PERDIERON LA CABEZA

---

22/12/69

*Campo: Estadio Manzanares. Tarde soleada y escasa entrada. Unos 30.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 0; Sabadell, 1 (Vidal).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Iglesias (Irureta), Quique; Adelardo, Eusebio; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto y Juan Antonio (Salcedo). Sabadell: Martínez; Isidro, Pini, Arnal (Muñoz); Marañón, Torrent; Ortuño (Zaballa), Romero, Vidal, Garrón y Palau.*

*Árbitro: David. El señor David todavía no ha comprendido la evidente y sutil problemática del fuera de juego, vulgo «offside». Se equivocó en ocho o diez veces, al menos, señalando inexistentes fueros de juego de los delanteros atléticos. El público, airado, le amonestó arrojando almohadillas contestatarias al campo. También debió haber expulsado a Melo por clarísima agresión con los puños a Torrent. Al final, intimidado por las imprecaciones justicieras de la muchedumbre, se dedicó exageradamente a favorecer al Atlético. Como reflejo de su incapaz actuación, según cuentan los compañeros que trataron de entrevistarle en los vestuarios, el señor David se negó al diálogo con incongruentes modales, acompañado en tal actitud por un linier incivil que incluso llegó a apartar con brusquedad de su camino a algún colega.*

**La capital vive unas jornadas de grave desolación. El esfuerzo económico e intelectual de la ciudad para cumplir a rajatabla con la consigna oficial de la alegría navideña, los cientos de miles de bombillas, de**

adornos, de árboles, de estrellas, de dinero distraídos de otros asuntos, quizá más urgentes, como escuelas, viviendas, pavimentaciones, pero de menos noble y desinteresada espiritualidad, se han convertido de golpe en algo sorprendentemente inútil porque ahora la gran ciudad está triste. Dura papeleta para un alcalde que tiene el deber de proporcionar el bienestar a sus conciudadanos. En el corto espacio de dos horas, el semblante centralista de Madrid ha experimentado una penosa transformación. Gentes adustas atraviesan las calles o cierran acongojadas las puertas y ventanas de las casas. Lamentable Navidad: el Atlético de Madrid ha interrumpido su carrera triunfal perdiendo con el Sabadell en el Manzanares y, desgraciadamente al mismo tiempo, el Madrid ha sucumbido por 2-0 en Zaragoza. Esto quiere decir que personas de todas las clases sociales se hallan implicadas por primera vez en la misma catástrofe igualitaria. Dentro de la desgracia, he aquí un valor seriamente positivo del fútbol. Sólo él es capaz de unir al dirigente con el pueblo a través del común dolor del gol en contra.

### ¿DE NUEVO EL VIEJO ATLÉTICO?

El Atlético de Madrid, culpable solidario del duelo de media ciudad, ha realizado un encuentro semejante a aquella terrible serie de partidos del año pasado que le granjearon la burla y el aprobio de los espectadores. Todo parecía recordar el pasado. El equipo rojiblanco no posee una excesiva calidad de juego, pero goza de una virtud que les falta a los demás conjuntos y sobre todo, a su colega madridista; una increíble facilidad para llegar al área pequeña enemiga y crear limpias ocasiones de gol. Frente a la morosa y esforzada elaboración de la jugada que realiza el Madrid, a los muchachos del Manzanares no

les cuesta ningún trabajo crear diez o quince indiscutibles oportunidades de gol a lo largo de un partido. Luego resulta que la casi general ausencia de técnica individual, las patadas al aire, los atropellos, los disparos a las nubes y el regate eterno malogran siempre la mayor parte de las posibilidades pero, entre tantas, siempre sucede que el balón consigue entrar alguna vez en la portería contraria. Este es el secreto del Atlético de Madrid: compensar la falta de precisión con un incremento de las posibilidades.

Pero contra el Sabadell, la teoría se ha venido abajo porque falló la primaria estructura rojiblanca. Rodri hacía tiempo que no era culpable de un gol, pero esta vez, aunque el hermoso y difícil disparo de Vidal sorprendiera a los asistentes, no debió haberle sorprendido a él, entre otras razones, porque el balón no iba colocado, sino por el centro, donde, precisamente, el portero atlético se encontraba. En la defensa únicamente se mostraba seguro Melo, porque Quique e Iglesias todavía se hallan muy verdes, uno a causa de su inexperiencia, y el otro, a pesar de su experiencia. Eusebio se mostró duro y apagado. Adelardo con ligeros destellos. En la delantera, brilló Ufarte, en su mejor temporada, y a ratos, Luis y Gárate. Por su parte, Alberto y Juan Antonio se perdieron en el anonimato y no progresan de acuerdo con su dinámica condición de promesas.

El Sabadell ha resultado un excelente equipo, que se defiende muy bien, apoyado en la experta veteranía de Isidro y Pini y la buena forma física de todos sus componentes, que no vacilan en descender a achicar balones en los alrededores de la propia meta cuando la situación así lo requiere. Ortuño, Romero y Palau se distinguieron por sus infiltraciones y su concepción del fútbol. En resumen, es un conjunto

que merece ocupar un lugar más alto en la tabla de la clasificación si practica siempre la misma clase de juego que llevó a cabo en el Manzanares. También resulta doblemente digna de encomio la deportiva actitud que mantuvieron los sabadellenses durante el encuentro. No se han dejado influenciar por las desafortunadas y escasamente aleccionadoras declaraciones de su entrenador Pasieguito, efectuadas hace unos meses, cuando Zaballa envió el balón fuera al observar la grave lesión de Junquera, renunciando noblemente a una clara ocasión de gol. Por cierto, desde aquel día en que fue su rara deportividad públicamente censurada por su entrenador, Zaballa ha dejado de jugar con asiduidad en el Sabadell. Detalle que incita a la cavilación.

#### EXCESIVA TRANQUILIDAD

El Atlético de Madrid inició el encuentro que iba a contribuir a destrozarse la ostentosa Navidad de la Villa y Corte, profundamente alegre y confiado. Aunque la primera advertencia corrió a cargo de los catalanes con una escapada y disparo de Ortuño que detuvo apurado Rodri, a los treinta segundos del comienzo. Pero los rojiblancos no se inquietaron y siguieron con su cómodo aire de triunfadores. Se produce una espléndida maniobra de Gárate y Luis que termina con una salida a los pies del portero Martínez, el mejor, con Pini, de los veintidós. Casi inmediatamente, Luis recibe un pase medido de Ufarte, y su remate, de cabeza, rebota en la defensa enemiga. Pini salva un gol, con Martínez fuera del marco, a tiro de Adelardo. Luego, Martínez se luce en una soberbia parada a una pelota enviada por Juan Antonio desde lejos. El Sabadell replica comedidamente porque no quiere irritar a los madrileños. Un disparo de Ortuño tropieza en el larguero.

En la segunda parte, los rojiblancos insisten en su comportamiento y los catalanes, a los cuatro minutos, deciden aprovechar súbitamente la ocasión. Ortuño centra hacia Vidal, que eleva el balón y, sobre la marcha, desde fuera del área, lanza un enorme tiro potente y parabólico que entra hasta el fondo de la red tras haber tocado Rodri el balón con el puño. Es el 0-1 antipascual. Los atléticos se maravillan contemplando el desacato. Pretenden recuperar el tiempo perdido y se arrojan a una desordenada y furiosa ofensiva. Pero habían olvidado que la ley del incremento de las posibilidades requiere del tiempo como condición indispensable. Con el «hándicap» del reloj y de la insuficiente técnica individual en contra, los rojiblancos perdieron la serenidad, Marcel Domingo sustituyó a Iglesias y Juan Antonio por Irureta y Orozco para tratar de enderezar el entuerto. Pero ya era demasiado tarde. Las Navidades tristes se habían echado encima de la capital. Sin escuelas y sin goles a favor, los millares de bombillas engalanadas parpadeaban y muchas se fundían con asombro como víctimas imprevistas del más injusto absurdo.

# 1970

---





# AL BORDE DEL ABISMO

---

05/01/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada, a pesar del mal tiempo. En la segunda parte del encuentro llovió constantemente. Unos 55.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Amancio, 2, y Grosso); Elche, 1 (Asensi).*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; Calpe, Zunzunegui, Benito; José Luis (Grande), Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Bueno. Elche: Araquistain; Ballester, Iborra, González; Curro, Llompart; Illán (García), Emilio, Vavá, Asensi y Hernández.*

*Árbitro: Serrano. Blando y técnicamente deficiente. No vigiló el lugar de lanzamiento de las faltas, cosa que fue aprovechada por los madridistas que adelantaban el balón varios metros en cada ejecución. El señor juez trató de caer simpático a los jugadores, dando cariñosas palmaditas imparciales a todos los futbolistas que se cruzaban por su camino, sin distinción de clases sociales ni ideologías.*

Habían transcurrido los cuarenta y cinco minutos de la primera parte y el estadio Bernabéu, bajo la lluvia y el frío, además del 0-1 obtenido por Asensi en los últimos momentos, era presa de una angustia apocalíptica de juicio final. Porque lo grave no era que el equipo blanco hubiera encajado un gol en contra y que jugara con el habitual desorden

y falta de imaginación. Tampoco resultaba demasiado grave que un equipo más, esta vez el Elche, le hubiera tomado perfectamente la medida a la inmutable táctica madridista, repetida mecánicamente partido tras partido como si las diferentes condiciones de cada encuentro y las características de los contrarios no cambiaran nunca; una táctica que se ha ido quedando tan vieja, que hasta los equipos más modestos la conocen y saben el modo adecuado de contrarrestar tranquilamente la senil maquinaria blanca. Lo malo no era nada de esto. El Madrid-Elche pasará a la historia, tremendo e insospechado, porque, constituye la fecha del comienzo de la rebelión de la tradicionalmente fiel «hinchada» madridista contra el inmutable y totalitario imperio blanco. Los gritos de «¡Fuera, fuera!» resonaban amenazadores en los graderos y los miles de paraguas abiertos bajo la lluvia, ocultando los rostros de los aficionados, deberían parecer a los dirigentes madridistas, sombríos parapetos de conspiradores dispuestos a introducir el desorden en la larga y fecunda paz del preclaro hexacampeón.

Hasta ahora, la culpa de los esporádicos contratiempos madridistas pertenecía a los árbitros, a la violencia de los jugadores contrarios, cuya única ilusión era ganar al Madrid fuera como fuera y, en raras ocasiones, a la mala suerte. Pero todas estas asechanzas no sólo no importaban, sino que servían de estímulo al Club blanco. Ya se sabía que existía una vasta conjura internacional contra el Real Madrid, cuyos hilos eran movidos desde Lieja, Manchester y Milán, originada, por la envidia de tanta gloria balompédica, y no había que preocuparse demasiado por ello, bastaba con denunciarla públicamente en periódicos y revistas y continuar trabajando. El Club era un perfecto y poderoso engranaje en el que ni una sola pieza disentía.

## POCO JUEGO

Y de pronto surge la catástrofe. Comienza la temporada 1969-70, y el Real Madrid, con un equipo mediocre, ve perdido el respeto que se le debe, y Clubs salidos del pueblo llano y de la pequeña burguesía de la bota se permiten el desacato de tratar de igual a igual al indiscutible líder. Al principio de tales reveses, la fiel «hinchada» no se altera porque inmediatamente entra en funcionamiento el sistema de cobertura psicológica madridista: se pierde por las lesiones, porque se han regalado goles, por la mala fortuna, porque «si hubiera entrado aquel balón que se estrelló bajo el palco presidencial...» Se queda en el banquillo toda la línea defensiva tras la serie de desastres y no se reconoce que es debido a la baja forma, sino a la hermosa política de proporcionar una justa oportunidad a los más jóvenes. No existe la menor debilidad, en la blanca civilización madridista.

## PÚBLICO AIRADO

Pero se preparaba, derrota a derrota, el camino de la subversión. Los viejos aficionados se convirtieron súbitamente en contestatarios de la retórica madridista. Nació un nuevo mayo francés acomodado a las condiciones objetivas de nuestra patria; es decir, se producía en el mes de enero y ponía violentamente en cuestión las más firmes estructuras balompédicas. El pueblo blanco se dirigía hacia el palco presidencial y hacia el banquillo, en el que se hallaba sentado, premonitoriamente, el entrenador, Miguel Muñoz. Los gritos, las imprecaciones y los silbidos llenaban el ambiente. Era el descanso, y pensar en la segunda parte sobrecogía el ánimo de los espectadores más templados. ¿Qué iba a ocurrir, Dios mío?

El Elche había dominado el centro del campo y desde allí controlaba todos los desafortunados intentos madridistas con Velázquez perdido sobre el barro; José Luis con su inoperancia habitual; Bueno autodestruyendo el propio nombre; Fleitas en una baja forma excesiva, y Amancio y Grosso como únicas piezas útiles. En la defensa iban algo mejor las cosas con Zoco y Zunzunegui, que de cuando en cuando avanzaban a echar una mano a sus atribulados compañeros, y con Benito, que demostró tanta efectividad en el marcaje de Illán que consiguió enviarle a la caseta lesionado al cabo de diez o quince violentas entradas dignas de haber llamado la atención del distraído árbitro Serrano. El Elche posee una defensa firme y, con la ayuda de los delanteros madridistas, se defendió con cierta holgura mientras que, en la delantera, Illán, Asensi y Vavá creaban problemas a los blancos. A los once minutos Hernández regatea a los defensas contrarios y se planta ante Junquera, pero su tiro se pierde. Luego, a los diecisiete minutos, le toca el turno del fallo a Illán, que realizó un magnífico encuentro. Más tarde, a Vavá. Y, a los cuarenta y cuatro minutos, Asensi lanza un potente disparo desde fuera del área que entra en la portería de Junquera. Es el 0-1 que pone en marcha la rebelión de la «hinchada» madridista contra el poder constituido.

#### EL MILAGRO

Nadie sabe lo que ocurrió al comenzar el segundo tiempo. Preguntados, los espectadores darían mil versiones diferentes y veraces de lo sucedido. Esta es una de las características definitorias de todo milagro. Algo mágico y misterioso obraba a favor del orden madridista. Puesto el balón en juego, al minuto de haberse iniciado la segunda mi-

tad, falta estrepitosamente la defensa ilicitana, como si alguna fuerza desconocida les agarrotara las piernas y los reflejos, y Amancio se infiltra con un regate en el área pequeña y después de sortear al mismo Araquistain envía el balón al fondo de la red. Es el 1-1 del empate. Se ha producido el milagro. El público olvida sus antiguas reivindicaciones y se lanza por el tobogán del aplauso, arrepentido de haber dudado durante cuarenta y cinco minutos malvados de la capacidad dirigente de los responsables del Real Madrid.

Bajo la inclemencia del tiempo, y el extraño giro del encuentro, sobre el oscuro césped embarrado del Bernabéu se inició el bárbaro aquelarre del gol. A los diez minutos, Grosso arranca desde el centro del campo y sortea increíblemente a todos los contrarios que le salen al paso como dotado de unos poderes excepcionales. Llega hasta Araquistain y hace lo mismo. Es el 2-1. La «hinchada» ha sido definitivamente recuperada por la ceremonia madridista. En el vértigo final del exorcismo de la subversión, Amancio penetra en el área ilicitana y cae derribado al suelo. El árbitro Serrano abandona su profundo sueño y, como por ensalmo, señala inmediatamente con el dedo autoritario el punto de penalti. El mismo Amancio se encarga de convertir el castigo en el 3-1, que aplaza «sine die» el ajuste de cuentas de la afición. El Elche, desfondado y sorprendido, se ha entregado. Ha sido mejor así. Cuando se hallan en juego cosas demasiado importantes, resulta de buenos ciudadanos inclinarse ante la solución más prudente. Y la gente todavía no se halla preparada para ver perder al Real Madrid.

# CÓMO SER FELIZ EN CUATRO GOLES

---

19/01/70

*Campo: Estadio Manzanares. Discreta entrada, en la frontera de buena. Unos 55.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 4 (Gárate 3 y Luis); Celta de Vigo, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Quique, Irureta; Iglesias, Eusebio; Ufarte (Juan Antonio), Luis, Gárate, Alberto y Salcedo. Celta de Vigo: Bermúdez; Hidalgo, Manolo, Herminio; Costas, Hernández; Juan (Cano), Rivera, Abel (Doblás), Almagro y Lezcano.*

*Árbitro: Pascual Tejerina. Técnicamente el partido no ofreció dificultades y, por lo tanto, cualquier árbitro medianamente experto hubiera salvado con tranquilidad el compromiso, tal como le sucedió a Pascual Tejerina, que realizó un buen y cómodo trabajo. De haberse encontrado el marcador más igualado, en lugar del 3-0 que exhibía en aquellos momentos, el penalti con que sancionó al Celta por dudosa falta de Herminio a Salcedo hubiera resultado excesivamente riguroso y probablemente creado problemas al colegiado.*

La felicidad bien entendida comienza por los goles a favor. Contemplando los rostros alborozados de los 55.000 espectadores, que brincaban jubilosos en los asientos, olvidando las antiguas alergias y los viejos reumas personales de otras temporadas, cuando el equipo resultaba un disgusto permanente, observando la cordialidad, el sentido de

la convivencia y el respeto a las leyes de los triunfadores, que se hallaban dispuestos a ejercitar con todo el mundo el ordenado contraste de pareceres, siempre que no se pusiera en discusión la legalidad constituyente del 4-0 que campeaba en el marcador, asistiendo a este hermoso espectáculo cívico-deportivo del fútbol, inmenso vehículo de reconciliación nacional, uno no puede menos de admirar, si es honrado, la prudencia y la sagacidad de nuestros dirigentes. En hora y media tres goles de Gárate y uno de Luis han conseguido transformar la mirada de un importante sector de la población madrileña. Abandonando el estadio he vislumbrado los rostros gozosos y atormentados de maridos decididos a la pacificación matrimonial, de padres de glorioso pasado dispuestos a llegar a casa y estrechar en un abrazo intergeneracional al hijo sarcástico, y rostros de dignos integristas o de elegantes liberales dispuestos a la exótica permuta de sus particulares cualidades políticas. Como apuntaba certeramente don Jesús Suevos en un artículo aparecido el pasado domingo: «Una de las cosas más irritantes que suelen repetir algunos es que en España no hay nada que hacer.» Se trata, efectivamente, de un deleznable pesimismo, que significa, entre otras cosas, el desconocimiento de la realidad profunda y de la capacidad de supervivencia de nuestro país. He aquí la lección del Atlético de Madrid-Celta de Vigo.

#### FURIA ROJIBLANCA

Por encima del bocadillo, de las vacaciones y de la abolición del pluriempleo, una nación debe disfrutar del bienestar moral. A los veintíun minutos de la primera parte, un excelente cabezazo de Gárate, tras una falta ejecutada milimétricamente por Ufarte, introducía a



*Una de las tres dianas de Gárate*

55.000 personas sentadas a la orilla del Manzanares en la sociedad de consumo balompédica. Se iniciaba así un verdadero plan de desarrollo cuadrinial, que culminaría a los diecinueve minutos de la segunda mitad con el 4-0 establecido por Luis al lanzar un riguroso penalti contra la húmeda portería galaica, que transportaba en bloque a la «hinchada» rojiblanca, sin pasar por el dudoso trámite de las devaluaciones y las congelaciones, a la sociedad posindustrial, donde la renta del gol «per capita» colocaba a los socios atléticos a la cabeza de los equipos más adelantados en la tabla clasificatoria, con tres puntos de ventaja sobre el Real Madrid y uno sobre el Atlético de Bilbao.



Ya hemos dicho en repetidas ocasiones que el Atlético es un equipo anarquista y calavera. Este año el entrenador, Marcel Domingo, ha conseguido dos cosas: mejorar el nivel técnico individual de los jugadores, al mismo tiempo que reorganizaba el esquema de las alineaciones, y orientar la anarquía inevitable hacia la productividad. El mérito de Marcel Domingo consiste en que no ha pretendido transformar al conjunto rojiblanco en un grupo de presión de pulidos tecnócratas o en una escuadra de ardorosos totalitarios seudocientíficos, sino que ha aceptado todo el material futbolístico que se le venía encima y ha convertido esta plantilla de hirsutos anarquistas improductivos en una desordenada fuente de energía. El Atlético de Madrid continúa sin jugar bien al fútbol. Sus medios no justifican el fin. Pero el caso es que le llueven, gracia a su peculiar estilo, las ocasiones de gol.

#### EL CELTA, BUENAS MANERAS

El Celta no ha podido hacer nada contra las interminables oleadas libertarias rojiblancas. La defensa se desorientó desde el principio. Herminio no pudo con su paisano Ufarte, en inmensa forma y coautor de los dos primeros goles de Gárate. Hernández se retrasó en tomarle la medida a Gárate hasta el segundo tiempo, tardanza que representó tres tantos en la portería del Celta. Costas destacó entre sus compañeros por técnica, fondo físico y potencia en el disparo. Los célticos se dedicaron a tratar de controlar el centro del campo y a montar desde esta zona los contrataques, que fueron lo mejor del equipo, aunque los delanteros, con Abel y Almagro en mala tarde, desaprovecharon las varias oportunidades, bastante claras, que se produjeron. Juan y Rivera cumplieron con bastante acierto. El Atlético funcionó bien en

general, con una defensa nueva en su orden a base de Melo, Quique e Irureta. Melo se mostró torpe y fallón en los pases y en los despejes. Uno de ellos pudo haber costado un gol a los rojiblancos nada más comenzado el encuentro si Rivera no perdiera increíblemente la pelota. La medida de colocar a Iglesias en la media, lejos de las ágiles responsabilidades defensivas, fue acertada y sirvió para que el jugador cumpliera eficazmente. Eusebio, gris, y Luis, en gran forma, seguido de Gárate.

Para colmo de la dicha atlética, los goles se fueron produciendo rítmicamente y sin desmayo, cosa que contribuyó, naturalmente, al equilibrio psíquico de la parroquia. El primer y el último ya han quedado reseñados al principio. El 2-0 fue el resultado de una buena jugada iniciada por Ufarte con pase a Luis y cesión de éste a Gárate, que envió la pelota al fondo de la red céltica. El 3-0 consistió en una demostración de habilidad por parte de Gárate al peinar suavemente de cabeza un balón que entró en la portería de Bermúdez por el único hueco y en la única forma en que podría haberlo hecho. El partido terminó alegre y sencillamente en el más profundo bienestar moral. Recuerdo una frase de Vicente Calderón, presidente atlético, pronunciada en una reciente entrevista televisada: «Ojalá que todo el mundo pensara en el fútbol tres días antes y tres días después de cada partido, así no pensarían en otras cosas peores.» Como único reproche, al final del encuentro los jugadores debieron haberse dirigido al público antes de retirarse, como en las comedias antiguas, y, a modo de despedida, haber rogado: «Por favor, ¡sean felices!»

# OTRA PENOSA EXPERIENCIA

---

22/01/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Floja entrada y terreno pesado. Unos 35.000 espectadores.*

*Marcador: España, 1 (Luis); Hannover 96, 0.*

*Alineaciones: España: Iríbar (Reina); Sáez (Sol), Gallego, Eladio; Jaén, Violeta; Amancio (Rojo), Velázquez (Sáez), Gárate (Grosso), Asensi (Luis) y Pujol. Hannover 96: Dodlasly; Hellingrath, Bohnsack, Anders; Breuer, Stiller; Zobel, Bandura, Heynckes, Loof y Siemensmeyer.*

*Árbitro: El castellano Camacho. El colegiado madrileño de fulgurante carrera arbitral, ha tenido una vez más suerte. Si en lugar de haberse tratado del encuentro amistoso entre un colista equipo de Club alemán y una demasiado experimental selección nacional española se hubiera visto obligado a dirigir un partido más serio, su actuación habría creado problemas en el campo y en las gradas. El público tomó a broma el penalti con que el juez Camacho condenó al Hannover, aprovechando una caída de Pujol, y a partir de este momento se dedicó a aplaudir y animar al conjunto alemán para llevar la contraria al silbato patriotero del castellano.*

Como han explicado los más respetables textos y tratadistas patrios, la selección nacional representa al país. A ningún español que se precie se le ocurriría jamás dudar de este principio fundamental, cuyo origen se pierde en la noche de la prehistoria futbolística; es decir, que probablemente procede de la tan cacareada Olimpiada de Amberes, que, a juzgar por toda la literatura y la épica nacional-balompédica que ha pro-

ducido, debió de haber sido el equivalente en fútbol de la batalla de Lepanto. Como la selección representa al país, en ella lógicamente añoran todas las virtudes y defectos nacionales de cada momento histórico.

Todos sabemos, por la Prensa y por las declaraciones de los dirigentes, que en España se ensayan actualmente nuevas y más dinámicas formas de convivencia. Y para que el ordenado contraste de pareceres pueda desarrollarse sin sobresaltos, resulta evidente que hay que apartar del juego a las posiciones extremistas, tanto a la izquierda como a la derecha. El fútbol español es tremendamente sensible a todo lo que acontece en el país, y ya desde los tiempos de Toba se había incorporado el primero a la experiencia nacional en curso. La fina percepción política de Ladislao Kubala, que abandonó la tiranía comunista de Hungría para venir a refugiarse a España, hizo el resto y consiguió infundir los más perfectos y oportunos matices a nuestro deporte-rey.

#### EXTREMOS TEÓRICOS

En el fútbol, como en política, jugar por los extremos es jugar demasiado radicalmente. Tal método se basa en largos desplazamientos y en golpes de audacia subversiva para aniquilar al contrario. La carrera de un extremo por la banda aproximándose al palo de la portería enemiga es la cosa que más puede destemplan al guardameta inmovilista. El extremo puede destruir en un instante toda clase de orden defensivo. Ladislao Kubala, prudentemente, dejó que su selección se entregara por el centro del campo al juego parlamentario del pase en corto, del círculo vicioso y a la retórica del regate. Ufarte, extremo nato, no fue seleccionado. A la hora de decidir el equipo inicial que

iba a saltar al campo, Kubala se resistió a confiar en un extremo izquierdo vasco, que, además, se apellidaba Rojo, y colocó a un catalán discreto y esta vez poco eficaz denominado Pujol. Cuando en la segunda parte, con el humillante 0-0 en el marcador contra los colistas alemanes, decidió que saliera Rojo, reforzó al poco tiempo el sector extremo derecha sustituyendo a Velázquez por Sáez, que apoyaba a Pujol, incorporado al ala diestra. Amancio, con el «7» a la espalda, sólo resultaba verdaderamente peligroso cuando se inclinaba hacia el centro del área enemiga.

Con semejante tónica de juego el partido se convirtió en algo profundamente penoso, que sólo tiene la mínima disculpa de su condición experimental. Pero los experimentos deben comenzar a realizarse a partir un determinado nivel orientador, no desde el cero absoluto. La impresión que ofreció el conjunto nacional fue de un inmenso desorden. Velázquez, Jaén, Violeta, Amancio, Gárate y Asensi se amontonaban en el centro del área grande enemiga, ensayando sin imaginación el pase en corto que el barro impedía, frenando siempre el desplazamiento del balón. Gárate brilló en dos remates de cabeza, pero perdió una buena ocasión de marcar por entretenerse demasiado con la pelota a los cinco minutos de comenzado el encuentro; luego se perdió en un oscuro e ineficaz batallar. Velázquez llevó a cabo una buena labor, aunque no a la altura de otras ocasiones. Amancio fue el más destacado, con Gallego. La defensa hispánica tuvo la fortuna de tropezar con los honrados muchachos del Hannover, carentes de peligrosidad social. Sólo Zobel, Loof y Siemensmeyer inquietaron cortésmente a la portería sucesivamente defendida por Iríbar y Reina. Forman un equipo combativo, con pocas ideas, pero claras y apoyadas por una buena forma física.

## OCASIONES FALLIDAS

Ambos equipos contaron con varias ocasiones de gol, sobre todo los españoles. En los primeros minutos la selección jugó aceptablemente, pero en seguida se impuso la total desorganización. En un fallo de la defensa española, Loof se planta frente a Iríbar y envía el balón camino de la red. Pero Violeta salvó el gol en el último momento. Luego hay una gran combinación entre Gárate y Velázquez, que interrumpe el barro. Más tarde se produce un barullo ante la puerta alemana; Amancio y Pujol están a punto de marcar. Pero el público se impacienta y comienza a abuchear a sus representantes, como desautorizando el mandato a fuerza de silbidos. Los cambios de la segunda parte no arreglan nada. Gallego comete dos fallos garrafales. Rebelándose contra la apatía y torpeza de los jugadores, al árbitro Camacho le entra un arrebatado de noble patriotismo y trata de salvar el solo, ante la pasividad de los futbolistas, el honor nacional. Aprovechando una caída de Pujol al lado de Anders, señala un penalti a los doce minutos de la segunda parte contra el Hannover. Luis se encarga de transformar el patriótico castigo decretado por Camacho en el 1-0 que hubiera aprobado hasta la mismísima Agustina de Aragón. Es una pena que, dada las circunstancias de tratarse de un partido amistoso y de la tónica informal del encuentro, la Real Federación Española de Fútbol no hubiera tenido el gesto de ofrecer al mismo Camacho la oportunidad de lanzar dicho penalti; cosa que sin duda hubiera agradecido el españolísimo árbitro.

# A PUNTO DEL NAUFRAGIO

---

26/01/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Campo absolutamente inundado por la lluvia, que no cesó de caer un solo instante a lo largo del encuentro. Floja entrada. Unos 30.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Grosso y Amancio); Pontevedra, 1 (Roldán).*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; Calpe (Benito), De Felipe, Zunzunegui; Grande, Zoco; Fleitas (Miguel Pérez), Amancio, Grosso, Velázquez y Bueno. Pontevedra: Ardao; José, Luisín, Amavisca; Calleja, Plaza; Odriozola, Martín Esperanza, Roldán, Polo y Neme.*

*Árbitro: David. Mediocre actuación. No atendió en ningún momento del partido a los linieres, pitó faltas inexistentes, señaló otras al contrario. Anuló dos goles al Madrid, justamente; el primero, porque Fleitas se encontraba en fuera de juego, y el segundo, porque había pitado antes de que Benito efectuara el disparo que entraría en la red. También acertó en el penalti sufrido por Amancio. Exceptuando estos tres grandes momentos, David se equivocó en la mayor parte de las pequeñas cosas, no amonestó a José por una incalificable entrada a Bueno y dio la impresión de hallarse constantemente distraído.*

Una de las desventajas de tener las capitales de los países en el interior del territorio nacional, alejadas de la costa, consiste en que sus ciudadanos carecen de experiencia en materia marinera. La cosa no tendría demasiada importancia y constituiría una servidumbre más de la gran

ciudad si no existiera por medio un equipo de fútbol de fama mundial. Al conocido conjunto de Santiago Bernabéu, el hecho de que Madrid haya sido construido en el centro de la meseta castellana en lugar del litoral, ha estado a punto de costarle un empate frente al Pontevedra. Grave error de Felipe II este de traer la capital a Madrid. Y no me extrañaría nada que los diligentes directivos madridistas indujeran a la Federación a abrir un expediente, por daños y perjuicios al Club, contra el austero Monarca. Sobre el mar que cubría el césped de Chamartín, los muchachos centralistas de Miguel Muñoz han estado al borde del naufragio. Las aguas familiares se habían puesto de parte de los once pontevedreses, habituados a su presencia, y las naturales diferencias entre un colista y un aspirante al título quedaron enteramente borradas por la marea.

El Madrid no entendió el partido ni los problemas acuáticos que planteaba el estado del terreno. Intentó jugar el balón como si se tratara de una tarde mística y soleada de la estepa castellana, cuando la pelota se desliza obedientemente por la hierba acaudalada del Bernabéu. La equivocada táctica permitió a los pontevedreses, con un fútbol ramplón e inexperto, pero marinero, dar la sensación de equipo ordenado y con ideas claras sobre el modo de comportarse sobre el barrizal. Y hasta llegaron a mandar autoritariamente en el campo durante unos diez minutos. El Madrid, como de costumbre, se empeñó en penetrar a fuerza de pases cortos por el centro del área enemiga y, de este modo, el balón, frenado por el agua, terminaba a los pies de los defensores, que iniciaban así unos contrataques, siempre cortados por el mismo patrón, lanzando a Neme por el extremo, sorteando una y otra vez a Calpe. En la segunda parte, Neme se agotó, Calpe fue sustituido por Benito, y las escapadas pontevedresas se inclinaron hacia el lado derecho de Odriozola.



## EQUIVOCADA TÁCTICA MADRIDISTA

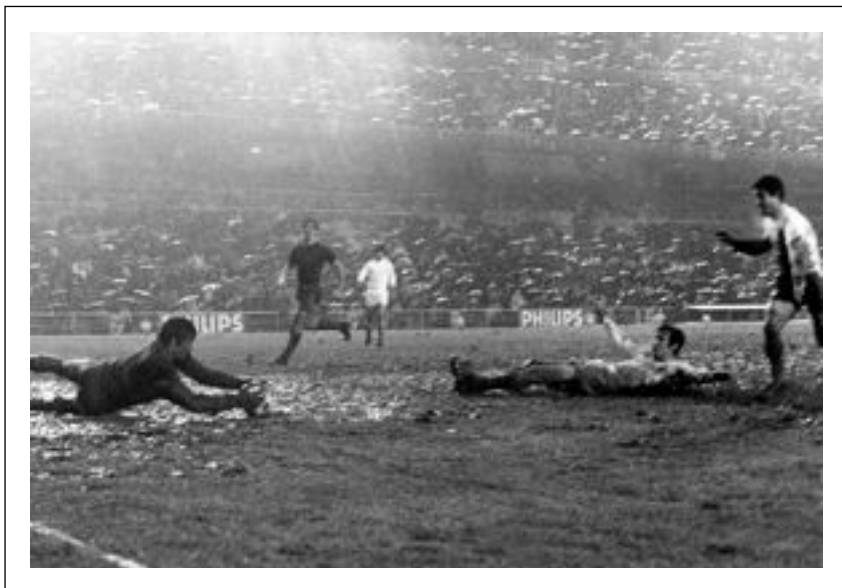
Puede agradecer el Madrid la ingenuidad del colista y las facilidades que proporcionó al equipo blanco al marcar a sus jugadores desde lejos y dejar al descubierto grandes zonas de penetración. El Pontevedra se movió a su aire como si el rival de enfrente no existiera. Por eso los errores madridistas fueron exclusivamente propios, sin poder cargar la culpa al estilo de juego desarrollado por los contrarios. Hasta un cuarto de hora antes del final del encuentro los pupilos de Muñoz no se dieron cuenta que había que bombear los balones sobre el área galaica en busca de un remate de fortuna, olvidando las estériles filigranas en el lodazal. Junquera realizó un partido desastroso en las pocas ocasiones que intervino. Suya es, en un elevado tanto por ciento, la culpa del gol pontevedrés. Además se le escaparon dos balones que estuvieron a punto de costar al Madrid el disgusto más grande de su generalmente feliz historia. Permaneció indeciso bajo los palos cuando el balón se encontraba parado a dos metros de distancia de la portería. Calpe, mal. Fue reemplazado por Benito, que casi cumplió. De Felipe, bien, aunque permaneció inmóvil ante el centro de Plaza, que, rematado por Roldán, significaría el gol del empate pontevedrés. Zunzunegui, en excelente forma de juego y facultades. Grande hizo un notable partido. Zoco se embarulló en el anonimato. Fleitas, bastante flojo. Amancio, sabio y batallador. Grosso, laboralmente impecable. Velázquez, de puerto de mar, fue el único que comprendió la necesidad del pase largo y del balón bombeado para navegar con éxito por las turbias aguas del Bernabéu. Bueno estuvo discreto. En el segundo tiempo salió Miguel Pérez, sustituyendo a Fleitas, y demostró, una vez más, que no es extremo para el Real Madrid. Por parte del

Pontevedra, destacaron Amavisca, Plaza y Neme, seguidos de Odriozola y Martín Esperanza. Pero, sobre todos, la figura ha sido el portero Ardao, valiente, eficaz y, esta tarde, contratado a plena dedicación.

#### UN PENALTI DE ÚLTIMA HORA

A los once y diecisiete minutos de la primera mitad, Bueno perdió dos claras posibilidades de gol, enviando en ambas ocasiones el balón a las gradas. Un minuto más tarde, le llegó el turno del fallo a Grande, que malogró un magnífico pase de cabeza hacia atrás de Amancio a la salida de un córner. El Pontevedra replica a base de contrataques, y, a los veintiséis minutos, Neme lanza un disparo que acaricia el larguero. A los veintinueve minutos, centra Bueno, despeja mal Ardao, falla a continuación la defensa, y Grosso establece el 1-0, que proporciona gran confianza y alegría a los inexpertos pescadores hexacampeones. Y seis minutos más tarde, el jarro de agua fría: Plaza se interna hacia la zona del extremo izquierdo, burla a Calpe y centra con soltura. Acuden al remate, estimulados por la pasividad madridista Neme y Roldán. Este último conecta un hábil remate de cabeza que entra en la portería que cobija a Junquera. Es el 1-1, que sienta como un tiro a los de tierra adentro.

En la segunda parte, un disparo de Velázquez, a los tres minutos, es desviado a córner, en una buena parada, por Ardao. Pero a continuación, fallan dos veces en bloque Benito, De Felipe y Junquera, y Neme se halla a punto de marcar un segundo gol costero. Todos los jugadores, cubiertos de barro, parecen iguales e irreconocibles. A los doce minutos, el distraído árbitro David anula justamente un gol de



*El barro, protagonista.*

Fleitas por fuera de juego. Cuatro minutos después, Amancio malogra, increíblemente, la ocasión más clara de la tarde, sólo frente a Ardao, por tratar de colocar el disparo. A los diecisiete minutos, se marcha Fleitas y entra Pérez. El árbitro señala falta de Benito, pero éste lanza inmediatamente un tiro desde lejos que entra en la portería pontevedresa y es anulado. Faltan sólo diez minutos para terminar y el Madrid de secano no puede contra los colistas marítimos. Pero, a los treinta y seis minutos, Amancio se queda sólo con el balón tras un choque y, en su avance, es objeto de penalti, que el mismo jugador se encarga de convertir, en el triunfo de las «élites» balompédicas capitalinas sobre los once muchachos periféricos del Pontevedra por 2-1.

Y, poco después, termina la angustiosa travesía. El conjunto blanco se ha encontrado al borde de la catástrofe por su mala cabeza. Pero el colegiado David supo apreciar certeramente aquél penalti decisivo. Una vez repuestos del susto, es de esperar que los responsables madrildistas hayan perdonado el emplazamiento mesetario de la capital a Felipe II, Rey prudente, siempre de negro hasta los pies vestido, como un grave y severo árbitro.

# «K. O.» MADRIDISTA EN SAN MAMÉS (5-0)

---

02/02/70

*Campo: Estadio de San Mamés. Lleno total bajo la lluvia.*

*Marcador: Atlético de Bilbao, 5 (Uriarte, Zubiaga (3) e Igartua); Real Madrid, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Bilbao: Iribar; Sáez, Echeberría, Aranguren; Igartua, Larrauri; Betzuen, Zubiaga, Arieta, Uriarte y Rojo. Real Madrid: Junquera (Miguel Ángel), Benito, De Felipe, Zunzunegui; Pirri (Grande), Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Bueno.*

*Árbitro: Medina Iglesias. Mala actuación, que fue claramente favorable al Madrid hasta el tercer gol bilbaíno, que, al contrario de lo que sucedió a los jugadores blancos, que siguieron luchando, desmoralizó grandemente al árbitro, hasta el punto que a partir de este momento se mostró imparcial. En la lista de agravios del señor Medina Iglesias se encuentran un evidente fuera de juego de Grosso, a los veinticinco minutos de la primera parte, que el árbitro no pitó y que gracias a la mala puntería de Fleitas no significó un gol madridista. En el penalti de Larrauri a Amancio estuvo doblemente acertado.*

Bilbao. (Por teléfono, de nuestro enviado especial.) No va a quedar otro remedio que admirar la capacidad de análisis de las plumas mejor pagadas del país cuando denuncian la crisis de irreverencias, en todos los órdenes, que se ha instaurado en los tiempos modernos por todo el

sufrido territorio nacional. Cinco goles, cinco, suponen un duro golpe incluso para un equipo de la solidez moral y de la entereza sociopolítica del Real Madrid. Si se hubiera tratado de un 1-0 o de un 2-0, la ciudad entera, terminado el partido, habría estallado de entusiasmo incontenible por la gran victoria; pero, inexplicablemente, el 5-0 había producido una extraña impresión en los 45.000 espectadores que descendían de San Mamés con una alegría poco ruidosa y moderada en los semblantes.

#### SIN DESMAYO

Porque hacía mucho tiempo que no se derrotaba al conjunto de Bernabéu de tan abrupta y descortés manera. He aquí un tanto que puede apuntarse muy bien ese discutido caballero llamado Ronnie Allen, porque este encuentro ha significado la victoria de una determinada concepción del fútbol, basada en la resistencia física. El Atlético de Bilbao comenzó bien el encuentro en perfecto equilibrio de técnica con el Real Madrid, pero a medida que el tiempo transcurría, los jugadores blancos iban disminuyendo su eficacia porque no podían resistir el fuerte ritmo del partido.

El Madrid jugó sin desmayo a lo largo de todo el encuentro, y esto es un hecho que valoriza más el triunfo bilbaíno. Ya se sabe que el equipo blanco posee unas virtudes y unos defectos habituales. Su gran cualidad es que afronta los contratiempos de la fortuna sin el menor desánimo, infrecuente y admirable virtud en alguien acostumbrado al poder. Sus defectos son también defectos inherentes al poder, es decir, triunfalismo, autosuficiencia, táctica del avestruz ante los problemas internos, totalitarismo e inclinación a confundir la patria con el escudo

madridista. Sus defectos menores o «de coyuntura» se llaman Junquera, torpe e inseguro, al que hay que acusar de algo muy grave en cualquier ciudadano medio, pero sobre todo en un portero de fútbol: ignora la relación de causa-efecto; Benito, verde y conocido debutante; Zoco, alternador de aciertos con errores, siderales; Pirri, en baja forma, y Grande, oscuro, trabajador discreto; Fleitas, esperanza frustrada, y Bueno, el del monocorde regate. A todo ello hay que añadir el envejecimiento natural de la táctica invariablemente empleada por Miguel Muñoz, cuyas teorías, excelentes en su época, no han evolucionado de acuerdo con los tiempos que corren por el mundo.

#### HERMOSO FORCEJEJO

El Atlético de Bilbao empezó con fuerza y terminó como un ciclón. Según me cuentan, Ronnie Allen ha britanizado los métodos y los gustos de sus jugadores. Los «leones» se acuestan ahora a las diez, llevan corbatas a rayas oxfordianas, se fortalecen corriendo por las dunas de la playa, aprenden idiomas y acuden temprano a los duros entrenamientos, para poder encontrarse descansados, los que quieran, a la hora del té de las cinco. Con Clemente, el Atlético adquiere calidad y orden, pero sin él, la sensación de poder permanece. El equipo vasco posee cinco elementos fundamentales: Iríbar, aunque ayer realizó dos salidas en falso que espantaron a la afición; Aranguren, sobrio e insustituible combatiendo; Igartua, tirador de larga distancia, según demostró una vez más con un tercer gol espléndido; Zubiaga, el hombre de los pies oportunos y autor de tres goles, y los remates de cabeza de Uriarte. Aunque hay que señalar que todos los bilbaínos jugaron bien.

Durante la primera parte con los dos equipos en plenitud de facultades físicas, se libró un encarnizado y hermoso forcejeo. A los dos minutos del comienzo, a Betzuen se le ofrece la primera oportunidad de la tarde al recibir un perfecto pase en profundidad de Uriarte, pero sólo envía el balón a las nubes.

Por el Madrid comienzan a distinguirse Zunzunegui, Amancio y Velázquez. Un pase de Fleitas es rematado por Amancio a las manos de Iríbar. El Atlético domina, y la salida de un córner, Arieta, en buena posición, cabecea fuera. Pero los contrataques madridistas llevan el peligro a la portería de Iríbar, que, a los diecisiete minutos, no puede retener un tiro de Fleitas, pero en el último momento la defensa rojiblanca consigue despejar la situación.

#### LOS GOLES

El ritmo del encuentro se acelera. Iríbar hace dos salidas en falso. El árbitro extrae airado un librito para apuntar el nombre de Zunzunegui. El Bilbao se crece. Amancio entrega un balón a Bueno, que tira a las manos de Iríbar, y así, a los cuarenta y cuatro minutos, la apoteosis. Centra Betzuen, Junquera falla la salida y Uriarte remata al fondo de la red. El 1-0 estalla en los graderíos. Nadie se esperaba tal segunda parte. Miguel Ángel sustituye al errante Junquera. Y a los siete minutos principia el vendaval. Falla De Felipe y Zubiaga marca el 2-0. Seis minutos más tarde, Igartua, sin dejar caer el balón, empalma un enorme disparo, que anonada a los madridistas y a la hinchada rojiblanca con el 3-0. Muñoz cambia a Pirri por Grande, pero no hay nada que hacer ante la calidad y la potencia de los anglofilos pupilos de Allen.



Para colmo de desdichas madridistas, Amancio es objeto de un penalti y el mismo jugador envía el balón, excesivamente colocado, fuera. A los treinta y cuatro minutos. Zoco hace una de las suyas y Zubiaga bate a Miguel Ángel. Es el 4-0 que conmueve a la afición.

Y un minuto antes de finalizar el encuentro se escapa Rojo, engaña al portero blanco y el balón pega en el poste. Zubiaga, atento, se hace con el rebote y establece el 5-0 tremendo e iconoclasta.

# EUROPA, AL ALCANCE DE LA MANO

---

12/02/70

Resulta evidente que, eliminado sin gloria ni piedad de todas las competiciones internacionales oficiales, el fútbol español, con una precaria renta de gol «per capita», se encuentra instalado en el subdesarrollo con relación a la Europa verde de los grandes y productores céspedes deportivos. Aparte del serio y conocido problema de los quesos, mucho me temo que la mayor parte de las dificultades con que tropieza España para su ingreso en el Mercado Común tengan algo que ver con la incapacidad de exportación de nuestras fórmulas balompédicas. Ahora, después del imperial España-Alemania, parece que habrá que rehacer la historia futbolística del país, olvidando a la infatigable y lejana Olimpiada de Amberes como glorioso punto de referencia, y establecer este 2-0 del Sánchez Pizjuán como monolito de partida hacia nuestra perfecta integración de derecho en la sociedad del puntapié internacional. Hasta la noche memorable de ayer, el fútbol español era la viva imagen de nuestra actuación histórica a lo largo de los últimos siglos: improvisación, pereza, individualismo, aisladas hazañas personales de corta duración y sostenida manía persecutoria. Una vasta conjura teledirigida desde el extranjero se cernía sobre el solar patrio tratando de impedir que la verdad de España se abriera paso en el concierto de las naciones que disputaban la Copa del Mundo y la Copa de Europa. Villalonga, Toba, Balmanya, Hernández Coronado, Escartín..., podrían explicar muy bien y con noble orgullo tal época.

## CAMBIO DE ESTILO

Pero desde el día 11 de febrero de 1910, sencillamente desde ayer, todo ha cambiado. La selección de Kubala ha ofrecido un rostro nuevo al país, una imagen inaudita donde todos los jugadores atacaban y defendían al unísono, disputaban sin desmayo cada pelota y cedían sin sentido de la propiedad el balón al compañero mejor situado. Kubala ha creado algo nuevo. Frente al poderoso equipo alemán, subcampeón del mundo, el conjunto español presentó el mismo esquema y estilo de juego que sus oponentes. Si consigue institucionalizar esta nueva línea, Kubala nos insertará en Europa. Aunque no conviene hacerse rápidas y alocadas ilusiones. No se transforma un país en un día, y mucho menos, una selección nacional de fútbol. Poderosas estructuras aprietan inmisericordes el balompié hispano. La vetusta Federación y los Clubs omnipotentes se reparten la propiedad del gran latifundio futbolístico y de una abundante mano de obra sin voz ni voto con licencia para marear. Kubala ya ha tenido ocasión de comprobar directamente en esta confrontación dichas fuerzas cuando se vio obligado a expulsar al atlético Luis de la selección e incluyó al sevillano Lora en el equipo porque el encuentro se celebraba en la capital andaluza y la Federación, basada en la tradicional experiencia, confiaba más en el público para vencer a Alemania que en los propios jugadores.

## UN LARGO VIAJE

El fútbol español acaba de emprender un largo viaje con modales europeos. Ante las ágiles evoluciones de los muchachos de Kubala se vol-

vieron de pronto anacrónicos, con un montón inservible de años, todos los ingredientes que han acompañado durante mucho tiempo a nuestro fútbol y que también estaban en el Sánchez Pizjuán sevillano: las palmas folklóricas del público, los tradicionales comentarios patrióticos del locutor, que explicaba que el «árbitro, extasiado con el juego de la selección española, no se acordaba de pitar el final del primer tiempo», y el megáfono del sacristán de la parroquia de Villafranca de los Barros, quien, según comunicaba Televisión Española, se había trasladado con los feligreses a las gradas del estadio y arengaba a los parroquianos a través del mismo cono amplificador que utilizaba en el pueblo para extender los latines. Mientras tanto, en los bares del descanso la gente dudaba temerosa ante las marcas de coñac anunciadas por señoritas. Toda una España solanesca, aflamencada, inquisitorial, pícarra, de aguafuerte y esperpento, era abandonada por el fútbol de los muchachos de Kubala. Es el único camino. Cuidando los quesos y la selección nacional, Europa será nuestra.

# GOLEADA REIVINDICADORA

---

16/02/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada, unos 80.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Fleitas, Gento y Amancio); Real Sociedad, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: José Luis; Benito, De Felipe, Zunzunegui (Calpe); Pirri, Zoco; Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Real Sociedad: Esnaola; Gorriti, Martínez, Ormaechea; Gaztelu (Santamaría), Lema; Urreisti, Urtiaga, Arzac, Mendiluce y Boronat (Silvestre).*

*Árbitro: Franco.*

Tres-cero constituye un notable resultado para cualquier equipo de fútbol que se precie, y con semejante tanteo es natural que sus beneficiarios puedan caminar con la cabeza justificadamente alta durante una semana. El Real Madrid ha vencido por tres goles a cero a la no menos Real Sociedad y, además del provechoso resultado, el encuentro ha servido para paliar en su mayor parte el inmenso trauma sufrido por los jugadores y la «hinchada» madridista el último domingo de Liga en San Mamés con el 5-0 brutal del Atlético de Bilbao. Por eso cuando Amancio obtenía el 3-0, a los diez minutos de la segunda parte, batiendo al inseguro Esnaola con un gran disparo, la convaleciente «hinchada» rompió a animar a su equipo enloquecida para que alcanzará la fatídica cifra de cinco goles, que significaban nada menos que

la curación de 80.000 personas aproximadamente. Con todos los ingredientes adecuados: «shock» reciente sin modificar por otros acontecimientos posteriores, situación semejante a la que dio origen al desarreglo, con protagonistas vascos y el mismo ritmo en el marcador, el Real Madrid-Real Sociedad se convirtió en una extraordinaria sesión de psicoterapia de grupo.

Probablemente uno se equivoque, porque tal género de motivaciones no suelen darse en un partido de fútbol, pero a la vista de las cautelosas maniobras de los donostiarras, de los sorprendentes despejes de su defensa, que siempre iban a parar benévolutamente a los pies de los madridistas, y a la prudencia de sus delanteros, exceptuando a Urutiaga, que parecían haber renunciado de antemano a inquietar la portería del debutante José Luis, no queda otro remedio que sospechar que los vascos de Elizondo se hallaban al corriente de la dolencia que aquejaba a una importante parcela humana de la capital del país y habían decidido sacrificar sus intereses deportivos particulares en aras de la buena salud moral de la colectividad madrileña.

#### BUEN JUEGO INDIVIDUAL

Por tales razones el equipo de Muñoz, a pesar de la clara victoria, no consiguió producir la impresión de un cambio sustancial en su línea habitual de juego. Los mismos errores en el despliegue, la misma imprecisión en los pases y el mismo desorden defensivo de siempre reinaron en las filas madridistas. El 3-0 instalado en el marcador se debió a la habilidad aislada de algunos jugadores, como la espléndida combinación entre Fleitas y Amancio, que terminó con el formidable disparo del gallego que batió por tercera vez a Esnaola, a la desafortunada tar-

de del portero donostiarra, que introdujo en la propia meta un centro de Fleitas a los trece minutos de la primera parte, y a la autoritaria rigidez del árbitro Franco, que no vaciló en castigar con penalti una entrada de Gorriti a Grosso, a los treinta minutos, que la mayor parte de sus compañeros de silbato en otras circunstancias, lejos de la intimidante arquitectura del Bernabéu, jamás sancionarían. Gento se encargó de convertir el duro castigo en el 2-0.

El Madrid ante la renuncia de la Real Sociedad presionó desordenadamente a lo largo de todo el partido. No hubo ocasión de comprobar la calidad del portero debutante José Luis, pues los delanteros donostiarras no turbaron sus dominios. Pero en dos o tres intervenciones se adivinaron buenas maneras y colocación, además de un potentísimo saque de puerta. Se distinguieron Amancio, en gran forma; Grosso, jugando al estilo de la selección de Kubala, y Zunzunegui, que brilló hasta centrando balones como extremo. Fleitas mejoró con mucho sus últimas actuaciones. Velázquez, con los destellos de siempre, pero sin realizar un gran encuentro. Pirri, flojo, sombra de lo que fue. Bien De Felipe. Gento se ha convertido en un extremo de lujo, perfecto para rematar a los adversarios ya entregados, pero que no participa de la lucha general durante el tiempo clave de forcejeo que precede al primer gol. No disputa balones, no juega de cabeza y no acepta el choque. Puede resolver un partido en algún momento determinado con su gran clase, pero no con su trabajo, los madridistas tuvieron más oportunidades de aumentar la victoria. Un tiro de Amancio dio en el larguero a los catorce minutos del primer tiempo. Una avanzada solitaria de Gento, a los cuarenta minutos, obligó a salir a Esnaola hasta el medio del campo; el extremo logró burlar al meta, pero luego se encontró sin ángulo y envió el balón fuera. En la segunda parte, un disparo de Fleitas

a boca de jarro, a los tres minutos, tropieza con Esnaola. A los veintitrés minutos, un remate de cabeza de Amancio, camino de gol, con Esnaola adelantado, es desviado en última instancia por el meta donostiarra. Fleitas, en gran jugada individual, vuelve a disparar a boca de Jarro y el balón es nuevamente desviado por Esnaola, que en la segunda parte mejoró su actuación.

#### SAN MAMÉS OLVIDADO

Por su parte, la Real Sociedad ya hemos visto que realizó un extraño encuentro y que sus jugadores, exceptuando la enorme zancada y el peligro de Urtiaga y al infatigable Gaztelu, se mantuvieron alejados de todo lo que significara llevarle la contraria a los abrumados madridistas. Normalmente, y ahí está la tabla de clasificación para demostrarlo, el estilo de juego de los donostiarras es poderoso, agobiante y desesperanzador de adversarios. Esta vez se hallaban cosas más importantes sobre el tapete y con la imprescindible placidez mental terminó el encuentro. España debe a sus arquitectos, ingenieros y políticos el encontrarse a la cabeza de Europa en pantanos, complejos residenciales y fórmulas de convivencia. Imagino la reacción satisfecha de los once vascos al recibir la noticia de la salida de los 80.000 espectadores con la mirada alegre y despejada, superado el viejo 5-0 de San Mamés. El mundo le debe al fútbol español la más noble experiencia en materia de psicoterapia de grupo.



# ES VERDAD: HAY EQUIPO

---

23/02/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Partido televisado y buena entrada en la noche, ligeramente fría. Unos 65.000 espectadores.*

*Marcador: España, 2 (tiros de Amancio y Arieta desviados por Salvadore hacia la propia puerta); Italia, 2 (Anastasi y Gallego, éste en la propia meta).*

*Alineaciones: España: Iríbar; Sol, Gallego (Violeta), Eladio; Costas (Grosso), Uriarte; Lora, Amancio, Gárate, Arieta y Rojo. Italia: Zoff; Burgnich, Puia, Facchetti; Cera, Salvadore; Domenghini, Rivera, Anastasi, De Sisti y Riva.*

*Árbitro: El alemán federal Tschencher. Discreta actuación que no pudo redondear a pesar de su buen estilo como árbitro, porque entorpeció el juego con sus carreras demasiado cerca del balón y no castigó un claro empujón de Cera a Gárate dentro del área, que desplazó varios metros ostensiblemente al ariete español.*

Si uno no temiera contribuir con un involuntario grano de arena a la habitual exaltación «chauvinista» y xenófoba que suele resurgir, ahora que ya no quedan herejes ni infieles a mano, aprovechando los importantes acontecimientos que, protagoniza internacionalmente el país a través del «La, la, la» de Massiel de España, humillador de la intransigente y pérfida Albión, o por medio de la preclara cabeza escolástica de un ex seminarista llamado Marcelino, que en memorable ocasión derrotó a la Unión Soviética por 2-1; si todo permaneciera instalado en

su justa y noble medida balompédica, uno se atrevería a afirmar que en el estadio Bernabéu la selección española de fútbol mereció ganar a la italiana.

Sin poderío en los equipos de Club ni en el conjunto nacional, Francia no ha tenido otro remedio que lanzarse a una vertiginosa carrera para instaurar su hegemonía en el Mediterráneo vendiendo aviones Mirage a los países ribereños. España e Italia han preferido la estrategia sutil y multitudinaria de los encuentros de fútbol. Kubala declaraba, con razón, que este «match» ofrecía mayores dificultades que el disputado contra los alemanes. Y estaba en lo cierto. El España-Italia era delicado porque ninguno de ambos contendientes podía romper el equilibrio de fuerzas en favor del otro sin riesgo de complicaciones internas y de las lógicas reacciones de los restantes países mediterráneos. Por lo tanto, el 2-2 puede ser considerado como un resultado políticamente perfecto.

#### LA FERIA DEL GOL REGALADO

No existe otra explicación que las circunstancias diplomáticas para este duelo de los tantos regalados, donde ni uno solo de los cuatro goles que subieron al marcador fue obtenido en circunstancias deportivamente normales. A los once minutos de la primera parte, el defensa Sol, con la disculpa de ceder a Iríbar, dejó el balón a los pies de Anas-tasi, que no tiene más remedio que establecer el 0-1 desequilibrante. Siete minutos más tarde. Gallego desvía con el pecho un balón hacia su propia portería y se altera de nuevo el marcador con un peligroso 0-2. Aunque los muchachos de Kubala juegan con el mismo denuedo y acometividad que en Sevilla contra los alemanes, se advierten varios fallos



*España mereció ganar.*

técnicos individuales. Sol es burlado insistentemente por Riva; Iríbar, inmovilizado bajo los palos; Gallego, inseguro en los balones bajos y en la colocación; Gárate, inexistente; Uriarte y Rojo, sin efectividad. A pesar del 0-2 que campea en el marcador, el público no cesa de animar a la selección y los italianos se dan cuenta de la trampa que les tienden los españoles. El 0-2 expansionista alarmará a todos los países ribereños del mar Mediterráneo. En cinco minutos cambia rápidamente el panorama: Amancio remata desde el centro y Salvadore desvía el balón fuera del alcance de las manos de Zoff hasta el fondo de la propia red. El 1-2 es acogido con grandes demostraciones de júbilo por los

graderíos. La selección española se crece, y aún no han transcurrido dos minutos cuando Arieta se interna hasta la línea de córner, y desde allí centra la pelota sobre el área pequeña italiana, donde Salvadore vuelve a introducir el esférico en la propia portería.

#### LOS ESPAÑOLES ARROYAN

A partir de este momento el conjunto hispano rechaza el equilibrio diplomático del auto-gol y rompe las hostilidades lanzándose a un desenfrenado ataque que arrolla a los italianos. Gallego se retira, lesionado, y es sustituido por Violeta. Eladio realiza probablemente el mejor partido de su vida, lleno de contundencia y sin perder un solo balón. Costas exhibe su notable capacidad laboral, aunque en menor grado que en Sevilla. Lora proporciona un espectáculo increíble con su fondo físico, habilidad y trabajo, y justificando al mismo tiempo la antigua imposición federativa. En la segunda parte, el equipo español embotella a los italianos en su área. Grosso ha sustituido a Costas, lesionado, y manda espectacularmente en el centro del terreno. A los ocho minutos, Gárate falla la mejor ocasión de gol de la noche, al estrellar la pelota en el larguero. Un minuto después, el mismo jugador, en inmejorable situación, lanza un tiro que es desviado a córner milagrosamente por Zoff. Los italianos se desconciertan y el partido termina en pleno dominio de la selección de Kubala. La segunda experiencia ha tenido el mismo éxito que la primera. No importa el resultado. Nuestra segunda actuación internacional ha resultado de una enorme dignidad y al mismo tiempo ha salvado la paz en el Mediterráneo.

# MAL PASO ROJIBLANCO

---

02/03/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Registró la mayor entrada de su historia, con un lleno total. Unos 75.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Luis); Barcelona, 1 (Rexach).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo, Eusebio; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto (Salcedo) y Juan Antonio. Barcelona: Reina; Rifé, Ramoní, Eladio; Torres, Juan Carlos; Rexach, Marcial, Martí Filosía, Fuste y Romea (Alfonseda).*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez. Desdichada actuación la del juez de turno con modales totalitarios. El memorial de sus arbitrariedades sería interminable y, por tanto, habrá que limitarse a destacar que no señaló un fuera de juego de Juan Antonio, a los veintitrés minutos de la primera parte, que castigó injustamente con un penalti contra el Barcelona, una caída de Luis accidental dentro del área y luego expulsó a Rifé del campo cuando el defensa catalán se puso a meditar con perplejidad sobre la independencia del poder judicial. Afortunadamente, tarde o temprano, la historia termina por corregir las desviaciones de poder humanas. Esta vez resultó temprano, porque el penalti ejecutado por Luis dio con el balón en el poste. Tampoco castigó Sánchez Ibáñez una falta violenta y clarísima de Eladio a Adelardo, a punto de finalizar el primer tiempo, ni aplicó la ley de la ventaja.*

Los grandes encuentros dialécticos, duros y solemnes, repletos de amplio contenido, entre los equipos catalanes y los equipos centralistas de la capital, que llenaron tres décadas, han pasado tranquilamente a la

historia. Esta vez, el fino instinto político de la «hinchada», que terminó con las localidades del estadio Manzanares, primera ocasión que sucede tal acontecimiento desde el abandono del Metropolitano, se equivocó rotundamente. El día 1 de marzo de 1970, en el campo del Manzanares no ocurrió nada. Los jugadores de ambos bandos se negaron a representar el tradicional papel como vehículos de las viejas querellas regionales y confundieron al respetable con la mutua cordialidad, los gestos deportivos de lanzar el balón fuera cada vez que un contrario se encontraba caído, las palmadas amistosas y todo un desusado repertorio de cortesías modales. El pueblo, instalado en los graderíos, se incorporó con agrado a los nuevos tiempos que corrían y se dedicó a aplaudir indistintamente las buenas intervenciones de los jugadores, sin reparar en el color de la camiseta. Así, los que más disfrutaron del favor de las gradas fueron Eladio, Salcedo, Luis y Reina.

Pero la entrada en la década de los setenta vino a molestar sobremanera al silbato inmovilista de un juez extremeño llamado Sánchez Ibáñez, que, según parecía, no se resignaba a la extinción del antiguo clima de guerra santa que solían desprender esta clase de encuentros. Los silbidos totalitarios de Sánchez Ibáñez estuvieron a punto de enrarecer el ambiente de buena vecindad que imperaba sobre el césped rojiblanco, pero la sólida conciencia histórica de los veintidós futbolistas se impuso y, tras algunos conatos de violencia provocados por el árbitro, se restableció el buen sentido. El juez se inclinó por el centralismo rojiblanco y señaló un injusto penalti contra los catalanes a los treinta y seis minutos de la primera parte. Luis se encargó de ejecutar la impropia sentencia, pero el balón, en una actitud digna de los mejores elogios, se negó a colaborar en la arbitrariedad y fue a estrellarse con

gran independencia contra el poste. El defensa catalán Rifé incurrió en la imprudencia de comentar en voz alta sus desdichas y las de sus compañeros, y Sánchez Ibáñez, opuesto a la libertad de expresión, expulsó al barcelonista hacia la caseta.

#### FRIALDAD TÉCNICA

Con semejante panorama y recuperada su normal condición humana, los jugadores del Barcelona cumplen su jornada laboral en el campo con la frialdad técnica de quien acude a una oficina. Una cierta lentitud y una cierta rutina presidieron en el Manzanares las evoluciones de Marcial, Rexach, Fuste, Romea y Alfonseda. Rexach fue el más eficiente y preparado de la oficina azulgrana. Martí Filosía fue el más torpe. Reina demostró ser un gran portero, y Eladio, en el mejor momento de su carrera, arrancó los mayores aplausos de los espectadores por su contundencia y seguridad. Eladio, que hasta ahora constituía el prototipo de jugador fuerte y temperamental, se ha revelado como un técnico. Ahora posee habilidad y hasta domina la ciencia del pase y del centro templado. Pero los barcelonistas, según es evidente, se aburren en su jornada laboral. No disputan el balón, no corren y pierden el tiempo por el centro del campo. Contra el Atlético de Madrid, los catalanes carecieron de agresividad y dejaron la iniciativa a los rojiblancos. El gol conseguido tan sabiamente por Rexach al ejecutarse una falta, a los veinte minutos del segundo tiempo, confirma la línea seguida del mínimo esfuerzo por el Barcelona.

El Atlético de Madrid, por su parte, no pudo ganar porque todavía no ha logrado liberarse definitivamente de algunos antiguos defectos. La defensa, sobre todo por el lado de Jayo y Calleja, no es lo



*Espectacular remate de Fuste en el mayor lleno de la historia del Manzanares.*

suficientemente sólida para un equipo que aspira al primer puesto. Gárate se encuentra en una baja forma notoria. Los rojiblancos iniciaron el partido con una enorme soltura y las combinaciones resultaban fáciles y peligrosas. A los tres minutos, Luis empalma un increíble disparo a la media vuelta que entra, por el ángulo y con efecto, hasta el fondo de la red defendida espléndidamente por Reina. Las buenas oportunidades se suceden. Adelardo conecta un disparo que rechaza Reina, Ufarte recoge la pelota y envía un tiro que se estrella en el poste. Habían transcurrido treinta y tres minutos de juego. Tres minutos después, Luis falla el penalti obsequiado por Sánchez Ibáñez.



## REPLIEGUE

En el segundo tiempo, el Atlético se repliega inexplicablemente. Pero, de todas maneras, continúa creando ocasiones de claro peligro que son malogradas estrepitosamente por sus jugadores. Luis se halla a punto de marcar, pero en última instancia se lo impide Eladio. Hay un buen remate en plancha de Gárate que desvía con apuros Reina. A los veinte minutos, Eladio saca una falta, y Rexach, desde unos treinta metros de distancia, lanza un poderoso y magnífico disparo que horada la portería defendida por Rodri. Es el 1-1 pacifista. Gárate, lento y fallón, pierde otra nueva ocasión por entretenerse demasiado. Pero la gran oportunidad de la tarde es desperdiciada por Ufarte, quien, tras haber regateado a Reina, a puerta vacía, no acierta a colocar el balón en el camino de la red. El Atlético se crece con la urgencia de los últimos minutos y un espléndido avance de Salcedo y Juan Antonio se estropea en la misma boca del gol. El partido se acelera confusamente y termina, en medio de grandes prisas, con el resultado de 1-1. Bueno para los catalanes, que este año han renunciado a promocionarse a través de la Liga; bueno para el Atlético de Bilbao, que se distancia un punto más de su directo rival; bueno para el Real Madrid, que sufriría moralmente con el distanciamiento y bueno para el Atlético, que así aprenderá a no confiarse en su condición de segundo equipo influyente en la capital de este sufrido territorio hispano, donde todos los domingos botan oficialmente y protegidos por la ley más de 9.500 balones.

# HACIA EL TÍTULO

---

16/03/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Magnífica entrada, que rozó el lleno absoluto. Unos 60.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 3 (Luis y Gárate); Real Madrid, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo (Eusebio), Calleja; Adelardo, Ovejero; Úfarte, Luis, Gárate, Alberto y Salcedo (Irureta). Real Madrid: José Luis; Calpe, De Felipe, Benito; Pirri, Grande (Miguel Pérez); Fleitas, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento.*

*Árbitro: Zariquiegui. Perfecta e implacable actuación, con escasos errores de poca importancia.*

Decididamente, el color blanco está pasado de moda. En Asia, los vietnamitas desconfían del aguerrido «marine» que se acerca épicamente, como si le estuviera observando Cecil B. de Mille, enarbolando una bandera blanca, y comienzan a disparar porque la experiencia les ha enseñado que suele tratarse del preludeo retórico de una emboscada. En Europa, las revistas y la alta cosmética encabezan un movimiento para oscurecer la blanca tez de los beneficiarios de la pálida cultura occidental. En Norteamérica, los revolucionarios, escritores, atletas, músicos, y boxeadores negros inquietan de pronto la blanca vida del país. En España, el Real Madrid encaja nueve goles en tres partidos. La civilización blanca se encuentra en crisis.

En el complejo mundo balompédico hispano, tan lleno de altas intervenciones, de grupos de presión, de policías paralelas, de grandes intereses y de potencial capacidad de convocatoria, las albas camisetas madridistas han dejado de atemorizar las verdes praderas futbolísticas de la nación. Un movimiento subversivo dirigido por los colonizados de antaño: Atlético de Bilbao, Atlético de Madrid, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Real Sociedad, Barcelona y Sabadell, ha colocado gravemente en entredicho a la tradicional supremacía blanca de los once pupilos del locuaz Santiago Bernabéu. Treinta y seis tantos recibidos a lo largo de la temporada convierten al Real Madrid en uno de los cuatro equipos más goleados de los dieciséis que componen la Primera División.

#### POCA ESPECTACULARIDAD

En el fútbol español, por obra del Atlético de Bilbao y del Atlético de Madrid, se ha instaurado la civilización rojiblanca, que es una forma de cultura excitante, disputada, democrática, periférica y proletaria. Probablemente la negativa de los Clubs a la importación de jugadores extranjeros, aparte de constituir una interesante contradicción con la apertura del resto del país hacia el Mercado Común, puede responder a una necesidad de los conjuntos españoles en saldar sus cuentas en privado antes de llamar en su apoyo, para la salvación del espectáculo, a los capitales del otro lado del Atlántico y de los Pirineos.

Para comprender la actualidad hay que tener presente en todo momento la gloriosa historia del imperio madridista y los forzosos complejos que adquirirían sus adversarios ante el juego repleto de grandeza de los hexacampeones. Por eso, las recientes sonadas derrotas del Madrid han estallado en los campos deportivos como la liberación de un



*El Atlético hacia el título.*

trauma. Equipos modestos como el Sabadell se han permitido el lujo inexplicable de golear al mito. La gran psicoterapia ha ido recorriendo el país, y ayer le ha llegado el turno de la superación a la dolorida ribera del Manzanares. Al cabo de los noventa minutos reglamentarios de juego, sesenta mil personas, olvidados los largos y malos recuerdos, estrenaban en el rostro una sonrisa sin pasado, aspirante al título liguero.

El Atlético de Madrid-Real Madrid tuvo la escasa espectacularidad propia de lo trascendente. Para un observador no impuesto en su significado, el encuentro habría parecido algo discretamente aburrido.

Se vieron pocas jugadas de calidad e incluso de peligro. Pero las raras ocasiones de gol fueron aprovechadas en un noventa por ciento. Ambos conjuntos evolucionaron sin demasiado orden, y la fuerza, la emoción y las buenas intenciones sustituyeron a la calidad. Los rojiblancos atacaron más que sus adversarios, aprovechando su mejor momento de forma y la libertad que disfrutaba Adelardo abandonado por Velázquez, para montar las ofensiva que terminaban confusamente a los pies de los inseguros defensas madridistas o fuera de los límites del campo. Úfarte se empeñó en penetrar por el centro y perdió toda su habitual eficacia. Gárate mostró un ligero aumento de forma, mientras que Luis, con Adelardo, parecen encontrarse en plenitud de facultades. La defensa estuvo a punto de pasar inadvertida, porque los blancos se encerraron a la defensiva y sus contrataques llegaban apagados a los dominios de Ovejero, que goza de una envidiable «hinchada» particular que corea desinteresadamente cada una de sus menores intervenciones. Melo sujetó bien a Gento, que correteó por todo el campo y también se dedicó a las tareas defensivas con ardor desusado.

#### INSEGURA DEFENSA MADRIDISTA

Los madridistas, por su parte, dieron la sensación de hallarse preocupados por la propia defensa. Pirri se incrustó entre Calpe, De Felipe y Benito, mientras que Grande, Grosso y Velázquez establecían una segunda barrera muy cerca de ellos. De este modo cedieron el centro del terreno a los atléticos, que organizaban con tranquilidad sus operaciones desde tal zona. Benito debe pulir su dureza porque la que emplea actualmente resulta demasiado visible para los árbitros. Calpe y De

Felipe no estuvieron a la altura de las circunstancias. El portero José Luis realizó dos o tres magníficas intervenciones en el primer tiempo, pero luego fue culpable, por su inexperiencia en las salidas, del segundo gol atlético. Fleitas y Grande, anónimos. Amancio, discreto. Destacaron la buena voluntad defensiva de Gento, la potencia en ascenso de Pirri y, sobre todo, la clase infatigable del obrero Grosso, príncipe del proletariado, auténtico jugador al estilo del fútbol europeo.

### GOLES RÍTMICOS

Los goles del partido se fueron sucediendo plácidamente como en una consulta médica. Prácticamente, ya hemos dichos, los goles correspondieron a las únicas jugadas de peligro. Como excepción, un magnífico remate de cabeza de Gárate a un centro de Calleja que fue desviado a córner en una gran parada por José Luis a los once minutos de la primera parte, y un tiro de Fleitas, a los treinta y un minutos que detuvo muy bien Rodri. Los tantos que subieron al marcador pueden ser aislados perfectamente del contexto del juego: a los doce minutos del primer tiempo, un avance en tromba de los rojiblancos produce unos momentos de confusión en el área madridista y Luis recoge el balón y lo envía al fondo de la red. Es el 1-0. A los dieciocho minutos de la segunda mitad, Ufarte lanza un golpe franco y José Luis realiza una salida defectuosa que permite a Luis cabecear el balón cómodamente por encima del guardameta blanco. Es el 2-0. Y a los treinta y un minutos, Calleja envía un pase largo a Gárate, que burla con facilidad a De Felipe y evita la salida de José Luis con un espléndido y hábil disparo que establece el 3-0 definitivo.

Y aquí, señores, no ha pasado nada. El país ha estrenado en los últimos meses raras cosas, y entre ellas, una Liga de fútbol cáustica, desmitificadora, pluralista, apasionada, irreverente, pluriformista, europea, taquillera, subversiva, primaveral, tremenda, goleadora y antirracista. Una Liga tan variada y liberal como jamás se había dado en estas tómporas monolíticas.

# RONDÓ LA ANGUSTIA

---

23/03/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada. Unos 65.000 espectadores. Cielo cubierto y cayeron algunas gotas de agua durante el partido.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Pirri y Velázquez); Valencia, 1 (Sol).*

*Alineaciones: Real Madrid: José Luis; Calpe, De Felipe, Benito; Pirri, Zoco; Miguel Pérez, Amancio, Grosso, Velázquez y Gento. Valencia: Abelardo; Vidagañy, Anibal, Antón; Sol, Paquito; Fuertes, Claramunt, Ansola, Poli y Collar.*

*Árbitro: Oliva. Discreta actuación. Entre sus errores hay que señalar una inexistente falta a Pirri, efectuada dentro del área, pero que el árbitro castigó con una falta lanzada desde fuera. En otra ocasión, agarró por el cuello antiestéticamente a Fuertes, para amonestarle. Más tarde, no vio una clara mano de Anibal. A los nueve minutos de la segunda parte, castigó una imaginaria falta de Amancio por rematar en tija, libre de contrarios. Y otra vez, no aplicó la ley de la ventaja. También tuvo sus aciertos, entre otros, no creer en una teatral caída de Fuertes, acusando de agresión a Grosso.*

Las desgracias nunca vienen solas; es decir, no existe ningún impedimento legal para que no puedan venir acompañadas de alegría. Las dolorosas jornadas que atraviesa, desde hace unos meses, el imperio madridista, se han visto, de pronto, iluminadas por un súbito y justiciero rayo de luz. En la tarde prematuramente oscurecida y nebulosa de ayer, el declinante Real Madrid vencía por 2-1 al acomodado Va-



lencia, de las mejores familias del fútbol español. Y no sólo hay que detenerse en la fría estadística del dato, sino que, además, conviene añadir, para noble regocijo de la fiel «hinchada» y de algunos lectores que me envían airadas misivas coincidiendo con las derrotas de su Club, que, esta vez, el poderoso Real Madrid, tomando como criterio las ocasiones de gol disfrutadas por ambos bandos, mereció ganar al despreocupado Valencia por el tanteo que señalaba el marcador al finalizar el encuentro.

Abandonadas sus aspiraciones concretas con respecto a la Liga, el equipo del presidente Bernabéu se jugaba moralmente mucho en este partido. No en vano se hallaba en el aire una importante parcela del prestigio adquirido a lo largo de diez años de artístico batallar. Jugadores, entrenador y directivos arrojaban sobre el verde tapete de Chamartín la última carta. Así lo entendió el numeroso público que llenaba el estadio, que recibió a los jugadores levantinos con una soberbia y unánime pita intimidatoria destinada a colaborar con los esfuerzos de sus antiguos ídolos. Así, pues, todo estaba perdido, menos el honor y el partido contra el Valencia.

#### EL EQUIPO ADECUADO

El momento para la reivindicación era tan adecuado como el rival de turno. El Valencia constituye un equipo perteneciente a la alta burguesía balompédica y, lógicamente, su vida, de acuerdo con su posición social, transcurre siempre con enorme facilidad y sin agobios en las zonas privilegiadas de la tabla de la clasificación, sin tomarse el menor interés por la despiadada lucha por el poder que se desarrolla a escasa

distancia de su confortable ambiente. El Valencia posee una elevada calidad de juego, unas valiosas individualidades, una sólida y justificada buena prensa y es capaz de dejar el pabellón de su dignidad bien alto frente a cualquier equipo del mundo. Es un fácil acumulador de victorias elegantes y considera ridículo perder la compostura, morir y desesperarse por ganar un partido de fútbol. Estas cualidades le convierten en un conjunto muy temido.

Puesto el balón en juego, Grosso aterroriza a la expectante «hinchada», a los treinta segundos de iniciado el encuentro, con una cesión que obliga a su portero, José Luis, a realizar una apurada estirada. Pero, casi inmediatamente, la soltura de Amancio devuelve la esperanza a los graderíos con un excelente disparo escasamente colocado, que detiene Abelardo. Poco después, una magnífica combinación entre Velázquez y Amancio, termina con un tiro de este último que sale ligeramente desviado. Se despejan, a intervalos, las nubes instaladas sobre el estadio, al mismo tiempo que el ánimo de los espectadores, gratamente sorprendidos al contemplar la relativa facilidad con que los madridistas consiguen acercarse a los dominios de Abelardo. Amancio lleva todo el peso de la iniciativa, gracias a su clase y espléndido momento de juego, apoyado por Velázquez y Pirri, que se encuentran en alza, cosa que repercute en todo el equipo. Grosso cumplió sin la eficacia de otros partidos. Gento no quiere saber nada de las arriesgadas dificultades de correr y regatear por la banda, y se escapa hacia el centro, donde el espacio para la maniobra es más grande y, por lo tanto, el peligro menor. Miguel Pérez carece de imaginación, perdió varias ocasiones clarísimas y cansó inútilmente a sus compañeros con su inmutable inexperiencia.

## EMPATE INQUIETANTE

Pero las gradas se inquietaron de nuevo con dos tiros seguidos de Claramunt y de Sol que detuvo con dificultades José Luis cuando iban diecinueve minutos de la primera parte. Y poco después, la gran alegría: Velázquez es objeto de una falta, discutible falta, en el vértice del área valencianista. Gento envía un centro sobre Pirri, que conecta un fuerte disparo alto que entra como una exhalación en la meta defendida por Abelardo. Es el 1-0 prestigioso. A continuación se producen algunas escapadas de los delanteros madridistas neutralizadas, en última instancia, por las rápidas salidas de Abelardo, que enmienda los errores de Vidagañy y Antón. El Valencia vuelve a mostrar sus poderes a los treinta minutos, por medio de un empalme de Collar que detiene José Luis y, sobre todo, un minuto más tarde, cuando Paquito ejecuta una falta de Grosso a Fuertes, y envía un centro que falla De Felipe y remata de cabeza, muy colocado, Sol, estableciendo un digno 1-1 que espanta al público y trae al Bernabéu el fantasma del reciente pasado.

La defensa madridista exhibe, una vez más, su raro desorden que se acentúa con la aireación mecánica y rígida de la táctica del marcaje hombre a hombre. El extremo Fuertes conduce a su agresivo vigilante Benito por las zonas más insólitas para un defensa izquierdo. Zoco se destaca ligeramente entre sus compañeros de la retaguardia. Un disparo de Antón pega en la parte superior del poste. En los últimos minutos del primer tiempo se producen dos jugadas peligrosas por cada bando. En una, Amancio deja pasar un balón lanzado por Gento desde el córner y Pirri yerra lamentablemente el gol casi cantado. En la otra, Fuertes se hace con el balón, tras un fallo cósmico de la defensa «merengue», pero envía el balón fuera.

## LA VICTORIA

En el segundo tiempo, acosa el Madrid. Miguel Pérez pierde una de las mejores oportunidades al cabecear a boca de jarro, alto, un centro de Amancio. Luego llega el turno de Gento y Velázquez, cuyo intento es detenido por Abelardo. El Madrid continúa presionando y el Valencia, obligado a intensificar el esfuerzo, parece escoger la buena compostura y cede terreno. Miguel Pérez vuelve a fallar una excelente ocasión. Se produce una gran jugada de Claramunt que regatea a cinco o seis contrarios para errar en lo más fácil frente a la puerta de José Luis, a los veintiún minutos. Poli, Sol, Claramunt y Abelardo son los más destacados valencianistas.

La angustia crece a medida que transcurre el tiempo. Ya sólo falta un cuarto de hora para el final cuando Gento centra un balón que desvía de cabeza hacia atrás Pirri y Velázquez remata hasta el fondo de la red levantina. Es el 2-1, que mantiene la honra del fuerte Club blanco. Todo se ha salvado, incluso el honor. Y los acomodados valencianos se retiran a los vestuarios dando palmadas en la espalda a los madridistas. Porque, en el fondo, según cuentan los tratados, estas altas burguesías siempre terminan apoyando al grupo instalado en el poder.

# LOS «LEONES», A UN PASO DEL TÍTULO

---

06/04/70

*Campo: Estadio de San Mamés. Unos 45.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Bilbao, 2 (Arieta y Uriarte); Atlético de Madrid, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Bilbao: Iribar; Sáez, Echeberría, Aran-guren; Igartua, Larrauri; Arieta, Uriarte, Zubiaga, Clemente y Ar-goitia. Atlético de Madrid, que viste camiseta roja y pantalón blanco: Rodri; Melo, Ovejero, Calleja; Adelardo, Jayo; Ufarte, Luis, Gárate, Eusebio y Salcedo.*

*Sustituciones: Zugazaga por Larrauri, Estéfano por Arieta, en el Atlético de Bilbao, y en el Atlético de Madrid, Irureta por Gárate.*

*Árbitro: Señor Guruceta. Buena actuación bajo el punto de vista técnico y muy mala bajo el punto de vista artístico. Se pasó el partido gesticulando teatralmente y amenazando con grandes aspavientos a los jugadores por los motivos más pequeños, y así vino a suceder que cuando llegó la hora del verdadero juego duro y la mala intención en los protagonistas de ambos bandos, el dilapidador Guruceta se encontró sin novedades de carácter para impresionar a los airados contendientes y el encuentro comenzó a escapar de sus manos. Afortunadamente, cuando esto ocurría sólo faltaban diez minutos de juego.*

**Bilbao. (Por teléfono, de nuestro enviado espacial.) Los 45.000 espectadores permanecieron inmóviles junto a sus asientos durante varios**

minutos antes de abandonar el estadio. En la calle no se producía la tremenda explosión de alegría por el gran triunfo. Numerosos espectadores caminaban como sonámbulos, con una mirada totalmente ajena al bello y apasionante espectáculo que acababan de presenciar. Los raros núcleos de franco júbilo llamaban la atención en medio de la imponente riada humana, silenciosa, que descendía del noble San Mamés. Otra vez ocurría el mismo fenómeno que el día del 5-0 anticelestialista al Real Madrid. Pero ahora mucho más acentuado. La victoria final de la Liga se encontraba al alcance de la mano y, sin embargo, la masa no estallaba desenfundada de júbilo. ¿Cuál era la razón del extraño comportamiento de una de las «hinchadas» más ruidosas de España? Durante tres días, los bravos habitantes del País Vasco se han mantenido pegados al aparato de televisión, devorando las sucesivas hazañas diligentemente servidas por el «morrosko» y los pupilos de Ronnie Allen. Tres días profundos y espirituales, viajando de la excitación al relajamiento sometidos al sutil influjo del ex levantador de piedras de Cestona y de los once de hoy. El país, porque el hecho ha sucedido en toda la dilatada geografía hispana, ha sufrido colectivamente el efecto de una larga sobredosis de esta hermosa flor adormidera del fútbol y el boxeo.

Los graderíos abarrotados de San Mamés fumaron silenciosamente, sin el menor grito, el Atlético de Bilbao-Atlético de Madrid. La única nota discordante del paraíso secreto fue la insólita aparición en el terreno de juego, ante de comenzar el nirvana, de una señorita perteneciente a la Peña Atlética Bilbaína de Bailén, vestida de flamenca, seguida de una banda de música solanesca, que se dedicó a estrechar las manos de Iríbar, Sáez y de otros sorprendidos jugadores bilbaínos. Recobrada la seriedad, el partido comenzó gravemente.

## DEFENSIVA MADRILEÑA

En el primer tiempo el público respiró los aires del Atlético de Madrid. Los arrepentidos muchachos de Marcel Domingo saltaron al campo con unos propósitos claramente defensivos, pero desarrollados con agilidad y soltura, sin amontonamiento de los hombres en el área y con un contrataque increíblemente seguro y demoledor. Probablemente han sido los cuarenta y cinco minutos más técnicos y perfectos jugados por los del Manzanares en toda la Liga. Luis, en un gran momento, y Ufarte evolucionaron con tranquilidad y gran estilo entre la defensa bilbaína, que tardó en tomarles la medida. Calleja realizó uno de los mejores partidos de su vida, sin el mínimo error. Y la defensa se cerraba perfectamente, con Ovejero como defensa-escoba. La agilidad en el desdoblamiento de los madrileños pudo haber producido en algún momento la sensación del empleo de una táctica de ataque, pero el hecho de que un empate hubiera resultado más beneficioso para los madrileños que para los bilbaínos, añadido al número diez que campaba a la espalda de Eusebio, mostraban claramente el planteamiento ideado por Marcel Domingo.

En esta parte hay pocas anécdotas concretas que contar, porque el partido se desarrolló a nivel de los grandes principios. En el intercambio de amenazas se imponen los del Manzanares. A los once minutos de juego se produce un peligroso avance de Ufarte, y a continuación otro de Gárate, que no encuentran rematadores. Igartua responde con un poderoso disparo que desvía Rodri a córner con apuros. A los veintiséis minutos, un balón bombeado por Luis es despejado forzosamente por Iríbar. Poco después, Salcedo, en buena posición, falla lamentablemente el remate a un pase de Gárate. Pero en

la segunda parte el panorama cambia por completo. Surge el poder y la resistencia física de los bilbaínos, cuyo increíble estado de salud desfonda a los madrileños, que pierden la iniciativa en el centro del campo, la velocidad en el contrataque y abren huecos irremediables en la defensa. Los vascos, conducidos por Igartua, el mejor de los veintidós, van liquidando una a una, salto a salto, las últimas energías de sus rivales.

#### IGARTUA Y LARRAURI

El estadio asiste con unción religiosa al gran fútbol que practica en este tiempo el Atlético de Bilbao. Sus contrarios deberían enviar un telegrama a la F.I.F.A. agradeciendo que los partidos duren sólo noventa minutos. Igartua y Larrauri imponen su ley en el centro, mientras que Arieta y Uriarte, por un lado, y Argoitia por el otro, desmoronan a los defensores madrileños y al cacique Ovejero, a quien el área se le convierte en un inmenso latifundio imposible de guardar de las invasiones. Y nada más transcurridos dos minutos de la segunda mitad Arieta remata de cabeza un balón que entra como un trueno en la portería de Rodri. Es el 1-0, acogido con un especial alborozo por la «hinchada». Puesto de nuevo el balón en juego, se acrecienta el paraíso bilbaíno. Igartua hace peligrar a Rodri en dos ocasiones. Las situaciones de gol se suceden sin tregua. Zubiaga falla inexplicablemente un gol cantado, al rematar de cabeza un balón a las manos de Rodri, cuando se encontraba solo ante el portero. A los veintidós minutos entra Argoitia y Uriarte remata de cabeza un cañonazo que establece el 2-0 definitivo, que disfrutan íntimamente los espectadores, aunque no los coreen con el estruendo de antaño.





*El duelo de atléticos para los «leones».*

Los madrileños se rehacen por unos instantes y la defensa vasca se ve obligada a sacar un balón debajo de los palos, con Iríbar perdido en la lejanía. El juego se endurece y el público protesta pacifista. Pero el árbitro, Guruceta, silba en seguida el final del admirable encuentro. El viaje había terminado. Urtain y los dos Atléticos han proporcionado tres jornadas inolvidables a la nación, que ha permanecido con las pupilas disciplinadamente dilatadas frente a la televisión. Si no crea hábito, habrá que dar una vez más las gracias al destino por habernos proporcionado la fortuna y el entretenimiento de haber nacido en la balompédica España.

# LA SOLUCIÓN, EL DOMINGO

---

13/04/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Excelente entrada, que rozó el lleno. Unos 45.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 4 (Gárate, 2; Salcedo y Alberto); Real Sociedad, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Ovejero, Calleja; Adelardo, Jayo; Ufarte, Luis, Gárate, Alberto (Irureta) y Salcedo. Real Sociedad: Esnaola; Gorriti, Martínez (Sein), Ormaechea; Arzac, Lema; Urreisti, Soroa, Silvestre, Mendiluce y Boronat.*

*Árbitro: Cardós. Buena actuación en general, porque la mayor parte de las situaciones se produjeron de manera tan clara, que facilitaron la labor arbitral. Entre sus errores, podemos señalar un córner no pitado contra la Real Sociedad cuando Esnaola desvió con las manos un tiro de Luis a los veintinueve minutos de la primera parte. Tampoco se mostró demasiado inflexible a la hora polémica de la formación de las barreras.*

Hay dos Españas, la que marca goles y la que los recibe. Grandes acontecimientos desusados han visto la luz en la Liga 1969-70, que se aproxima a su final en olor de multitudes. Todos conocen la historia. Desde hacía un montón de años, en este país sólo marcaban goles los mismos. Los grandes laureles, las palabras más solemnes que pueden ser pronunciadas: Liga, Hexacampeón, Europa, Intercontinental, Pichichi, se hallaban bajo el control exclusivo y permanente de un solo equipo. La nación vivía alegre y confiada mientras la historia, sabia-

mente manipulada, inducía a creer que el resto de los participantes en el monolítico torneo nacional se limitaba a desempeñar, por las buenas o por las malas, el papel de serviciales acompañantes para contribuir, con sus inmensos esfuerzos insuficientes a la mayor gloria del líder.

En la temporada 1967-68, el poderoso Real Madrid se llevaba la Liga de calle en un triunfal paseo imbatido hasta los últimos encuentros. Al año siguiente, en la temporada 1968-69, volvió a ganar, pero los observadores más perspicaces ya vislumbraron ciertos indicios que demostraban un descenso de autoridad madridista. El posterior torneo de Copa acentuó dicha impresión, y durante el verano se escucharon rumores de cambios para la próxima temporada. Los oprimidos de los lugares más bajos de la tabla de clasificación, los excluidos de la División de Honor, los forzados trabajadores de la cantera local, los desheredados del punto positivo; los condenados al eterno penalti, los perseguidos en sus menores acciones por un silbato kafkiano, las víctimas de un medieval derecho de goleada ejercitado por los aristócratas del puntapié elevaban amenazadoras sus voces de protesta. La Real Federación Española intuyó el peligro latente y, entre otras medidas, para evitar la confrontación directa entre la mano de obra ascendente de la Segunda y la alta burguesía declinante de la Primera, decidió suspender la ligilla de promoción a la División de Honor; es decir, suprimió por decreto la lucha de clases.

#### EMOCIÓN Y CALIDAD

Naturalmente, los problemas no se solucionan a base de retórica, y en el mes de octubre, a las pocas semanas de comenzar la nueva Liga 69-70, se producía un espectacular cambio en la histórica competición y el

monopolio madridista daba paso en el poder a dos inveterados aspirantes, el Atlético de Madrid y el Atlético de Bilbao, de tendencias roji-blancas, que instauraban en el Torneo el pluralismo balompédico. Mientras los dos nuevos contrincantes se encaminaban desenfrenadamente hacia los primeros puestos de la clasificación, que les permitían realizar sus viejas aspiraciones de acudir a la llamada de Europa, atraídos por la sugestión verbal de la Copa y la Recopa, el viejo ídolo madridista, sin los dorados y triunfantes inviernos en Milán, Manchester, Belgrado, Bruselas y Lisboa, decaía nostálgicamente a pasos agigantados, aunque sus dirigentes proclamaran con admirable empeño que al Real Madrid de la blanca camiseta no le sucedía nada.

El emocionante duelo entre el Atlético de Madrid y el Atlético de Bilbao se ha ido desarrollando sin cuartel y ambos contendientes se suceden alternativamente en el liderato. Cuando sólo queda una jornada para el final de la Liga, el Atlético de Madrid ha conseguido adelantar a su rival bilbaíno en la clasificación, gracias al más prodigioso partido jugado por el equipo del Manzanares en esta temporada.

#### TODOS DESTACADOS

Frente a la Real Sociedad, que practicó un juego demoliberal que permitió las fáciles maniobras de los rojiblancos, el equipo de Marcel Domingo llevó a cabo un correcto análisis de la situación y socializó su fútbol con tanta soltura, que las ocasiones de gol y las grandes jugadas se produjeron durante todo el partido, una tras otra, sin descanso. Con Luis y Gárate como claros aspirantes al trofeo de máximo goleador y en abultado marcador en el ambiente, las condiciones se mostraban propicias para el culto a la personalidad. Pero, sorprendentemen-

te, ocurrió todo lo contrario, y el nivel de juego de los rojiblancos mejoró tanto y tan colectivamente, que ni uno sólo de los componentes del cuadro atlético desmereció de sus compañeros. No queda otro remedio que socializar también el elogio.

La Real Sociedad, con las ausencias de Gaztelu y Urtiaga, no efectuó uno de los saludables partidos, que acostumbra a hacer. Su poderoso contrataque careció de peligro, aunque Urreisti y Boronat lograran, gracias a su reconocida clase, penetrar por los extremos. Pero faltaron los rematadores. Arzac trabajó incansablemente en el centro del campo y fue uno de los distinguidos. Sein sustituyó a Martínez en el segundo tiempo y por inexperiencia no evitó el tercer gol de Gárate.

El insólito partido comenzó con un insólito principio. Un grupo de «hinchas» paseó por el césped, en los minutos previos a la salida de los jugadores al campo, una enorme pancarta donde se leía: «En Bilbao dicen: Ronnie, si nos haces campeón te regalamos el Peñón. Y en Madrid decimos: Si hay que dar el Peñón, no queremos ser campeón.» Perfecta leyenda. El «París bien vale una misa» ya tiene la adecuada réplica traducido al español de acuerdo con nuestras costumbres e idiosincrasia: «El Peñón no vale una Liga.»

#### OCASIONES INNUMERABLES

Nada más iniciado el encuentro, el Atlético de Madrid se lanza arrollador al ataque y una gran jugada de Luis y Gárate termina con un débil cabezazo del delantero centro a las manos del formidable Esnaola. A los quince minutos se produce un largo barullo ante la portería donostiarra y Melo envía un fuerte disparo desde lejos que rebota en la mis-



*Gárate, en pugna con varios defensores donostiarros.*

ma escuadra. Tres minutos más tarde, Esnaola desvía a córner con apuros un remate de cabeza de Luís, que se halla en un momento de forma excelente. El partido es una sucesión de ocasiones de gol en este despertar de la otra España balompédica. Y a los diecinueve minutos, un magnífico avance de Adelardo termina con un remate de Gárate que establece el 1-0. Luego se produce un contrataque de la Real Sociedad por medio de Boronat que anula finalmente Ovejero enviando el balón a córner. Y a los treinta minutos, una gran jugada de Ufarte por el extremo acaba con un centro que remata de cabeza como un ma-

estro, al mismo ángulo, Salcedo, batiendo a Esnaola. Es el 2-0 que inicia la apoteosis atlética. Adelardo se halla de nuevo a punto de marcar, pero el portero donostiarra detiene los sucesivos remates.

A los cinco minutos del segundo tiempo, un perfecto pase en profundidad de Ufarte es recogido por Gárate, que se interna perseguido por Sein y, a media salida de Esnaola, envía la pelota por la escuadra hasta el fondo de la red. Es el 3-0 que enardece a la afición doblemente, porque acaba de correr la noticia del gol del Valencia al Atlético de Bilbao. Poco después, Rodri desvía con esfuerzo un buen tiro de Soroa desde lejos. Pero los rojiblancos no desaprovechan la menor oportunidad y surgen en cadena tiros de Gárate que desvía Esnaola y de Salcedo al poste. Y a los veinte minutos, un pase de Luis es empalmado por Alberto, que coloca en el marcador el 4-0 definitivo. No hay descanso porque se busca el quinto gol hasta el final del encuentro.

Queda un domingo para decidir la lucha por el poder en esta Liga de la rebelión. Pero sea cual fuere el resultado, Atlético de Madrid o Atlético de Bilbao, se han estrenado nuevos modales en el fútbol español. ¿Cuál será la nueva retórica? Resultará fácil deducirla analizando los componentes sociales de cada uno de los dos equipos. Pero ya no queda espacio y de momento sólo interesa comprobar que en las dos Españas del balón los goleadores de antaño se han convertido en los goleados de ahora.

# SIGUE LA RACHA TRIUNFAL

---

30/04/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Buena entrada en la noche fría. Unos 45.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Luis); Milán, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodi (Zubiarrain); Melo, Ovejero (Eusebio), Calleja; Adelardo (Irureta), Jayo; Ufarte (Juan Antonio), Luis, Gárate (Benegas), Alberto y Salcedo. Milán: Cudicini; Grosechi, Malatrassi, Schnellinger; Maldera, Trapattoni (Vecchi); Rognoni, Sormani, Combin (Ciclinine), Fontana y Colin.*

*Árbitro: El castellano Banegas. Discreta actuación, en la que fue confundido por uno de sus «linieres» en varias ocasiones. Aplaudió la salida y vuelta trinfal al ruedo, copa en alto, del Atlético de Madrid. Nos parece muy humano que el juez castellano Banegas aplauda al equipo castellano que acaba de ganar la Liga, pero teóricamente nos gustaría que un árbitro estuviera por encima del bien y del mal y no demostrara públicamente su justificada admiración por un equipo que minutos después va a tener que juzgar a golpe de silbato.*

El estadio del Manzanares se convirtió en una hermosa fiesta de pueblo bajo el frío. Era el primer contacto del recién estrenado campeón de Liga con su fiel afición y todo se hallaba preparado con aire de rústica romería. El himno rojiblanco tronaba el espacio, la voz de un locutor arengaba a las masas y extraía de los ateridos corazones de la «hinchada» explosiones de emoción y de júbilo con retórica de tómbola. Estallaban también los cohetes y el capellán atlético sonreía en un rincón,



satisfecho del carisma de su equipo. El Atlético de Madrid, campeón de Liga de 1970, daba triunfalmente la vuelta al ruedo bajo los aplausos de la muchedumbre y de los rivales del Milán y del árbitro Banegas, que iba a juzgar el encuentro y cuyas efusiones rojiblancas eran observadas recelosamente por los jugadores italianos, aunque la buena educación milanese no dejara traslucir sus pensamientos. Todo se encontraba preparado para la gran apoteosis, que sería perfecta si el Atlético ganaba al campeón intercontinental. Ufarte se encargó de aumentar la temperatura emocional del estadio con una serie de regates e internadas que dejaron en mal lugar al rubio Schnellinger, que tenía la misión de vigilarle. El partido se caracterizó por un primer tiempo excelente del Atlético de Madrid, completo con todos sus titulares y en plena vena de aciertos, de potencia y de soltura, y la fría actividad de los milaneses, que se dedicaron a corretear a medio gas por el doble motivo de que en este partido no se jugaban nada y porque la forma de los muchachos de Marcel Domingo les obligaría, si pretendían ganar, a un tremendo esfuerzo. En el segundo tiempo la serie de cambios realizados por el entrenador atlético anuló el poder de la delantera del Manzanares y los jugadores se limitaron a mover el balón pacíficamente por las inmediaciones del área tan soberbiamente defendida por Cudicini.

#### UFARTE, EL ÍDOLO

El gol atlético no se hizo esperar. A los doce minutos, Melo avanza por su banda y envía un pase largo a Luis, quien, en gran maestro, adelanta el balón con el pecho y tira fuerte y alto, superando la salida de Cudicini.

Los italianos replican por medio de un duro disparo de Combin que Rodri deja salir fuera por un exceso de vista o por una inteligente forma de sublimación de la impotencia, pues si el tiro llega al marco en la buena dirección, el portero no se hubiera enterado. Rodri, que actuó en la primera parte y luego fue sustituido por Zubizarain, había reservado para esta memorable ocasión un jersey rojo y fluorescente, con color de cinta adhesiva, que supongo que habrá sido contemplado con agrado por los señores organizadores de la campaña de la seguridad en la carretera. En la noche más oscura resultaría imposible atropellar a Rodri con su nuevo jersey. Incluso los balones trataron de evitarlo y dos tiros inocentes de los milanes se le escaparon insólitamente de las manos al seguro meta rojiblanco.

Ufarte fue el triunfador de la noche y su nombre fue coreado por los graderíos, tan necesitados de ídolos para esta fastuosa ocasión. También el altísimo portero Cudicini asombró a los espectadores en sus salidas y evitó que la derrota de su equipo fuera a mayores. El Atlético presionó durante todo el tiempo y los disparos de Adelardo, Ufarte y Alberto llevaron el peligro al predio italiano. La defensa atlética se mostró sin fisuras con Jayo en plenitud de juego. Ovejero implaceable hasta su lesión, poco antes de finalizar la primera mitad, y Melo y Calleja también en buen momento.

#### DEMASIADAS SUSTITUCIONES

Las excesivas sustituciones efectuadas por Marcel Domingo en la segunda parte desarticulaban el equipo, que perdió toda su capacidad ofensiva. Pero los italianos tampoco se molestaron en tratar de aprovechar la situación y de este modo el marcador permaneció invaria-

ble. El partido fue decayendo poco a poco, los «hinchas» también y terminó el encuentro cortésmente. Los italianos se despidieron desde el centro del campo, los directivos atléticos se dieron cuenta de que han conseguido un buen equipo y que van a dar que hablar en la próxima Copa, y la afición gritaba un «slogan» que me ha estremecido: «¡Atleti, Atleti y nadie más!» ¿Aspiran a que el Atlético no participe ya en otra competición? Grito totalitario y excluyente que resulta extraño escuchar en un lugar que hasta hace poco ha sido la patria del noble proletariado balompédico. Bien es cierto que eran pocos los que así gritaban, pero ¿será verdad que el poder corrompe?

# INCÓMODA VICTORIA

---

11/05/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Mediana entrada. Unos 45.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Amancio, Fleitas y Ortuño); Castellón, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: José Luis; Ballester, Benito, Sanchís; José Luis, Pirri; Ortuño, Amancio, Grosso, Grande (Bueno) y Fleitas. Castellón: Valle; Beitia, Pascual, Celeiro; Pepín, Osear; Isau-ro, Leandro, Solaegui (Emilio), Félix (Plaza) y Belmonte.*

*Árbitro: Urrestarazu. Bien en general. Practicó una hábil política de justicia y flexibilidad. No se dejó impresionar por las peticiones de penalti por parte del público, que quizá esperaba, como lógico fundamento, que el Club de sus amores fuera favorecido por un arbitraje parecido al realizado, por Sánchez Ibáñez el domingo pasado en el Manzanares. Cada vez que señalaba una falta, propinaba un cariñoso pescozón al jugador sancionado.*

A falta de otras más convincentes, he aquí una prueba de que el país evoluciona seriamente: en el pasado mes de octubre, un equipo suplente del Madrid goleaba por 7-0 al Castellón en uno de esos paternalistas partidos de los jueves; ocho meses más tarde, el equipo titular del Madrid se las ve y se las desea —después de empatar en el encuentro de ida en Castellón y no marcar en el primer tiempo del Bernabéu— para eliminar de la Copa, al antiguo «sparring». Por esta novedad en el resultado y por las facilidades que concedió cada equipo a sus rivales, el Real Madrid-Castellón puede ser definido técnicamente como un parti-

do aperturista. Del lejano 7-0 de octubre al 3-0 de ayer han sucedido muchas cosas en el país. La brutalidad de las viejas goleadas se ha reducido, y en la Copa, a tenor de los resultados, parece haberse producido un unánime movimiento de conversión por parte de los grandes equipos a la sutil doctrina de la «derecha civilizada», y en la jornada de ayer las camisetas más poderosas de la nación se limitaron a dejar en la cuneta del torneo a la mayor parte de los representantes de la clase media y baja del fútbol español sin grandes escándalos.

Durante el primer tiempo del Real Madrid-Castellón, con el 0-0 en el marcador, uno se felicitaba por la nueva actitud moral del equipo madridista, que jugaba de igual a igual con los modestos castellonenses, sin tratar de avasallarles con el peso de su gloriosa trayectoria histórica o con la cantidad de los servicios prestados, incurriendo en sus mismos defectos defensivos y ofensivos, como corresponde al perfecto anfitrión que no desea poner en evidencia a los invitados. El medio José Luis, Grande y Fleitas fueron los que más se distinguieron en la cortesía, hasta el punto que el público llegó a cansarse de la exagerada oficiosidad y abucheó las evoluciones del trío. En el minuto veintitrés de la primera parte. Grande, lesionado, fue sustituido por Bueno. Pases al vacío, regates inútiles y entregas al adversario constituyeron la tónica del primer tiempo madridista, mientras el Castellón se defendía con orden, alejando el balón del área a base de buenas combinaciones triangulares, pero abriendo numerosos huecos en la retaguardia.

#### EL CENTRO DEL CAMPO

El Madrid se encontró, sin la menor disputa, con el control de la zona central del campo, pues los castellonenses dejaron dos hombres en van-

guardia y el resto se acorazó al borde del área para neutralizar las acometidas de los muchachos madridistas. En la nueva experiencia llevada a cabo ayer por Muñoz, tratando de renovar el deteriorado equipo, se observaron enseñanzas muy interesantes que pueden conducir a encontrar la fórmula de juego que necesita (y busca solapadamente, aunque sus responsable no lo reconozcan) el conjunto de Bernabéu. La experiencia de Pirri incrustado en la defensa constituye un acierto porque proporciona inteligencia y visión de la jugada a una línea que en el Madrid se caracteriza por su contundencia física y alocamiento. Con Pirri, que ya se encuentra en plenitud de facultades, como antaño, el balón sale controlado y la maniobra ofensiva se inicia desde la defensa. Si el Madrid consigue encontrar el hombre adecuado para repetir en el centro del campo la labor que realiza Pirri en la defensa habrá hallado la solución a gran parte de sus problemas. Benito también realizó un buen partido, porque fue colocado, como central libre, puesto que permite aprovechar mejor sus cualidades de hombre decidido, duro y valiente. Benito resulta un jugador adecuado para disputar balones todavía no controlados, cuando la pelota está en el aire o sale de un regate, y desciende mucho en su rendimiento cuando actúa como lateral y se encuentra a merced de un extremo hábil que corre con el esférico dominado. El debutante Ballester cumplió, aunque no se lució demasiado en los pases. En la media, el conjunto blanco naufragó, porque José Luis, torpe y sin ideas, demostró una vez más que no es jugador de categoría suficiente para el Real Madrid, ni siquiera para el Real Madrid actual. El otro debutante, Ortuño, se distinguió en varios momentos y marcó un espléndido segundo gol. Fleitas resultó un fracaso, a pesar de su sapiente tercer gol. Grosso, con Sanchís y Pirri, fue uno de los destaca-

dos, aunque debe practicar el disparo a puerta. Amancio, que es el verdadero gran jugador madridista, fue el organizador de la delantera en el segundo tiempo.

#### INDECISO CONTRATAQUE

Al Castellón le faltó decisión en el contrataque y ellos mismos renunciaron a las oportunidades de gol. Destacaron Beitia e Isauro, aunque todos batallaron cumplidamente. El interior Leandro pareció prematuramente cansado y el portero Valle no cuidaba sus salidas ingenuas y mortales.

Ya hemos señalado que el desarrollo del primer tiempo resultó cortes y civilizado. A los nueve minutos, un remate de Amancio es ligeramente desviado por Valle y tropieza en el poste. Inmediatamente replica Leandro, que en una bonita jugada cede de tacón a Isauro, que en excelente posición remata alto. La defensa castellonense se embarulla algunas veces, pero sus errores no son aprovechados por Grosso, Ortuño y Fleitas. A los treinta y cinco minutos, un disparo lejano de Grosso se estrella en la misma escuadra. El Castellón replica y Félix envía un tiro que detiene José Luis, bien colocado. El público acompaña la retirada de los madridistas a la caseta, al finalizar el primer tiempo, con una soberbia pita, inmensa y admonitoria.

Pero el Madrid, como afirma el locuaz Santiago Bernabéu, siempre es el Madrid. En el segundo tiempo deja a un lado las maniobras aperturistas, corta el apacible diálogo, suspende el ordenado contraste de pareceres y se lanza a desarticular la asociación de los castellonenses. Vuelve a ser el viejo Real Madrid de la época imperial en santo ardor de goleada, ya que no es juego. Y los goles se suceden como

golpes de la ley: a los ocho minutos centra Fleitas y Amancio remata de cabeza, enviando el balón hacia abajo, sin que Valle, pueda evitar el 1-0; a los once minutos, Amancio corre por la banda y lanza un pase medido a la cabeza de Ortuño, que remata muy bien a gol, estableciendo el 2-0; implacable, y a los treinta y un minutos, centra José Luis, chocan dos defensas levantinos, sale el portero y Fleitas pasa el balón por encima del meta, lo vuelve a recoger detrás de él, y, finalmente, con toda tranquilidad, empuja el balón, que significa el 3-0 de los poderosos. Todavía tratan de reaccionar los nobles «segundas» levantinos con un disparo de Emilio que sale fuera y otro de Félix con el mismo inútil destino.

7-0 en octubre, 3-0 ayer. Los equipos de Primera, tan amenazados en la jornada anterior, han utilizado su poder para sofocar las aspiraciones de los segundas y terceras, que se habían forjado alocada ilusiones durante la última sesión y que a estas horas, justificadamente, se estarán preguntando: «Pero ¿ha existido, realmente, apertura?»



# DEMASIADO IRÍBAR

---

18/05/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Excelente entrada, que puede ser definida como lleno total, a pesar de algunos escasos claros en las tribunas de fondo.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Salcedo); Atlético de Bilbao, 1 (Ariete).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelaar, Iglesias; Ufarte (Juan Antonio), Luis, Gárate, Alberto y Salcedo. Atlético de Bilbao: Iribar; Sáez, Zugazaga, Aranguren; Igartua, Larrauri; Argoitia (Zubiaga), Uriarte, Arieta, Clemente y Rojo.*

*Árbitro: Vilanova. Su actuación no influyó en las ocasiones importantes, pero fue mala porque careció de autoridad, silbó con retraso y notable falta de reflejos, e incurrió también en ese exceso tan corriente que es el abuso de poder y derribó al bilbaíno Uriarte de un empujón autoritario cuando se acercaba a reclamar por una in-noble falta de Luis a Larrauri. Aunque este último no se hubiera distinguido precisamente por sus cordiales maneras.*

Se hacía raro que la «guerra de la anchoa» que se libra actualmente en la costa vascofrancesa no produjera la menor repercusión en esta meseta centralista y capitalina, refugio obligado de los más sonados acontecimientos. El encuentro Atlético de Madrid-Atlético de Bilbao se planteó de una forma tan claramente alimenticia, que mucho me temo que, por más tierra que se pretenda echar sobre este asunto, termine por quedar, de una vez para siempre, en evidencia todo el

subdesarrollo y el clasismo de nuestro país. Durante el primer tiempo se impuso la picaresca de la estepa castellana con la agilidad natural y el deseo de ganancia que proporciona el habitar en la patria del agua, el azucarillo y el aguardiente. El primer tiempo del Atlético de Madrid resultó un hermoso espectáculo de codicia y de rápidas ideas, pues ya es sabido que la necesidad agudiza el ingenio, según afirmaba el lazarillo, y si los rojiblancos madrileños no obtuvieron gran éxito en el empeño se debió a la increíble actuación de Iríbar, que desmoralizó los primeros, más entusiastas y peligrosos ataques, y a la baja calidad deportiva del régimen alimenticio de la región que otorga una enorme ligereza al principio, pero que fracasa estrepitosamente ante el esfuerzo continuado.

#### GOLEADA FRUSTRADA

La salida del Atlético de Madrid hizo presagiar en algunas zonas adic-tas del estadio la goleada. El primer remate fue obra de Luis, a los quince minutos. Inmediatamente un disparo de Gárate se escapa por unos momentos de las manos de Iríbar. A los veintiún minutos, en pleno fervor balompédico de los graderíos, Gárate se evade de la vigilancia bilbaína y se planta en el área defendida por Iríbar, que realiza una salida portentosa y desvía con las manos un balón que se encaminaba hacia el fondo de la red irremediamente. No pasa un minuto cuando un excelente cabezazo de Adelardo, conectado a boca de jarro, vuelve a ser detenido en un alarde de reflejos por el portero vasco, que parece lesionarse en la jugada. Iríbar lanza el balón fuera de banda para recibir asistencia del masajista, y las gradas rugen sin misericordia, circenses e implacables, protestando la pérdida de tiempo. A los

treinta minutos continúa la presión y la esperanza de los madrileños y Gárate penetra por la misma línea de córner, regateando a varios contrarios, y retrasa hacia Ufarte, cuyo tiro, en magnífica posición, rebota en un contrario.

Mientras tanto, el Atlético de Bilbao, con esa sólida estupefacción que produce el buen estado de salud, se repliega atónito y a duras penas ante la furia desencadenada de los pupilos de Marcel Domingo. Rojo, Uriarte y Arieta aguardan en el centro del campo el pase de sus compañeros, amontonados en la defensa, que les permita iniciar unos contrataques que jamás llegan a nada por la lentitud en el desarrollo de la maniobra. Clemente forcejea con Adelardo y terminará agotando al medio madrileño y ganándole la partida.

#### DOMINIO ATLÉTICO

Mas, por el momento, los rojiblancos del Manzanares son quienes llevan espectacularmente la voz cantante. A los treinta y dos minutos, un poderoso tiro de Melo, desde lejos, es detenido de manera sorprendente por Iríbar. La respectiva exaltación patriótica se adueña de los graderíos, y en una esquina se produce un altercado en la distancia, separados por las redes metálicas, entre los «hinchas» bilbaínos y madrileños, que se denostan mutuamente exhibiendo el más insólito repertorio de gritos y de ofensas simbólico-manuales. Luis comienza a flojear y no acompaña a la vanguardia en los ataques. Alberto se pierde en la inoperancia. Igual que Ufarte. La debilidad energética de los ingredientes centralistas del agua, del azucarillo y del aguardiente se pone de manifiesto. Pero aún hay tiempo para la gran hazaña. Gárate, que realizó un excepcional partido a lo largo de los noventa minutos,

se interna por la banda, llega hasta la línea de córner y centra en bandeja a Salcedo, que remata el 1-0, en medio del clamor del público, que considera iniciada la goleada. Pero el árbitro Vilanova señala el final del primer tiempo.

En la segunda parte el escenario cambia por completo. Y ante el cansancio estremecedor de Luis y Adelardo se despereza y agiganta la salud rica en calorías cantábricas de los bilbaínos. No necesitan mejorar la calidad de su juego, que se encuentra en baja con relación al pasado, sino simplemente mantener el ritmo del principio, que a estas alturas se convierte en algo imposible de seguir para los madrileños. Por el lado de Calleja comienza a penetrar con peligrosa insistencia Argoitia, Igartua envía un disparo, nada más salir, que se le escapa a Rodri de las manos, entre el pánico de la asistencia. Todavía Luis tiene tiempo para efectuar un último avance y lanzar un tiro que es ligeramente desviado y da en el poste. El Atlético de Madrid ha perdido toda su fuerza. Y a los catorce minutos, Marcel Domingo sustituye a Ufarte por Juan Antonio. Cambio que el transcurso del partido demostrará que significó un error. Juan Antonio no mejoró la actuación de Ufarte y, al mismo tiempo, se perdió la clase y la capacidad de improvisación del extremo derecho gallego. También Ronnie Allen reemplazó a Argoitia por Zubiaga.

#### EL DESFONDAMIENTO

Pero Marcel Domingo perdió el partido por mantener en el campo a los increíblemente agotados Adelardo y Luis, que ofrecían un penoso espectáculo desbordados una y otra vez por sus adversarios, sin la menor capacidad de réplica. Los fallos se suceden lógicamente por falta



*Demasiado Iríbar.*

de potencia física. Ya nadie se entiende en la delantera atlética. Juan Antonio envía un centro medido a los veinticuatro minutos, que pierde Luis lamentablemente. Los bilbaínos comienzan a presionar y la idea del gol en contra se va abriendo paso fríamente en los graderíos. Y a los veintinueve minutos, lo inevitable. Rojo ejecuta una falta, Zubiaga salta, deja pasar la pelota, engañando a los defensores madrileños, y Arieta remata el gol del empate y de la supremacía de la condición física de la sardina sobre el cocido cuaresmal. El partido se va extinguiendo poco a poco, mientras crece discretamente la amenaza de un nuevo gol bilbaíno. Entonces, a los cuarenta y cinco minutos, el árbitro Vilanova señala certeramente el final del encuentro.

La moraleja de esta historia es sencilla y corre de boca en boca desde hace siglos por el país: lo importante es la salud. Los bilbaínos no mejoraron la calidad de su juego, pero resultaron los más sanos. Así triunfaron. El último Atlético de Madrid-Atlético de Bilbao constituye una hermosa fábula que debería editar la Delegación Nacional de Deportes, para edificación de los niños españoles sin apetito, bajo el título de la «fábula del garbanzo y del chipirón».

# LA CASTA OLVIDADA

---

25/05/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Tarde calurosa. Unos 70.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 4 (Amancio, Miguel Pérez y Velázquez); Las Palmas, 1 (León).*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; José Luis, Benito Sanchís; Pirri, Zoco; Fleitas (Miguel Pérez), Amancio, Grosso, Velázquez y Gento (Bueno). Las Palmas: Catalá; Martín, Tonono, José Luis (Menchu); Castellano, Niz; Gilberto I (Bosmediano), Gilberto II, José Juan, Germán y León.*

*Árbitro: Urrestarazu. Buena actuación en general, aunque el público se metiera con él injustamente y aunque un «linier» tratara de confundirle en varias ocasiones con sus inoportunos banderazos.*

Una de las pocas cosas que no se le puede negar es la casta. El viejo toro madridista se ha vuelto a levantar al sentir el tercer golpe del puntillero. Los dos goles encajados en el partido de ida en el estadio insular habían convertido el encuentro del Bernabéu en una especie de prefuneral. Descontados los más exaltados partidarios del glorioso hexacampeón, poca gente era capaz de poner la mano en el fuego por el triunfo del Real Madrid en esta eliminatoria. Pero, según explican los biólogos, la casta no se destruye por los errores de una generación. Al sentir el hierro del gol de León, conseguido a los veintidós minutos de la segunda parte, que establecía el 2-1 esterilizador de su victoria, el viejo toro madridista, en un bravo y desesperado esfuerzo, lanzó dos

poderosos derrotes que, en veintitrés minutos, le franquearon el camino hacia los cuartos de final de la Copa.

El Madrid ha realizado uno de sus mejores encuentros de esta aciaga temporada. Aunque, en definitiva, tal afirmación no venga a significar nada concreto, porque la temporada de los muchachos de Muñoz no se ha distinguido precisamente por su calidad. Aparte del indiscutible y afortunado entusiasmo exhibido por los madridistas y de la evidente mejoría de juego mostrada por Sanchís, Zoco y Velázquez, tres de los antiguos puntales, los fallos del equipo permanecen y salen a la luz unas veces con mayor espectacularidad que otras. En la defensa, Sanchís realizó un excelente partido. Benito parece que se va afianzando como un buen central, aunque todavía carezca del sentido de la colocación necesario para semejante puesto. El ex medio José Luis en su nueva alineación no ha demostrado, por el momento, especiales cualidades. Pirri y Zoco se hallan muy cerca de su mejor forma. En la delantera también hay problemas: Fleitas, lento, torpe y sin imaginación, fue sustituido en la segunda parte por Miguel Pérez, quien, sin llevar a cabo especiales hazañas, sirvió para que el equipo abriera el juego por las alas y para marcar el tercer gol para su equipo en un momento crucial. Amancio constituye realmente la figura indiscutible e internacional del Real Madrid y del fútbol español, y gracias a su sentido marcó los dos primeros goles blancos. Grosso actuó en su habitual línea de gran trabajador. Amancio, aunque en otro estilo, es el jugador más eficiente del Madrid, pero debería tener prohibido disparar a puerta. Velázquez, gran futbolista, cuando no se viene abajo físicamente es capaz de solucionar cualquier partido. Así ocurrió cuando faltaba un minuto para finalizar el Madrid-Las Palmas y el resultado global de la eliminatoria arrojaba un empate. Velázquez empalmó desde fuera del área un



enorme disparo que entró en la portería de Catalá tras haber salvado una maraña de defensores canarios. Gento se limitó a tomar el sol, cosa perfectamente comprensible a su edad. Cuando declinaba la tarde, en el segundo tiempo, y los rayos se debilitaron, fue sustituido por Manuel Bueno, que efectuó buenas internadas. Pero tiene que progresar mucho para ser el extremo que necesita el imperio madridista.

#### FÚTBOL TÉCNICO Y DÉBIL

Los canarios ofrecieron un fútbol técnico y blando. Se instalaron, como tienen por costumbre, en el centro del campo, y desde allí montaron un laberinto de pases cortos y horizontales sin peligro. Sus contrataques, cortos de efectivos, no inquietaron demasiado a los madridistas. A los veintidós minutos de la segunda parte aprovecharon la confianza de la defensa madridista y José Juan sirvió un balón a León, que logró adelantarse y llegar solo ante Junquera para hacer subir al marcador el 2-1. Tonono y Castellano en la retaguardia y Gilberto II, Germán y León fueron los más destacados. José Juan combatió mucho, pero se estrelló casi siempre contra la contundencia de Benito. El portero Catalá demostró su calidad.

El Madrid se encontró de salida, a los tres minutos de juego, con el temprano y oportuno gol de Amancio, obtenido al rematar una falta ejecutada por Fleitas. El 1-0 permitió sosegar los nervios y plantear el partido con el debido ritmo. Se suceden las jugadas de peligro con gran rapidez por parte madridista y a los veinte minutos una magnífica combinación entre Sanchís, Gento y Fleitas culmina con un remate de Amancio que llega al fondo de la portería canaria, pero Urrestarazu

anula justamente el tanto por fuera de juego del interior gallego. Presionan los blancos y se suceden las ocasiones de gol, casi todas protagonizadas por Amancio. El público la toma con el árbitro Urrestarazu y arroja en siete ocasiones, bien contadas, latas de cerveza al campo en señal de protesta al ver perjudicados sus colores. Confiemos en que el Comité de Competición recuerde los servicios prestados por el hexacampeón y actúe con la mayor benevolencia posible.

#### TROMBA MADRIDISTA

En la segunda parte, la presión madridista se hace irresistible. Pirri conecta un tremendo cabezazo nada más iniciado el juego, que desvía a córner Catalá. A continuación, Miguel Pérez dispara sin ángulo, muy cerca, y el balón tropieza en Catalá, que cubre muy bien el hueco. A los once minutos, un remate de cabeza de Pirri produce el efecto óptico de gol en los graderíos. En pleno agobio, un barullo ante la portería canaria termina con un disparo de Amancio que establece el 2-0. A los diecisiete minutos, los canarios disponen de una inmejorable ocasión de marcar cuando José Juan, solo ante Junquera, falla el tiro. A los veintidós minutos, el gol de León, ya reseñado anteriormente, coloca el 2-1 en el marcador, que hace peligrar el resultado de la eliminatoria para los madridistas. Pero la reacción es inmediata. No pasa un minuto y Manuel Bueno se infiltra por su banda en una buena internada y centra el balón, que remata Miguel Pérez en el poste contrario. Es el 3-1. Los blancos parecen cansados y ceden en su empuje. Todo hace presagiar un tercer encuentro, cuando a los cuarenta y cuatro minutos centra Amancio, toca de cabeza Zoco, en la confusión de la defensa ca-

naria, y Velázquez empalma sobre la marcha, desde fuera del área, un cañonazo que se cuela hasta el fondo de la portería. Es el 4-1 definitivo y salvador. Ha triunfado la casta y el viejo toro madridista guarda su vida para la próxima batalla. De todas maneras, sus heridas necesitan mucha penicilina. Pero, de momento, a nadie se le pasaría por la cabeza temer por su vida.

# ONCE RESUCITADOS

---

01/06/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Excelente entrada en la noche del sábado con lleno total.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Grosso y Amancio); Barcelona, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; José Luis, Benito, Sanchís; Pirri, Zoco; Miguel Pérez, Amancio, Grosso, Velázquez y Bueno. Barcelona: Reina; Rifé, Gallego, Eladio; Torres, Juan Carlos; Rexach, Martí Filosía, Bustillo, Marcial y Pujol (Alfonseda).*

*Árbitro: Zariquiegui. Buena actuación que no enturbió la duda metódica acerca del gol conseguido por Amancio, ya que el interior madridista cuando salió el balón de la bota de José Luis se encontraba ya en la posición correcta y al mismo tiempo que se desarrollaba la jugada, el árbitro advertía a los barcelonistas que la situación era correcta.*

El 2-0 del Madrid-Barcelona constituye un resultado que no puede pasar inadvertido para cualquier persona consciente. Ante el buen encuentro realizado por los jugadores madridistas en su catedral de Chamartín, colocada bajo la advocación de Santiago Bernabéu, el corazón de este cronista, vacilante entre la alegría espontánea y la prudente reserva, se encuentra partido en dos, desgarrado, crucificado. He aquí un acontecimiento que viene a matizar nuevamente la problemática del país. Por un lado, el alborozo por las primeras señales del resurgimiento del gran Real Madrid resulta lógico en todo español que conozca medianamente la historia de su propia nación. Pero, al mismo tiem-

po, el marcador del estadio Bernabéu despierta un vago desasosiego, porque, según parece, una de las condiciones impuestas por la Europa de los «Seis» para la admisión de España en el Mercado Común establecía que el Real Madrid dejara de controlar autoritariamente la vida futbolística española.

Este es el dilema político-sentimental planteado por la delicada situación y éste debe ser el obligado punto de referencia para abordar de un modo responsable la crónica del Real Madrid-Barcelona, partido de ida valedero para los cuartos de final de la Copa. Y puestas así las cosas, hay que reseñar un hecho cierto, aunque su validez se halle sometida a la contingencia: vuelve el Real Madrid. La cuestión consiste ahora en analizar correctamente las causas del resurgimiento.

#### VELÁZQUEZ, EL CONDUCTOR

Hace pocas semanas, el conjunto madridista se encontraba desamparado, incoherente, dividido en grupúsculos que campeaban por sus respetos sobre el césped de los estadios con el balón en los pies. El equipo blanco había caído en el individualismo y caminaba desorientado, alternando las sonadas derrotas con los discretos triunfos. La victoria madridista carecía de alas. Los motivos de la crisis eran claros. Estos equipos totalitarios necesitan de un conductor. Velázquez, el cerebro del conjunto, atravesaba un profundo y largo descenso de forma física y toda la organización del pie blanco lo acusaba. Pero en los últimos partidos resucitó el supremo ordenador del juego madridista y, bajo su claro mando, resucitó todo el equipo. Los pases verticales del interior rompieron las líneas defensivas de los barcelonistas, que se

confiaron excesivamente, en la táctica tan difícil de sincronizar de colocar a los delanteros adversarios en fuera de juego.

Es cosa suficientemente demostrada que la buena forma de Velázquez sirve para hacer jugar a todos sus compañeros. Exceptuando a Grosso, que cumplió, como siempre, con su noble y proletaria tarea de acarrear balones, a cuestras con su soledad de jugador de fondo. Incluso la defensa blanca se convirtió en una auténtica «línea Sigfrido» gracias al estímulo del dirigente. José Luis, como tantos otros futbolistas procedentes de las líneas de vanguardia, parece que puede convertirse en un buen defensa. Benito se afianza y Sanchís recupera parte de sus antiguas cualidades. Amancio es el encargado de ofrecer al mundo la imagen brillante del equipo con sus regates increíbles y su espectacular eficacia goleadora. Miguel Pérez y Bueno, que jugaron su segundo partido como novedades, mejoraron la tónica de Fleitas y Gento, imprimieron rapidez y penetración a los ataques, pero todavía no han logrado el óptimo rendimiento de un extremo. La impresión que dio el Madrid frente al lento Barcelona tuvo por base la rapidez, la apertura de líneas y la decidida profundidad.

#### EL BARCELONA, LIBERAL

El Barcelona, equipo de la más rica tradición insertada en la europea, adinerada y vanguardista burguesía catalana, constituyó una sombra de sus cualidades más representativas. Ya sabemos que el principal enemigo de la burguesía liberal ha sido siempre el poder monolítico. Por eso, y así lo afirman continuamente ambos contendientes en las entrevistas periodísticas, el peor enemigo que podía haberle tocado al Barcelona era el Real Madrid y viceversa. En las épocas en que el Ma-

dríd se encuentra en plena mística blanca arrolladora, cuando puede disponer de un «duce» en forma para desencadenar las ofensivas, las tradicionales y valiosas virtudes del Barcelona se borran como asustadas por tanto apasionamiento. Dispuesto a la defensiva, en el Barcelona destacaron, lógicamente, los defensas y, sobre todo, el portero Reina, que evitó una catástrofe. El resto de las líneas se mostró apagada y lenta. Bustillo fue anulado por el contundente Benito. Marcial se perdió por extraños caminos. Y los restantes, Rexach, Filosía, Pujol y el sustituto Alfonseda, se mantuvieron en la clandestinidad no agresiva.

El partido se desarrolló de manera avasalladora. Y todo él constituyó una grande y misma anécdota que excluye otro tipo de pormenores que el recitado de los goles: a los cinco minutos de iniciado el encuentro, Amancio regateó a Torres y envió el balón a Grosso, que lanzó un excelente disparo que entró bien colocado hasta el fondo de la portería defendida por Reina. Y cuarenta minutos más tarde, Amancio marcó un gol polémico aprovechando que los defensores barcelonistas se habían detenido a protestar un supuesto fuera de juego. El interior gallego dribló al portero Reina y estableció el 2-0 definitivo.

Vuelve el Real Madrid en medio del júbilo y la inquietud divididos del pueblo español. En la verde Bruselas contemplan con prevención el despertar madridista, porque tuvieron ocasión de comprobar en su propia tierra las actividades futbolísticas del equipo madridista en aquella final contra el Partizán, que le hizo hexacampeón. Vuelve porque ha encontrado un hombre. El equipo madridista, desde sus tiempos más gloriosos, siempre ha necesitado un «fuhrer». Primero fue Di Stéfano, y ahora, cuando la historia parecía haber demostrado que esta clase de cargos suele encontrar dificultades a la hora de la sucesión, el nuevo conductor se llama Manuel Velázquez.

# ROMANCE DE MALA SUERTE

---

15/06/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Gran entrada con lleno total.*

*Marcador: Real Madrid, 0; Atlético de Bilbao, 1 (Igartua).*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; José Luis, Benito, Sanchís; Pirri, Zoco; Ortuño (Grande), Amancio, Grosso, Velázquez y Bueno (Fleitas). Atlético de Bilbao: Iribar; Sáez, Echeberria, Aranguren; Igartua, Larrauri; Argoitia, Uriarte, Arieta (Zubiaga), Betzúen y Rojo.*

*Árbitro: Medina Iglesias. Buena actuación, sin dejarse influir por un supuesto penalti a Amancio, que reclamaba el público, aprovechando el viento que había cortado Guruceta.*

Incapaz de abarcar con la obligada eficacia toda la creciente complejidad del mundo actual, el destino ha decidido especializarse, y, con criterio realista, ha elegido el fútbol como único objeto de sus providenciales afanes. El problema que se planteaba al destino tecnocrático esta última semana, después del primaveral y neopositivista escándalo del Nou Camp, resultaba doblemente grave porque hallarle solución constituía, al mismo tiempo, un asunto urgente e importante. Por un lado, la Copa 1970 parecía haber sido fabricada para el triunfo del Real Madrid en compensación al fracaso de la Liga, y con las miras de no perder un acreditado embajador en el concierto europeo de las naciones. Loable, inteligente y política actitud que uno no puede menos que aplaudir porque el derrocamiento del imperio madridista en la Liga y en la Copa



afectaría sin duda al espíritu nacional, bien superior que debe prevalecer sobre los secundarios. Por otra parte, el espectáculo contestatario del Nou Camp y la doctrina incompleta de la provocación sentada por el Comité de competición para fundamentar el castigo al árbitro Guruceta obligaba a la casualidad a elaborar una nueva estrategia que evitara la segunda gran provocación, es decir, que el Madrid se presentara otra vez en el Nou Camp barcelonés para disputar la final de la Copa.

#### PITILLERAS VOLADORAS

La verdad es que dicha «teoría de la provocación», montada para proporcionar una superficial satisfacción a los catalanes, resulta equívoca y epidérmica, porque toma por blanco al menor de los culpables, y no ataca la raíz del problema que se encuentra en la misma organización del fútbol español. El balompié hispano controlado, como bien se sabe, por los grandes Clubs se halla compuesto por cuatro elementos que deberían mantenerse independientes entre sí para la correcta marcha del espectáculo: público, organismos oficiales —donde van incluidos los árbitros—, crítica deportiva y Clubs. Por los espacios siderales del fútbol nacional vuelan innumerables objetos fácilmente identificables que hacen casi imposible llevar una vida independiente aquí abajo, y que tienen forma de relojes de oro, de pitilleras de plata, de recusaciones arbitrales, de ruina profesional —un recuerdo para Rigo—, de cólicos boletines de Club que deforman la realidad con lenguaje paratotalitario, de presiones irresistibles procedentes de los más insólitos lugares, de detectives privados, de préstamos monetarios a fondo perdido en caso de continuo ejercicio de fidelidad; múltiples objetos voladores que convierten el cielo balompédico español en una rutilante y dosificada cabalgata de miedo y de regalo. La equivocación política de

Guruceta consistió en haber señalado honradamente un falso penalti en un partido decisivo que enfrentaba a dos poderosos. Y la cuerda, naturalmente, se rompió por lo más delgado. El Barcelona y el Madrid poseen representantes en el Comité de Competición; Guruceta, no. Así las cosas, para evitar un nuevo enfrentamiento entre los grandes y condicionado por la «doctrina de la provocación», el destino decidió a última hora cambiar sus planes sobre el futuro copero del Real Madrid y preparó concienzudamente el encuentro Madrid-Atlético de Bilbao.

#### LESIONES Y MALA SUERTE

Como primera medida, llevó al estadio Bernabéu unos ciento diez mil espectadores que, en términos taquilleros, vienen a significar unos nueve millones de pesetas. Decisión que demuestra un perfecto conocimiento de la psicología de las Sociedades Anónimas. Seguidamente, tras haber estudiado la Prensa y leído por enésima vez que la culpa de todo la tenían las lesiones y la mala suerte dejó al equipo blanco sin extremos: a los diez minutos de iniciado el partido, se retira cojeando Ortuño, que es sustituido por Grande, y al comenzar la segunda parte no aparece Bueno, imposibilitado para jugar.

A continuación, el conjunto madridista se adueña de la situación en el campo. Los vascos se repliegan a las inmediaciones del área de Iríbar y sus esporádicos contrataques a base de Rojo, Uriarte y Arieta carecen de peligro.

El Madrid ataca alegremente, con buenas combinaciones al principio, y una vez sin extremos se entrega al perezoso ejercicio mental de bombear balones sin descanso sobre la portería de Iríbar, especialidad en la que llevan todas las de ganar el meta vasco y sus defensas. La defensa madridista realiza un excelente encuentro sin fisuras. José Luis



*Salida en falso de Iríbar.*

aburrió a Rojo y así pudo marchar más tarde a la ofensiva. Lo mismo que Sanchís. Benito se halla a punto de convertirse en un perfecto central. El resto de los madridistas campeó por sus respetos, unos con más clase que otros, pero sin realizar un juego de conjunto. Manolín Bueno debe agradecer a Gento su eterna titularidad, pues gracias a la longevidad deportiva del santanderino había conseguido que su mediocre modo de jugar se mantuviera inédito.

En el segundo tiempo, cuando el Madrid sale arrollador y parece que va a marcar de un momento a otro, el azar prepara taimadamente sus cartas. Amancio, Grosso y Velázquez efectúan una magnífica jugada con pases de tacón y de cabeza que finalizan con un tiro de Velázquez ligeramente desviado. Luego, desde lejos, Velázquez vuelve a rozar el ángulo. A los 13 minutos. Grande está a punto de marcar y se lo impide la segura salida de Iribar. Más tarde, un tiro de Amancio rebota en el ángulo por la parte de afuera. A los 20 minutos, Fleitas pierde otra buena ocasión. La mejor oportunidad es malograda por Pirri, a los 22 minutos, cuando, tras un barullo, se encuentra solo y pierde el tiempo en regatear dos veces y ceder a Fleitas. Un minuto después, en un córner, Amancio, soberbiamente colocado, da la patada al aire.

Era verdad que el gol estaba cantado. A los 33 minutos se produce uno de los escasos córners contra la portería madridista que es lanzado por Argoitia, Zubiaga deja pasar la pelota y Grande despeja en corto el balón, que va a los pies de Igartua, quien, desde fuera del área, empalma un injusto disparo que se cuela como teledirigido por la mala suerte en el mismo ángulo de la meta defendida por Junquera. Es el 0-1 que pone la eliminatoria en camino para que el Madrid no vaya a la final de Barcelona, de acuerdo con la fina jurisprudencia de la provocación. El destino ha cumplido su propósito. Y, ahora, ¿qué estará tramando para el partido de San Mamés?

# HOMENAJE A «LANGARITA»

---

20/06/70

Mañana se celebrará en Santander un homenaje multitudinario al crítico deportivo Agustín Fernández, conocido por el seudónimo que hizo famoso de «Langarita». Sin lugar a dudas, la historia profesional de «Langarita», con sus treinta y seis años de emocionante vitalidad y de calidad técnica, dedicada al oficio informativo, constituye uno de los casos más ejemplares del periodismo español. Uno, que se muestra forzosamente desconfiado hacia las increíbles superestructuras del deporte hispánico y demás fenómenos adyacentes, no puede menos de aprovechar alborozado la ocasión del homenaje a «Langarita» para celebrar doblemente la circunstancia: en primer lugar, porque se trata de uno de los raros homenajes claramente justificados que se producen en este cortesano país, y luego porque las cualidades humanas y profesionales de Agustín Fernández merecen ser expuestas como ejemplo de todos cuantos nos empleamos en este zarandeado oficio. Excepcional sentido de la convivencia, profundo conocimiento de su trabajo, honradez, imparcialidad de criterio en materia tan difícil y sujeta a presiones de todos los niveles como es el dulce e irritable balompié ibérico, tolerancia, sentido de la historia y adaptación constante a la actualidad, tales son los poderes de Agustín Fernández «Langarita», a los que hay que añadir varios libros publicados, el sucesivo desempeño de cargos federativos al servicio del atletismo, del fútbol y del motorismo, y su diaria labor en la Prensa y en la radio. En el homenaje de mañana

del Casino del Sardinero, le será impuesta a «Langarita» la Medalla al Mérito Deportivo. Y también la insignia de brillantes del Racing, como agradecimiento por parte del único Club con categoría nacional de la capital montañesa a la labor por él desarrollada. En las ciudades con un solo conjunto titular, la monogamia deportiva, si es crítica al mismo tiempo que fiel, resulta algo recomendable. El que esto escribe ha coincidido en algunos desplazamientos con «Langarita», y su admiración se ha desbordado al entrar en sospechas de que el conocido crítico deportivo santanderino no cree en la retórica imperial surgida a raíz de la inmarchitable Olimpiada de Amberes y, ni mucho menos, en aquel grito bárbaro e incivil de: «¡A mi el pelotón, Sabino, que los arrollo!», tan contrario a la ciencia y el arte del fútbol, es decir, a la concepción del deporte de Agustín Fernández, y que han dado en entronizar como símbolo supremo de los valores de la raza.

# RONNIE ALLEN, VOTO CONSERVADOR

---

22/06/70

*Campo: Estadio de San Mamés. Lleno total.*

*Marcador: Atlético de Bilbao, 0; Real Madrid 2 (José Luis y Pirri).*

*Atlético de Bilbao: Iríbar; Sáez, Echeverría (Zugazaga), Arangueren; Igartua, Larrauri; Argoitia (Zubiaga), Uriarte, Arieta, Betzuen y Rojo. Real Madrid: Junquera; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio, Pirri, Grosso, Velázquez y Gento.*

*Árbitro: Sánchez Ríos. Discreta actuación. No incurrió en grandes y decisivos errores, pero confundió las cosas pequeñas. El público la tomó con el colegiado. Cuando faltaba muy poco tiempo para finalizar el encuentro, una caída de Rojo, dentro del área madridista, es considerada por los espectadores como merecedora de penalti. Sánchez Ríos estuvo acertado en no señalar el máximo castigo, y el campo se llenó de almohadillas voladoras.*

Una de las más imprevisibles consecuencias de las elecciones inglesas ha sido la derrota del Atlético de Bilbao. Ronnie Allen, el entrenador británico de los bilbaínos, todo hay que decirlo, ha tenido el acierto inicial de anticiparse en una semana al resultado electoral de su país, contra el parecer de los más autorizados comentaristas políticos y de los Institutos de opinión pública. Ya en el partido de ida en esta semifinal, jugado en el estadio Bernabéu, el técnico inglés planteó el encuentro en términos conservadores cuando nadie daba un céntimo por la

suerte de la causa de Heath. La fortuna, le sonrió ampliamente, y al mismo tiempo que en las Islas Británicas triunfaban a golpe de urna las nuevas ideas de Ronnie, los vascos se llevaban un gol de ventaja a Bilbao gracias a un formidable puntapié de Igartua desde fuera del área. Pero el entrenador inglés se excedió al tratar de repetir la misma apuesta en San Mamés. El Atlético de Bilbao es un equipo cuyas virtudes residen tradicionalmente en la fuerza, la velocidad y la furia. De este modo es como ha obtenido sus grandes triunfos, muchos de ellos con el propio Allen. En una semana no se puede pretender introducir en la cabeza de los nobles y subversivos vascos las ideas políticas conservadoras y derechistas de Mr. Heath. El resultado de esta desafortunada prueba han sido dos goles encajados, por Iríbar, que con grandes probabilidades y sin desmerecer por ello el magnífico partido realizado por los madridistas, no hubieran subido al marcador o por lo menos hubieran subido acompañados si los rojiblancos plantean el encuentro con su tradicional estilo de ataque.

#### INTELIGENTE MADRID

Y toda esta crisis ideológica del Atlético bilbaíno vino a coincidir con el encuentro más inteligente y perfecto jugado por el Real Madrid en toda la temporada. Entregas al primer toque, velocidad, visión de la maniobra, colocación, rapidez en el disparo, tales han sido las cualidades exhibidas por los madridistas a lo largo del partido. La solidez de la defensa, en la que José Luis y Sanchís desdoblan sus funciones marchándose con soltura al ataque, y el reforzamiento de la delantera con la inclusión de Pirri, magnífico como rematador y hombre de choque,



al mismo tiempo que la buena forma de Amancio, Velázquez y Grosso proporcionaron una nueva apariencia al equipo.

Descontados los quince minutos iniciales, en los que los bilbaínos llevaron seriamente el peligro en varias ocasiones a la portería de Junquera, a pesar del temprano gol de José Luis, los once madridistas fueron imponiendo su dominio gradualmente, hasta que al cabo de media hora de juego llegó a controlar del todo la situación.

De salida el público recibe con grandes aplausos a los blancos. Cosa notable que contrasta con el comportamiento de los espectadores de otros estadios, incluido el Bernabéu, para con los visitantes. El entendido público de San Mamés fue el admirable protagonista de la noche, aplaudiendo diversas jugadas de Amancio, Velázquez, Pirri y Gento. A los cinco minutos, José Luis se interna por la banda, aprovechando un pase de Grosso al hueco, y conecta un gran disparo que bate a Iríbar. Es el 0-1 que iguala la eliminatoria.

Los escasos delanteros bilbaínos se lanzan denodadamente al ataque, pero la ausencia de gente para el remate hace que se pierdan dos magníficas escapadas de Rojo y otra de Aranguren que llegan hasta el palo de la portería defendida por Junquera. Luego se produce un tiro de Uriarte que da en el poste. El público, el mejor público del país, aplaude un regate de Velázquez.

#### EL ATLÉTICO, SIN REMATADORES

La primera señal de que el Atlético de Bilbao se descompone aparece cuando Rojo comienza a abandonar con frecuencia su banda para jugar cómodamente por el centro. Esto en un extremo es el síntoma más

revelador de decaimiento moral y de pérdida de confianza en sí mismo. El Madrid se crece por momentos hasta llegar a los cuarenta y tres minutos de la primera parte, en que Amancio se escapa por el extremo y envía un centro que toca Grosso y va a parar el balón a Pirri, que mete el pie y establece el 0-2 como una última y lejana venganza de los laboristas. En la segunda parte, Argoitia, que no había dado una a derechas y había constituido el objeto de la ruidosa crítica de un sector del público, es sustituido por Zubiaga. Pero el Madrid se ha impuesto definitivamente. Ronnie ha votado conservador y mantiene sus convicciones contra viento y marea, a pesar de que la realidad le deja en evidencia. Sáez y Aranguren, los mejores con Iríbar, rompen de vez en vez con el sistema y se lanzan al ataque. Pero el equipo se halla replegado. Nada más empezar surge un buen remate de Arieta. Pero la réplica madridista llega pronto con un soberbio centro de José Luis que remata Pirri de cabeza como un cañonazo y el disparo es detenido magníficamente por Iríbar. A los dieciséis minutos, la afición aplaude la mejor jugada de la noche en un avance de Amancio, que regatea al mismo Iríbar, y a puerta vacía manda el balón en dirección a la red, pero una increíble intervención de Echeberría en el último momento salva el gol cantado. Cuatro minutos más tarde Amancio falla una clarísima entrega de José Luis. Gento pone buena voluntad, aprovechando las facilidades laborales que le da su heredero Bueno, y trata de ofrecer al mundo una insólita imagen de trabajador. A los veintisiete minutos un disparo de Pirri se estrella en el larguero. Se va el central Echeberría y entra Zugazaga. Gento es aplaudido en una jugada. Diversos tiros de Velázquez y Gento llevan la inquietud a la portería de Iríbar. Y el partido va declinando poco a poco. En el último minuto

Rojo se interna y cae dentro del área disputando la pelota a José Luis. La «hinchada» pide penalti y arroja almohadillas al terreno de juego ante la negativa del áureo mediocre de Sánchez Ríos.

Poco después termina el partido. En Inglaterra han triunfado los conservadores y la Bolsa de Londres lo celebra descorchando sin tregua las botellas de Champán. Pero en Bilbao han perdido y están tristes. El resultado viene a dar la razón a los teóricos políticos oficiales del país, que llevan advirtiendo desde hace varios lustros que aquí no sirven los sistemas y las instituciones que obtienen éxito en el extranjero.

# LA F.I.F.A., UN GOBIERNO EN LA SOMBRA. HISTORIA POLÍTICA Y DEPORTIVA DE LOS NUEVE MUNDIALES

---

27/06/70

Una nueva actividad política se abre paso en el mundo: once hombres por cada bando juegan a disputarse un balón. Cientos de millones de seres humanos, gracias a la técnica combinada del gran espectáculo y de los medios de comunicación, dejan de ser hombres en cólera hostigados por la sociedad de consumo o la del subdesarrollo para convertirse en hombres mansos y receptivos sobre las gradas de un estadio o ante un televisor. El fenómeno es reciente, en sus características multitudinarias actuales, y ha desbordado todos los habituales esquemas sociológicos. En todas las épocas ha existido un afán, por parte de las personas situadas en la cúspide de la sociedad, en hallar el modo de solucionar con una mezcla de esfuerzo y de misterio la problemática del momento. Durante más de mil quinientos años, los gobernantes financiaron los trabajos de los alquimistas que buscaban la piedra filosofal capaz de convertir los metales comunes en oro. En nuestros tiempos los problemas han cambiado, y ahora el principal asunto que requiere la atención de las clases dirigentes consiste en unir la legitimación popular al mantenimiento en el poder. ¿Es el fútbol la definitiva fórmula mágica para controlar a las masas?

Ganando la mano a los sociólogos, los gobernantes así lo han creído. Y el gran festival político-deportivo de los últimos tiempos ha sido la Copa del Mundo de 1970. Como veremos más adelante, el balón se ha convertido en un objeto ideológico que ha permitido, por ejemplo, la llegada del mediocre equipo de Israel a las eliminatorias de México, que ha maniobrado para dejar en la cuneta al poderoso y sorprendente conjunto de Corea del Norte, revelación de los Mundiales de 1966 y que, de las dieciséis selecciones nacionales que alcanzaron la fase final mexicana, reservó únicamente dos plazas para representar a los inmensos continentes de Asia y África.

En México, las trece cadenas de televisión estimularon durante varios meses antes del Torneo los sentimientos nacionalistas del país. En Brasil, el reciente secuestro del embajador alemán motivó una nota oficial del Ejército que, entre otras cosas, decía lo siguiente: «El objetivo que persiguen esos agentes del comunismo internacional es perturbar la tranquilidad del pueblo brasileño, pacífico y trabajador, en el mismo momento en que la magnífica actuación de nuestro equipo en los Campeonatos Mundiales de fútbol hace vibrar con emoción patriótica a la nación.» El político italiano Amitore Fanfani, candidato a la Presidencia de la República para 1971, se presentó en el estadio Azteca para retratarse preelectoralmente con los jugadores de la «squadra azzurra». En el telediario de la noche correspondiente al 21 de junio, el locutor de la televisión española explicaba que la llegada de Italia a la final representaba el triunfo del nacionalismo contra el centro-izquierda. El Presidente brasileño, Garrastezu Médici, respondiendo a una encuesta del diario «O Globo», de Río de Janeiro, entre los altos cargos de la Administración del país, fue el único que acertó el resultado exacto de la final, el cuatro-uno del Brasil-Italia, ofreciendo, de

este modo, la justificación definitiva a la tesis del origen carismático del Poder. Y el fútbol, como elemento de evasión, fue utilizado al pie de la letra por veintitrés presidiarios de la cárcel Tuxtla de Acapulco que aprovecharon el momento en que los guardianes se hallan frente al televisor contemplando la prórroga de la semifinal para fugarse.

La organización supranacional que dirige tan vasto imperio y ordena el pensamiento de millones de individuos repartidos por toda la faz de la Tierra es llamada la Federation International Football Association, más conocida por la F.I.F.A., y se encuentra al servicio de la noble y antigua cultura occidental.

#### COLONIALISMO BALOMPÉDICO. DOS CONTINENTES OFICIALMENTE RELEGADOS: ASIA Y ÁFRICA

El 24 de mayo de 1904 dos deportistas, uno francés, Robert Guerin, y el otro holandés, Hirschmann, fundaban en París la Federación Internacional de Fútbol Asociación. Veinticuatro años más tarde, el Congreso de la F.I.F.A., celebrado en Amsterdam bajo la presidencia del abogado francés Jules Rimet, decide la creación de una competición a escala mundial, que se desarrollaría cada cuatro años a partir de 1930. La primera Copa del Mundo se juega en Uruguay con la participación de cuatro equipos europeos, y la selección nacional uruguaya se constituye en el primer campeón balompédico de la tierra. Han transcurrido cuarenta años, y la autoridad de la F.I.F.A. se extiende a 135 países afiliados. El balón se ha convertido en el centro de un nuevo culto cuyas modernas catedrales, surgidas de la nada, con capacidad para 130.000 fieles, llevan nombres universales, pronunciados solemnemente por millones de seres: Wembley, Maracaná, San Siro, estadio

Azteca y el nuestro de Chamartín, colocado, como se sabe, bajo la advocación de Santiago Bernabéu.

A partir de entonces, la F.I.F.A. fue adquiriendo conciencia de su poder y entró en la rueda de los grandes vaivenes de la política internacional. En 1930, tras la profunda crisis económica que asoló a los países occidentales, la Copa del Mundo fue conquistada por una pequeña nación de América del Sur, alejada geográficamente del pánico de Wall Street: Uruguay. En 1934 y 1938, con el apogeo de los regímenes totalitarios en Europa, la Copa, ganada dos veces consecutivas por Italia, se colocó al servicio de Mussolini hasta la caída del fascismo. Terminada la segunda guerra mundial, la competición se reanuda en 1950. La Copa abandona Italia, gracias a la eficaz actuación (3-2) de Suecia, un intermediario poco comprometido, y se marcha otra vez a Uruguay, el tranquilo refugio de los tiempos de crisis. En 1954, la sociedad internacional contempla asombrada el «milagro alemán», que incluye, naturalmente, el fútbol. La selección germana se impone en la final al equipo de Hungría, que, según los expertos, es el mejor conjunto del Torneo, derrotado, sin duda, por imperativos de la guerra fría. Suena la hora del despertar del Tercer Mundo. Entre 1958 y 1962, fechas de los dos siguientes Campeonatos del Mundo, obtienen la independencia más de cuarenta países africanos y asiáticos. El trofeo es conquistado en ambas ocasiones por un coloso del subdesarrollo: Brasil. Perdidas las productivas colonias, se impone en las naciones occidentales la «filosofía de la renuncia» como método de supervivencia moral y material, cuya expresión táctica, traducida al fútbol, es el «cerrojo». El cerrojo. La actitud defensiva, el temor por lo que existe, constituye una postura evidentemente conservadora. En pleno desarrollo de tal ideología adviene el histórico Mundial de 1966, en el que

surge a la luz y al escándalo el nombre del verdadero protagonista en la sombra de la competición: la F.I.F.A.

#### EL «COMLOT» DE LA F.I.F.A

En 1966 se celebra el Mundial de Londres. Los norteamericanos han iniciado la escalada en el Vietnam y, en semejante clima de agresividad, todas las instituciones protectoras de Occidente, desde la O.T.A.N. a la F.I.F.A., se han endurecido. Sir Stanley Rous, el septuagenario presidente y supremo oráculo de la Federación Internacional de Fútbol Asociación, dirige autoritariamente los arbitrajes y la organización. Todo se halla preparado para el triunfo de Inglaterra. El Tercer Mundo será puesto fuera de combate. El más calificado aspirante al título, vencedor en los dos Mundiales anteriores, Brasil, resulta rápidamente eliminado. Millones de espectadores pueden contemplar el «asesinato de Pelé», como lo denominó un periodista africano, a manos del portugués Morais y del búlgaro Jetchév. En la jornada inaugural del estadio de Wembley, la selección británica sufre ante la Reina la humillación de un inquietante 0-0 frente a los uruguayos sobre el mismo césped de la catedral. En los cuartos de final, los uruguayos son eliminados, después que el árbitro inglés Finney expulsa a dos de sus jugadores: Rocha y Silva. Los sudamericanos acusaron también al juez británico de no haber señalado una mano flagrante del defensa alemán Schnellinger dentro del área y no haber concedido el gol en un balón que entró en la portería germana y rebotó fuera. Argentina fue eliminada asimismo en los cuartos de final por Inglaterra, por la mínima diferencia (1-0), además de ciertas irregularidades arbitrales, y los jugadores sudamericanos fueron calificados por el «manager»



inglés, Alf Ramsey, como «animales». Adjetivo que despertó la consiguiente indignación popular en Argentina.

La revelación del Mundial de Londres la constituyó el fútbol sencillo, elemental y de una aterradora eficacia de los jugadores de Corea del Norte, que eliminaron al poderoso equipo de Italia y consiguieron marcar tres goles a Portugal, el tercer clasificado del torneo. Apartados de tal suerte los representantes del Tercer Mundo, los tres primeros lugares fueron ocupados por otras tantas naciones europeas: Inglaterra, Alemania Occidental y Portugal.

#### LA PREHISTORIA DEL MUNDIAL DE MÉXICO

A raíz de los incidentes del Mundial de Londres, se inició en los países latinoamericanos, africanos y asiáticos un movimiento de protesta contra las arbitrariedades de la F.I.F.A., y algunas naciones amenazaron con no asistir al próximo torneo de México. Pero el interés político derivado de la participación en un Mundial prevaleció sobre los problemas que pudieran ser denominados como estrictamente deportivos.

La F.I.F.A. quedó, así pues, nuevamente con las manos libres, ante la pasividad de la mayor parte de las naciones «subdesarrolladas», cuyos dirigentes necesitaban la tribuna del Mundial como afirmación de la propia personalidad y como último y posible argumento de reserva en el caso de litigio en tanto a su supervivencia en el Gobierno. Aunque la proximidad de las elecciones para la presidencia de la F I F A. obligó a Stanley Rous a adoptar una actitud moderada con respecto al grupo sudamericano en busca de sus votos.

La prehistoria del Mundial de 1970 comienza con el desigual reparto de los dieciséis puestos de la fase final entre los distintos conti-

nentes: nueve equipos europeos, cinco latinoamericanos, uno africano y uno asiático. Las maniobras de la F.I.F.A. originan forzosas implicaciones políticas.

La Confederación Asiática de Fútbol, controlada por Stanley Rous, coloca en el mismo grupo que el potente equipo de Corea del Norte al conjunto de Israel, país al que no reconoce diplomáticamente y cuya actuación con respecto al pueblo palestino ha condenado enérgicamente. La F.I.F.A. decide, además, que el encuentro se celebrará en Tel-Aviv. Los coreanos protestan, pero la Federación Internacional se muestra inflexible y no les queda otro remedio que retirarse. A Israel sólo le resta vencer al débil equipo de Nueva Zelanda en dos partidos jugados ambos en Tel-Aviv para proclamarse campeón del primer grupo asiático, dispuesto para enfrentarse con el campeón del segundo.

En el segundo grupo asiático la F.I.F.A. posee un protegido, el Estado racista de Rhodesia, con el que se han negado a enfrentarse los países africanos en la eliminatoria de su continente, y que ha instalado, en vista del rechazo de los vecinos, en la zona de Asia. De éste modo, Rhodesia deberá jugar contra Australia, Japón y Corea del Sur. Pero dichos países deniegan el visado de entrada a los racistas de África, y la F.I.F.A., entonces, impone a los refractarios un torneo triangular, cuyo vencedor, Australia, tendrá que dirimir la contienda con Rhodesia en un terreno cercano y favorable a los muchachos de Ian Smith: la colonia portuguesa de Lourenço Marqués. Los futbolistas australianos, tras un largo viaje en barco, arriban a Lourenço Marqués, corren durante cinco horas para ganar a los rhodesianos (1-1, 0-0 y 3-1) y, siete días más tarde, agotados, tienen que encontrarse en Tel-Aviv, donde el equipo israelí les derrota por 1-0. En el encuentro de vuelta, celebrado el 14

de Diciembre de 1969 en Sidney, los judíos aplican la filosofía de la resistencia, y su «cerrojo» obtiene un 0-0 que les proporciona el pasaporte para Méjico. Como curiosidad, y como una demostración más de que el fútbol precede a la política, hay que señalar que la Federación Israelí de Fútbol nació en 1928, bajo el mandato inglés, veinte años antes de que fuera montado el Estado de Israel.

#### SALVADOR-HONDURAS: FÚTBOL, TANQUES Y CAÑONES

En la zona africana, las dificultades opuestas por la F.I.F.A. a los conjuntos del continente fueron desproporcionadas. Marruecos, único representante africano en Méjico, tuvo que eliminar a cuatro naciones diferentes en su camino hacia la fase final, mientras que a Israel le bastó con deshacerse de Rhodesia y Australia, en las condiciones anteriormente expuestas. Y no hablemos de Europa, donde, para clasificarse bastaba con mostrarse superior a dos naciones. Así fue eliminado oficialmente del Mundial de 1970 el auténtico representante de Asia, el equipo de Corea del Norte. Al mismo tiempo, la representación asiática continuará siendo discutible mientras no participe en la competición el conjunto de China popular, el país más grande y más poblado de la tierra, cuyos futbolistas han dado muestras de su calidad frente a selecciones y clubs africanos y europeos. En la fase preliminar correspondiente a América, la carga política y social del fútbol ha estallado en una verdadera guerra entre Honduras y El Salvador, con intervención de las fuerzas armadas de ambos países. Honduras respondió a los malos tratos sufridos por su equipo, y sus «hinchas» en El Salvador (dos muertos y centenares de heridos en el estadio), expulsando a 12.000 emigrantes salvadoreños. Como répli-

ca, el Gobierno de El Salvador dio orden a su ejército de cruzar la frontera e invadir la nación vecina. La guerra terminó al cabo de unos días gracias a la intervención de la O.E.A. (Organización de Estados Americanos).

Así las cosas, los dieciséis participantes finalistas comenzaron en Méjico la disputa de la Copa del Mundo 1970. Los espectadores mejicanos repartieron su capacidad de simpatía y de aversión entre dos países, Brasil, el aplaudido, e Inglaterra, el denostado. En el continente americano se hacía más difícil la victoria de cualquier equipo perteneciente al bloque europeo. Además, la excelente forma y la calidad del conjunto de Brasil obligaría a exagerar ostensiblemente cualquier maniobra para perjudicarlo con el consabido escándalo. Más no por ello perdió Inglaterra ayudas oficiales como un penalti considerado injusto por todos los cronistas deportivos allí presentes, señalado contra Checoslovaquia, a modo de inútil estímulo, en un partido en el que Inglaterra precisaba de tres goles para aspirar a la posibilidad de los cuartos de final.

¿Por qué ganó Brasil? Aún es pronto para poder analizar correctamente, para añadir a los deportivos todos los elementos socio-políticos de una historia tan cercana y cuyos contornos reales todavía se encuentran desdibujados tras las múltiples pasiones surgidas. Pero el hecho cierto es que, una vez más, la Copa del Mundo, que siempre ha buscado los protectores más fuertes del momento, ha comprendido perfectamente el significado de la derrota de los laboristas en Inglaterra, de la invasión estadounidense de Camboya, de los acontecimientos de Argentina, y, con la mirada en esta ocasión aprobadora de la vieja nurse victoriana de la F.I.F.A., se ha ido al Brasil. País cuyos futbolistas juegan, además, maravillosamente bien.

# NI UN AÑO SIN TÍTULO

---

29/06/70

*Campo: Estadio Nou Camp, del Barcelona. Buena entrada en la noche de la final de Copa, aunque no se llenaron las gradas. Unos 65.000 espectadores. Asistieron el Jefe del Estado y los Príncipes don Juan Carlos y doña Sofía.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Pirri, Planelles y Fleitas); Valencia, 1 (Jara).*

*Alineaciones: Real Madrid: Junquera; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio (Planelles), Pirri, Grosso (Fleitas), Velázquez y Gento. Valencia: Abelardo; Tatono, Aníbal, Sol; Antón, Paquito; Poli (Fuertes), Claramunt, Ansola, Nebot y Jara.*

*Árbitro: El único representante de España en el pasado Mundial de México, Ortiz de Mendíbil. Desastroso arbitraje desde el punto de vista técnico y excelente desde el aspecto de las relaciones públicas. De entrada, no cortó el juego duro de los valencianos en el que sucumbieron Grosso y Amancio, lesionados. Luego halagó al poderoso Madrid, que por los minutos treinta y cuatro se hallaba algo desorientado a consecuencia de la mala suerte de las lesiones, con un servil penalti, aprovechando la caída de Fleitas dentro del área valenciana a causa de una obstrucción, cuando había adelantado el balón. Poco más tarde, alertado su fino instinto de «public relations» por los gritos de «¡Guruceta!», «¡Guruceta!» que coreaba el estadio, restableció el equilibrio del marcador señalando otro penalti, esta vez favorable al Valencia, por una caída de Claramunt en choque con Sanchís, bastante dudoso y que, desde luego, jamás se castiga por los campos de fútbol de España. A lo largo del partido, se produjeron faltas más graves que las dos sancionadas con el máximo castigo, pero Ortiz de Mendíbil cambió de criterio y ya no quiso arriesgar nada.*

Hundido en el foso, a ras del suelo Muñoz escondía abrumado la cabeza entre las manos. Hacía diez minutos que había comenzado la gran final y el Real Madrid estaba roto. Fuera del campo, en una banda, Amancio era inútilmente atendido por el cuidador madridista. Estaba al otro lado del césped. Y al mismo tiempo, en la zona más próxima al entrenador, el delantero centro Grosso, con una pierna inservible, se retiraba, llorando su mala fortuna, a los vestuarios. Nadie daba un céntimo por la suerte del equipo madridista, que había sido recibido en el campo de fútbol barcelonés con los gritos de «¡Guruceta! ¡Guruceta!», coreados por la poco desmemoriada multitud. El Valencia había salido a imponerse por medio de la contundencia, y a los cinco minutos, Grosso y Amancio yacían por tierra, según hemos dicho, contemplados temerosamente por la «hinchada» madridista.

Durante unos minutos los blancos jugaron con nueve hombres mientras saltaban al terreno de juego, primero, Fleitas, y más tarde, Planelles. Se traslucía un clima de desmoralización en las filas blancas ante la pérdida de dos de sus hombres fundamentales: Grosso, el supremo trabajador, el príncipe del pluriempleo, y Amancio, el artista, el salvador de los grandes momentos. El Valencia no supo aprovechar este golpe de desgracia de sus contrincantes, y en lugar de aumentar la presión se perdieron en la improductividad del juego duro. Las pocas ocasiones de peligro valenciano, como una escapada de Jara, aprovechando un avance de su defensa enemigo José Luis, cortada muy bien por Benito, fueron neutralizadas con relativa facilidad.

## JUEGO DURO

El Valencia se adueña por un tiempo del terreno de juego, aunque dicho dominio no se traduce en nada positivo. Un disparo de Claramunt

es desviado a córner con apuros por Junquera. Y se produce algún emocionante barullo dentro del área madridista, pero sin consecuencias graves. Muñoz no cesa de agitar los brazos señalando a Gento su banda, pues el extremo madridista, a la vista de la contundencia de los defensores valencianos, opta por la comodidad y los amplios horizontes del centro del campo. A los diecinueve minutos, Grande recibe un pase de Fleitas y conecta desde fuera del área un fuerte disparo, que se estrella en el larguero. Es el primer aviso, rápidamente compensado treinta segundos más tarde por Nebot con otro tiro que también tropieza en el poste madridista. Fleitas se queda solo, a los veintitrés minutos, pero su enorme lentitud permite la llegada de Aníbal, que mete el pie y envía el balón a córner.

El Madrid comienza a superar el bache moral y suenan los primeros aplausos para sus jugadas. Pero Muñoz sigue desesperándose cuando una magnífica maniobra de Pirri, con pase al hueco, donde teóricamente debiera haberse hallado Gento, no encuentra al extremo, perdido por el centro. El Valencia replica con fuerza, y un tiro de Tato no rebota en Benito, y a pesar del cambio de trayectoria es detenido muy bien por Junquera, que realizó un notable encuentro.

Con Pirri como delantero base, Velázquez armando los ataques y la nueva solidez de la defensa con los hallazgos de José Luis y Benito, y otra vez en gran forma Sanchís, el partido se iría inclinando con movimiento uniformemente acelerado hacia el bando madridista.

#### PENALTI SERVICIAL

Pero ya se sabe lo que es la ciencia: todo movimiento necesita de un empuje inicial. A los treinta y cuatro minutos, Fleitas se interna en el

área enemiga, adelanta el balón para rebasar a Paquito y es obstruido en la salida del regate. Típica falta de obstrucción que los árbitros más osados se atreverían a castigar con un tiro indirecto. Pero el juez Ortiz de Mendíbil practica un estilo de arbitraje, al que ha incorporado la técnica de las relaciones públicas, que agrada sobremanera a los poderosos, al mismo tiempo que desata en raras ocasiones las iras de los débiles. Los sabios arbitrajes de Ortiz de Mendíbil se caracterizan porque, al final del partido, el balance formal de los silbidos arroja una contable apariencia de equilibrio, aunque luego en el marcador salte la desproporción. Gracias a tales habilidades del colegiado es el número uno de los árbitros españoles, el bienamado de la Sifa, del Inter, del Milán, del Real Madrid, etc. Así, pues, Ortiz de Mendíbil señala sin vacilar el punto de penalti, mientras en los graderíos el asombro deja las gargantas mudas por unos instantes, hasta que comienza la lluvia de almohadillas y el aire se llena proustianamente de la salmodia del tiempo perdido: «¡Guruceta! ¡Guruceta!» Pirri se encarga de aprovechar el noveno penalti favorable al Madrid de la temporada, récord hermoso, para establecer el 1-0, principio de la aceleración. Las gradas echan humo en el sentido propio de la expresión, mientras las tracas y los fuegos valencianos estallan con ira.

Pero es la ley; toda energía desarrolla otra de signo contrario, es decir, que al juez Ortiz de Mendíbil le bastaron cuatro minutos exactos para pensar que a su prestigio internacional no le convenía nada ser identificado con el impopular Guruceta. Y tan pronto como vio a Clarumunt por tierra al disputar una pelota con Sanchís, cerró los ojos y sopló en el silbato con alivio: penalti. Corrían los treinta y ocho minutos de la primera parte cuando Jara elevaba el 1-1 al marcador.



## AGOTAMIENTO VALENCIANO

Pero, una vez en marcha, la aceleración no se detiene con un corto frenazo, por muy fuerte que éste sea. El Madrid imprime mayor velocidad a su juego por momentos. Planelles se acomoda muy bien al equipo titular y demuestra gran soltura. En los comienzos de la segunda parte se registra un forcejeo entre ambos equipos, que termina en seguida bajo la presión de los muchachos de Muñoz. Un tiro de Sol, a pase de Paquito es detenido muy bien por el seguro Junquera. Antón y Sol se distinguen en las filas del Valencia, pero en seguida, al ceder su propia delantera, con Poli, que sería tardíamente sustituido a los veinte minutos por Fuertes; Ansola y Claramunt agotados, empezaría también a hacer agua el sistema defensivo de los levantinos. Otra buena jugada entre Claramunt y Nebot termina con un disparo de Ansola, que sale alto.

A los diez minutos es anulado a José Luis un gol por claro fuera de juego. A continuación surge una ocasión de gol con un tiro de Velázquez bombeado, con el portero, Abelardo, adelantado, que tropieza en el larguero, y el rebote es recogido por Fleitas, que tira a puerta vacía, pero Sol mete el pie y salva el gran peligro. Y a los quince minutos, una impresionante escapada de Pirri, que regatea a varios contrarios de forma sorprendente, llega junto al poste y retrasa templado a la cabeza de Planelles, que remata el 2-1. No han pasado cinco minutos cuando Fleitas intercepta un pase de los defensores valencianos, y observado que Abelardo se halla adelantado, envía al estilo Pelé un largo tiro bombeado desde casi el centro del campo, que se cuele en la portería valenciana irremediablemente, a pesar de la carrera del portero. He aquí una justificación a la retransmisión televisiva de los Mundiales.

Miguel Muñoz da saltos de júbilo en el foso, mientras los suplentes corren a abrazar al sudamericano. La final está decidida.

Minutos, antes se había producido el verdadero penalti de la noche cuando Gento fue derribado ostensiblemente dentro del área en un avance. Pero Ortiz de Mendíbil decidió cambiar de criterio ante la amenaza de comparación con el infortunado Guruceta, y pensando quizá que el Valencia también es un Club poderoso y que más vale no meterse en silbidos de once varas si se quiere llegar al Mundial de Munich, decidió pasar por alto el flagrante delito. Por otra parte, el equipo madridista ya no lo necesitaba. Estaba escrito: el Real Madrid campeón de Copa de 1970. ¡Dios mío! ¿Qué explicación vamos a dar en el Mercado Común?

# EL JUICIO DE LOS PENALTIS

---

15/08/70

*Campo: Estadio de La Rosaleda, en muy buenas condiciones y lleno total en el graderío.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Grosso); Vasas de Budapest, 1 (Vidats).*

*Alineaciones: Real Madrid: José Luis II; José Luis I, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio, Pirri, Grosso, Velázquez (Fleitas) y Gento (Bueno). Vasas: Tamas; Fabián, Meszol, Ihasz; Menzel, Vidats; Toth, Puskas, Müller, Farkas y Landinszki.*

*Árbitro: El señor Urrestarazu, bien, en líneas generales.*

**Málaga.** (Por teléfono, de nuestro enviado especial.) Es cosa ya sabida que el Real Madrid, como las grandes instituciones, imprime carácter. Directivos, jugadores y la vieja guardia de la «hinchada» blanca constituyen, al mismo tiempo, los sujetos activos y los sujetos pasivos de esa magnífica y terrible abstracción político-deportivo, mercantil, más conocida como Real Madrid Club de Fútbol, que controla, desde hace varios lustros, como si gozara de un espléndido y medieval derecho de goleada, la más importante parcela mental de España. Resulta conveniente insistir en esta paticular relación dialéctica existente entre el Club hexacampeón y sus miembros, porque, gracias a ella, pueden ser explicados metódicamente todos los avatares, las felicidades y las desgracias pasadas, presentes y futuras del equipo patrocinado por Santiago Bernabéu.

De sobra son conocidas en fábricas, campos y centros de enseñanza del país, en cabañas y palacios, las diferentes fases históricas del Real Madrid, la gloriosa época imperial, la decadencia y el actual esfuerzo liberalizador por integrarse a la sociedad de consumo. En cada época, y según las distintas circunstancias, el Club ha salido a autoproporcionarse la correspondiente filosofía, la más adecuada concepción del mundo de acuerdo con la realidad del momento. Últimamente, parece ser que ha surgido en el seno del Real Madrid una corriente de opinión que aspira a sustituir la letra y el espíritu del viejo libro de cabecera «Mein Kampf», por la letra renovadora predicada por un joven salido de sus propias filas, antiguo jugador madridista, llamado Julio Iglesias, y autor de una obra titulada «La vida sigue igual».

Derrotado en la Liga y vencedor en la Copa, el conjunto blanco ha terminado por aceptar el hecho de que siempre hay por qué reír y por qué llorar. Punto que constituye, como es sabido, una de las tesis fundamentales de «La vida sigue igual». Y la doctrina relativista del brillante Julio Iglesias ha vuelto a encontrar confirmación en el X Torneo Internacional Costa del Sol, famosa competición de tres días que abre la temporada futbolística en todo el territorio nacional.

#### JOSÉ LUIS Y AMANCIO, LOS MEJORES BLANCOS

Aproximadamente, en dos horas de juego, el Real Madrid ha pasado por todos los estados de ánimo relatados en la conocida canción de su ex jugador. El equipo se ha angustiado en los primeros momentos del encuentro ante el empuje y la facilidad de penetración de los delanteros del Vasas de Budapest, con cinco internacionales en sus filas. En el

primer cuarto de hora, la defensa blanca resultó frecuentemente desbordada por los tiros y las penetraciones de Puskas, que dejó bien alto el pabellón, de Farkas y del extremo izquierda Landinszki. El portero José Luis, que con Amancio han sido las figuras de su equipo, a pesar del gol encajado en el último minuto por encontrarse adelantado, culpa que debe compartir con sus defensas que permitieron disparar tranquilamente al medio Vidats, se vio obligado, en este periodo, a realizar varias espléndidas paradas que salvaron a los madridistas de una derrota prematura.

Un disparo de Pirri al ángulo desde el borde del área, desviado a córner por Tamas, a los dieciséis minutos, constituyó la señal para la recuperación del Madrid. El partido comienza a nivelarse y las ocasiones de peligro se suceden con rapidez en una y otra portería, pues ambos conjuntos juegan al ataque. Gento abandona su zona para refugiarse en la comodidad del centro del campo y es denostado por la multitud, que entona a coro el nombre de Fleitas, reclamando su aparición sobre el césped. Cuando faltaban doce minutos para terminar el encuentro, con el uno a cero en el marcador, Muñoz, presionado psicológicamente por el público, y a la vez justificado por la nula calidad del juego exhibido por el glorioso extremo izquierdo, se decide a sacar a Fleitas, hecho fundamental que, probablemente, vino a costar al Madrid la eliminatoria, pues a la hora del lanzamiento de los penaltis Fleitas falló el suyo, que era el postrero de la serie, y que, de haber entrado, hubiera significado la clasificación para la final. Por el contrario, Gento no pudo intervenir en dichos lanzamientos, y utilizar de este modo la más eficaz de sus ya escasas habilidades.

## EN EL ÚLTIMO MINUTO, LA SORPRESA

Pudieron haber subido al marcador varios goles en esta primera mitad y, en el intercambio, el Vasas se habría llevado la mejor parte. Dos impresionantes fallos de Puskas y Toth, dos excelentes jugadores, malograron goles casi cantados. A los treinta y siete minutos, Gento se alterna en su banda, en una rara oportunidad, centra y saltan Amancio y el portero Tamas. El rechace es recogido sobre la marcha por Grosso desde fuera del área, que empalma un increíble tiro alto, seco y bombeado, que llega al fondo de la red húngara. Es el uno a cero. Gracias a Grosso ya sabemos de que hay por qué reír.

En la segunda parte el Madrid serena su juego y domina ampliamente. Los delanteros del Vasas parecen cansados, aunque continúan ofreciendo sensación de peligro. Amancio burla una y otra vez a Ihasz, y sus fintas son jaleadas por los graderíos. Pero la defensa madridista demuestra en demasiadas ocasiones desconcierto. Zoco remata de cabeza un balón que se estrella en el larguero de su propia portería. A la media hora, abandona el campo el inoperante Gento, y entra el no menos inoperante Bueno. Ambos deberían hallarse mutuamente agradecidos: Gento a Bueno, porque el suplente no demuestra calidad suficiente para quitarle el puesto; y Bueno a Gento, porque gracias a la eterna titularidad del santanderino, ha podido mantenerse en el Madrid tanto tiempo.

Cuando el final parecía más feliz, con los blancos dominando el terreno de juego e intentando unos toscos congelamientos de la pelota, tres o cuatro rápidas incursiones de Landinski y Müller anunciaron el peligro. Faltaba un minuto para que el Madrid se proclamase finalista del Costa del Sol, cuando Vidats, desde el borde del área, ante las facilidades proporcionadas por los defensores madridistas, se atrevió a en-

sayar el disparo, con tan buena fortuna que el tiro sorprendió a José Luis algo adelantado, con trayectoria perfecta.

Así, pues, se establecía el uno a uno. Los noventa minutos de juego habían sido inútiles y la vida seguía igual.

#### LOS VEINTE PENALTIS

Llegaba la hora de los penaltis. Lanzaba el primero Puskas fuera; el segundo, Menzel, detenido por José Luis; luego, Müller, Farkas y Meszol aprovecharon sucesivamente su turno. Resultado, tres goles para el Vasas. El Madrid se las promete muy felices, sobre todo cuando Amancio y Pirri marcan los dos primeros penaltis. El ejecutado por José Luis I es desviado por Tamas. Grande establece el empate a tres tantos y todavía queda la oportunidad de Fleitas, que dispara a las nubes. Por culpa de Fleitas ahora ya hay por qué llorar, y se impone la segunda serie de lanzamientos, que es iniciada por el Real Madrid. El primer tiro de Pirri es detenido por el meta húngaro, pero el árbitro, Urrestarazu, manda repetir el lanzamiento, señalando que Tamas se había movido antirreglamentariamente. En el segundo intento, marca; luego, Amancio obtiene el segundo gol; José Luis I vuelve a fallar en su turno. El disparo de Grande es detenido por Tamas y Fleitas consigue marcar. Son otros tres goles en total.

El Vasas únicamente falla el primer lanzamiento, correspondiente a Menzel; pero Muller, Puskas, Farkas y Meszol obtienen los cuatro tantos precisos para alzarse con la victoria. El Madrid se retira abatido a los vestuarios y los espectadores especulan, como consolación, la posibilidad de un reñido encuentro Madrid-Málaga para el tercero y cuarto puestos.

Para el equipo de Bernabéu, quedan más torneos y más esperanzas este verano, antes de comenzar la próxima Liga.

Según mis noticias, en los vestuarios se habría pasado, poco a poco, nuevamente el optimismo. Un compañero me comunicó que alguien tarareaba allí, envuelto en el incienso deportivo del linimento, los versículos eurovisivos de Julio Iglesias, conocido ideólogo madridista.



# EL VASAS GANÓ AL MÁLAGA (3-2)

---

17/08/70

*Campo: La Rosaleda. Lleno a tope.*

*Marcador: Vasas, 3 (Muller, Farkas, 2); Málaga, 2 (Meszoi, en propia meta, y Cabral).*

*Alineaciones: Vasas: Tamas; Fabián, Meszoi, Ihasz; Menczel, Vidats; Toth, Puskas, Müller, Farkas y Ladinski. Málaga: Deusto; Ir-lés (Montero), Arias, Monreal; Benítez, Vilanova; Pons (Miguelín), Álvarez, Cabral, Viberti y Búa (Aragón).*

*Árbitro: Sánchez Ibáñez, mal.*

Málaga. (Por teléfono, de nuestro enviado especial.) La apertura hacia el Este constituye desde ayer un hecho consumado. El Vasas de Budapest sobrevuela probablemente en estos momentos el oficialmente fenecido «telón de acero», portando la mejor demostración de buena voluntad que pueda ser ofrecida en este país: un trofeo futbolístico. Una enorme copa, construida a base de plata de ley y esmaltes finos, de 1,20 metros de altura, valorada en trescientas mil pesetas, garantiza rotundamente que las relaciones de la España actual con la Hungría socialista se encuentran en su momento culminante. A parte de los méritos estrictamente deportivos, no queda otro remedio que admirar la fina sensibilidad política de los organizadores del X Trofeo Costa del Sol, que han aprovechado la primera oportunidad que se presentaba, inmediatamente después de la consigna suprema del deshielo, para invitar al mismo tiempo a su famoso Torneo a dos equipos pertenecientes a países

ocupados en la construcción del socialismo: el ya citado Vasas de Budapest y el yugoslavo Dinamo de Zagreb. Con ellos, el equipo local, el Málaga, en calidad de lógico anfitrión, y también, como prueba de la madurez política del Torneo, el viejo león no liberal del Real Madrid.

Así pues, el Costa del Sol ha resultado un éxito en todos los aspectos. Pero antes de pasar a la reseña del encuentro final hay que levantar acta de que los únicos que no se hallaron a la altura de las circunstancias fueron los árbitros Sánchez Ríos y Sánchez Ibáñez, que se empeñaron en favorecer exageradamente a los equipos españoles, como si todavía nos encontráramos en los unánimes años cuarenta, o en la inquietantemente cercana época del «La, la, la». Los silbatos «ultras» de Sánchez Ríos, que no castigó un «superclarísimo» penalti de Gento al interior yugoslavo Gurtmirtl, y de Sánchez Ibáñez, que permitió la instauración de la violencia por parte de algunos jugadores malagueños y luego expulsó contemporizadamente a Monreal y a Puskas, cuando el húngaro había sido el sujeto pasivo de la agresión y no envió a la caseta al central, Arias, por su constante comportamiento al borde de lo delictivo, tienen como probabilidad su origen en pequeños intereses particulares, como el deseo de volver a ser llamados a pitar en las futuras ediciones de este Torneo, por encima de los intereses superiores de la nación.

### ÍMPETU MALAGUEÑO

Con un lleno total en los hermosos graderíos de La Rosaleda, comenzó el encuentro final del Costa del Sol. En un principio, el Málaga ofrece enconada resistencia a la superior calidad técnica de los húngaros. Así, transcurrirá todo el primer tiempo sin cambios en el marcador. Pero

semejante ardoroso sistema de juego, que por otra parte era el más adecuado para la situación, significaría el desgaste de los hombres clave del conjunto andaluz, como el argentino Viberti, que en el segundo tiempo se paseará como un fantasma sobre el césped siguiendo con buena voluntad y a distancia las jugadas sin intervenir en ellas. El Vasas constituye un equipo en buena forma física que, además, posee cuatro o cinco magníficos futbolistas; como el defensa Meszoi y los delanteros Puskas, Muller, Farkas y Ladinski. Se entregan perfectamente la pelota con disciplinada tendencia a abrir los avances por el extremo, y se cierran sólidamente en la defensa. Es decir, un equipo casi sin fisuras.

En la primera parte, el Málaga disfrutó de algunas buenas ocasiones para marcar. Vilanova y Cabral llevaron a cabo peligrosos disparos que fueron desviados con apuros por el internacional Tamas. Álvarez destacó en la delantera. Búa también, a ratos. El extremo Pons, en una noche aciaga, malogró cuantos balones cayeron en sus pies. Alrededor de los treinta minutos de juego surgen los nervios en la hierba. Tras una jugada, Monreal ataca a Puskas con violencia y Sánchez Ibáñez, salomónica e injustamente, envía a ambos protagonistas del incidente a los vestuarios. Se produce un conato de reyerta general entre los contendientes, y Sánchez Ibáñez reclama la presencia de los capitanes de los dos equipos, para dictar sus advertencias generales. El capitán del Vasas dialoga moviendo discretamente las manos y el colegiado extremeño le obliga, con autoridad, a adoptar la posición de firme.

#### LOS GOLES, EN LA SEGUNDA PARTE

La segunda mitad se inició de un modo sorprendente: a los tres minutos se interna Búa por la banda y envía un centro muy cerrado, que al tra-

tar Meszoi de despejarlo no hace otra cosa que introducir el balón en su propia portería, con gran desesperación de sus compañeros y regocijo entre sus adversarios. Es el inesperado 1-0. Pero ya hemos dicho que el ligero dispositivo de juego del Málaga se viene abajo por el agotamiento de parte de sus hombres. No han pasado cuatro minutos de la desafortunada intervención de Meszoi, cuando este mismo jugador lanza un pase en profundidad al delantero centro Müller, que se interna y obtiene el gol de empate, el 1-1 que restablece el equilibrio. Pero cinco minutos más tarde, a los doce minutos, Arias incurre en una de sus consabidas faltas, muy cerca del área malagueña. Se forma la barrera con un hueco por donde Farkas conecta un disparo duro y preciso junto al poste que establece el 1-2. Vuelven a producirse conatos de riña comunitaria y Pons falla un gol cantado, a los dieciocho minutos, con una patada al aire. Y a los treinta y ocho minutos de nuevo la sorpresa. Cabral, desde una esquina, con el portero Tamas adelantado, consigue un tiro cruzado y bombeado que entra milimétricamente en la portería húngara. Sánchez Ibáñez no se atreve a expulsar a Arias a pesar de sus permanentes malintencionadas entradas, pero anula un gol al Vasas atendiendo las indicaciones de un, hasta aquel momento, inactivo linier.

Un minuto antes de terminar el encuentro, Cabral tiene la gran ocasión en un formidable remate de cabeza, al que responde Tamas con una soberbia parada.

La prórroga no llega a tener historia porque a los cinco minutos el Vasas conseguía el gol que significaba automáticamente el final del partido y el triunfo para sus autores.

Con su certero instinto, el pueblo aplaudió a los húngaros vencedores, que dieron la vuelta al campo con la preciada copa. Y una vez

más, la organización dio muestras de su admirable sentido común no concediendo el trofeo al mejor árbitro a ninguno de los jueces que perjudicaron de manera tan integrista a yugoslavos y húngaros, sino a Urrestarazu, que asistió a la derrota del Real Madrid por el Vasas y que ha resultado poseedor de un silbato liberal.

# BUEN FÚTBOL PARA EMPEZAR

---

14/09/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno casi total en la noche del sábado. Unos 90.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 2 (Pirri); Valencia, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Borja; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco (De Felipe); Amancio, Pirri, Planelles (Fleitas), Velázquez y Gento. Valencia: Abelardo; Sol, Aníbal, Martínez; Antón, Claramunt; Claramunt II, Poli, Pellicer, Paquito y Sergio.*

*Goles: 1-0. Gran jugada de Amancio por el lado derecho. Tras varios regates espectaculares llega hasta la línea de córner para enviar un centro medio a la cabeza de Velázquez, que remata a las manos de Abelardo, que no puede detener el balón, que, despejado, en corto, llega a los pies de Pirri, que fusila el tanto. (14 minutos de la primera parte.) 2-0. Hábil pase en profundidad de Fleitas a Pirri, que gana la acción a los defensores valencianistas, se planta ante Abelardo y cruza un buen disparo que llega hasta el fondo de la red. (21 minutos de la segunda parte.)*

*Árbitro: Urrestarazu. Regular actuación aunque no influyera en el resultado. No señaló una clara mano de Poli, se dejó confundir en alguna ocasión por un linier y se mantuvo indeciso y temeroso ante la agresión de Amancio a Antón en respuesta a una violenta entrada del valencianista.*

**El calendario de la temporada de fútbol resulta una inestimable fuente de conocimiento político, y debería ser libro de consulta obligado de nuestros hombres públicos. Uno se comprometería a instalarse en una**

isla desierta y seguir con todo detalle las vicisitudes y alternativas de los problemas más acuciantes del país, como la ley Sindical, la ley de Asociaciones, la ley de Administración Local, la balanza de pagos, Matesa, los precios y los salarios, disponiendo como única fuente de información los resultados de los partidos de Primera División jugados cada domingo.

El primer acto oficial de la temporada política 1970-1971 se ha iniciado el sábado en el Santiago Bernabéu con el significativo encuentro del Real Madrid contra el Valencia. Resulta curioso observar cómo el primer partido de esta temporada coincide con el último de la anterior, es decir, con el Madrid-Valencia de la final de Copa. Tal hecho no habrá pasado inadvertido a los países que siguen con atención nuestros menores actos y nos admiran y envidian, desde el extranjero. En otros tiempos, la coincidencia del postrer partido de la Copa, celebrado en junio, con el primero de la Liga, celebrado en septiembre, hubiera significado, sin lugar a dudas, una formal condena del veraneo, puerta de entrada de costumbres extranjeras atentatorias contra las mejores tradiciones de la patria. Pero el turismo ha sabido superar las primeras y naturales suspicacias mutuas, hijas del desconocimiento, ha tenido la gentileza de sostener nuestra economía proporcionando el setenta por ciento de los ingresos totales en divisas, y, con todo merecimiento, ha terminado por hacerse querer. Es decir, que por este lado no hay problema.

La repetición del Real Madrid-Valencia constituye la gran lección de la continuidad. Por encima de los hombres, porque los hombres y los entrenadores pasan, la Liga se sucede a sí misma.

El primer encuentro de la temporada se desarrolló bajo el signo de un intenso forcejeo entre ambos equipos, que se enfrentaron de poder a poder, aunque exhibiendo diferentes características. El Valencia



*Velázquez y Antón se disputan la pelota en las inmediaciones del área valencianista.*

dio una sensación de orden y técnica, que bien se puede atribuir a la mano de Di Stéfano. El equipo se cerró muy bien atrás, sobre todo en la primera mitad, gracias a la labor de Aníbal y Martínez. Su punto débil estuvo en Antón, más duro que técnico, que tuvo la suerte de tropezar con un día aburrido de Amancio, quien probablemente, en la «reñtrée», andaba comparando la playa de Riazor con el césped del Bernabéu, partida en la que sale perdiendo, naturalmente, la hierba sagrada de la catedral balompédica. El primer tiempo de Poli resultó algo increíble. A mí me recordó al holandés Cruyff, el jugador del Ajax que tanto cortejaron el año pasado el Madrid y el Barcelona. También



destacó sobremanera Paquito, lleno de fuerza y de experiencia. Los restantes se mantuvieron en la zona discreta, con ventaja para los dos Claramunt. El portero Abelardo fue el único que desentonó, con sus variadas salidas en falso y el rechace en corto que valió el primer gol madridista. En resumen, se puede afirmar que el Valencia maniobró con aires de gran equipo, al que sólo le falta una mayor rapidez y decisión en el disparo en los últimos metros, pues el Valencia no tiró a gol. Pero la poderosa trama del conjunto está conseguida, al menos, lo ha sido en este encuentro.

El Real Madrid, por su parte, viene más fuerte que el año pasado, aunque todavía salen a relucir algunos errores. La inclusión de Pirri en la delantera ha constituido un acierto, porque proporciona más fuerza, técnica y capacidad de disparo a la vanguardia. Pero, con Grosso lesionado y Velázquez jugando a ráfagas, la zona del centro del campo se quedó el sábado sin arquitectos tenaces. El Real Madrid quedó en manos de la iniciativa y buena forma de sus individualidades, de las habilidades de Amancio burlando al tosco Antón, en una de las cuales envió un centro matemático a la cabeza de Velázquez, cuyo remate, despejado en corto por el flojo Abelardo, fue a parar a los pies de Pirri y significó el 1-0 madridista a los cuatro minutos de iniciado el encuentro, y de los inteligentes y pródigos pases en profundidad que dio Fleitas en la segunda parte, de los que hay que destacar dos de ellos: uno, a los veinticinco minutos, que dejó solo a Amancio con el balón con veinte metros para plantarse delante de Abelardo y chutar sin fuerza y a las manos del portero. El otro, se había producido nueve minutos antes y había sido aprovechado nuevamente por Pirri en una carrera para establecer el 2-0 definitivo.

## LA DEFENSA MADRIDISTA

La defensa madridista se fue afianzando a medida que transcurría el tiempo, y todos cumplieron perfectamente. El portero Borja tuvo algún fallo, que compensó con buenas paradas. Muy bien Benito y Zoco. En la delantera, Gento se mostró infatigable y se dedicó a sorprender a los jugadores valencianistas llegando corriendo por detrás y arrebatándoles el balón. Planelles, buen futbolista, todavía aparece inexperto. Fleitas, muy eficaz, estuvo a punto de conseguir un gol tras un pase de Amancio, pero su remate de cabeza, con Abelardo superado, quedó corto.

Mucho se habla en la Prensa cada vez que en el Madrid falla algo, de los motivos del conflicto que suele atribuirse a rencillas entre jugadores o enemistad con el entrenador. Nada de esto podría ser aplicado ahora. Obedece a motivos estrictamente técnicos: Grosso se halla lesionado, Pirri ha pasado a la delantera y la forma de Velázquez es irregular. De momento no sucede nada grave.

# LA VIOLENCIA SUBTERRÁNEA

---

21/09/70

*Campo: Estadio Manzanares. Excelente entrada, rozando el lleno total. Unos 65.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Gárate); Atlético de Bilbao, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo, Iglesias (Eusebio); Ufarte, Luis, Gárate (Ovejero), Irureta y Alberto. Atlético de Bilbao: Iríbar; Sáez, Echeberría, Aranguren (Carlos); Igartua, Larrauri; Argoitia (Zubiaga), Uriarte, Arieta, Betzuen y Rojo.*

*Goles: 1-0. A los dieciocho minutos, Adelardo lanza una falta en las proximidades del centro del campo, Iríbar efectúa una defec-tuosa y larga salida, fallando en la recogida del balón, que llega a los pies de Gárate que, a puerta vacía, remata el gol. 2-0. A los treinta y ocho minutos de la segunda parte, otra vez Gárate empalma un balón, desde muy cerca, que se cuele entre las piernas de Iríbar.*

*Árbitro: Medina Iglesias. Mediocre actuación. El partido se le fue de las manos, careció de un criterio general para la consideración de las faltas. Las cosas le marcharon mejor durante el primer tiempo, hasta que surgió la violencia. Luego se perdió en una diplomacia invisible e inútil.*

**Contra el intelectual «elitista» o contra la burguesía media en ascen-sión social, temerosos del contacto con las masas, una vez más hay que sostener que los espectadores de fútbol constituyen la vanguardia aclamatoria y democrática del país. Hacia los cuarenta minutos de la pri-**

mera parte, un incidente del extremo bilbaíno Rojo con el defensa atlético Melo fue condenado por el público con una gran demostración de protesta; es decir, que los graderíos gritaban a coro el infrecuente y cacofónico mote, dispensado, señor lector, de «chulo», haciendo objeto de sus iras al jugador vasco. ¿Qué extraña doble verdad impera en el país que lo que se execra mediante un indiscutible plebiscito multitudinario en el fútbol se estimula magnífica y admira en la vida cotidiana? Continuamente, en las tradiciones más preclaras, en el teatro, en la televisión, y no digamos en la Historia reciente de la Patria, se aplaude y mitifica a nivel de dogma gloriosa; lo que en vocablo directo, desprovisto de todo ropaje superestructural, pudiéramos simplificar como «matonismo». Este rechazo colectivo de la provocación constituye uno de los valores fundamentales del fútbol, que colocan a dicho deporte a la cabeza de las restantes organizaciones de masas de la nación.

El Atlético de Madrid-Atlético de Bilbao, duelo importante, en memoria de la pasada temporada, se caracterizó por varias notas significativas. En primer lugar, por la ausencia de juego de conjunto, de maniobras comunitarias, por parte de ambos equipos. Triunfó el que disponía de mayor cantidad de jugadores con clase y en mejor forma. En segundo lugar, por la violencia subterránea que apareció a punto de finalizar la primera parte. Violencia que sólo en escasas ocasiones surgió a la luz de la tarde en toda su crudeza, pero que tuvo, entre otros puntos culminantes, un puñetazo de Gárate, por cuyo natural pacifismo uno hubiera apostado la cabeza hasta ayer, a Echeberría, que dio con el central bilbaíno en tierra cuan largo era. Ni el árbitro, Medina Iglesias, justificado por encontrarse en aquellos momentos de espaldas, ni sus distraídos linieres se percataron del suceso hasta que las imprecaciones del público y los gestos de los jugadores les pusieron sobre la pista.



*Alberto, con los restos de su indumentaria, disputa un balón con Betzen.*

## FALLÓ EL CENTRO DEL CAMPO

Dentro del raro clima de violencia que se instauró en el campo hay que destacar la parte activa y directa que tomó en el asunto el entrenador rojiblanco, Marcel Domingo, que se levantó del banquillo en numerosas ocasiones con grandes y teatrales aspavientos, anticipándose a los gritos de parte del público, que se contagiaba de sus ademanes. De pie, al borde del terreno de juego, Marcel Domingo sostuvo un altercado a grandes voces con el bilbaíno Uriarte, que le señalaba que su puesto consistía en permanecer sentado en el banquillo, según es preceptivo en todo entrenador, y con gestos comprensibles a un kilómetro Domingo retaba a Uriarte para verse las caras al finalizar el encuentro. Lamentable espectáculo.

Por lo demás, el partido ya hemos dicho que se distinguió por la falta de orden en todos los aspectos. El tradicional arquitecto del Atlético de Madrid, Adelardo, realizó un excelente partido, pero se limitó a empujar, en lugar de crear juego. Así, las mejores bazas de los madrileños se debieron a las habilidades individuales de Gárate, autor de los dos goles, que no se parecía en nada al Gárate torpón del partido contra el Austria de Viena del miércoles; de Luis, espléndido, y, en menor medida, de Ufarte.

Baste señalar, para demostrar la falta de juego de conjunto de los madrileños, que el setenta por ciento de sus pases fueron defectuosos. En la defensa, Jayo e Iglesias, sobre todo el primero, destacaron por encima de sus compañeros.

## OCASIONES MADRILEÑAS

El Atlético de Bilbao también careció de orden de combate. Con Clemente lesionado hasta noviembre, la zona media de los bilbaínos queda a cargo de dos hombres destructores de juego, pero no creadores. Así, Rojo, Uriarte y Arieta lucharon sin descanso, pero sin apoyo ni intención previa en las jugadas. Aunque justo es reconocer que el Atlético de Madrid disfrutó de innumerables ocasiones de gol, también hay que señalar que los dos goles encajados por el Atlético de Bilbao se debieron a dos raros fallos de Iríbar. El primero en una larga salida en falso a una falta ejecutada por Adelardo, y el segundo, en un defecto al parar el balón disparado por Gárate, que se le coló por entre las piernas. Del equipo bilbaíno hay que destacar el intenso batallar de Uriarte, la clase medianamente combativa de Rojo y las buenas maneras del debutante en Madrid, Carlos. De Rojo fue una internada, a los treinta y dos minutos de la primera mitad, llegando hasta el poste y centrando hacia atrás. Pero el balón, a pesar de haber sido rebasado Rodri, no encontró rematador oportuno.

En la segunda parte arreciaron los desordenados ataques madrileños, que pusieron en apuros una y otra vez a la portería defendida ahora muy bien por Iríbar, que se lució en varias paradas y salidas a tiros de Gárate y Ufarte. Los contrataques bilbaínos tuvieron en algunas ocasiones peligrosidad por el lado de Rojo, que siempre superó a Melo en la carrera. Como nota destacada en el clima de violencia, inútilmente favorecido por Marcel Domingo, cuando faltaban diez minutos para terminar el encuentro sacó al campo a Ovejero y Eusebio, dos hombres de choque, después de su altercado verbal con Uriarte.

Y aparte de la crónica guerrera, nada más hay que destacar del partido, que terminó en medio de gran tensión que se prolongó en los vestuarios. Menos mal que el público de fútbol, con escaso sentido de historia, condena la violencia.



# COMO APRENDICES

---

28/09/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada en la noche del sábado. Unos 90.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 3 (Velázquez, Pirri y Amancio); Granada, 2 (Lasa y Barrios).*

*Alineaciones: Real Madrid: Borja (Betancort); José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio, Pirri, Planelles (Fleitas), Velázquez y Gento. Granada: Blas; De la Cruz, Barrenechea, Lorenzo; Santos, Fernández; Lasa, José (Tejada), Barrios, Fontenla, Vicente (Porta).*

*Árbitro: El debutante Santana. En su afán de seguir de cerca las jugadas entorpeció en muchas ocasiones los avances de ambos equipos. No vio una mano clara dentro del área granadina y sacó fuera del área un agarrón a Fleitas, que había sido cometido en el interior. En resumen: falló en la primera convocatoria, aunque no se puede juzgar definitivamente a un principiante por la primera vez.*

Volvieron las oscuras golondrinas de la temporada pasada a colgar en las porterías del estadio Santiago Bernabéu los nidos del gol en contra. Ignoro las aficiones en materia poética de los poderosos responsables del Club blanco, pero mucho me temo que dadas las actuales circunstancias el tristemente fallecido Gustavo Adolfo Bécquer, de encontrarse terrenal y visible, no hubiera gozado en estos momentos de excesivas simpatías por parte de la meticulosa Directiva madridista. Porque el hecho es que en los céspedes millonarios y litúrgicos de la catedral de

Chamartín ha vuelto a sonar la tenebrosa balada de los goles de antaño. Cuando todo parecía olvidado, cuando los éxitos del equipo blanco en las competiciones veraniegas habían restaurado la confianza en una nueva y esperanzadora etapa, llegan el Sevilla, la semana anterior, y el modesto Granada, anteayer, y destruyen alocadamente el sueño.

Porque, desgraciadamente, el Real Madrid ha perdido la tonicidad muscular y la brillantez de las reuniones veraniegas y ha recaído en los achaques del invierno. El sistema defensivo, de los blancos se ha venido abajo y ha encajado cinco goles en dos partidos, ingrato récord cada vez más raro en el fútbol. Betancort favoreció el segundo gol granadino con un blando e inoportuno rechace. José Luis y Sanchís no lograron dominar a sus extremos respectivos. Benito fue el único que se salvó de la catástrofe general, con Pirri, en la delantera, tratando de enmendar el variado repertorio de fallos de sus compañeros. Zoco y Grande no pasaron una sola vez correctamente el balón, que iba en la mayor parte de las ocasiones, cuando no salía por la banda, a los pies de los contrarios. Velázquez naufragó en el anonimato, lo mismo que Planelles. Amancio acusó pereza mental y Gento dio una única y grandiosa carrerita que finalmente no condujo a nada. Pirri fue el más grande, el más batallador y a quien deben quedar eternamente reconocidos los componentes de la «gran familia» madridista.

#### INEXPERIENCIA Y BUEN JUEGO DEL GRANADA

Al Granada le perdió su insensata inexperiencia y su atolondramiento para defender el empate cuando sólo faltaban diez minutos para finalizar el encuentro. También le perdió su portero, Blas, incapaz de retener un sólo balón, que descubrió su sencilla vulnerabilidad en la pri-

mera parada. Bien preparado físicamente, el Granada practicó, sobre todo en la primera parte, un fútbol inteligente y rápido, pero en los momentos más cruciales se impuso el desorden. Barrios, Lasa y Vicente destacaron en la delantera. Y en la defensa, Lorenzo y Fernández.

Nada más comenzar el partido, con cinco o siete minutos de juego, se escucharon las primeras protestas de la intuitiva «hinchada» madridista contra su equipo, que se entregaba a una serie de cesiones imprecisas y acobardadas que terminaron en el portero. La primera maniobra peligrosa corre a cargo de Vicente, que envía un buen disparo, detenido por Borja. Pero en seguida, mientras el árbitro obstruye a los jugadores con sus carreras taurinas y «encimistas», Amancio lanza un pase a Pirri, cuyo tiro se le escapa al portero. A los diecisiete minutos, en un gol casi cantado, un ágil remate de Pirri da en el larguero. El Granada comienza a desconcertarse durante estos minutos, la «hinchada» considera que la presa se halla madura, y comienza a animar a los madridistas. El portero Blas contribuye a tal apreciación con su creciente inseguridad, que culmina cuando en un disparo de Planelles no logra hacerse con el balón, que le es arrebatado por Velázquez para establecer el 1-0.

#### LOS SUCESIVOS EMPATES

Paradójicamente, el Granada se serena y realiza unas excelentes maniobras. Una gran jugada de De la Cruz y Lasa, a los treinta minutos, desbordada la defensa madridista, finaliza con un tiro de este último, solo ante Borja, que sale fuera por centímetros. Vuelven otra vez los silbidos masivos y recriminatorios por parte de la fiel «hinchada» contra sus representantes, que corren por el campo confundidos. Y a

los cuarenta y dos minutos, un buen pase de José a Lasa es aprovechado por éste para aguardar la salida de Borja y marcar el gol del empate, 1-1. Y con un cabezazo de Pirri que salva en última instancia De la Cruz, con Blas batido, termina la primera parte.

Una enorme pita acoge la vuelta del Madrid al terreno de juego. Pero a los dos minutos, un increíble malentendido entre Blas y Fernández, que chocan en el aire, proporciona el balón a Amancio, que establece el 2-1. Borja se lesiona y es sustituido por Betancort, que se estrena catorce minutos más tarde rechazando débilmente un tiro de Lasa, cuyo rebote aprovecha Barrios para marcar de cabeza el gol del nuevo empate, 2-2. Faltan diez minutos para terminar el partido, pero los granadinos tiemblan por el desacato al viejo hexacampeón, y no pasa un minuto cuando en una falta ejecutada por Velázquez el balón va a parar a Grande, que falla estrepitosamente, y luego a Pirri, que altiva a la maltratada afición con el 3-2 definitivo.

Mientras el árbitro anula un gol de Grande y obliga a repetir dos veces la ejecución de una falta, Zoco y Grande, los reyes del antipase, campean por sus respetos y la defensa madridista ofrece un aspecto desolador. Lo mismo que sus compañeros de la vanguardia. Vuelven las oscuras golondrinas. Pero aquellas que pronunciaban los nombres de Di Stéfano, Puskas, Rial y Santamaría, esas no volverán.

# ONCE COBAYAS EN EL BERNABÉU

---

01/10/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Escasa entrada en la noche de un partido de ciencia-ficción y televisado. Unos 20.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 5 (Pirri, Planelles, 3, y Marañón); Hibernians de Malta, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Miguel Ángel; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio, Pirri (Marañón), Planelles, Velázquez y Gento (Bueno). Hibernians: Mizzi; Privitera, Azzopardi, Della; Catt, Mallia; Theobald, Lorry, Micallef, Saviour y Blacklok (Caruana).*

*Árbitro: El portugués Fernández Castro, que actuó perfectamente a tono con la falta de seriedad del encuentro, al que no prestó demasiada atención por resultar el espectáculo indigno de todo juez que se precie. Por eso sus varios errores fueron producto del propio respeto.*

Esta clase de experiencias deberían hallarse prohibidas por la legislación vigente. Es verdad que el Real Madrid, en la primera eliminatoria de sus competiciones europeas, siempre se ha visto milagrosamente favorecido por la fortuna al tocarle en el sorteo un equipo equivalente a cualquiera de los conjuntos no punteros de la Tercera División. Pero esta vez las cosas han sido llevadas demasiado lejos. Once cobayas de calzón corto procedentes de la histórica Malta corrieron, resbalaron y empujaron débilmente el balón ante el amable paternalismo de los madridistas vestidos de blanco, como corresponde a su papel de investiga-

dores, que los utilizaron como conejillos de Indias durante hora y media para buscar la fórmula de regresar al tiempo perdido.

Ayer por la noche, el Real Madrid no existió como conjunto porque sus jugadores aprovecharon el fútbol-ficción del Hibernians para superar los complejos de antaño, los olvidados traumas, las silenciosas frustraciones y revivir antiguos éxitos y esperanzas a través del túnel del tiempo. Así Gento, el viejo capitán, retozaba encantado driblando una y otra vez a los bienintencionados y corteses cobayas que le habían devuelto la juventud balompédica. Como se trataba de una experiencia científica y no corrían peligro las gloriosas pantorrillas, Gento se entusiasmaba recogiendo incansable la pelota de los pies de sus compañeros de equipo para iniciar las grandes carreras de otras épocas. Pero la realidad no perdona este género de evasiones y obligaba, al capitán madridista a colocarse repetidamente en fuera de juego para ganar algún metro de ventaja a sus vigilantes.

También Sanchís quiso recordar tiempos mejores y aprovechó el túnel de tiempo ofrecido por los once caballeros de Malta para trasladarse a los Mundiales de Londres, donde usted, señor lector, se acordará que obtuvo tanto éxito. Sanchís repitió exactamente paso por paso, la internada por la banda a la altura de la posición de interior, reprodujo con asombrosa fidelidad los regates en corto a dos o tres rivales, la llegada junto al poste enemigo y el centro mortal hacia el punto de penalti. Sólo le faltó una cosa: la eficacia.

El resto de los jugadores madridistas trató de aprovechar también la feliz coyuntura para crearse una propia imagen ideal. El rudo e impreciso Grande se plantaba con frecuencia en el área del Hibernians intentando los más finos regates y artísticos pases, al estilo Amancio, que terminaban estrellándose contra la pacífica osamenta de

los malteses. Velázquez consiguió terminar el partido sin agotarse, tan fresco como al principio, convertido en un señor feudal del centro del campo, gracias a la lógica retirada de los malteses a las inmediaciones de su área, espacio que probablemente les recordaba el hermoso y reducido contorno de su isla. Amancio aprovechó la ocasión para no recibir una sola patada ni caer una vez al suelo caminando por la periferia. El joven Planelles trató de hacerlo todo, según corresponde a su condición de aspirante a la titularidad; se embarulló demasiado y estorbó a los compañeros en las pocas ocasiones en que éstos quisieron trabajar. Lo mismo le sucedió a Márañón, al que casi no hubo oportunidad de verle, aunque produjo buena impresión. Sólo Pirri se negó a participar en el desastroso «happening» balompédico y jugó tan bien como siempre.

#### EXTRAÑARON LA HIERBA

Acostumbrados a celebrar sus partidos en campo de tierra, los malteses caían inesperadamente al suelo o corrían encogidos, descomponiendo la figura para no perder el equilibrio, incapaces de pisar correctamente el césped noble del Bernabéu. Sus disparos, aparte de la natural imprecisión, carecían de fuerza, hasta tal punto que no lanzaron un solo córner al estilo tradicional, es decir, enviando el balón bombeado sobre el área pequeña, si no que todos los saques de esquina fueron ejecutados en corto sobre un compañero cercano. El portero siempre que sacaba de puerta enviaba el balón fuera de banda. Su única habilidad: dejar en fuera de juego a los contrarios.

El espectáculo, pues, fue lamentable. Por parte del Hibernians, la más absoluta ignorancia, y por parte madridista, unos deseos exhi-

bicionistas, utilizando la debilidad del contrario, fracasados por la vulgaridad, la ineficacia, el desorden y un absurdo e injustificado complejo de superioridad. Detrás de mi localidad, en el campo, un «hincha» blanco se planteaba la siguiente pregunta: «Si el Madrid marca cinco goles al Hibernians, ¿cuántos le marcaría el Sevilla?» Los muchachos de Bernabéu jugaron amontonados, entorpecidos unos a otros, entregados a una aburrida danza individualista.

El partido no tiene otra anécdota que contar que los goles que fueron subiendo lentamente al marcador en medio de los fallos estrepitosos. A los tres minutos de iniciado el encuentro, Gento se interna por la banda y envía un centro que cabecea Pirri magníficamente. Es el 1-0. Cinco minutos más tarde, Amancio penetra por su lado y pasa a Planelles que remata sobre la marcha. Es el 2-0. Hasta la segunda parte se instaure la vulgaridad. A los cuatro minutos, Marañón se infiltra solo y aguarda la salida de Mizzi para marcar el 3-0. A los nueve minutos, Planelles avanza con poco ángulo de tiro y cruza un disparo raso y colocado que hace inútil la salida del portero maltés. Es el 4-0. Y a los treinta y cinco minutos, el último tanto obra de un chut de Planelles desde fuera del área. Es el 5-0 definitivo.

El Hibernians replicó débilmente y en contadas ocasiones, pero siempre careció de peligrosidad. Se distinguieron en la defensa Privitera, la insegura agilidad del portero Mizzi, y Theobald, Lorry y Micallef. Pero conviene olvidar este partido rápidamente. Los históricos fantasmas de la catedral de Chamartín deben encontrarse airados. La hierba sagrada del Bernabéu no puede ser empleada para esta clase de «happenings».



# EL ATLÉTICO ABURGUESADO

---

05/10/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Excelente entrada, que se aproximó al lleno. Unos 60.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 3 (Alberto, Luis e Irureta); Celta de Vigo, 1 (Juan).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo, Iglesias (Eusebio); Ufarte, Luis, Gárate, Irureta y Alberto. Celta: Gost; Pedrito, Rivas (Villar), Herminio; Costas, Manolo; Lezcano, Juan, Rodilla, Almagro y Jiménez.*

*Árbitro: Vilanova. Punible actuación indigna de la imparcialidad y buenas maneras que deben presidir la actuación de un juez. Con ademanes totalitarios, amonestó con grandes aspavientos a los célticos, más débiles sobre el papel, llegando a dar varios empujones en un permanente abuso de poder a los jugadores gallegos. Al mismo tiempo, halagó con el más descarado servilismo a los rojiblancos, que no necesitan semejante clase de ayudas, favoreciéndoles en todas las faltas. No señaló dos agresiones, sin balón, de Iglesias y Rodilla; no pitó un agarrón de Calleja a Jiménez, y sacó fuera del área, al estilo inverso de Guruceta, una falta de Rodri a Lezcano, cometida dentro del área, flagrante penalti. Dentro de la crónica continuaremos con el lamentable tema del señor Vilanova.*

**Parece que al Atlético de Madrid se le han subido los triunfos a la cabeza. Sólo así se explica la increíble reacción del equipo cuando, comenzó a darse cuenta que, a pesar de la reciente victoria de Viena, los**

modestos jugadores célticos no se dejaban intimidar y ofrecían serias dificultades, con su anticipación y buen juego, a las cómodas intenciones de los campeones de Liga. Así se explican también las dos absurdas agresiones de Iglesias, con el balón lejos, al novel Rodilla, debutante en Primera División, de diecinueve años, que dejó en ridículo una y otra vez al veterano rojiblanco, amparadas por la pasividad del árbitro Vilanova con respecto a las acciones atléticas. Y se explican las pataditas malintencionadas de Ufarte a Jiménez, y que Calleja, recordando quizá los tiempos de la escuela, se fuera corriendo hacia el complaciente Vilanova para acusar a Pedrito, pidiendo que fuera castigado. Y así se explican las salidas de tono desde la banda, en el último partido contra el Bilbao, del entrenador Marcel Domingo, retador de jugadores adversarios. ¿Qué le sucede al Atlético de Madrid, que no ha sabido digerir el peso de la púrpura? ¿Qué ha sido de aquel equipo de hace dos años, tan excelente perdedor, para que ahora se haya vuelto incapaz de hacer frente a la menor contrariedad sin sacar a relucir los malos modales?

La verdad es que el Celta no hizo nada de su parte para evitar molestias a sus distinguidos e irascibles anfitriones. Los gallegos plantearon un magnífico partido con una perfecta vigilancia de los hombres clave del Atlético de Madrid y unos bien ligados avances basados en la anticipación en la jugada, el fondo físico y la clase de Costas y Rodilla, que está llamado a ser el segundo internacional del Celta, y la seguridad de todo el bloque conducido por Juan y Almagro. Los célticos mandaron sobre el terreno de juego durante la mayor parte del encuentro y los rojiblancos tuvieron que echar mano de la furia y la calidad individual de Luis, Adelardo y Gárate para remontar el tanteo adverso.

El Atlético de Madrid, aparte de los tres goles, no realizó nada señalado. El segundo tanto, obra de un remate de cabeza en plancha de Luis, fue de verdadera antología. En la defensa destacaron Jayo y Melo; Iglesias y Calleja recordaron las malas épocas de hace dos años.

#### DESDICHADO ARBITRAJE

El auténtico escándalo del partido lo constituyó el árbitro Vilanova, descaradamente casero, «árbitro familiar», según reconoció Marcel Domingo en la sala de prensa, servilmente aliado a los poderosos hasta el punto que no permitió la entrada del masajista céltico para atender a sus jugadores en los múltiples encontronazos y golpes teledirigidos, e incluso en tales casos nunca detuvo el juego, y en cambio, tan pronto como vio por tierra al excelente jugador rojiblanco Adelardo, además de yerno del presidente del gran Club, reclamó sólicito y sumiso la entrada en el césped de las asistencias. La discriminación arbitral llegó hasta la redacción de las actas, en donde amonestó al masajista céltico y olvidó al atlético, autor de la misma infracción. Vilanova sacó fuera del área una clara falta de Rodri a Lezcano cuando éste avanzaba con el balón sólo a punto de marcar. La jugada podría haberse convertido en el 0-2, que hubiera colocado la victoria rojiblanca muy cuesta arriba.

Los goles fueron marcados por Juan, a los treinta y siete minutos de la primera parte, al empalmar desde fuera del área un rechace de Iglesias, 0-1; por Alberto, a los quince minutos del segundo tiempo, en unos fallos sucesivos de atacantes y defensores, 1-1; por Luis, espléndidamente, a los diecinueve minutos, anticipándose en un remate en



*Curiosa estampa en el campo de batalla. Gárate y Herminio observan a sus compañeros tendidos sobre el césped.*

plancha a la salida de Gost, raro portero que suele parar con el balón ya pasado lanzándose hacia atrás, técnica que le habrá de costar numerosos disgustos, 2-1, y por Irureta de un fuerte disparo desde lejos, 3-1.

No me gusta este nuevo Atlético de Madrid. Resultaba más humano aquel gran perdedor, espectacular y calavera, de los famosos escándalos. La alta burguesía de la Primera División se corrompe con facilidad. Por eso en estos momentos se está produciendo un viraje popular hacia el Moscardó, equipo del que las masas decepcionadas se han apoderado como estandarte de sus reivindicaciones goleadoras.

# LA HIERBA, ESTUPEFACTA

---

12/10/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada, a pesar de la tarde insegura. Unos 65.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Amancio); Gijón, 1 (Valdés).*

*Alineaciones: Real Madrid: Miguel Ángel; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio, Pirri, Marañón, Velázquez y Gento (Ortuño). Gijón: Castro; Miera, Hernández, Herrero I; Puente, José Manuel; Juan (Paquito), Pascual, Quini, Valdés y Churruca.*

*Árbitro: Pelayo Serrano. Notable actuación, sobria, discreta y eficaz, que puede quedar como ejemplo de un arbitraje que no aspira a constituirse en protagonista del encuentro, sino en dirigir el juego. Sus errores escasos no disminuyeron la calidad de su labor. No señaló una falta de Benito a Valdés. Castigó una mano totalmente involuntaria de los defensores gijonenses y se equivocó en un fuera de juego inexistente de Quini.*

Las oligarquías del fútbol español quedan suficientemente advertidas. Este año los equipos modestos de la Primera División, la sufrida clase media de la liga nacional, condenada tradicionalmente al papel de resignados comparsas para la mayor gloria balompédica de los poderosos, sujetos pasivos de traspasos, cesiones, penaltis, votaciones y amonestaciones, víctimas oscuras sin cronistas de cámara en sus nóminas para cantar sus triunfos o justificar sus fracasos, el pueblo llano de la palaciega División de Honor, bien es verdad que con doscientos años de retraso, ha decidido la toma de la Bastilla.

El primer aviso de la agitación reinante en el tercer estado se recibió hace ocho días en el estadio del Manzanares con el gol obtenido por el Celta de Vigo. En aquella ocasión el poderoso Atlético de Madrid contaba con el apoyo del silbato totalitario del árbitro Vilanova, que se apresuraba a declarar fuera de la ley todo intento de participación democrática en el juego por parte de los agitadores gallegos. Pero ha bastado que el Madrid-Gijón tropezara con un juez liberal para que el contraste de pareceres mostrara a la luz las justas aspiraciones de los once caballeros asturianos vestidos tan protocolariamente de calzón corto. Y así el 1-1 resultaba inevitable.

#### CRONISTA FUERA DE LA LEY

En semejantes circunstancias es natural que en el interior de la Bastilla del Bernabéu se respirara un aire de desasosiego a nivel dirigente. En la fortaleza de Chamartín se habían suspendido las garantías constitucionales y el número del carnet de acceso al estadio de quien esto escribe había sido comunicado a los porteros del recinto deportivo, quienes, temiendo que la memoria pudiera traicionarles, lo habían apuntado a lápiz sobre una especie de hojalata infamante, con la orden de que me fuera retirada dicha tarjeta al mismo tiempo que se me negaba la entrada al glorioso recinto. Al cabo de varios minutos dedicado a la escalada de la protesta a través del escalafón jerárquico, descendió una contraorden emanada de las alturas que invalidó todo el procedimiento discriminatorio celosamente puesto en práctica por los fieles empleados del Club, y de tal modo uno pudo abandonar las tinieblas exteriores y sentarse en su localidad, deslumbrado por la celestial

iluminación del Santiago Bernabéu, para asistir, bolígrafo en mano, a la toma de la Bastilla.

Los menestrales del Gijón plantearon con gran habilidad y eficacia técnica sus reivindicaciones. Miera, Hernández y Herrero defendieron con acierto la portería de Castro, buen guardameta, apoyados por José Manuel. Puente, que fue uno de los destacados, construyó gran parte de los contrataques asturianos a partir de la línea defensiva que se proyectaban con rapidez hacia las inmediaciones del área madridista perfectamente llevados por Quini, Valdés, magníficos y seguros rematadores, y por el extremo Churruca, que volvió loco a José Luis durante toda la tarde. El Gijón dio la sensación de constituir un equipo sólido, con excelente fondo físico, aunque en los diez minutos finales el esfuerzo hiciera mella en Quini y Valdés, y además con técnica individual en la mayor parte de los jugadores, que controlan bien el balón y dominan el pase inteligente y el regate. Si se tiene en cuenta que el Gijón ocupaba hasta ayer el penúltimo lugar de la clasificación, no queda otro remedio que rendirse a la evidencia de la seriedad de la revolución balompéica en curso.

#### FALTA GROSSO

El Madrid sin el obrero Grosso, es decir, sin la parte que en correctos términos sindicales pudiéramos denominar social, se convierte en un equipo de varios jugadores con auténtica clase personal y otros con mucha menos, que no puede ofrecer un frente verdaderamente homogéneo a sus contrarios porque al capital de las «vedettes» le falta el trabajo. Sin Grosso, la línea media madridista aparece como una tierra de nadie donde los rivales pueden permitirse el lujo de montar con



*Apuros ante la meta del Gijón. Amancio sigue el balón con la vista en presencia de Marañón.*

toda tranquilidad los ataques, Pirri, que es el único que podría echar una mano, porque es al mismo tiempo un jugador de técnica y de choque, trabaja ahora demasiado adelantado. Aunque uno comprende perfectamente las dudas hamletianas de Miguel Muñoz sobre el puesto que debe ocupar Pirri, porque éste resulta tan buen delantero como medio, y los goles cada día son más difíciles y necesarios.

La figura de los blancos fue Amancio, valiente y trabajador. Y también Marañón, que posee la rara cualidad del disparo sobre la marcha en cualquier posición. Pirri se mantuvo en un sorprendente



anonimato, hasta el punto de que se podría dudar de su alineación en el partido. Velázquez caminó errante durante todo el encuentro, hasta que dio por finalizado su éxodo, al cabo de los noventa minutos, en los vestuarios. Gento, que no sirve para los partidos de lucha, resulta inmejorable para los encuentros de guante blanco, donde se busca el balón limpiamente y prevalecen las habilidades particulares. Por eso, dadas las favorables circunstancias en que se desarrollaba la contienda, pienso que Muñoz se equivocó al sustituir al veterano extremo izquierda por el rollizo Ortuño, que se movió con lentitud a consecuencia del desentrenamiento y aumento de peso.

De la defensa blanca, y sobre todo de José Luis, vale más no hablar demasiado. Un fallo de Zoco en el despeje dio paso al gol de los asturianos. El portero Miguel Ángel actuó con seguridad, realizó buenas paradas, pero debe mejorar en la retención de los balones. Grande no sirvió de gran cosa a su equipo.

#### CONTRATAQUES SUCEDIDOS

El partido fue dominado desde el principio hasta el fin por el Gijón, con breves intervalos de reacción por parte del Madrid. Pero Quini y Valdés dispararon repetidas veces y crearon mucho peligro con Churruca. Los madridistas también dispusieron de claras ocasiones de gol. Incluso en el minuto nueve el árbitro anuló un gol de Amancio por haber arrebatado el balón de las manos del portero Castro. A los veinticuatro minutos, Quini dispara muy fuerte y Miguel Ángel no logra hacerse con la pelota, que llega a los pies de Valdés, imperfectamente interceptado por Zoco, y remata colocado, junto al poste, el 0-1, que gracias al progreso científico, genuinamente español, que supone la co-

municación a través del marcador simultáneo, es inmediatamente conocido y acogido con enorme alborozo por todos los equipos de la clase media que batallaban en aquellos momentos sobre las parcelas más verdes de la dura geografía hispana.

La reacción de los poderosos no se hace esperar y Marañón se queda solo ante Castro, pero envía el balón fuera. Se cumplían los treinta minutos y ya no sucedería nada hasta la segunda parte. En dicho período, un disparo de Velázquez es detenido en una bonita parada por Castro. A los once minutos, Sanchís, a portero batido, saca sobre la misma raya un remate de cabeza de Puente. Pero los asturianos no pueden evitar solos el peso de la historia. Y a los quince minutos, Ortuño envía un centro largo y medido a la cabeza de Amancio, que llega lanzado, y establece el 1-1 definitivo. Contraatacan unos y otros. Quini malogra una buena ocasión, lo mismo que Velázquez en su turno, y Ortuño estrella un balón en el poste a los treinta y siete minutos.

Y así termina, con balance favorable para, las aspiraciones populares, una de las múltiples batallas que plantearán esta Liga los conjuntos de la pequeña burguesía periférica y descentralizada en las «élites» del puntapié.

# PEOR QUE NUNCA

---

22/10/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Floja entrada en la tarde. Unos 20.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 0; Wacker de Innsbruck, 1 (Grausam).*

*Alineaciones: Real Madrid: Miguel Ángel; José Luis, De Felipe, Sanchís (Miguel Pérez); Grande (Ortuño), Benito; Amancio, Pirri, Marañón, Velázquez y Bueno. Wacker: Rettensteiner; Eschelmue-ller, Warner, Eigenstilller; Kriess, Binder; Francescin, Obert, Grausam, Etmayer y Jara (Wolny).*

*Árbitro: El holandés Van Ravens. Se mostró ligeramente favorable a los madridistas, aplicó contradictoriamente los principios de la ley de la ventaja y, en algunas ocasiones, se dejó confundir por un linier.*

¿Han recibido algunos jugadores del Real Madrid consignas para dejar en evidencia al entrenador, Miguel Muñoz? A juzgar por el encuentro celebrado ayer en el estadio Bernabéu la sospecha podría disponer de algún fundamento al contemplar la apatía, el desinterés, el escaso afán de colaboración de los jugadores madridistas, que aprovecharon la ocasión de que el partido era televisado para ofrecer a los espectadores uno de los encuentros más bochornosos de su admirable historia. Sus futbolistas constituyen los tecnócratas más preparados y mejor pagados del país, poseen una indudable calidad e incluso algunos, como Amancio, Velázquez y Pirri, harían palidecer de envidia a cualquier equipo del mundo. Su entrenador es un hombre de reconocido presti-

gio y conocimientos balompédicos que ha prestado excelentes servicios al Real Madrid como jugador y como técnico. Su organización resulta ejemplar: constituye el modelo inalcanzable de los restantes Clubs. Durante muchos años ha ostentado la representación gloriosa del país por los difíciles e inseguros céspedes extranjeros, en una eficaz embajada que sin lugar a dudas contribuyó a la proyección de nuestra verdadera imagen por el mundo. El balance es grandioso, todo debería marchar sobre ruedas, pero desde hace un año el equipo no funciona. ¿Qué le sucede al Real Madrid?

Al parecer, una corriente de opinión en el seno del Club es contraria a la permanencia de Miguel Muñoz como encargado del equipo. No es explicable, en otro caso, que algunos jugadores actúen como actúan. Se diría que están en actitud de boicot a Muñoz.

Y toda la historia oculta del Real Madrid-Wacker de Innsbruck anuló a la que pudimos contemplar todos en el campo. El conjunto de Bernabéu fue un equipo indiferente y desarbolado. Por eso la narración de las cosas que sucedieron sobre el césped debe ser breve y precisa. Destacó, dentro de la normalidad, el portero, Miguel Ángel. Sanchís, Amancio, Grande y Bueno se mantuvieron neutrales; es decir, no hicieron nada ni malo ni bueno. José Luis y Marañón pusieron buena voluntad. Velázquez dejó pasar los balones por su lado sin hacer el menor gesto para retenerlos. Pirri no existió. Y entre De Felipe, Sanchís y Benito prepararon, con Velázquez, el notable gol de Grausam, que se quedó solo ante Miguel Ángel, tras unos fallos garrafales de los madridistas, y con escaso ángulo de tiro envió el balón alto y con efecto hasta el fondo de la portería blanca, estableciendo el 0-1 del partido de ida de esta eliminatoria de la Recopa.

## PORTERO CON REFLEJOS

El Wacker, sin realizar grandes cosas, demostró ser un equipo fuerte, tranquilo, que entrega con sencillez y eficacia la pelota y dispone de dos hombres fundamentales, Grausam y Ettmayer, delantero centro e interior, y de un portero con magníficos reflejos, aunque no domina el despeje de puño ni retiene con seguridad la pelota. Los madridistas ocuparon la mayor parte del espacio sobre el terreno de juego a lo largo del partido, pero se perdieron una y otra vez en acciones individuales. Dispuso de varias ocasiones para marcar, como un tiro de Pirri al poste, a los veintiséis minutos de la segunda parte, y unos remates de Ortuño y Marañón que salieron fuera por poco. Y no hubo más.

Vayan estas líneas en homenaje a Miguel Muñoz, excelente entrenador, como la historia lo atestigua, la parte más débil en este asunto, víctima de la alta política y de los planteamientos financieros del Club madridista, empeñado en mantener una tónica de fichajes baratos, a pesar de las grandes taquillas, al mismo tiempo que exige al preparador unos resultados que no pueden ser alcanzados sin gastos, de acuerdo con el deslumbrante pasado del Real Madrid F. C. y sus antiguas estrellas internacionales.

# REAL FRACASO

---

26/10/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada, a pesar de que el encuentro era televisado. Unos 70.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 0; Barcelona, 1 (Zabalza).*

*Alineaciones: Real Madrid: Miguel Ángel; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Miguel Pérez (Fleitas), Amancio, Pirri, Velázquez y Bueno. Barcelona: Sadurní; Rifé, Gallego, Romero; Torres, Zabalza; Rexach, Juan Carlos, Martí Filosía, Marcial y Pujol.*

*Árbitro: Franco Martínez. Notable actuación, aunque la «hincha-da» le tomara como objeto de sus iras inexplicablemente. Aplicó muy bien la ley de la ventaja y señaló todas las faltas sin favoritismos, dado que el equipo de casa y el visitante eran igualmente poderosos. Uno de sus escasos errores fue no haber pitado una clara mano de Sanchís.*

Los duelos entre poderosos —a partir del histórico partido protagonizado por Guruceta en el Nou Camp el año pasado— tienen una ventaja deportiva: que ninguno de los dos equipos ganará de bárbaro penalti, como sucedía antaño. Uno alaba la medida de los señores árbitros de la Primera División —gente conservadora por lo general—, a quienes les aterroriza la mera idea de ser acusados de alterar el orden público, tal como le aconteció en la triste primavera pasada a su colega guipuzcoano Guruceta, que cometió la imprudencia, con el ardor combativo de los años jóvenes, de terciar en una pelea entre oligarcas y señalar un penalti, para ayudar al señor de la estepa castellana contra el

señor de la Costa Brava. Los dos personajes de la antigua querrela han vuelto a encontrarse. El Real Madrid y el Barcelona han entrado en liza sobre la hierba sagrada y adormidera del Bernabéu para dirimir los dos puntos vitales, además de las conocidas rencillas históricas. El árbitro murciano Ángel Franco Martínez, que tuvo una espléndida actuación, hizo muy bien en no intervenir en la disputa entre los grandes. El Real Madrid y el Barcelona poseen representantes en el Comité de Competición, y Ángel Franco Martínez, no. Bien es verdad que el encuentro no ofreció excesivos problemas, pero desde las gradas se adivinaban las lógicas intenciones del buen árbitro murciano de no ver las faltas cometidas dentro del área ni materia objeto de expulsiones. Hay que aplaudir la madurez del silbato de Franco Martínez, que siguió durante todo el encuentro el duelo Gallego-Amancio, sin intervenir ante las punibles y constantes entradas en falta del central barcelonista. La experiencia Guruceta ha hecho comprender a los árbitros españoles lo peligroso que resulta mediar en las algaradas internas de las cinco o seis grandes familias que componen el «establishment» balompédico nacional.

#### CAUTELAS INICIALES

Así las cosas, el Madrid-Barcelona se distinguió, por encima de todo, por el sano liberalismo que imperaba sobre el terreno de juego. Y lo más notable es que los jugadores, con la citada excepción de Gallego, en ningún momento osaron confundir libertad con libertinaje y se condujeron con la más impecable corrección cívico-balompédica, se estrecharon la mano cortésmente cuando Franco Martínez, árbitro de la escuela de

Adam Smith, dio por finalizado el combate. Me alegra descubrir que los futbolistas constituyen la reserva ciudadana de la España democrática.

Contemplar la torpe delicadeza y las buenas maneras recién estrenadas de los veintiún fornidos jugadores constituía un emocionante espectáculo que, sin duda alguna, hubiera tranquilizado sobremanera a algún fogoso cronista con respecto al que considera incierto porvenir de nuestro país sin la música del «carrascelás».

El partido comenzó con un largo período de tanteo cauteloso por parte de los dos poderosos rivales. Ninguno de ellos se atrevió a arriesgar nada durante la primera media hora y ambos se entregaron a un forcejeo lleno de errores en los pases y en los aislados disparos a puerta. A los catorce minutos hay un tiro de Martí Filosía que sale ligeramente desviado, y a los diecisiete, un remate de Pirri que es despejado magníficamente por Sadurní, con gran alarde de reflejos. Pronto se advierten los fallos de los dos equipos, que son similares. En el Madrid, Sanchís navegaba a la deriva de un modo lamentable, lo mismo que José Luis y Grande. En el Barcelona, Gallego era burlado repetidamente por Amancio, y por el lado de Romero se producían infiltraciones. La lucha se centró en la zona ancha del terreno, pero sin grandes pasiones.

El gol conseguido por Zabalza, a los veintiocho minutos, al empalmar desde fuera del área a bote pronto un rechace en corto de Zoco, fue la señal para el desperezamiento general, en el que madrugaron los industriales catalanes, que comenzaron a dominar la partida. Zoco, que jugó un excelente partido, fue el único defensor que cortó decidido y con enorme sentido de la anticipación los avances barcelonistas, que arreciaban por minutos. En la delantera predominaba la falta de cohesión y, en consecuencia, el individualismo. Falla-



ron Miguel Pérez, que fue muy bien sustituido, aunque tarde, por Fleitas, y Bueno, quien, a pesar de que Gento está necesitado de sustitución, todavía no puede sustituirle. Velázquez y Pirri se mostraron en su línea inoperante y anónima de las últimas semanas.

#### INÚTIL TROMBA FINAL

El Barcelona basó el juego en el marcaje de Gallego a Amancio, luego a Fleitas, en el reforzamiento del centro del campo y en la punta de lanza de Pujol, Martí Filosía y Rexach, que fue el mejor con Rifé. Las internadas de Rifé por su banda desbordaron siempre a la defensa madrídista.

En la segunda parte, el Madrid presiona poco a poco hasta llegar al último cuarto de hora, en que el equipo se lanza desesperadamente al ataque sobre la portería de Sadurní. Y ya se sabe lo que en fútbol significan las urgencias de última hora: carreras desenfundadas, balones una y otra vez bombeados sobre la meta enemiga y jugadores del mismo equipo que se estorban mutuamente a la hora del remate. Así ocurrió, y en medio de la confusión los madridistas tuvieron tres claras ocasiones de gol: un disparo de Fleitas, un balón que salió del tumulto y fue a estrellarse en el larguero catalán y un inmenso barullo que finalizó con un malogrado tiro de Pirri, situado para el gol, a los cuarenta y tres minutos.

Los espectadores la tomaron con el árbitro imparcial y arrojaron botes de cerveza al campo, una vez más tropezaba el tullido hexacampeón y había que hallar rápidamente un culpable. Los males del Real Madrid son fáciles de diagnosticar: hay que gastar dinero en fichajes. El que hace unos años el Club encontrara a unos principiantes llama-

dos Velázquez, Pirri, Grosso y De Felipe por las inmediaciones del Bernabéu no quiere decir que el milagro se repita. Los equipos europeos se refuerzan con extranjeros, y el Madrid, en cambio, vota contra la libre importación. Si el Club realiza las mayores taquillas del país, si la Ciudad Deportiva se encuentra ya amortizada, si a Muñoz se le exigen triunfos sonados, pero se le niegan los fichajes espectaculares, si se impone la economía, ¿qué se hace con el dinero del Real Madrid?

# LA FERIA DE LAS SORPRESAS

---

02/11/70

*Campo: Estadio Manzanares. Lleno total.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Irueta y Gárate); Real Madrid, 2 (Bueno).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo, Ovejero (Alberto); Ufarte, Luis, Gárate, Irueta y Salcedo (Orozco). Real Madrid: Miguel Ángel; José Luis, Benito, Sanchís; Grande, Zoco; Miguel Pérez, Pirri, Fleitas, Velázquez (Planelles) y Bueno.*

*Árbitro: Sánchez Ríos. Muy deficiente actuación. Estos partidos entre poderosos representan un arma de doble filo para los árbitros. Por el lado bueno, les obligan a la imparcialidad; por el malo, les fuerzan a silenciar las faltas demasiado graves. Sánchez Ríos, además de obstruir el juego, interponiéndose entre los futbolistas, hasta el punto que el balón tropezó dos veces en su cuerpo, perjudicando, eso sí, una vez a cada equipo, no se atrevió a señalar tres penaltis: el primero, de Ovejero, que derribó a Grande dentro del área, a los seis minutos de la primera parte; el segundo, de Zoco, que se protegió instintivamente la cara, con ambas manos, de un balonazo de Gárate, a los doce minutos, y él tercero, también de Zoco, que zancadilleó a un contrario dentro del área.*

La lógica de los hechos ha terminado con la farsa de los «eternos rivales». Ni siquiera los niños tristes disfrazados de futbolistas por sus padres, que se retrataban como enanos seriecitos junto a los jugadores del Atlético de Madrid, espectáculo que se había convertido en algo in-

frecuente a raíz de la prohibición decretada hace dos o tres años por la Real Federación, consiguieron hacer creer a los asistentes al encuentro del Manzanares que todo seguía igual, que, se trataba, como era tradición, de un «dramático partido» de la «máxima rivalidad» entre los dos «grandes enemigos regionales» de cuyo resultado dependía no sólo el prestigio histórico de los Clubs, sino también el humor personal, la estabilidad familiar y la buena marcha de los negocios de la capital de la nación durante la próxima semana.

Tales cosas sucedían antes, cuando la Liga española se encontraba sometida al régimen feudal y los grandes Clubs eran como poderosos señores que guerreaban entre ellos mismos mientras ignoraban a los vasallos que merodeaban dentro de su esfera de influencia, de la mitad para abajo de la tabla, separados por un profundo y natural abismo de puntos de diferencia, o en los burgos menestrales de la Segunda y Tercera División, sometidos al derecho de goleada y al doloroso tributo de entregar los más diestros donceles para el equipo del señor.

#### GANAR ES DIFÍCIL

Ganar la Liga jamás estuvo tan difícil. La gente llena cada vez en mayor cantidad los estadios, los Clubs necesitan más que antes los puntos, en el fútbol se manejan mayores cantidades de dinero que otrora, un río de oro y de altas complacencias impulsa este fabuloso complejo político-financiero-balompédico, y todo parece, sobre el papel, preparado para que la más grande pasión y la máxima dureza se instalen en los terrenos de juego para defender por todos los medios disponibles los elevados intereses en liza. Y, sin embargo, ¿qué ocurre? Bernabéu elogia a Calderón, Calderón elogia a Bernabéu, Montal elogia a Berna-



*Espectacular internada de Grande ante la sorpresa de Ovejero y Melo.*

béu y a Calderón, Bernabéu y Calderón elogian a Montal, los jugadores blancos se disculpan con cariñosas palmadas occipitales de cualquier entrada medianamente fuerte a los rojiblancos y los barcelonistas ayudan a levantarse del suelo a los madridistas. ¿Qué se ha hecho de las grandes batallas campales de antaño?

Todo tiene su explicación. La historia de la Liga ha dado un salto cualitativo. Los equipos pequeños han dejado de aceptar como hecho inevitable la superioridad natural de los grandes y han puesto en tela de juicio el origen carismático de los títulos europeos, de los títulos de Liga y de los títulos de Copa. Han descubierto que bastantes de los más sono-

ros prestigios han sido fabricados por el dinero, el favor de los árbitros y la literatura funcional de los cronistas de cámara, y se han decidido a lanzar unidos la magna ofensiva. Este año, incluyendo el Torneo de la Copa y parte de la Liga anterior, ningún equipo de los tradicionalmente favoritos se ha sentido tranquilo frente a un conjunto modesto. Es innecesario recordar ahora algunos famosos resultados. Los Clubs pequeños han comprobado que el poder reside en la punta de la bota.

Inquietos por la marea ascendente y popular que se les viene encima, los grandes Clubs han dejado a un lado las diferencias secundarias que les oponían para hacer frente juntos al verdadero enemigo común. Esta es la razón por la que han dejado de existir los «eternos rivales». Y así se explica que el Barcelona haya perdido el sábado ante el Valencia y que el Madrid se mantuviera por delante en el marcador a dos minutos del final: nadie debe destacarse demasiado en la tabla. Para defenderse del enemigo común, los propietarios de los grandiosos estadios se han integrado en un bloque nacional.

#### DOMINIO ABSOLUTO MADRIDISTA

El Atlético de Madrid-Real Madrid correspondió a semejante estrategia. Hasta el público comprendía que se iniciaba una nueva época de convivencia entre los «hermanos enemigos» y dejó de pelearse por ellos en los graderíos. Los madridistas se habían rezagado peligrosamente en las últimas semanas y, por tanto, les correspondía reincorporarse al grupo de cabeza. Durante todo el primer tiempo, los muchachos de Bernabéu dominaron sin discusión el terreno de juego ante la extraña pasividad de los rojiblancos, que no se parecían en nada al sólido y batallador equipo de anteriores partidos. Se puede afirmar que en la pri-

mera mitad el Atlético de Madrid no existió sobre la hierba del Manzanares. Fallaba la defensa, especialmente Calleja, que no podía con Miguel Pérez; Adelardo se difuminaba, lo mismo que Luis, mientras que Gárate parecía distraído y Salcedo prematuramente cansado. Ufarte resultaba inoperante. Así el conjunto proporcionaba una sensación apagada, que se incrementaba al ver el centro del campo ocupado con total autoridad por Velázquez, Grande y Pirri, que esta vez fue retrasado certeramente por Muñoz y rindió más.

El Real Madrid, por el contrario, dominaba ampliamente y jugaba con velocidad, basando su juego en el control del centro del terreno y en la apertura de Velázquez del juego por las alas con precisos pases en profundidad a Miguel Pérez y Bueno, que efectuaron un magnífico partido. Grande también se lució, incluso con habilidad. Zoco y Sanchís se mostraron algo marrulleros en la disputa de balones con esa especial técnica de circunstancias que emplean los jugadores cuando no se encuentran en plenitud de forma. Miguel Ángel, con Velázquez, fue el mejor jugador blanco, realizando excelentes paradas.

#### LOS PENALTIS

El 0-1 se instaló en el marcador con toda rapidez y facilidad. Un pase en profundidad de Velázquez a M. Pérez es enviado por éste hacia el área pequeña, a la que llega lanzado Bueno, quien conecta un soberbio cabezazo que entra como un obús en la portería de Rodri. Fue el primero, pero podía haber sido el segundo si el árbitro Sánchez Ríos no conociera a su colega Guruceta y su triste destino y se hubiera atrevido a señalar un penalti por entrada en falta de Ovejero a Grande dentro del área rojiblanca. Pero la compensación habría de llegar dos minu-

tos después, cuando Zoco toca el balón instintivamente con las manos, dentro de su área, para protegerse el rostro de un disparo de Gárate. Sánchez Ríos vuelve a dedicar un pensamiento a la mala suerte de su colega guipuzcoano y olvida el incidente.

Mientras tanto, los delanteros rojiblancos no se entienden, aunque Irureta se halla a punto de marcar al empalmar un tiro que se estrella en el poste a los veintiún minutos. La primera jugada comunitaria del Atlético se produce exactamente a los veintiocho minutos y finaliza con un remate de cabeza de Luis, al estilo de sus últimos goles, adelantándose a la acción de los defensas adversarios, que sale fuera por poco. Pero el Madrid continúa dueño y señor del césped, y a los treinta y dos minutos falla la retaguardia rojiblanca y Bueno aprovecha la ocasión para enviar un disparo suave y colocado que bate nuevamente a Rodri. Es el 0-2. Hay dos patadas alevosas, una de Jayo a Fleitas y otra de Fleitas a Melo, al estilo de los viejos partidos de eternos rivales, pero los graderíos, sagazmente, se quedan tan tranquilos.

#### VENDAVAL ATLÉTICO

En el segundo tiempo el Atlético comienza a desperezarse. A los diez minutos Miguel Ángel se ve obligado a responder con una buena parada a un espléndido tiro de Luis. Se producen varias sustituciones en ambos equipos. Los rojiblancos aumentan el ritmo, que se convierte en acoso incesante a medida que el tiempo transcurre. A los treinta y cuatro minutos, Irureta pierde una inmejorable ocasión de marcar. Los cinco últimos minutos son increíbles. A los cuarenta y un minutos, Irureta aprovecha un inmenso barullo en el área madridista para establecer el 1-2. Las gradas enloquecen y animan a los atléticos. Los gritos se



transforman en protesta cuando el árbitro no señala un segundo penalti de Zoco y llueven las almohadillas sobre el césped. En pleno delirio, Gárate remata de cabeza, en otro barullo, el gol del extraordinario empate: 2-2. El estadio se viene abajo enloquecido y el reloj salva a los madridistas del vendaval que les arrolla.

Y así termina el falso y emocionante encuentro de los «eternos rivales», que se retiran a los vestuarios como buenos camaradas dándose la mano, mientras los directivos piensan, puro en ristre, la mejor fórmula para derogar la ampliación democrática de la Liga a dieciocho equipos en futuras votaciones.

# NEGATIVO BLANCO

---

16/11/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Lleno en la tarde fría y lluviosa. Unos 100.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Fleitas); Atlético de Bilbao, 2 (Clemente y Argoitia).*

*Alineaciones: Real Madrid: Miguel Ángel; José Luis, Benito, Touriño; Grosso, Zoco; Miguel Pérez, Pirri, Fleitas, Velázquez y Bueno. Atlético de Bilbao: Iribar; Sáez, Echeberría (Beitia), Aranguren; Betzuén, Larrauri; Arieta, Argoitia, Carlos, Clemente y Rojo.*

*Árbitro: Oliva. Su condición de catalán fue anunciada por los altavoces del estadio antes de comenzar el encuentro en un insólito alarde informativo. Llevó a cabo un excelente arbitraje sin los gestos teatrales falsamente autoritarios a que nos tienen acostumbrados gran parte de sus colegas. La «hinchada» blanca se metió con él, aunque sin demasiada convicción, cuando el equipo madridista atravesaba momentos difíciles. Fue imparcial en la forma y en el fondo. Se atrevió a castigar con libre indirecto una clara plancha de Benito a Carlos dentro del área, invalidó un avance de Carlos por fuera de juego cuando ya se encontraba sólo ante Miguel Ángel y castigó la astucia de Argoitia que engañó a Fleitas pidiéndole la pelota a sus espaldas.*

El glorioso Real Madrid, según confesión de sus propios dirigentes, tiene desde hace algún tiempo problemas electorales. Las «lesiones, que se ceban continuamente en el equipo», impiden a Miguel Muñoz disponer de un cuadro con suficientes garantías para elegir. Actualmente,

por ejemplo, se encuentra en la enfermería la figura, Amancio, y en puertas, Sanchís. En tales circunstancias, la alineación que presenta el conjunto de Bernabéu cada domingo no es la mejor de las posibles, dados los notorios condicionamientos de la plantilla oficial.

El fútbol acaba de desvelar arrolladoramente sus conexiones con el honorable quehacer político. Ayer, el estadio Santiago Bernabéu, el viejo templo totalitario y goleador, se convirtió en la viva y rancia estampa de una campaña suave, «camp», feriante y electoral, con avionetas que sobrevolaban el terreno de juego mientras arrojaban octavillas con los nombres de los candidatos sobre las cabezas blancas y rojiblancas, apretadas en los graderíos sin distinción de credos ni clases sociales. La labor aérea estaba acompañada por el lanzamiento manual de más octavillas desde las localidades altas del estadio. Así, pues, el Real Madrid-Atlético de Bilbao vino a resultar el equivalente a la hispánica de los grandes festejos electorales que organizan también periódicamente los republicanos y los demócratas en los Estados Unidos, aunque se echara de menos el desfile de sonrientes señoritas, ataviadas con alegres uniformes de estilo imperio, dando la vuelta al ruedo, mientras entonaban a coro el nombre, por ejemplo, de don Ezequiel Puig Maestro Amado, cuya candidatura fue la que disfrutó del mayor despliegue de medios en las áreas de Chamartín.

#### BIEN, TOURIÑO, EL DEBUTANTE

Se trataba de una feliz síntesis, donde se mezclaban la doble exaltación deportiva y ciudadana del fútbol y las elecciones municipales. En las cabinas telefónicas de los alrededores del estadio los carteles convocaban a las urnas con «slogans» sutilmente adecuados a la circunstancia:

«Un empate lo decide un solo voto. Puede ser el tuyo.» Y en sus biografías los candidatos exponían con sereno orgullo sus vinculaciones con los diversos Clubs de fútbol y otras entidades deportivas del país.

El Atlético de Bilbao también llegó a Madrid con preocupaciones a la hora de elegir equipo titular, porque dos de sus hombres más populares, Igartua y el internacional Uriarte, se hallaban fuera de combate. De este modo, en el terreno de las posibilidades teóricas, los madridistas y los bilbaínos se encontraban igualados, con dos titulares por bando lesionados. Ondeaban las banderas rojiblancas en el estadio y las bufandas locales. Y en medio del entusiasmo general comenzó el partido.

De salida el Atlético de Bilbao recibió una antideportiva pita por parte de la fiel «hinchada». Puesto el balón en juego, los espectadores no tardaron en percatarse de las piezas que no marchaban en el conjunto madridista. En la defensa, Zoco se empeñaba en sus peligrosos regates cerca de la propia portería y sorprendía a la afición con despejes inseguros, que creaban dificultades a sus compañeros. Benito, sobre todo en la primera parte, dominaba por entero al joven Carlos, unas veces por anticipación y buenos reflejos y otras con violencia exagerada. José Luis resultó un excelente defensa-extremo, pero a la hora de enténderselas con Rojo en las inmediaciones de su propia portería las cosas no le fueron tan bien como en la delantera. El debutante, Touriño, mostró gran inteligencia en los pases, cosa bastante infrecuente en un defensa por estos pagos, pero necesita más decisión a la hora de las entradas al contrario y cuidar la colocación, esa especialidad de Zoco, para corretear menos por el campo. Grosso reaparecía en la media, y estuvo bien en el primer tiempo en su línea habitual, pero descendió en el segundo. En la delantera, Bueno se perdió en la

inoperancia de su «mono-regate», Velázquez jugó a ráfagas, lo mismo que Pirri, y destacaron la inteligente eficacia de Fleitas y los centros a puerta de M. Pérez; pero, en resumen, puede afirmarse que la tónica general de los madridistas en esta jornada fue el abstencionismo.

#### SÓLIDA DEFENSA BILBAÍNA

El Atlético de Bilbao jugó irreprochablemente al contrataque, con Carlos y Argoitia como vanguardia, a la que, solían incorporarse, si el avance no era demasiado rápido, Rojo y Arieta. Pero lo mejor fue su sistema defensivo, que pasó apuros en muy pocas ocasiones, incluso en los momentos de auténtico peligro, y dio ejemplo de cómo se debe alejar la pelota del área, a base de combinaciones seguras e inteligentes, que servían de preparación para el contrataque. Iríbar realizó magníficas paradas, y cada día debe resultar más difícil meterle un gol. Sáez estuvo bien, aunque duro. El resto de sus compañeros de vanguardia se mantuvieron a la altura de las circunstancias, incluido Beitia, que sustituyó a Echeberría en la segunda parte. En la delantera se distinguieron la clase de Rojo y la veteranía de Argoitia. Clemente fue el ordenador y el que dio intención al equipo.

El partido, en líneas generales, resultó fuerte, emocionante, serio, hermoso, tenaz y poco artístico. Ambos contendientes se emplearon sin contemplaciones y de poder a poder. En una ocasión, a los veintidós minutos de la segunda mitad, estuvo a punto de producirse una batalla campal entre los jugadores convocados a la guerra por Velázquez. En el primer tiempo se llega pocas veces a crear peligro cerca de las porterías, aunque se forcejea con denuedo. En una falta ejecutada por Pirri, a los veintiséis minutos, el balón es despejado por Irí-



*La lucha contra el reloj. Zoco, incorporado al ataque, en busca de lo imposible.*

bar. Luego Fleitas en dos ocasiones pierde excelentes oportunidades, tras una jugada de Pirri y otra de Velázquez.

En la segunda parte aumenta el ritmo de juego y las ocasiones comienzan a inclinarse del lado del Atlético de Bilbao. A los tres minutos, un avance de Arieta es culminado por Rojo, quien, tras varios regates, dispara fuera. A los nueve minutos responde el Madrid, aprovechando un error de Aranguren, que se había adelantado hacia el ataque, dejando desmarcado a Pérez, que corre por la banda y centra un balón que remata espléndidamente en picado Velázquez. Iríbar, en una formidable parada, intercepta el balón, que queda a los pies de Fleitas,

que, oportuno, remata de tacón el gol que pone el marcador en el 1-0 favorable al Madrid. No ha pasado un minuto cuando, de acuerdo con el principio de la igualdad de oportunidades, Clemente, tras una falta, recoge una pelota que empalma sin parar en un tiro fuerte y colocado que bate a Miguel Ángel y establece el 1-1.

#### PRISA MADRIDISTA

El equipo madridista se vuelca entonces apresuradamente sobre la portería de Iríbar. Zoco se incrusta en la delantera y origina peligro. José Luis, a los veintiún minutos, solo ante el portero, dispara fuera. Un defensa rojiblanco estrella un cañonazo en su propio poste. Los bilbaínos replican al dominio territorial blanco con una gran jugada de Rojo, a los veintiséis minutos, que se malogra al final. A los treinta y ocho minutos Zoco consigue un increíble empalme, que despeja muy bien Iríbar. Es una guerra de respuestas, y así, instantes después Aranguren chuta y detiene Miguel Ángel. Pirri pierde una inmejorable ocasión al recibir un pase en profundidad de Velázquez, y sólo ante Iríbar, envía el balón fuera. El partido parece que va a acabar con el empate, cuando una sola bota, la de Argoitia, aprovecha un fallo de la defensa madridista para batir de cerca a Miguel Ángel por segunda vez, a los cuarenta y tres minutos, para establecer el 1-2 definitivo. Y en medio del jolgorio y la tristeza, democráticos y ciudadanos terminan el encuentro, mientras las octavillas siguen cayendo incesantes, acompañando a la lluvia, que no se atreve a diluir la tinta de los nombres públicos impresos en las hojas otoñales.

# GÁRATE «SHOW»

---

23/11/70

*Campo: Estadio Manzanares. Buena entrada, aunque no se produjera el lleno total.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 4 (Gárate, 2; Orozco y Adelardo); Sevilla, 1 (Eloy).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo (Quique), Jayo, Calleja; Adelardo (Pataco), Iglesias; Ufarte, Irureta, Orozco, Alberto y Gárate. Sevilla: Bonilla (Rodri); Toni, Toñanes, Hita; Pazos, Santos (Bergara); Lora, Rodríguez, Acosta, Eloy y Berruezo.*

*Árbitro: El catalán Gaspar Pintado. Mediocre actuación, plagada de errores, que comenzó con la indiferencia ante un claro penalti de Toni a Gárate, cuando el delantero rojiblanco corría por el área sevillana y fue agarrado por el defensa. El partido estuvo a punto de escapar de sus manos, cuando, hacia la mitad del primer tiempo, se inició la violencia. El colegiado Gaspar Pintado, timorato y pusilánime, no se atrevió a amonestar convenientemente a los jugadores, pero, por fortuna, Orozco vino en su ayuda marcando el segundo gol atlético, que tuvo la virtud de apaciguar los exaltados ánimos.*

Si todos los árbitros deben hallarse, por derecho natural, en deuda permanente con los grandes equipos, tan cordiales y atentos, unas veces, y tan atractivos, tan llenos de especiales deferencias en el terreno de las relaciones personales hacia los miembros del famoso y sufrido gremio del silbato, el colegiado señor Pintado, juez del partido celebrado ayer en el Manzanares, tiene que mostrarse especialmente agradecido al Club Atlético de Madrid.



La cuestión es importante, porque el partido comenzó bien y transcurrió perfectamente en los primeros veinte minutos. Como todavía no había adquirido ritmo el encuentro, el público no se enfadó como tiene por temible costumbre cuando a los tres minutos de ser puesto el balón en juego Gárate fue agarrado violentamente por el defensa sevillano Toni en el momento que se lanzaba, dentro del área, hacia la meta defendida por Bonilla. Se trataba de un claro penalti que el árbitro no señaló, aunque todas las circunstancias se mostraban favorables para el silbido: era un penalti que beneficiaba a un equipo poderoso que, además, jugaba en su casa. Por esta equivocación heroica conviene admirar discretamente, en principio, al colegiado catalán señor Pintado.

#### GÁRATE, EXTREMO Y DELANTERO

Pero el prematuro penalti frustrado no alteró lo más mínimo a ninguno de los dos conjuntos, que se entregaron denodadamente, desde el comienzo, a una lucha sorda y tenaz por el poder. Durante un buen rato ambos equipos forcejearon con equilibrio de fuerzas para dominar el centro del campo. El Atlético de Madrid colocó a Gárate con el número 9 a la espalda, en la demarcación del extremo izquierda, aunque en numerosas ocasiones pasara a realizar funciones de delantero centro acompañando a Orozco, quien con el 11 en la camiseta ocupaba el centro de la vanguardia rojiblanca. Al mismo tiempo, Adelardo, Alberto e Irureta combatían en la zona ancha, abriendo el juego por las alas. El Sevilla, por su parte, tomaba las debidas precauciones y se defendía con orden y decisión, marcando a los atléticos muy de cerca y tratando de anticiparse en las jugadas. Pazos y Toñanes destacaban

por su serenidad y eficacia. Mientras en la escasa delantera flaqueaba el inexperto Rodríguez, se sostenían Eloy y Berruezo y brillaba el incesante bregar de Lora, que superaba a su vigilante Calleja.

A partir de los veinte minutos de juego termina el forcejeo y es curiosamente el Sevilla el primero que comienza a funcionar. Efectúa unos avances con sensación de peligro, pero que se disuelven mansamente al aproximarse a las inmediaciones de la portería defendida por Rodri. Pero el leve imperio sevillista habrá de durar muy poco. A los veinticuatro minutos, el defensa Hita incurre en su primer error, que es aprovechado velozmente por Ufarte, que se interna tras un rápido regate hasta la línea de córner, y desde allí envía un centro medido a Gárate, que se encuentra en la misma boca del gol y no tiene más que meter el pie anticipándose a la salida precipitada de Bonilla. Es el 1-0, que estalla jubiloso en los desconfiados graderíos.

#### EL ÁRBITRO PIERDE LAS RIENDAS

Los sevillistas se sorprenden con toda razón, porque hasta el momento podían considerar que tenían tanto derecho como los rojiblancos a conseguir el primer gol. Y el partido se endurece. Y llega la hora del árbitro Gaspar Pintado. Hita propina una patada alevosa a Adelardo, continuada por otra de Toni a Ufarte. Los 60.000 fiscales de los graderíos montan en cólera. El partido prosigue y se instaure sobre el terreno de juego una solapada caza del hombre. A los treinta y dos minutos, Toñanes ataca a Ufarte. Una especie de violencia subterránea se apodera de ambos equipos, ante la pasividad arbitral, que no se atreve a amonestar a ninguno de los veintidós sólidos cuentacorrentistas que se baten en camiseta. Poco después se produce un tremendo barullo con



*Sevillistas y rojiblancos se emplearon con dureza.*

conatos de agresión entre los jugadores, mientras el público, de pie en los asientos, entona salmos guerreros. Si continúa la impasibilidad arbitral ante la violencia, la alteración del orden público (aquí, un recuerdo para Guruceta, rehabilitado moralmente por la F.I.F.A., vía Escartín) es previsible.

Pero he aquí que los juzgados acuden en ayuda del juez. El Atlético de Madrid, el de los antiguos escándalos, la conversión más sonada de la Liga nacional, que ha terminado felizmente su ciclo de ascensión social, el nuevo aristócrata del balompié hispano, realiza el gran gesto. Gaspar Pintado deberá quedar eternamente agradecido a los rojiblancos, porque el encuentro se le iba de las manos cuando Ufarte, a los treinta y seis minutos, corrió por la banda y envió un centro a la cabeza de Orozco, quien saltando limpiamente remató el balón, que fue a parar al fondo de la red sevillana. Era el 2-0. El árbitro estaba salvado. Los ánimos se apaciguaron inmediatamente como por ensalmo y el encuentro se volvió de guante blanco. Ésta es una de las más conocidas paradojas balompédicas: un gol de diferencia es la guerra; a partir de dos comienza el verde reinado de la paz.

Renace la tranquilidad y el Atlético de Madrid se impone poco a poco. Adelardo se mueve constantemente en apoyo de la defensa y de la delantera. Quique sustituye a Melo a los cuarenta minutos e Irureta flojea por el césped.

#### DOMINIO ATLÉTICO

A los dos minutos de iniciada la segunda mitad se produce el primer tiro a puerta del Sevilla, en un buen disparo de Berruezo. Calleja no se muestra a la altura de otras ocasiones y tiene dificultades con Lora. A

los diez minutos, Gárate, inteligente y magnífico, se planta solo en el área sevillana y aguarda la salida de Bonilla para marcar el 3-0. El partido se halla bajo control rojiblanco. Un minuto después, un remate de Gárate sale fuera por muy poco. Se lesiona Bonilla y le sustituye Rodri.

El Sevilla se derrumba y las infiltraciones atléticas se suceden. Pero sus jugadores, a pesar de no estar realizando un buen partido, no pierden su capacidad de crear peligro, y así, a los veintidós minutos, Eloy remata de cabeza, ante la confusión de Iglesias y Rodri, el 3-1, que perdería rápidamente su valor simbólico cuando, un minuto después, Adelardo obtiene de cabeza el 4-1 definitivo al recibir un centro de Orozco. El partido finaliza en plena apoteosis del Atlético de Madrid y de Gárate, que se encuentra en una forma increíble, rápido, sereno, inteligente y dominando todas las suertes de un delantero.

Me cuentan que en los vestuarios el árbitro Gaspar Pintado se ha negado a hacer declaraciones a la Prensa. No sé qué pensar de todo esto. Pero aparte de ello, y sin que parezca forzarle, creo que honradamente debiera repartir los honorarios de ayer, domingo, con Orozco.

# DÍGASELO CON GOLES

---

30/11/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada, aunque no se alcanzó el lleno y se vieron algunos espacios vacíos en las gradas altas. Unos 70.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 4 (Fleitas, Bueno, 2, y Zunzunegui); Celta de Vigo, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Borja; José Luis, Benito (Sanchís), Touriño; Zoco, Zunzunegui; Miguel Pérez, Pirri, Grosso (Velázquez), Fleitas y Bueno. Celta de Vigo: Gost; Isabelo (Pedrito), Manolo, Hidalgo; Canario, Costas; Lezcano, Rivera, Rodilla, Almagro (Villar) y Jiménez.*

*Árbitro: Orrantía. Actuación sin demasiadas complicaciones, porque los dos primeros goles se produjeron con toda rapidez en cinco minutos, y de este modo, pocas jugadas podían influir en el resultado. En resumen, el colegiado navarro estuvo bien.*

El Celta de Vigo superó al Real Madrid en anticipación. Ya es sabido que por estas fechas el poderoso Club de Chamartín pone al día los ficheros más nobles, preparando el sutil envío de sus cordiales felicitaciones de Navidad a numerosos y fundamentales personajes de la vida nacional, que abarcan un amplio espectro social, en el que se incluyen las figuras más relevantes del deporte hispano —con sus practicantes, sus dirigentes y sus notables cantores— y otras muchas de variada índole económica o política. La admirable organización madridista disfruta de una muy merecida fama de exactitud, y por el momento, nin-

gún aparato burocrático de cualquier otro Club parece inquietar el justificado liderazgo administrativo de los madridistas. Pero he aquí que un equipo gallego de modesto organigrama ha venido a la gloriosa fábrica de goles del Bernabéu, y sobre la misma hierba que crece frente a las oficinas madridistas ha enmendado la plana a los grandes teóricos de la relación pública y del regalo funcional, con la hermosa, suicida y generosa felicitación de cuatro soberbios goles navideños, que probablemente, de no ser por la especial significación de estas fechas, no hubieran entrado con tan gentiles facilidades en la portería del Celta, amablemente abierta a todos los visitantes por el meta Gost.

El carácter eminentemente cortés del encuentro fue descubierto por jugadores y público nada más transcurridos cinco minutos desde el principio del partido, cuando los vigueses, por medio de Gost y de sus defensas, ya habían desempaquetado la mitad de su monumental regalo: a los tres minutos, Touriño se infiltraba por su banda, y el disparo, después de tropezar en un defensor céltico, llegaba sin demasiados problemas a las manos del portero Gost, a quien, de pronto, se le escapó de manera inexplicable el balón. Fleitas falló el remate a puerta vacía, pero Bueno, que estaba a su lado introdujo la pelota hasta el fondo de la red. Era el 1-0, que pasaba a ocupar el fondo de la cesta, haciendo sitio a los restantes obsequios. No habían pasado dos minutos cuando Miguel Pérez ejecutaba una falta desde la zona lateral del campo, mientras la defensa y el meta gallegos permanecían inmóviles, y Fleitas saltaba, rematando muy bien de cabeza el centro medido del extremo. Ya había sido entregada la mitad del regalo: era el 2-0.

El Madrid comprendió rápidamente la situación se decidió jugar al son que le tocan sus huéspedes. Borja y Touriño alternan las cosas buenas con las peores. Zoco también da una de cal y otra de arena cor-

tando bien, pero después, torpe en el despeje y el pase. Grosso trabaja, aunque sus labores lucen menos que en otras ocasiones; Pérez se comporta discretamente, y Pirri demuestra que ha mejorado de condición física en sus carreras y saltos para rematar de cabeza, aunque todavía no se encuentra en plenitud de juego. Destacaron José Luis, caso curioso el suyo, aunque no el único, de un mal delantero convertido en un buen defensa; Benito, por su contundencia; Fleitas, inteligente y hábil; Zunzunegui, con potencia y sentido del pase oportuno, y Bueno, que, sobre todo a partir del cuarto gol de su equipo, volvió loco a su vigilante, Isabelo, obligándole a incurrir en una serie de faltas variadas para detenerlo.

#### DOS CELTAS DISTINTOS

Hubo dos Celtas. El formado por la delantera, que funcionó perfectamente, aunque no prodigaran mucho el tiro a puerta, pero dio siempre sensación de orden y de ideas claras, y el otro Celta de la retaguardia, que no estuvo a la altura del equipo. El portero, Gost, y esto ya lo observamos y dejamos escrito cuando el partido de los célticos contra el Atlético de Madrid, es ágil, pero posee unos vicios balompédicos graves que hasta que no los enmiende continuarán proporcionándole serios disgustos como el de ayer. En primer lugar, para y efectúa las salidas a balón pasado; es decir, saltando hacia atrás cuando el balón ya camina hacia su portería sin obstáculo, en vez de interponer el cuerpo entre la trayectoria de la pelota y el marco, al estilo, por ejemplo, de Iríbar. Este error de no cubrir bien la portería constituyó la causa del primer gol madridista. El balón tropezó en Gost, mal colocado, y el rebote, en lugar de producirse hacia afuera, como



sucedería si la posición del meta fuera correcta, siguió las duras leyes de la reflexión y aprovechó los errores de Gost para llegar hasta el fondo de la red. En el Celta destacó Canario, lo mismo que Rodilla, verde y gran jugador. También causaron buena impresión Lezcano y Jiménez.

Técnicamente el partido fue bastante malo. Así, una vez interrumpido el vertiginoso ciclo de regalos, con el 4-0 del primer tiempo, los madridistas no consiguieron perforar una sola vez en los cuarenta y cinco últimos minutos la portería viguesa ni tampoco realizaron llamativas jugadas. El partido estaba echado a perder por los obsequios, tanto para un bando como para el otro. La defensa blanca se desconcertó en algunas ocasiones, pero no corrió demasiado peligro. El primer tiro a puerta de los gallegos se produjo a los trece minutos, por obra de un buen disparo de Almagro, que fue despejado con apuros a córner por Borja. En este periodo el Madrid presionó con insistencia, hasta el punto que se produjeron cinco córners seguidos, sin la menor jugada intermedia, contra el Celta.

#### INJUSTICIA A VELÁZQUEZ

A los veinte minutos llega el tercer gol, que resulta una copia exacta del primero. Chuta Bueno y se le escapa el balón de las manos a Gost, mientras sube al marcador el 3-0. Hacia el final de la primera mitad el Celta se crece poco a poco, y sus internadas son cada vez más frecuentes, con una cierta sensación de peligro producida por las equivocaciones de los defensores madridistas. Pero a los cuarenta y cinco minutos Miguel Pérez centra desde su banda, Gost sale tan mal que el balón

pasa por encima de sus manos en dirección al punto de penalti. Salta Fleitas, pero no alcanza la pelota. Llega Zunzunegui lanzado y a puerta vacía marca el definitivo aguinaldo del 4-0.

En la segunda parte no sucede nada. El Madrid desciende todavía más su ritmo. Grosso es sustituido por Velázquez, que recibe una injusta pita de salida por parte del público, que ya no recuerda que es el mismo jugador a quien hace unos meses aplaudían sus detractores de hoy como el «cerebro» indispensable del Madrid y la clave de la mayor parte de los goles del equipo. La actuación de Velázquez no puede ser hoy juzgada desde el punto de vista técnico porque jugó bajo el signo de la coacción. Cada vez que caía el balón en su poder recibía una sonora pita y gritos de «¡fuera, fuera!». De esta manera, naturalmente, no se puede hacer nada bien. El Celta fue mejorando lánguidamente y el Madrid decayendo alegremente. De este modo, entre los dos equipos no hubo otra diferencia que la de la cesta de Navidad, los cuatro goles de las relaciones públicas, que demuestran que entre un equipo grande y otro modesto no hay diferencias en materia de quedar bien si se utilizan las armas contundentes de la anticipación y de la sensibilidad, y si se quiere quedar bien, lector, con un equipo de fútbol, ya se sabe: hay que decírselo con goles.

# FIN DE FIESTA ARBITRAL

---

07/12/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Lleno.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 1 (Irureta); Real Sociedad, 0.*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelarado, Iglesias; Ufarte, Irureta, (Salcedo), Gárate, Alberto y Orozco (Eusebio). Real Sociedad: Esnaola; Sein, Martínez, Ormaechea; Arzac, Santamaría; Urreisti, Corcuera, Araquistain, Mendiluce y Boronat (Urtiaga).*

*Árbitro: Martín Álvarez. Carente del menor indicio de autoridad fue el principal culpable del inmenso escándalo que se organizó a los treinta y dos minutos de la segunda parte, cuando el árbitro no supo reaccionar y fue zarandeado e insultado por los jugadores durante ocho minutos, hasta que el delegado de campo, Aparicio, se introdujo en el terreno de juego y le echó una mano dialéctica, mientras la fuerza pública intervenía desde fuera del rectángulo. Al final expulsó a Jayo y Araquistain, cuya pendencia dio origen al penoso incidente.*

La fiel «hinchada» sufre, se duele, entrega sus mejores sentimientos, vuelca con la mayor sinceridad y apasionamiento su capacidad de amor y de odio, convierte en una desesperada aventura vital esa hora y media de fútbol de cada domingo, la noble «forofada» acepta enardecida la convocatoria a la guerra santa que le hacen los presidentes, directivos, entrenadores de los Clubs y los cronistas de cámara; al «hincha» raso se le estremece el corazón cada vez que flamea la bandera de

su equipo y posee una fe ciega en las consignas que le imparten en un toasco mensual lavado de cerebro los boletines del Club: cree en la conjura internacional y nacional contra su equipo; piensa que los árbitros siempre han sido comprados por el contrario, e incluso, como último e injusto homenaje, es capaz de morirse una tarde en el estadio cuando su honrado corazón no puede resistir la emoción del espectáculo.

Y el admirable «hincha» raso se muere sin saber, aunque en algunas ocasiones lo haya intuido, como cuando el entrenador y los jugadores, con sus gestos y truculentos ademanes, agitan a las masas contra los adversarios, y al finalizar el partido, el «forofo», todavía lleno de rencor solidario, observa con sorpresa que sus agitadores se encaminan hacia los vestuarios, abrazando y estrechando la mano de los rivales, que muere víctima de una inmensa estafa. Muere sin saber que la propia organización del fútbol español constituye el origen y la legitimación de la gran trampa preparada para la mayor gloria de los poderosos que controlan enteramente el balompié hispano.

#### ÁRBITRO SIN AUTORIDAD

Sólo así se puede explicar el escándalo organizado ayer en el Manzanares, cuando iban transcurridos treinta y dos minutos de la segunda parte y Jayo y Araquistain se agredieron mutuamente, generalizándose luego la contienda, y el árbitro, Martín Álvarez, blando y falto de carácter, tuvo que aguantar durante ocho minutos, con el juego detenido, según cuentan los compañeros fotógrafos inmediatos testigos del incidente, los más graves insultos y amenazas por parte de los jugadores, sin atreverse a imponer su autoridad por temor a las iras burocráticas de ambos Clubs; es decir, a la recusación.

Ya es sabido que la recusación arbitral constituye el arma de los poderosos, además de otras más sutiles y específicas, y menos legales, para intimidar a los colegiados. Si a un árbitro de Primera División le recusan, por ejemplo, el Atlético de Madrid, el Barcelona, el Real Madrid, el Atlético de Bilbao o el Valencia, puede dar por terminada su carrera deportiva, aunque teóricamente le queden por arbitrar once equipos. Esta amenaza latente coarta su libertad, pues su carrera depende de los intereses de los Clubs y afecta directamente a la independencia arbitral. Mientras se mantenga el criterio de la recusación, y, sin lugar a dudas, si la orden no procede de esferas más altas que la propia Federación, se mantendrá durante mucho tiempo, pues el máximo organismo futbolístico nacional se encuentra, como es notorio, en manos de los grandes Clubs, el fútbol español continuará siendo un lamentable y deshonesto engaño, y los únicos espectadores que podrán tener una discreta certeza acerca de la seriedad de los triunfos que contempla serán los aficionados de los equipos modestos.

Hecha esta disquisición necesaria, pasemos a analizar el Atlético de Madrid-Real Sociedad, oscuro partido, que si pasa a la historia será como demostración práctica de la coacción legal que impera sobre los árbitros, y que les obliga a escuchar, temerosos y condescendientes, los peores insultos por parte de los jugadores, porque saben que expulsar a más de uno del mismo equipo significa automáticamente la recusación.

#### FACILIDAD ROJIBLANCA

Este año, el Atlético de Madrid, aunque las cosas no le salgan muchas veces bien, ofrece la sensación de un sólido equipo, en el que cada pieza posee una función concreta y sabe cómo realizarla. Esto hay que

decirlo en honor de Marcel Domingo, que ha transformado a aquel desastroso conjunto de hace dos años y reconvertido a varias de sus viejas estrellas caducas. Ha resucitado a Calleja en un magnífico defensa de ataque; a Jayo, en un central eficazísimo e impecable, hasta el punto de que ayer realizó un partido perfecto y fue el mejor de su equipo; a Luis le hizo abandonar su crónico amaneramiento, transformado de nuevo en un fuera de serie, y ha convertido a Adelardo en un motor incansable e inteligente. A todo ello hay que añadir los jóvenes jugadores incorporados al equipo y ya definitivamente consagrados, como Melo, Salcedo, Alberto e Irureta. Así, la característica más acusada del Atlético de Madrid es, probablemente, la facilidad. No es un equipo de juego demasiado brillante, no realiza combinaciones ingeniosas y espectaculares, pero, en cambio, posee una asombrosa facilidad para llegar al área enemiga, crear constantes ocasiones de peligro, dominar el tejer y destejer del centro del campo y alejar con orden el balón de la propia portería.

Ayer fue un día gris para el Atlético de Madrid porque su juego no dio más fruto que un solo gol, cuando los donostiarras habían renunciado prácticamente a la ofensiva. Pero el esquema resultó válido porque de nuevo impusieron su facilidad. La Real Sociedad es, sin lugar a dudas, el peor equipo que puede tocar a los rojiblancos, porque su modo de actuar, férreo, duro, potente y acosador va directamente encaminado a destruir el juego del adversario; es decir, su facilidad. Los vascos condujeron muy bien el partido, pero pagaron con un gol su único error, que consistió en permitir la penetración de Calleja hasta el interior del área propia, y cuyo disparo, rechazado por el poste, dio origen al remate de Irureta, a los veintidós minutos de la primera parte, que significó el 1-0 definitivo del marcador. Araquistain y Boro-

nat fueron los únicos componentes del contrataque donostiarra, que no pudo hacer nada dada su escasa proporción en relación con los defensores rojiblancos y la excelente actuación de Jayo. El único momento de peligro creado por los vascos fue a consecuencia de un potente disparo de Boronat desde cuarenta metros, que fue despejado a córner con ciertos apuros por Rodri.

Los atléticos, aunque ya hemos dicho que merodearon con facilidad por la portería defendida por Esnaola, tampoco dispusieron de excesivas ocasiones de gol. Gárate se perdió en el anonimato, lo mismo que Ufarte, y el peso del ataque lo llevaron Irureta, luego Salcedo, Alberto, Adelardo y, paradójicamente, el defensa Calleja. De todas maneras, fue anulado un gol a Gárate a los cuarenta y dos minutos de la primera parte, por encontrarse en fuera de juego, tras recibir un pase en profundidad de Ufarte.

En la segunda parte no sucedió nada notable, excepto que el árbitro se dejara reñir dócilmente por Ufarte, como preparación del gran escándalo que se iba a producir más tarde, en el que se pegaron hasta el masajista atlético, Rodrigo, y el lateral donostiarra Ormaechea, y que terminó con los restos de la autoridad arbitral. El partido terminó con un fuerte disparo de Alberto desde lejos que se estrelló en el larguero y la mirada burlada de la afición, que contemplaba atónita cómo los violentos enemigos de diez minutos antes se estrechaban la mano camino de los vestuarios, como si no hubiera pasado nada.

# SUSTO EN CHAMARTÍN

---

14/12/70

*Campo: Estadio Bernabéu. Buena entrada, aunque las gradas no se llenaron.*

*Marcador: Real Madrid, 1 (Zunzunegui); Elche, 1 (Lezcano).*

*Alineaciones: Real Madrid: Betancort; José Luis, Benito, Touriño; Zunzunegui, Zoco; Miguel Pérez, Pirri, Grosso (Marañón), Fleitas y Bueno. Elche: Araquistain (Mendoza); Canoa, Iborra, Romea; Antonio, Llompart; Talón, Ciríaco (Bonet), Curro, Lezcano y Hernández.*

*Árbitro: Medina Díaz. Buena actuación, aunque el público la tomara con él a consecuencia del resultado adverso para la casa, y le arrojara almohadillas y algunos botes de cerveza. El gol anulado a Pérez, por empujón de Bueno al portero Mendoza fue justamente invalidado. En una ocasión, ni el árbitro ni el linier señalaron un saque de puerta mal ejecutado por los ilicitanos. También hay que decir en su contra, que permitió que los jugadores madridistas le zarandearan sin miramientos tras la citada anulación del gol.*

Esta crónica va dedicada con la más incondicional admiración a un objeto de consumo, a eso que en lenguaje fríamente postal se podría clasificar como una muestra sin valor o como un envío contra reembolso y que, según prescriben las leyes vigentes, puede ser comprobado en su contenido y devuelto al lugar de procedencia sin el menor compromiso en el caso de no resultar interesante la oferta; es decir, esta crónica ya dedicada con estricta solidaridad a José Manuel Pesudo, objeto con



nombre de persona, el último grito en materia de regalos navideños, el obsequio más «in» creado por el fútbol español para cumplir con sus relaciones públicas de estas fiestas, el detalle de distinción y de buen gusto para 1970 que constituye, sin duda, la mejor prueba de la cordialidad indestructible que debe presidir las relaciones entre dos grandes Clubs con amistades e intereses comunes y que en estos momentos resulta con toda certeza la figura más original y llamativa que cuelga de los fastuosos árboles de Navidad del Real Madrid y del Valencia F. C.

#### LOS PORTEROS

La problemática madridista, de esta semana se ha desarrollado bajo el signo de los porteros. Y los síntomas generales de la enfermedad que aqueja desde hace tiempo a la sociedad madridista, a pesar de los esfuerzos realizados por el paciente por ocultarla, son graves y han terminado por salir a la luz del día de manera escandalosa. Por un lado, hecho insólito en el historial «merengue», se ha producido una seria contradicción que no hubiera surgido en los tiempos férreos y triunfalistas de antaño: mientras el Club proclamaba a los cuatro vientos que tenía a todos sus guardametas lesionados, dos de ellos, Betancort y Junquera, declaraban sorprendidos a los periodistas que se encontraban en perfectas condiciones físicas. Al mismo tiempo, el Real Madrid anunciaba a bombo y platillo el fichaje espectacular del portero valenciano Pesudo, que se presentaba urgentemente en la capital, entrenaba con su nuevo equipo y firmaba incluso la convocatoria para la concentración de Navacerrada. Muñoz no había terminado de comentar la buena forma del nuevo fichaje cuando el Club, a través de sus médicos, decide reexpedir a Valencia al ilusionado Pesudo. Las felicitacio-

nes navideñas habían terminado y los viejos y distinguidos amigos se devolvían los regalos con intercambio de misivas con un fondo de velada irritación, según corresponde a unos caballeros. Y al final resulta que el objeto de consumo adquiere de pronto forma humana y, por encima del duelo técnico que opone a los médicos madridistas con los valencianistas, salen a la palestra los grandes principios. El Valencia declara que había concedido la carta de libertad a Pesudo «porque era una excelente persona y se merecía este premio» y también en nombre de «las buenas relaciones amistosas que tradicionalmente han existido siempre entre ambos Clubs». Y como en esta vida las buenas acciones no se quedan sin premio, el Valencia se encontraba de repente libre de un portero suplente, de treinta y seis años, al que los responsables del equipo no habían alineado una sola vez en la Liga actual y cuya inactividad costaba al equipo más de un millón de pesetas al año.

Por parte madridista, el asunto se presenta más oscuro. La anomalía congénita en la clavícula del guardameta, causa oficial del rechazo, no ha impedido a Pesudo ser internacional ni convertirse en uno de los mejores futbolistas del país en su puesto. ¿Qué se oculta detrás de todo esto? Los próximos acontecimientos lo explicarán, porque ahora, en los malos tiempos, las noticias y los tropiezos se filtran con mayor facilidad por los resquicios de la otrora monolítica catedral de Chamartín.

#### ZUNZUNEGUI, EL MEJOR MADRIDISTA

Y finalmente, otro portero, también desechado en su día por el Club blanco, José Araquistain, ha constituido uno de los principales factores que impidieron la victoria madridista en su propia casa del Bernabéu en el partido de ayer.

El Elche engañó al principio a todos porque comenzó jugando con toda lentitud, perdiéndose en la tranquila maraña de los pases triangulares que siempre terminaban en el mismo lugar del centro del campo, sin que el balón hubiera avanzado unos metros, como si renunciaran definitivamente al ataque. El cerrojo ilicitano de los primeros minutos fue sereno y eficaz y parecía que su única aspiración consistía en conducir la pelota con el mayor orden posible hasta los amplios horizontes del centro del campo. Así, el Madrid se pudo lanzar con tranquilidad a la ofensiva, muy bien empujado por Zunzunegui, que fue el mejor del equipo. Pero en la delantera las cosas no marchaban bien. Fleitas fallaba continuamente en el pase y además no encontró nunca su sitio. Grosso vagó apagado y desvaído hasta que fue sustituido certeramente por Marañón, que dio mayor peligrosidad con sus potentes disparos a la vanguardia. Pirri se comportó discretamente, mejor en el segundo tiempo, y los extremos, Bueno y Pérez, fueron magníficamente sujetados por Canós y Romea, hasta el punto que el Madrid careció prácticamente de ataque por las alas.

Pero de todas maneras los blancos tuvieron varias ocasiones de gol ya en los primeros minutos. Una internada de Fleitas finaliza con un excelente pase en profundidad a Bueno, quien, ante la salida de Araquistain, envía el balón fuera rozando el poste. Cinco minutos antes había comenzado el encuentro. Poco más tarde, Araquistain vuelve a detener un disparo de Pirri a centro de Pérez. El Elche trata de aprovechar sin exagerado entusiasmo las facilidades proporcionadas por los «merengues», y así una mala salida de Betancort, a los veinticuatro minutos, coincide con un tiro muy bombeado de talón que no entra en la portería madridista por verdadero milagro.

## GOL JUSTAMENTE ANULADO

A los veinticinco minutos sucede lo previsible. Zoco efectúa uno de sus peligrosos y característicos regates cerca de su área, Lezcano le arrebató el balón y avanza solo hacia la portería defendida por Betancort, que se ve burlado en la salida y sube al marcador el 0-1. El Elche, ante la sorpresa, se crece y acelera gradualmente el ritmo con penetraciones del defensa Canón y permuta de los extremos. Otra vez dispone de una buena ocasión a los treinta y ocho minutos, cuando Talón y Ciríaco se estorban mutuamente cuando se hallaban en posición de tiro. Araquistain vuelve a recordar dolorosamente a los responsables madridistas el «affaire» de los porteros cuando realiza una increíble parada a un remate de cabeza de Pirri en la misma boca del gol, a los cuarenta y cuatro minutos.

En la segunda parte, las cosas transcurren del mismo modo hasta muy adelantada la hora. Araquistain vuelve a lucirse en un potente disparo de Marañón al ángulo. El extremo Hernández deja perder la más grande ocasión que vieron los siglos de establecer el dos a cero cuando se entretiene después de haber regateado al mismo Betancort y retrasarse ante la puerta vacía. El Madrid, cuando faltan diez minutos, se desmelenan. En medio de la urgencia, un córner ejecutado por Pérez es rematado de cabeza por Zunzunegui, estableciendo el empate. Poco después se produce el escándalo al anular justamente el árbitro un gol de Pérez por falta de Bueno a Mendoza. Caen los botes de cerveza y las almohadillas mientras el partido termina con el 1-1 inapelable y antinavideño.

# LÍDER CON MUCHOS APUROS

---

21/12/70

*Campo: Estadio del Manzanares. Buena entrada en la tarde fría, aunque no se alcanzó el lleno.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Gárate e Irureta); Málaga, 1 (Migueli).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Iglesias, Calleja; Adelardo, Eusebio; Ufarte, Irureta, Gárate, Alberto y Orozco (Salcedo). Málaga: Goicoechea; Montero, Vilanova, Monreal; Conejo, Martínez; Álvarez, Roldan. Cabral, Migueli y Aragón.*

*Árbitro: Carreño. Discreta actuación. No vio algunas de las varias faltas subterráneas que se produjeron entre los jugadores, especialmente en los duelos Adelardo-Migueli, Eusebio-Cabral y Ufarte-Aragón. Y no midió la distancia de Calleja en dos faltas lanzadas por los malagueños y, dada la proximidad del defensa rojiblanco, el balón tropezó inevitablemente en ambas ocasiones en la cabeza del jugador atlético.*

Una oleada de auténtica democratización invade el fútbol, con grave y comprensible espanto de los grandes Clubs. El balompié hispano ha experimentado en los dos últimos años un salto cualitativo de visible importancia que esta temporada ha agudizado sus notas características más fundamentales. Hace un año, los equipos populares y modestos se atrevían de vez en cuando, en alguna sonada ocasión, a presentar cara a los poderosos, siguiendo el método de la guerrilla clásica; es decir, planteaban el encuentro con el normal cerrojo como si acepta-

ran la compostura tradicional y defensiva que debe mantener todo conjunto inferior frente al privilegiado, y si las cosas marchaban bien y se efectuaba suficiente acopio de valor a lo largo del encuentro, se intentaba sorprender al oligarca con algún contrataque súbito y afortunado en busca de un gol centelleante de «maquisard» que inclinara el marcador de lado del más débil.

En la Liga actual de 1970-71, una vez recogida la amplia experiencia de la campaña anterior, en la que pequeñas partidas balompédicas hicieron tambalear ciudadelas históricamente tan inexpugnables como la del Real Madrid, los equipos modestos han decidido dar un paso más en la escalada, y este año han abandonado la obligada audacia de los golpes de mano para presentar, con toda tranquilidad, conscientes de su propia fuerza, una batalla clásica, de igual a igual, sin la menor precaución defensiva, a los solitarios privilegiados de antaño.

#### EXCELENTE MÁLAGA

Así, el partido realizado por el Elche frente al Real Madrid la semana pasada y el desarrollado en la tarde de ayer en el Manzanares entre el Málaga y el Atlético de Madrid corresponden a esta nueva estrategia igualitaria de la pérdida del respeto a los mitos, según conviene a los acontecimientos de una época en la que soplan en todas las ventanas vientos desmitificadores. El Málaga planteó un excelente y sereno partido a los rojiblancos por medio de una defensa que no despejaba los balones a tontas y a locas, con los apuros de una situación agobiada, sino que lo iba colocando por medio de pases triangulares y entregas perfectamente construidas hasta el centro del campo, en donde Migueli, vigi-



*Gárate, en excelente forma, ensaya el disparo a puerta sin demasiado éxito.*

lante de Adelardo, y Conejo lanzaban con orden y peligro a Cabral, Álvarez y Aragón hacia la portería de Rodri.

El Atlético de Madrid, por su parte, no encontró la fórmula, aunque en algunos momentos pareció que la había conseguido, para superar con claridad a los andaluces hasta el punto que la sombra del empate no sólo se mantuvo a lo largo de todo el encuentro, sino que se agudizó en el último cuarto de hora con el tiro de Cabral, a puerta vacía, que se estrelló en el larguero cuando el gol se cantaba o se sollozaba en los graderíos.

Varios fueron los factores que contribuyeron a la mediocre actuación del Atlético de Madrid. La ausencia de Jayo se notó en la defensa, que pecó alguna vez, como en el gol malagueño, de indecisión. Su sustituto, Iglesias, cumplió bien, aunque se mostró nervioso por la responsabilidad del «último defensa», y cortó el balón con las manos en dos ocasiones por exceso de celo. Eusebio apareció muy torpón y tuvo la suerte de tener que marcar a un hombre de aproximadamente sus mismas características físicas y de juego, como es Cabral, y esto, plantea la lucha a niveles de fuerza y no de habilidad, le salvó. De haber tropezado esta vez con un delantero técnico y retozón, por ejemplo, al estilo de Re, hubiera dado el espectáculo. Al mismo tiempo, Adelardo, el motor oficial del equipo, fue certeramente anulado por Migueli, quien todavía dispuso de energía para incorporarse al ataque y hasta de marcar un gol. En la delantera rojiblanca también se advirtió claramente la ausencia de Luis en su doble función de ordenador de la vanguardia y de distinguido ejecutante. Gárate y Ufarte dieron pruebas de su clase, pero su juego atravesó por diferentes fases de eficacia. Irureta, bien, y Alberto, discreto. Destacó negativamente el joven Orozco, lento en el disparo y aún sin suficiente técnica para dominar la pelota, verde todavía para ser titular del campeón de Liga. Fue sustituido por Salcedo al comenzar la segunda parte.

#### DOS GOLES EN DOS MINUTOS

Con estas deficiencias en sus puntos clave, el Atlético de Madrid se limitó a montar las ofensivas basándose en el trabajo individual de algunos de sus hombres, como Irureta, Gárate y Ufarte. Dispuso de bastantes ocasiones de gol, que fueron malogradas en última instancia. Una inde-



cisión de la defensa rojiblanca, a los diez minutos de iniciado el encuentro, fue aprovechada con rapidez por Miguéli, que conectó un punterazo raso y colocado que entró junto al poste, batiendo a Rodri a pesar de su estirada. Era el 0-1, que sorprendía a la confiada «hinchada» y al bufanderío rojiblanco. Pero la reacción es inmediata. Un centro de Alberto es rematado espléndidamente de cabeza con efecto por Gárate, que engaña a Goicoechea, estableciendo el 1-1, que tranquilizaba los ánimos, que casi no habían dispuesto de tiempo para alterarse. Los dos goles se habían producido en el espacio de dos minutos.

El Málaga, de acuerdo con la nueva estrategia popular, no se amilana y continúa comportándose como si no hubiera sucedido nada. A los dieciséis minutos Álvarez se interna peligrosamente y dispara muy bien a gol de cerca, a pesar de carecer de ángulo de tiro, y el balón sale fuera. Continúa el juego nivelado cuando, a los veinticuatro minutos, un corner ejecutado por Alberto termina con el balón, que los jugadores malagueños han permitido descender tranquilamente sobre el área pequeña de su campo, error que cometerían luego en varias ocasiones, a los pies de Irureta, que no tiene más que empujar la pelota hasta el fondo de la red de Goicoechea. Era el 2-1 definitivo, aunque la afición pensara lo contrario.

Las oportunidades de gol se prodigan por ambas partes. Gárate se revuelve en un palmo de terreno y envía un disparo que sale alto a los treinta minutos. Poco después, Orozco empalma muy bien un centro de Ufarte y Goicoechea responde con una excelente parada. Los andaluces replican, y a los treinta y siete minutos Miguéli agarra un tiro a la media vuelta que despeja Rodri con apuros. Y para terminar el primer tiempo, a los cuarenta y cuatro minutos, Gárate se interna, regatea al portero y casi sin ángulo estrella el balón en el poste.

## OCASIONES PARA TODOS

La segunda parte se desenvuelve dentro de la misma tónica de velocidad, calidad discreta del juego e igualdad democrática, de oportunidades. A los siete minutos se produce un inmenso barullo en el área mala-gueña y el gol es cantado en dos ocasiones por el público, pero finalmente es conjurado el peligro. Diez minutos más tarde se vuelve a repetir más o menos la misma jugada y Gárate conecta un disparo que sale ligeramente desviado. Cabral responde, a los veintiséis minutos, con Rodri en el suelo batido, con un «chut» que da en el poste. Al rato insiste y su disparo sale alto, lo mismo que ocurriría después con un peligroso remate de cabeza de Vilanova. En los veintiséis, treinta y cuarenta y un minutos se produjeron tres jugadas similares protagonizadas, respectivamente, por Alberto, Irureta y Gárate, pero en todas las ocasiones el balón tropezó con el portero Goicoechea, que se había lanzado a una salida desesperada sin nadie que le protegiera. Y con el comedido estupor de los poderosos y la reafirmación de los pequeños, a través de la práctica en sus convicciones democráticas, termina este encuentro, que podría perfectamente formar parte del programa de cualquier disciplina no teórica de las Facultades de Ciencias Políticas.



# 1971

---



# FÚTBOL GLACIAL EN EL MANZANARES

---

04/01/71

*Campo: Estadio del Manzanares. Poco público en la noche glacial. Como el encuentro al mismo tiempo se televisaba asistieron al partido unos 19.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 2 (Orozco); Las Palmas, 1 (León).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo, Iglesias; Ufarte, Salcedo, Gárate, Alberto y Orozco. Las Palmas: Oregui; Martín, Tonono, Hernández; Castellanos, Trona; León (Carmelín), J. Gilberto, Gilberto I, Germán y Bosmediano.*

*Árbitro: Navarrete. Excelente actuación, sobre todo en la primera parte, a pesar de que sus ágiles y justas decisiones fueron protestadas alternativamente, según las circunstancias, por el público y los jugadores de ambos bandos. Amonestó a los jugadores del modo que debieran imitar sus colegas de silbato; es decir, sacando la libreta y apuntando el número para que los espectadores pudieran enterarse. El penalti de León a Salcedo fue clarísimo, pero en estos tiempos pocos árbitros se atreverían a señalarlo y arriesgarse, de este modo, a una recusación con el consiguiente perjuicio para la bolsa. Valiente y ejemplar arbitraje el de Navarrete, que no permitió las protestas ni que los futbolistas se tomaran con la institución las habituales confianzas.*

Gélido, interesante, con juego duro y aristocrático se desarrolló el choque entre los representantes de la meseta central y del hermoso extraradio insular. Las Palmas estuvo a punto de proporcionar un indiscreto susto al Atlético de Madrid, que realizó un buen partido, pero, quizá contagiado de la habitual confianza navideña que domina por estas épocas a las gentes y los Clubs bien acomodados en el escalafón social, se permitió ciertas licencias defensivas, como fue el caso de Calleja, que llevó a cabo una extraordinaria labor como extremo constantemente en punta, pero que resultó un pésimo defensa. A Melo, aunque de modo más atenuado, le ocurrió otro tanto, y si a todo ello le añadimos la oscura y pacífica actuación, tan propia de estas calendas, de Gárate y Adelardo, habrá que comenzar a preguntarse cómo es posible, con tales bajas, que el Atlético de Madrid y Las Palmas pudieran ofrecer un vistoso partido tan bronco, y al mismo tiempo tan elegante.

Pero el caso es que pocas veces se habrá podido contemplar un equipo de fútbol jugando con cuatro extremos oficiales: Ufarte, Melo, Calleja y Gárate, a los que se incorporaban Salcedo y Alberto en numerosas ocasiones. Esta vez los rojiblancos atacaron muy poco por el centro, donde se hallaba Orozco para rematar las infiltraciones laterales de sus avispados colegas. La consecuencia de semejante planteamiento fue un fútbol práctico, rápido y ligero que entusiasmó cíclicamente al respetable, que coreó para sus muchachos toda clase de «slogans», desde el monocorde «¡Ala Atleti!» y el folklórico «¡Ole!», hasta el paternalista «Ufarte, Ufarte», cuando el extremo falló el lanzamiento del penalti. Ufarte fue, sin duda, el mejor de los veintidós en su gran noche, presente en todas las jugadas, lleno de valor y poniendo en jaque a toda la línea defensiva canaria, que, aunque muy sólida y segura, se mostró algo pesada.

## TÉCNICA Y CONTRATAQUE CANARIO

Los canarios, con su estilo de jugar al fútbol tan característico, de alta escuela, perfecto en la visión de la maniobra y en la entrega del balón, mantuvieron el «suspense» hasta el último minuto gracias a los hábiles contrataques montados por Germán, lanzando a Gilberto y León. En el sistema defensivo, poderoso y contundente, destacaron Castellanos, Tonono y Trona, pero su técnica en el marcaje les crea algunos apuros a la hora de enfrentarse con un extremo ladino y habilidoso, del género de Ufarte.

La presión del Atlético de Madrid se inició a los once minutos de echarse el balón a rodar, cuando Adelardo malogra un remate en la primera jugada de peligro del encuentro. Pero la réplica es inmediata y da la tónica de lo que habrá de ser todo el partido. Justo Gilberto empalma a boca de jarro una falta lanzada por Germán, a los catorce minutos, pero Rodri, bien colocado, detiene la pelota. Adelardo se muestra hoy torpe en el disparo, pero como el equipo camina por derroteros diferentes a los de otros días; es decir, que todo el juego se desvía hacia los extremos y son los defensas laterales quienes acarrear los balones, no se nota demasiado ni se echa seriamente en falta la inoperancia de los centrocampistas.

A los diecisiete minutos llega el primer gol. Alberto se interna, al recibir un magnífico y sorprendente pase de cabeza de Ufarte, hasta la misma línea de córner, dentro del área canaria, y desde allí envía un centro que recoge Orozco y establece el 1-0, que alegra notablemente a la helada concurrencia, que se ha dado cuenta de las graves dificultades que encierra el encuentro. Gárate falla a continuación un rebote clarísimo, pero el equipo funciona bien y el público lo agradece, ento-



*Canarios y rojiblancos, juntos contra el frío.*



nando a coro la hispánica salmodia del «¡Ole!» a cada pase de un rojiblanco a su compañero. Pero con dichas alegrías terminan confiándose Melo y Alberto, que permiten la internada de Gilberto y su centro, que es rematado imparablemente de cabeza por León, a dos metros de la portería de Rodri, adelantándose a la acción del meta atlético.

El 1-1, a los treinta y tres minutos, inquieta un tanto a los once educados de Marcel Domingo y a la escasa, fiel y ruidosa parroquia. Iglesias hace objeto de una incorrecta entrada a Gilberto I y el árbitro, Navarrete, amonesta en estos últimos minutos de la primera parte a Ufarte y Bosmediano.

#### OCASIONES FALLIDAS

Nada más comenzada la segunda mitad Gárate vuelve a fallar un balón claro, rematando de cabeza, a boca de jarro, a las manos de Oregui, bien colocado durante todo el encuentro, pero algo inseguro. Trena destaca fuerte, vigilante y marrullero. Nadie se confía, hasta que Ufarte lanza una falta cometida al borde del área canaria y cede en corto a Orozco, que conecta un potente disparo que entra por el ángulo de la portería defendida por Oregui. Es el 2-1, que tranquiliza momentáneamente los ánimos. Y a los treinta y siete minutos el Atlético de Madrid tiene la oportunidad de terminar con el «suspense», cuando el árbitro, justa y desusadamente, decreta un penalti al derribar León a Salcedo cuando se internaba dentro del área. Ufarte es el encargado de la ejecución, pero hubiera resultado exagerado un 3-1 a favor del Atlético de Madrid, pues los canarios jugaron siempre de igual a igual, no sólo en materia de fuerza, sino también de técnica, y dos goles de diferencia hubieran producido una impresión exagerada sobre el desarrollo

del encuentro. Así que el pie de Ufarte fue dirigido por los hados justicieros del fútbol y el balón del penalti fue a parar a las nubes. Y el partido, con una gran ocasión fallada por Orozco en un avance en solitario, tras un pase inteligente del inevitable Ufarte, termina de un modo frío, distante y con las obligadas sonrisas, como suelen terminar las discusiones en las mejores familias.

# MERCADO DE VALORES

---

07/01/71

*Campo: Estadio Santiago Bernabéu. 30.000 espectadores. Terreno de juego en regulares condiciones a consecuencia de las últimas heladas. Tarde fría y con niebla abundante.*

*Marcador: Selección madrileña, 4 (Viberti, Capón, Ortuño y Peiró); Dynamo de Zagreb, 1 (De Felipe, en propia meta).*

*Alineaciones: Selección: Zubizarain; Sanchís, De Felipe, Quique; Iglesias, Viberti; Ortuño, Juan Antonio (Capón), Amancio, Peiró y Gento. Dynamo de Zagreb: Dautbegovic (Stincic); Mesic, Ramjal, Valec; Miljovic, Guemitel (Tukac); Piric Semzen, Vabec, Razic y Rora.*

*Árbitro: El guipuzcoano señor Guruceta, muy bien. Siguió el juego de cerca, haciendo gala de una gran preparación física. Los jugadores, correctos en todo momento, le ayudaron en su labor. En el gol anulado a los yugoslavos, por fuera de juego, no hubo protestas.*

El primer tiempo, naturalmente, dada la época, resultó una venta posbalance. Parecía que todos los variados equipos españoles que participaban con sus jugadores en el encuentro selección madrileña-Dynamo de Zagreb se habían puesto de acuerdo para ofrecer al más aventajado postor sus mejores saldos. De entrada, el honrado espectador se encontró justamente escamado por el nombre que los organizadores decidieron proporcionar al combinado hispano. Selección madrileña es una

denominación que engrandece a la Federación regional y al centralismo del ambiente, pero a la vista de los componentes del equipo que saltaron al césped del Bernabéu, bajo la niebla pudorosa y colaboracionista que trató de tapar como pudo el exceso de celo burocrático de la empresa, no queda otro remedio que advertir al lector no avisado que Zubiarraín, precisamente uno de los dos destacados, no es madrileño, sino vasco; Viberti, el otro distinguido, es argentino y forma parte de la plantilla del Málaga; Peiró se halla ligado al Roma y, por tanto, no pertenece, como los anteriores, a ningún equipo madrileño, a no ser que se trate de los jugadores nacidos en Madrid, criterio que incorporaría a Peiró, pero eliminaría a Amancio, Gento, Sanchís, Ortuño, etc.

#### VIBERTI Y ZUBIARRAIN

Pero en realidad, ya lo hemos dicho, excepto la niebla, ninguno de los dos equipos madrileños ha querido colaborar con la Prensa. Notoria injusticia, cuando la Prensa colabora tanto con los grandes Clubs de la capital, que era la organizadora del interesante encuentro. Ni el Real Madrid ni el Atlético de Madrid se dignaron enviar a sus mozos útiles, y entre todos, con el conocido hombre de negocios balompédicos Luis Guijarro, incluido, se dedicaron a, aprovechar la convocatoria de este partido para poner a prueba a sus jugadores dudosos y para revalorizar las futuras ventas. Así, el Real Madrid ofreció a Amancio y Gento para comprobar si se encontraban ya en condiciones para regresar al equipo titular y para poner a prueba a De Felipe, Ortuño y Sanchís. El Atlético tuvo la oportunidad de no dejar sin partidos a Iglesias, al que se supone en el Club que será castigado con la suspensión de un

encuentro por el Comité de Competición; foguear al defensa Quique como futuro sustituto de Calleja y descubrir un excelente jugador en Capón. Viberti fue traído por Guijarro a Madrid para pasear sus seducciones futbolísticas de gran jugador por la capital y tentar para el traspaso a los grandes Clubs. Peiró también fue ofrecido a los poderosos ojeadores que se hallen dispuestos a indemnizar al intransigente Roma, que no quiere dar la carta de libertad al hábil interior si antes no se pasa por la aduana económica, según las leyes generales de este deporte.

El partido resultó, más que nada, dos partidos. En el primer tiempo, el Dynamo de Zagreb, muy bien conducido por Miljovic, se adueñó del terreno de juego y dejó en ridículo total a las líneas defensivas del «seleccionado madrileño», a las que descolocaba en bloque en cada uno de sus avances. Los yugoslavos se hartaron de disparar a gol desde todas las posiciones y distancias, con tiros fuertes y colocados que Zubiarraín, en una gran tarde, detuvo casi con toda tranquilidad, mientras el público quedaba impresionado de la potencia de los visitantes. Se destacaron negativamente durante este período, en primer lugar, Iglesias, torpe y descaradamente malintencionado en las zancadillas y las obstrucciones; luego, Sanchís, De Felipe, Ortuño, Peiró y Gento. Viberti, poderoso, inteligente, incansable —y digo esto lamentando poder contribuir al negocio de los intermediarios por la revalorización de la mercancía—, fue el mejor de los veintidós, juntamente con el citado Zubiarraín. Amancio también dejó constancia de su excepcional clase y visión de la jugada, sobre todo en la segunda mitad. Peiró comenzó cansado y sin reflejos, dejando los pases cortos, pero fue a más a pasos agigantados.

## SEGUNDA PARTE: CINCO GOLES

En la segunda parte todo resultó diferente. No cambió el esquema de juego anárquico de los «madrileños», pero los yugoslavos se vinieron abajo y sus disparos dejaron de llegar con potencia a la portería de Zubizarain. Entonces los goles, sin mediar esquema de juego ofensivo alguno, sino a base de jugadas personales de dos o tres jugadores, fueron cayendo disciplinadamente en el talego centralista. A los dos minutos, Viberti remata de cabeza en un córner el 1-0. A los doce minutos, un gran avance Peiró-Amancio termina con un retroceso a Viberti, quien cede a Capón para que, de un fuerte disparo, establezca el 2-0. A los veinte minutos, Ortuño recibe un soberbio pase en profundidad de Amancio que le deja solo ante el portero Dautbegovic, quien sale y trata de despejar el balón con el pie, con tan mala fortuna, que el rebote se introduce en su propia meta, significando el 3-0. A los veinticinco minutos, un soberbio pase de cabeza hacia atrás de Amancio es empalmado por Peiró sobre la marcha y es el 4-0. Y a los cuarenta y tres minutos, la defensa «madrileña» vuelve a hacer de las suyas y De Felipe, tras un torpe barullo, introduce el balón en su propia portería, a centro de Barsic. El banco de pruebas y la bolsa de valores balompédicos ha terminado.

# EXCELENTE REAL MADRID

---

11/01/71

*Campo: Estadio Bernabéu. Muy buena entrada, que se aproximó al lleno. Unos 80.000 espectadores.*

*Marcador: Real Madrid, 4 (Pirri, 2; Amancio y Fleitas); Sevilla, 0.*

*Alineaciones: Real Madrid: Borja; José Luis, Benito, Touriño (De Felipe); Pirri, Zoco; Pérez, Amancio (Planelles), Fleitas, Velázquez y Bueno. Sevilla: Rodri; Chacón, Pazos, Hita; Costa, Santos; Lora, Eloy (Bergara), Acosta, Lebrón (Rodríguez) y Berruezo.*

*Árbitro: Santana. Mal. Frenó dos arrancadas de Bueno, que eran medio gol, señalando inexistentes fuera de juego. No pitó un clarísimo penalti a los catorce minutos de la segunda parte, cuando Fleitas salió despedido dos metros por un empujón de la defensa sevillista, al intentar rematar un córner, y no amonestó a los jugadores de ambos bandos cuando repitieron la acción de alejar el balón cada vez que se señalaba una falta.*

Dentro del espécimen humano y variopinto que suele acudir cada domingo a las gradas de un campo de fútbol, el Real Madrid disfruta de algún grupúsculo especialmente característico, instalado, como es lógico, en los casi inaccesibles escaños de la tribuna de preferencia, dominando con mirada segura la amplia marea popular que se agita a las orillas del césped o en las alturas de los anfiteatros, y que probablemente constituyen una de las notas más originales y exclusivas de la gloriosa catedral del Bernabéu. El vocerío de tales caballeros suelen surgir de los lugares más inesperados, aunque siempre dentro de los

cauces de la tribuna de preferencia, y es acompañado de grandes ademanes, puestos en pie y vueltos hacia todos los compañeros de grada, como si trataran de recabar su adhesión a través de una solidaridad de clase. Dichos señores, diseminados en partidas de dos o tres personas, sonríen entre ellos con aire de cruzados de la causa madridista y ofrecen todos la característica común de un aspecto de neoclase dirigente, que se ha quedado en la etapa del bienestar sin haber podido alcanzar también la del prestigio individual. Para las personas que tienen la desgracia de caer dentro de la molesta esfera de su amplio radio de acción acústico el partido se convierte en una pesadilla de gritos inciviles y acusaciones del más impecable estilo totalitario, que suelen durar hasta que el Real Madrid asegura el resultado con dos o tres goles de ventaja, por lo que esta temporada los espectadores se han visto forzados a soportarlos más de lo debido.

El Madrid-Sevilla ha constituido el punto culminante de la acción en esta Liga de los citados ciudadanos, que ofrecen la más deplorable y viva imagen de lo amenazada que se encuentra nuestra precaria minisociedad de consumo. Esta manía persecutoria, este creerse continuamente las víctimas de una vasta conjura que aspira envidiosamente a perdernos es una característica fundamental en medicina de la esquizofrenia paranoide, y en política, del integrismo. Finalmente los denuestos se convierten en la apoteosis del «¡Viva don Santiago!». El silbido del árbitro, señalando el término del encuentro, impidió que los ánimos exaltados pasaran a la siguiente fase.

#### BIEN EL REAL MADRID

Por lo demás, el partido resultó muy entretenido, a pesar del pésimo estado del terreno de juego, que se hallaba totalmente embarrado e



impedía toda clase de habilidades con el balón y hacía resbalar a los jugadores cada vez que pretendían rectificar la dirección de su carrera, y el Madrid, no obstante las dificultades, realizó uno de sus mejores partidos de esta temporada. El barro impidió que se practicase ese esteticismo balompédico, generalmente inoperante, del uno-dos y la correspondiente «pared», uno de los vicios más notables y tradicionales del conjunto blanco, que convierten la jugada más sencilla en un laborioso malabarismo que siempre sale mal, y les obligó a los pases largos, a la apertura por las alas y a la eficacia directa. De este modo, el Madrid llegó con facilidad por las alas, y en innumerables ocasiones a la portería del Sevilla, y así las probabilidades teóricas de conseguir goles aumentaron, y además se realizaron en la práctica.

No hubo táctica defensiva a ultranza por parte del Sevilla, aunque el extremo Lora jugara muy retrasado, hasta el punto que convirtió a su defensa contrario, Touriño, en uno de los mejores y más insistentes atacantes madridistas. De todas maneras, los andaluces acamparon por las inmediaciones de su área y lanzaron sus esporádicos contrataques a base de Lebrón, Acosta y Berruezo, acompañados en algunas ocasiones por Lora. La defensa sevillista se mostró dura y contundente en la primera parte, destacando Hita y Pazos; pero en la segunda mitad fue desmantelada por los madridistas.

El Madrid ha recuperado a Velázquez y Amancio, lo que quiere decir que el equipo ha recobrado la inteligencia. Amancio jugó algo retrasado, en funciones de centrocampista, con Pirri y Velázquez. El conjunto adquirió capacidad de penetración y agudeza. Amancio se mostró algo lento, pero fue un peligro constante para los andaluces, sobre todo por sus pases desde la zona ancha, porque dentro del área enemiga perdió varias ocasiones por falta de rapidez y decisión. José

Luis, Benito, y sobre todo Touriño, realizaron un gran encuentro, y la seguridad en la defensa tranquilizó al resto del equipo. Pirri no estuvo a la altura de otras ocasiones y tuvo un incidente con el portero Rodri, al que hizo objeto de una brusca entrada cuando éste se encontraba en el suelo con el balón.

Los goles, a pesar de la cantidad, tardaron en llegar. Hasta el minuto cuarenta y dos de la primera parte no se produjeron más que dos ocasiones claras de gol por parte madridista. La primera, a los cuatro minutos de iniciado el partido, cuando Velázquez, en una espléndida jugada, se internó gracias a un autopase en profundidad, para dejar solo a Fleitas, que recoge el centro con un remate que para muy bien el portero sevillista. La siguiente oportunidad tardaría en llegar veintisiete minutos, y Pérez aprovecha un pase vertical de Amancio para correr solo hacia la portería de Rodri, regatear al meta andaluz y, en lugar de ceder a un compañero de los varios que esperaban en el área pequeña el pase hacia atrás, prefirió tirar a gol sin ángulo, y el balón salió fuera.

Pero a los cuarenta y dos minutos surge el primer gol, al rematar Pirri de cabeza un centro de Miguel Pérez. Luego ya sería una sucesión de tantos, que se inicia por obra de Amancio a los tres minutos de la segunda parte, al conectar, en difícil postura, un disparo cercano que bate a Rodri. Es el 2-0, que, raramente, todavía no tranquiliza a los «ultras» repartidos por la tribuna de preferencia. El 3-0 aparece inmediatamente, a los ocho minutos, tras un disparo de Fleitas que rechaza hacia arriba el portero andaluz, y que el mismo Fleitas remata de cabeza desde el suelo. A partir de este momento el árbitro castiga a Bueno con dos o tres fuera de juego inexistentes, que alteran discretamente a la parroquia. El Sevilla replica con esporádicos contrataques,

como el llevado a cabo por Lora, a los dieciséis minutos, que logra escapar solo, y su disparo sale rozando el poste. Pero el Madrid está realizando el partido más suelto y fácil de este año, a pesar de la buena actuación del Sevilla, y a los veintidós minutos Amancio saca una falta, cerca del área contraria, sobre Pirri, qué empalma un tiro que rebota en la barrera y descoloca a Rodri, que se había lanzado por el lado contrario. Es el 4-0 final. El Sevilla aprieta un poco y Acosta falla increíblemente un remate a boca de jarro, a los treinta y cinco minutos. Y luego Bergara conecta un cabezazo en magnífica posición que sale fuera por poco.

En los últimos minutos se desata el escándalo narrado anteriormente, con los gritos de «¡Barça, Barça!» y «¡Dimisión para Gich y Pérez Paya!», proferidos desde los sectores más distinguidos del estadio, mientras los graderíos populares se mostraban remisos a colaborar en tan equivocada sublimación de la agresividad.

# UN APACIBLE 4-1

---

01/02/71

*Campo: Estadio del Manzanares. Corta entrada en la tarde de frío. Unos 20.000 espectadores.*

*Marcador: Atlético de Madrid, 4 (Orozco; Gárate, y Alberto, 2); Sabadell, 1 (García Soriano).*

*Alineaciones: Atlético de Madrid: Rodri; Melo, Jayo, Calleja; Adelardo (Capón), Iglesias; Ufarte (Pataco), Salcedo, Gárate, Alberto y Orozco. Sabadell: Martínez; Martín, Pini, Arnal; Marañón, Montesinos; Paláu (García Soriano), Genaro, De Diego, Garzón y Quiles.*

*Árbitro: Saiz Elizondo, vizcaíno. Buena actuación, a pesar de algunas ligeras protestas por parte del público. Señaló perfectamente y con tranquilidad todas las faltas. Y cuando se equivocó, al no contar los pasos reglamentarios para establecer la distancia de la barrera en un córner lanzado por Ufarte —rebotó en el ilegalmente cercano defensa catalán—, tomó buena nota de su yerro, pues en los siguientes casos similares se apresuró a marcar las oportunas zancadas, según rezan los cánones más severos. En la segunda parte, todo transcurrió sobre ruedas para el sereno trencilla, que sólo incurrió en la falta de no aplicar una vez la ley de la ventaja a favor de los rojiblancos.*

Una vez más, el fútbol, auténtica vanguardia de la sensibilidad política del país, en la jornada liguera de ayer ha emitido nuevamente su autorizada opinión con la cifra tranquilizadora de once ceros en los marcadores de los 16 equipos que componen la Primera División; es decir, el

fútbol español se ha pronunciado por la paz. El balompié hispano se esfuerza desde hace algún tiempo en superar la vieja e irreductible disyuntiva de las dos Españas, la que marcaba los goles y la que los recibía, que ya hemos analizado en otra ocasión, y parece que lleva camino de conseguirlo. Contra las estrepitosas goleadas de antaño, aquellos diez a cero del Real Madrid, del Barcelona, del Atlético de Madrid o del Atlético de Bilbao a los modestos equipos del pueblo llano, que hacían saltar los acontecimientos de nuestro fútbol a las primeras páginas de los periódicos deportivos del extranjero, el balompié hispano ha inventado ahora esta suave y transitoria cadena de los cero a cero pluriformistas.

Pudiera parecer a primera vista al lector no avisado que el 4-1 del estadio del Manzanares rompía con la general consigna de moderación instalada en la Liga nacional y que asistíamos a los excesos goleadores de vena, minoría integrista partidaria de los resultados ultramontanos. Pero nada más alejado de la realidad. El equívoco 4-1 de la ribera del Manzanares constituyó uno de los tanteos más dialogantes y apacibles de la historia de la capital. De entrada, la moneda echada al aire por el árbitro vizcaíno Sáiz Elizondo para sortear los respectivos campos contribuyó notablemente a la cordialidad y al entendimiento general, pues hizo que ambos conjuntos tuvieran que intercambiar su primitiva posición en el campo, cosa que permitió que los jugadores se cruzaran en la mudanza y pudieran de este modo estrecharse las manos al paso o propinar cariñosas palmaditas en la amistosa nuca del contrario.

#### BUENOS MODALES

Así las cosas, el encuentro se desarrolló dentro de las más excelentes maneras y con esa frialdad distinguida que suele acompañar a las más

civilizadas formas de la convivencia. El primer gol se produjo a los once minutos de iniciado el partido, como si los rojiblancos trataran de evitar las improvisaciones y las carreras descorteses de última hora. Ufarte realizó una espléndida jugada que terminó con un pase en profundidad hacia Orozco, quien se llevó limpiamente el balón con el tacón, para conectar seguidamente un inapelable disparo que estableció el 1-0. Los jugadores atléticos se relacionan muy bien entre ellos y gracias a tan elegante disposición el público puede contemplar bellas evoluciones, que a los más adinerados y eruditos ocupantes de la tribuna de preferencia les recordarán, sin duda, la Escuela Española de Equitación de Viena.

El Atlético de Madrid domina, pero no ahoga. Su maquinaria funciona a la perfección, sin grandes destacados. Adelardo y Alberto llevan la mayor parte del trabajo en el centro del campo y la defensa se muestra segura. A los diecisiete minutos, un tiro de Gárate se le escapa de las manos al portero vallesano, Martínez, que se rehace inmediatamente y detiene la pelota junto a la misma línea de gol. El Sabadell practica un buen juego de contención, en el que se distinguen Martín y Pini. Todo marcha sobre ruedas, y como el partido transcurre apacible, hasta la «hinchada» ha preferido callarse; no conviene agitarlo con grandes adjetivos.

#### SUSTITUCIONES

A los treinta y dos minutos, la única emoción que levanta a la gente menos de tres centímetros de sus asientos: un excelente tiro de Adelardo dirigido al ángulo es desviado a córner, tras rebotar en el larguero, por una buena parada del meta Martínez. Y un minuto más tarde, Sal-

cedo se interna dentro del área con un seco regate y envía la pelota a Gárate, cuyo disparo es rechazado por la defensa y el mismo Gárate se encarga de rematar nuevamente a gol. Es un 2-0 urbano. Llegado este momento, el Sabadell parece animarse un poco y se despliega con un empaque no exento de cortés peligrosidad.

En la segunda parte. Pataco sustituye a Ufarte, y a los veintidós minutos, Capón a Adelardo. La velada decrece en interés y aumenta en buenos modales. A los veinte minutos cae discretamente el tercer gol rojiblanco, a consecuencia de un centro milimétrico de Pataco a la cabeza de Alberto, que bate a Martínez por el 3-0. Entonces llega la hora de los vallesanos, que deciden participar activamente en el diálogo con un gol. Los defensas atléticos parecen comprender las justas aspiraciones democráticas de los catalanes, pues muestran una extraña pasividad cuando los delanteros del Sabadell se combinan la pelota dentro del área madrileña, para finalizar con un pase de De Diego a García Soriano, que marca cómodamente el gol del 3-1. Y un minuto después, Alberto, con un tiro desde lejos, establece el 4-1 bienintencionado, pacifista y definitivo.

# IGUALDAD Y FRATERNIDAD

---

08/02/71

*Campo: Estadio Bernabéu. Partido televisado y escasa entrada. Unos 25.000 espectadores.*

*Alineaciones: Real Madrid: Borja; De la Fuente, De Felipe, Sanchís; Grande, Zoco; Amancio, Pirri, Fleitas (Marañón), Velázquez y Pérez (Zunzunegui). Málaga: Deusto; Montero, Arias, Monreal; Viberti, Martín; Aragón, Conejo, Álvarez, Migueli y Búa.*

*Árbitro: Cardós. Magnífica actuación, observando perfectamente todas las faltas, incluido el penalti de Conejo a Velázquez, y aplicado con acierto la ley de la ventaja. Además se permitió el lujo de no hacerse notar demasiado en el campo, al contrario de lo que suelen hacer la mayor parte de sus colegas, que aspiran a convertirse en los protagonistas de los partidos. Le ayudaron mucho en la labor los propios jugadores, que se entregaron a un desusado ballet de cortesía y buenas maneras, como no suelen contemplarse en los campos de fútbol.*

*Los goles: 1-0. Avance de Grande y Amancio, a los nueve minutos, con internada del gallego hasta la línea de córner con intento de cesión hacia atrás en la que se interpone el pie de Martínez, que descoloca a su portero empujando el balón hasta el fondo de la propia meta. 2-0. Conejo derriba a Velázquez dentro del área. El árbitro señala el correspondiente penalti que ejecuta Pirri, como un maestro, engañando a Deusto. (Dieciséis minutos). 2-1. Internada de Álvarez con pase medido a la cabeza de Migueli, que se lanza en plancha y conecta un disparo colocado junto al poste, que bate a Borja. (Veinticuatro minutos). 2-2. Se cumple casi el tiempo reglamentario, cuando Migueli envía un centro en profundidad a Conejo, que, de un disparo cruzado, ante las facilidades de la defensa madridista, marca el gol del empate definitivo.*



La Liga continúa, exhibiendo implacablemente sus defectos igualitarios. Esta vez le ha tocado de nuevo al desvencijado león madridista resultar la víctima del desacato. La guerra a los poderosos entra en una segunda fase consistente en lo que se pudiera denominar «nivelación teórica». Esto quiere decir que antes los equipos pequeños que alcanzaban a dar en alguna ocasión su merecido a los grandes, lo hacían a base de sacrificio y de la exageración sin límites de las pequeñas virtudes propias de su humilde insignificancia. Así, un equipo modesto podía triunfar periódicamente si ponía en juego durante la desigual contienda las más nobles cualidades patrióticas, extraprofesionales y revolucionarias, como muy bien se encargan de observar y definir algunos destacados colegas de la Prensa, y que corresponden a las más altas esencias del espíritu nacional, y por lo tanto, aplicadas a cualquier tipo de actividad política, es decir, al fútbol, suele producir excelentes resultados. Antiguamente, para que un modesto venciera a uno de los grandes tenía que dar una lección de profundo contenido doctrinal, moviendo el balón con «fe», «tesón», «denuedo», «ardor combativo» en una «limpia ejecutoria», resistiendo los embates de todas las vastas conjuras y las campañas sistemáticas para desacreditar los colores del Club.

Pero ahora todo ha cambiado, y los pequeños se atreven a dejar en la caseta las viejas y alabadas virtudes propias de la desesperación y juegan a los grandes en su mismo terreno; es decir, moviendo la pelota tecnocráticamente, sin más complicaciones sentimentales que las de la eficacia. Así ocurrió en el Madrid-Málaga que se disputó ayer en el Bernabéu, y donde el equipo importante en juego era el Málaga. Los andaluces se desenvolvieron con tanta seguridad en ellos mismos que se permitieron la licencia de conceder un gol de entrada a los madri-

distas, a los nueve minutos de iniciado el encuentro, por obra del defensa Martínez, que metió el pie cuando Amancio enviaba un pase hacia atrás desde la línea de córner.

#### EL MÁLAGA, MATEMÁTICO

El 1-0 tan prematuro e injusto no amilanó a los malagueños, que continuaron maniobrando con una increíble soltura, en la que destacaba por encima de todos la labor tremenda de Viberti, rara síntesis de técnica y de potencia, que fue protagonista de todas las jugadas en cualquier lugar del campo que se desarrollaran. Asimismo la delantera en pleno, pero especialmente Álvarez, Conejo y Migueli impresionaron a la concurrencia por su facilidad de maniobra y su visión práctica de la jugada, hasta el punto que sus planes se cumplieron con precisión matemática, con el 2-1 en el marcador, se dedicaron a contener a los madridistas durante la segunda parte, para lanzarse hacia adelante en los últimos minutos y conseguir el gol del empate. La defensa bajó un poco de nivel con respecto al resto de los compañeros, quizá con la salvedad de la actuación de Arias, infranqueable por alto.

Los madridistas, por su parte, distrajeron a la afición en el primer tiempo, con un Velázquez en gran forma, conduciendo muy bien el equipo, lo mismo que Pirri. Fue una de las pocas ocasiones en que se pudo contemplar al Madrid acercándose con soltura a la portería defendida por Deusto, con unos avances muy distintos de esas combinaciones laboriosas e indigeribles a la que han terminado por acostumbrarnos. Pero en la segunda mitad, desorganizada la defensa y agotados Velázquez y Pirri, los «merengues» navegaron a la deriva, y recibieron ligeros abucheos por parte de la entendida y escasa clientela

desparramada por las gradas del estadio. El debutante De la Fuente no se mostró a la altura de las circunstancias, pero una sola y nerviosa actuación no debe servir para emitir un juicio de valor sino anecdótico. Habrá que observarlo en nuevas ocasiones.

#### LLEGA EL ABURRIMIENTO

A los dieciséis minutos el Madrid se encontró con un segundo gol, gracias a una buena entrega en profundidad de Pérez a Velázquez, que, cuando se interna, es zancadilleado dentro del área por Conejo, y el árbitro, Cardós, no vacila, dado que está silbando muy bien, que la falta es clara y que además no plantea problemas de orden público, porque favorecía al equipo de casa, en decretar el penalti, que es ejecutado por Pirri de manera magistral, estableciendo el 2-0 tranquilizador.

Pero no cabe duda que los malagueños tenían sus planes, y les bastó forzar ligeramente el ritmo para que Álvarez en una internada hasta el borde de la línea de córner, enviara un centro medido a la cabeza de Migueli, quien parsimoniosamente y en plancha, conecta un cabezazo medido que entra junto al poste en la portería de Borja. Es el 2-1, que comienza a crear problemas.

Un rato después Viberti pierde un gol cantado, tras haber burlado a Borja, con la puerta vacía, por recrearse en la suerte de enviar el balón hacia la portería de un disparo suave, que permite a De Felipe correr y sacar la pelota de la misma línea de gol. Ya a esta altura del partido se inician los fallos, y la gente comienza a manifestar su impaciencia, Pérez, en buena posición, trata de chutar y lanza una patada al aire sin tocar el balón.

En la segunda parte las cosas cambian para peor. El partido entra en una fase soporífera, y sólo hay que destacar un soberbio tiro de Pirri que se estrella en el poste, a los treinta y dos minutos, y otro de Amancio que desvía Deusto a córner. Y es entonces, a punto de finalizar la contienda, cuando el Málaga se despereza de nuevo, y con toda facilidad, Migueli centra sobre Conejo, que bate a Borja de un disparo cruzado, en medio de la confusión de la defensa blanca. Un minuto antes Zunzunegui había sustituido a Velázquez, pero no dispuso de tiempo para tocar la pelota, y el partido terminó con este 2-2 igualitario como un artículo de la Constitución.

# OBJETORES BALOMPÉDICOS DE CONCIENCIA

---

05/07/71

A la vista de lo que se entiende por «fiel hinchada», «lealtad a los colores del Club», «defensa de los valores permanentes del deporte», etcétera; es decir, a la vista, de los botes de cerveza que cayeron sobre las cabezas de los jugadores y del equipo arbitral en la final de la Copa sin demasiado motivo, y a los gritos de «¡asesino, asesino!» que se coreaban en el estadio dedicados por los partidarios tradicionales y coyunturales del Valencia a Marcial por un choque fortuito con Barrachina, y en alguna que otra ocasión semejante, a uno le entran ganas de convertirse en objetor balompédico de conciencia y expatriarse de los verdes y alucinantes céspedes deportivos. Por encima de las imágenes en technicolor que se nos ofrecen diariamente mitificadoras del mundo del deporte y de sus circunstancias, con sus «slogans» llamando a la relación del cuerpo sano con la mente sana, del contamos contigo para crear un país de deportistas, en su doble acepción dinámica o contemplativa, la realidad de los campos de fútbol españoles desmiente y deja en entredicho todos los honrados esfuerzos publicitarios de nuestros organismos deportivos. En nuestro país, el deporte y, especialmente, el fútbol, se ha convertido en el medio lícito para reaccionar a la fascinación de la violencia.

Y si en el terreno de la especulación moral, la objeción balompédica puede proporcionar notables beneficios espirituales para el que la



*Pólvora y color en Chamartín.*

practica, en el campo de la realidad de sus compensaciones son tan evidentes que pueden, por ejemplo, convertir una final de Copa, tradicionalmente con pocos goles, en un partido que divierte, agita y enfurece a los espectadores con un espléndido 4-3. Estudiemos el mecanismo de la objeción balompédica. En primer lugar, es necesario para su puesta en marcha, una jugada de tipo conflictivo, por ejemplo, el penalti con que fue castigado el Barcelona a los veintidós minutos. El árbitro fue zarandeado por los barcelonistas, que consideraban injusta la sanción. No importaba, encajaron el primer gol en contra, pero la

objeción comenzaba a trabajar el subconsciente del colegiado, quien, a partir de aquel instante, y sabiamente estimulado por algunos gritos de «¡Guruceta, Guruceta!» que salían de los graderíos, no pudo menos de favorecer a los catalanes, que vieron de este modo aumentadas las facilidades para acercarse a la meta defendida por Abelardo, aunque tal cosa no les impidió encajar un segundo gol a los tres minutos de la segunda parte. Pero la reacción no tarda en llegar. Ocho minutos más tarde ya está el marcador 1-2 favorable al Valencia. Y a los veinticuatro minutos, el 2-2 de la igualada campea en las alturas. Es en este momento cuando los valencianos se percatan de los valores morales de la objeción y organizan un tremendo escándalo al árbitro Sáiz Elizondo, protestando el segundo gol barcelonista, del que sale a cumplir condena el defensa Sol. Su sacrificio no sería vano porque, a partir de entonces, el colegiado cambia de rumbo y comienza a inclinar sus trinos del lado levantino. Así las cosas, el marcador va sufriendo las ya conocidas variaciones hasta alcanzar este 4-3 definitivo que, además de las nobles labores de enfermero, abre una puerta más al objetor de conciencia: el fútbol.

# POR LOS CÉSPEDES PATRIOS

---

18/10/71

Decíamos ayer que hay dos Españas: la que marca goles y la que los recibe. La Liga de la temporada pasada había terminado tranquilizando de algún modo a los observadores más responsables, porque parecía que se instauraban en las verdes praderas futbolísticas del país una serie de mínimas libertades formales, por medio de las cuales un equipo modesto podía permitirse la licencia de triunfar sobre el Real Madrid o cualquiera de los Clubs representantes de las grandes oligarquías balompédicas nacionales, acompañado del entusiasmo rotatorio de varios millones de españoles.

Ahora parece que las ilusiones han sido cortadas en seco. Se respira en la Liga el clima intransigente de antaño, cuando el Real Madrid del imperio enseñoreaba como un feudo los céspedes patrios. Siete partidos sin ceder una vez a su oponente constituyen un inquietante recorrido que puede terminar con el interés competitivo del Torneo y llevar a los espectadores a refugiarse en ese especial estado de ánimo que pudiéramos denominar «desfutbolización», que consiste, en líneas generales, en desprenderse paulatinamente de sus deberes y derechos como «hinchada», para hundirse en el culto introvertido y sacralizador de los lares electrodomésticos.

Existen, además, otras repercusiones no desdeñables de esta regresión de la Liga a los viejos tiempos. Dada la condición que posee el fútbol español de barómetro ultrasensible de las penas y avatares de



nuestra sociedad, no resulta, pues, de extrañar que a los pocos días de iniciar el Real Madrid su campaña triunfalista otros sectores del país se hayan visto inevitablemente arrastrados por la blanca estela.

Así, por ejemplo, en el campo editorial, el premio del concurso Planeta de novela ha retrocedido con la séptima victoria madridista sobre un escritor consagrado de la vieja guardia de la literatura de posguerra, José María Gironella, con la consiguiente decepción de los jóvenes aspirantes a novelistas, que consideran los concursos como una de las escasas vías de que disponen los noveles para darse a conocer.

Otro efecto indirecto de la reinstauración madridista en las doradas épocas imperiales ha determinado que durante dos semanas la radio nacional abriera sus diarios hablados de actualidad con la narración pormenorizada de la batalla de Lepanto, a la que luego seguían, en un estricto orden de valoración de la noticia, las informaciones procedentes del Vietnam y Oriente Medio.

Al mismo tiempo la tabla de clasificación de esta semana no ofrece demasiados motivos de duda en cuanto a su interpretación. Por arriba, imbatidos, el Real Madrid con el Valencia. A partir del décimo puesto para abajo, las mejores flores —exceptuada Castilla— de nuestra historia regional y lingüística. ¿Qué ha sido del Reino de Galicia? (El Coruña, en el décimo lugar; el Celta, colista.) ¿Qué del País Vasco? (Decimotercero, la Real Sociedad; penúltimo, el Atlético de Bilbao.) ¿Qué del Reino de Cataluña? (Barcelona, en el decimosegundo puesto; Sabadell, en el decimosexto; excluimos al Español, beneficiado de la situación, en el séptimo.)

Tal es el estado actual de la Liga, que nos fuerza a reaparecer modestamente en estas páginas, creyendo que resulta un deber moral ineludible aportar un grano de arena a la lucha de los equipos modestos

por lograr una más justa distribución «per camiseta» de nuestra preciosa riqueza balompédica nacional y, al mismo tiempo, tratar de contribuir en la medida de lo posible a frenar el dramático proceso de «desfutbolización» que aqueja a nuestro pueblo, que a la hora de repasar la tabla de clasificaciones del Torneo liguero comprueba y teme sistemáticamente que este año van a existir otra vez una España que marcará todos los goles y otra que, antes de bajar a Segunda, no va a hacer nada más que recibirlos.

# NOCHE TRISTE

---

21/10/71

Oigo, Patria, tu aflicción. Habría que remontarse a los tiempos de aquel español en punta llamado Hernán Cortés para recordar una noche hispana tan triste como la de ayer. Con la más dolorida dignidad transcribimos los datos elementales de esta crónica negra: Valencia, 0; Uspest, 1, en la Copa de Europa. Barcelona, 0; Steaua de Bucarest, 1, en la Recopa. Eintracht, 2; Atlético de Bilbao, 1, en la Copa de la U.E.F.A. Los mejores donceles de España cayeron anoche bajo la bota extranjera. Hemos creído en Europa y he aquí el pago.

Este comentario no pretende constituir una acusación contra las altas esferas deportivas del país. Será sólo un lamento, un llanto constructivo. Porque todos somos culpables. Toda nuestra sociedad es culpable cuando, por un lado, mitifica al futbolista, le cubre de gloria aparente, y, por otro, niega al fútbol nacional la mayoría de sus hijos, estimulados desde la célula familiar hacia el oropel tradicional de las profesiones liberales.

El balón es el único inocente. Pero en la jornada europea de ayer, tan generalmente dolorosa, hay que destacar el triunfo del equipo que nunca ha abandonado al país en los momentos cruciales, que ha desempeñado todos los oficios y acudido siempre donde las circunstancias lo exigieran, de cuyo seno han surgido nuestros once primeros embajadores en calzón corto, además de unas promociones coyunturales de fiscales de Federación, vigilantes de aduanas para controlar tempo-

ralmente la llegada de jugadores extranjeros, exportadores-importadores de esa peculiar mercancía denominada «oriundos», una clara aportación a la actual problemática del futbolista-objeto y otros señalados servicios que convendría quizá relatar algún día como ejemplo para las futuras generaciones. Ha sido el Real Madrid, una vez más, el que ha venido a salvarnos en los momentos difíciles, y en estas horas aciagas ha vencido al Philips Eindhoven por 3-1, aportando un mínimo resplandor autárquico al panorama.

Un equipo de Flandes y dos del Este han derrotado a nuestros muchachos. Dentro de unos días vendrán los rusos a Sevilla para enfrentarse con nuestra selección. Pido a nuestro señor Santiago —coincidiendo con los deseos de algunas preclaras e intransigentes plumas hispanas— que, del mismo modo que antaño cerrara estos pagos al moro invasor, tenga a bien cerrar ahora las parcelas más preciosas del territorio nacional, las porterías de fútbol, al gol extranjero. Amén.

# OTRA VEZ EL PARAÍSO

---

28/10/71

Madrid, once de la noche. Por las aceras de Madrid, cientos de personas regresan a sus hogares. Una extraña luz ilumina los rostros de los ciudadanos que, evidentemente —como en los entierros de los hombres ilustres— pertenecen a todas las clases sociales. Rara serenidad, que no puede menos de impresionar al observador imparcial. ¿No ha sido eliminada España de la Copa Europea de Naciones? Todas estas gentes sonrientes vienen, de contemplar el partido de fútbol que ha tenido en vilo a la nación durante cerca de dos horas. ¿Por qué no están tristes?

El análisis del problema nos lleva a hacer un poco de historia. Hubo un tiempo en que la nación vivía gozosa y exultante. Todos los domingos, la jeringuilla de Televisión Española inyectaba en las venas del país una dosis habitual de partidos de fútbol que, añadida a la adquirida en directo en los estadios locales, mantenía una saludable concentración balompédica en la sangre hispana.

Finalmente, las circunstancias terminaron por arrastrar las pupilas y las mentes nacionales hasta los auténticos espacios siderales del paraíso artificial: dos partidos diferentes retransmitidos simultáneamente a través de la primera y la segunda cadena. Se llegaba al techó de las posibilidades receptivas. España, entonces, era una fiesta, traicionando el espíritu del señor Hemingway, que restringía la licencia poética alienante a los sanfermines, con grave y antihistórico desprecio por el mundo de los once pares de botas.

Y de pronto, como todas las grandes tragedias, el país se vino abajo. Una mañana los espejos de la nación devolvieron la imagen de los rostros demudados y ojerosos de millones de españoles. La piel de toro temblaba febrilmente. Un lívido estremecimiento recorrió a la columna vertebral de la patria. La Federación Española de Fútbol suspendía de improviso la retransmisión periódica e implacable de los partidos de fútbol.

Una nueva España surgía con desordenados movimientos. La interrupción de las potentes dosis de fútbol televisivo produjo consecuencias a todos los niveles. Basta consultar las más recientes estadísticas. Desde la reciente prohibición del fútbol televisado por parte de la Real Federación Española de Fútbol se han incrementado, como por arte de magia, los deportes paralelos del «calomo», el «butrón» y la «palanqueta», subproductos del ocio creador, así como el robo de vehículos, sutil interpretación todavía, no aceptada socialmente del ordenamiento del tráfico urbano.

Pero ayer en Madrid, y según nuestros corresponsales, en toda España, a las once de la noche el panorama había cambiado. No había empate ni derrota anecdótica capaz de transformar la mirada felizmente alucinada del país. ¿Qué importaba el 0-0, el triunfo o la eliminación si millones de ávidas pupilas habían podido catar de nuevo la hierba sagrada del estadio?

Pongo a la Federación Española de Fútbol frente a sus responsabilidades históricas. El proceso de desintoxicación futbolística debe hallarse dirigido por una técnica científica cuya aplicación excede de las competencias de la Federación de Fútbol.

# LA HORA DE LA TRADICIÓN

---

01/11/71

En la octava jornada la Liga de este año ha vuelto a subrayar con presteza su ideología. Con una implacable dureza, cada vez más cercana a la provocación, los marcadores de los campos nacionales han arrojado sus frías estadísticas que abundan en las coordenadas que ya habíamos establecido en los primeros lances de la competición: el Torneo liguero se inclina hacia la derecha balompédica.

Camisetas llenas de hermosas resonancias conservadoras como las portadas tan dignamente por los muchachos del Real Madrid, del Español, del Burgos, del Sevilla... han triunfado ayer en bloque sobre los céspedes patrios, anunciando cada vez con más evidencia que una nueva aurora se reanuda para ellos. El Real Madrid cumple de este modo su octavo encuentro consecutivo sin conocer la derrota, relegando a las nieblas del pasado las recientes goleadas aperturistas que le propinaron el año pasado equipos más modestos y liberales. El Español participa asimismo con todo derecho de la euforia tradicionalista y coloca cuatro goles sin apelación al Málaga.

La lista de los vencidos está llena con los nombres de los conjuntos dolientes y periféricos. El Celta recibe otro duro golpe en su condición de colista al empatar en sus propios lares con el Granada. Ha caído también el Coruña. Y la Real Sociedad, invadida por el 0-2 madridista en su territorio de Atocha. Y el Atlético de Bilbao frenado por un Valencia empatador en el mismo San Mamés. El Sabadell y el

Barcelona se repartieron los puntos como dos buenos paisanos que no quieren añadir agravios a la problemática interna de la región.

Lo que pudiéramos considerar como la gran sorpresa lo constituyen las más recientes aventuras del Atlético de Madrid y especialmente su derrota de ayer en el Manzanares a manos del Sevilla. ¿Qué les sucede a los pasados campeones de Liga? ¿No se trata del mismo equipo de las anteriores hazañas? Parece a primera vista que el caso de los rojiblancos rompe con los imperativos generales de cualquier método de análisis de la realidad medianamente serio. ¿Existe realmente una contradicción entre el «status» social que disfruta el Atlético de Madrid en el país y sus desventuras actuales? Delicada materia llena de insospechados alicientes para la investigación socioeconómica y política que requiere un mínimo compás de espera para confirmar en la práctica las hipótesis de trabajo. Quizá el domingo próximo, si el Atlético de Madrid agrava la crisis, nos habremos encontrado con el último, esclarecedor, sentimental, tierno, polémico y científico dato balompédico.



# LAS DESVENTURAS ROJIBLANCAS

---

22/11/71

Parece llegado el momento de ponerse a contemplar seriamente las desventuras actuales del Atlético de Madrid. ¿Cuáles pueden ser las razones para que un equipo de un pasado glorioso tan reciente se encuentre por estas fechas espectacularmente desarbolado? Si los motivos no son técnicos, según se desprende de las declaraciones de directivos y sucesivos entrenadores rojiblanco, habrá que llevar las investigaciones por los pagos de la sociología político-balompédica.

Resulta evidente que la coyuntura actual del país no es favorable para los equipos, como es el caso del Atlético de Madrid, que representan a clases o estamentos en período de ascensión social o todavía no consolidados políticamente en la estructura general de la nación. Como de todos es sabido, la fiel «hinchada» rojiblanca se recluta preferentemente en los medios del éxodo rural, es decir, de la gran masa campesina que llega en oleadas sucesivas a la gran ciudad, sin recursos para sobrevivir en una sociedad agraria de tipo tradicional, entregándose a los azares laborales de una sociedad urbana irregularmente industrial. Mozos de barra, obreros no cualificados, pequeños comerciantes de nuevo cuño, rápidos propietarios enriquecidos de la noche a la mañana gracias a la combinación del prometeico esfuerzo personal y del «boom» de las inmobiliarias, aristócratas que añoran el largo y perdido contacto histórico con los menestrales, constituyen las extensas mesnadas del Atlético de Madrid, que ahora resul-

tan víctimas inocentes de las circunstancias. No hay que olvidar que las épocas de crisis afectan especialmente a estas clases-puente cuya inestabilidad social les hace particularmente vulnerables a los mínimos vaivenes político-económicos. A la vista de los hechos, podríamos aventurar, entre otras cosas, que la última reducción del interés bancario el proteccionismo norteamericano y su restricción de la ayuda exterior han constituido unos duros golpes para las aspiraciones ligueras del equipo del Manzanares.

En estos casos, las reacciones de los perjudicados se encuentran ya previstas por la historia. Cuando en las épocas de crisis los estamentos de la pequeña burguesía y sus afines se quedan sin alternativas válidas, el terreno queda abonado para la aparición de los totalitarismos bajo cualquiera de sus múltiples formas. Así, en estos últimos tiempos hemos asistido a la polémica sobre el intento de corte de pelo al extremo rojiblanco Becerra, problema que no se hubiera planteado en el caso de que el equipo marchara dignamente, y ayer, a la salida al terreno de juego de los jugadores del Atlético de Madrid, un cuarto de hora antes de la hora oficial del comienzo del encuentro, para llevar a cabo un pequeño entrenamiento previo como demostración de facultades ante los decaídos seguidores. Es decir, el consabido alarde de fuerza. Luego vendría el 2-2 del Córdoba, convulsivo y acongojante.

# UN 7-0 SIN ÁNIMO DE LUCRO

---

25/11/71

El 7-0 de los Cármenes granadinos colocado por nuestras mesnadas balompédicas a los chipriotas nos ha proporcionado a la mayor parte de los españoles una sosegada y fría alegría. No se trata de menospreciar el legítimo triunfo por el hecho accidental de que el equipo de Chipre haya jugado dieciocho partidos en su corta vida internacional y perdido diecisiete de ellos. Su gran éxito lo había constituido un empate en casa frente a Suiza. Tampoco nos afecta lo más mínimo que Alemania federal obligara en su momento a encajar a los huéspedes de ayer la discreta cantidad de doce goles a cero. Nada de ello puede cambiar nuestro plácido entusiasmo.

Simplemente estamos satisfechos por la victoria de nuestros colores porque ha significado el reingreso de España en sus mejores tradiciones. Durante años, el aficionado medio se venía preguntando, ante las desastrosas actuaciones de la selección nacional, las razones profundas de tanto fracaso. ¿Cómo es posible, Dios mío?, se demandaba perplejo el piadoso «hincha» cada mañana competitiva. ¿Por qué perdemos los Campeonatos y, sin embargo, goleamos a diestro y a siniestro cuando se trata de partidos amistosos?

Bella lección la del equipo nacional español en la noche granadina. Jamás el fútbol ha brillado a tanta altura metafísica como en el encuentro de ayer. El resultado se inserta en los más valiosos momentos de nuestro pasado histórico, cuando la voz hispana sonaba rotunda en

las espesas lides de la Contrarreforma o exportábamos a tierras americanas el inconfundible turrón de la escolástica.

Porque el 7-0 en un partido que ni nos iba ni nos venía, donde sólo se jugaba el cada vez más raro trofeo deportivo del honor, constituía, sin lugar a dudas, un 7-0 escolástico.

Así, una vez más, advertimos a propios y extraños de que todavía no hemos abdicado de nuestra concepción del mundo que sirvió para alumbrar imperios. Que no cuenten con nosotros para ninguna Copa del Mundo ni otros torneos similares, donde únicamente priva el interés. Pero a la hora de demostrar la supremacía de nuestros valores, en el terreno de la pura competición, en todo partido amistoso donde nada se juegue material, sino bienes de otro orden, que nos busquen entonces. Y probarán nuestro hierro «dilettante», confiado y sin fines lucrativos del 7-0.











